

Aldo Ávila Peña

ENTRE LA
Y LA LUZ
SOMBRA

Ediciones de la Universidad Ezequiel Zamora



UNELLEZ

UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL
DE LOS LLANOS OCCIDENTALES
EZEQUIEL ZAMORA

La Universidad que Siembra



Fondo Editorial
Universidad Ezequiel Zamora

Colección: **Literatura**

ALDO ÁVILA PEÑA

ENTRE LA
Y LA LUZ
SOMBRA

**AUTORIDADES
UNIVERSITARIAS:**

Prof. Alberto Quintero
Rector

Prof. Óscar Hurtado
Secretaría General

Prof. (E). Heriberto Rivero
Vicerrector de Servicios

Prof(a). (E). Yajaira Pujol
Vicerrectora de Planificación
y Desarrollo Social

Prof. Héctor Montes
Vicerrector de Producción Agrícola

Prof. Wilmer Salazar
Vicerrector de Infraestructura
y Procesos Industriales

Prof(a). Marys Orama
Vicerrectora de Planificación
y Desarrollo Regional

Prof(a). Zoleida Lovera
Gerente de la Fundación Editorial
Universidad Ezequiel Zamora

Entre la luz y la sombra

© Aldo Ávila Peña
Primer edición, 2019

Diseño de cubierta y maquetación:
Gustavo Quintana

Reservados todos los derechos

Depósito Legal: BA2019000020
ISBN: 978-980-248-211-5



UNELLEZ
UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL
DE LOS LLANOS OCCIDENTALES
EZEQUIEL ZAMORA
La Universidad que Sombra



ISBN 978-980-248-211-5



9 789802 482115

CONTENIDO

Unas palabras del autor	6
La luz irresoluta	8
La “sombra oculta”	25
El peso de los pecados	44
Las almas desquiciadas	66
El espectro de los cometidos	120
La maldición del engañado	179
El sacrificio de los inocentes	218
El final de lo ineluctable	327

*A Monseñor William Guerra, mártir de aquellos
que han luchado por la paz.
A Gloria, mi fiel compañera, testigo de mis noches
de insomnio y cómplice de esta historia.
A Leonardo Aguilar, joven amigo a quien le debo
sus aportes sobre el lenguaje sacerdotal.
Gracias especiales.*

UNAS PALABRAS DEL AUTOR

Hace ya algunos años, cuando con el propósito sano de desintoxicarme el alma llena de conjunciones reprimidas y con tanto amor que dar sin ser retribuido, decidí indagar con mucho cuidado el camino de las letras.

Rodolfo Mendoza, mí querido amigo de Valencia y talentoso escritor, me lo advirtió antes de comenzar “la historia de la kirpa” con las siguientes palabras que nunca olvido:

—“La literatura te atrapa, y cuando te inicies en esa tarea de imaginarte cosas y escribirlas, no tienes marcha atrás”.

Se cumplieron sus palabras, pues aunque conozco mi inexperiencia en tan difícil arte, la sensibilidad y el amor con un país puede más, y ahora les presento mi nuevo trabajo, quizás un poco más maduro, pero con la misma sencillez que dan mis planteamientos de prosa fácil, con un lenguaje cotidiano, que estimo sea del agrado de quienes tengan la oportunidad de leerlo.

Los personajes en esta historia forman parte de mi afecto por lo fantasioso, y cualquier parecido con los protagonistas de la vida real, al igual que la geografía de los hechos, será pura casualidad.

Al fin y al cabo, el dictado de Dios o las revelaciones que probablemente hayan sido dadas en imágenes oníricas, sean las culpables de este relato.

Recíbanlo con el mejor de los afectos, analícenlo, y corrijanme si así lo desean, pero si hay algo de lo que tengo plena certeza, es que la imaginación no se puede corregir, porque sencillamente pertenece al alma.

LA LUZ IRRESOLUTA

—Sin más apego que al del mundo que nos rodea, nos damos a la tarea de escudriñar palmo a palmo sus misterios, sus pros y sus contras, sus haberes y sus deberes, sus...

—¡Perdón, papá! —interrumpió de súbito el hijo joven, pero ávido de respuestas, ceñido en la más firme convicción de curtirse con el consejo sabio del progenitor que todo lo quiere en beneficio del relevo que cree rumbo en el camino sorpresivo de la vida— ¿Es que el mundo nos debe algo? —fue su determinante pregunta.

—Si bien es cierto que él nos ha enseñado todo lo que sabemos, porque es una fuente de aprendizaje, hijo —continuó dilucidando el autor de sus días—; lo único que ignoramos es el modo de saber vivir en él. Ese es su débito imperdonable, mi querido vástago —puntualizó.

—Es una manera un tanto egoísta de pensar, papá.

—Sabes —prosiguió el suspicaz Daniel, miembro mayor de aquella familia adinerada de la Valencia de antaño, acostumbrado a pesar de su juventud a los es-

cenarios de las delicadas tertulias donde los tópicos de entretenimiento se basaban en el cliché de la moda europea en su último grito, de los sucesos políticos, la distinción de la lectura de más reciente libro del escritor o poeta ciudadano de principios de siglo xx, y una que otra información etiqueta del varón Dandy de la época—, el mundo del cual tú hablas, el verdadero escenario global de quien abre los ojos y sentidos; es aquel que nos da la oportunidad de disfrutar de toda su sabiduría.

—Es algo así como la recordada parábola bíblica de quien entrega la caña de pescar en las manos de quien pide el alimento para que aprenda a usarla, padre.

—¿Cómo vas entonces a pedirle al mundo que también nos enseñe la manera de existirlo, padre? ¡Por Dios!

—Escucha, Daniel —se apresuró el dueño de paternidad para quien nunca habrían acorralamientos a la hora de dilucidar en materia de filosofía—, el mundo nos pertenece por entero y sin remilgos, ya que por los siglos de los siglos, el hombre ha demostrado su imperio y su poder en el mismo.

—Pero la necesidad de la ambición en el poder mal ganado a veces, y el mal empleado en muchas circunstancias, ha hecho que la tierra donde vivimos esconda cada vez más los secretos insondables de los cuales tú hablas, papá.

—El descubrimiento de aprender a vivir en él, vendrá a su debido tiempo.

—¿Y cuánto más vamos a esperar?

—¿Acaso no te das cuenta de la desenfrenada descomposición social que nos circunda en medio de esta

incertidumbre política reinante en este país, Daniel? – Solicitó el respetado señor José María, sentado desde la poltrona de cuero del amplio corredor en aquella vieja casa de campo pero de comfortable fabricación en las afueras de la capital.

José María Torrealba era oriundo de la ciudad de Coro en el Estado Falcón, de donde había emigrado desde muy niño en la búsqueda de la preciada bonanza, que luego de muchos años de trabajo tesonero, su desaparecido padre había colocado en sus manos para la consolidación del apellido, que no perteneciente a la alcurnia social de la Valencia de entonces, le brindaba por su altísima liquidez económica y un extraño respeto foráneo.

Su afán perseverante por descifrar desde muy niño los misterios de la vida y de la muerte, ayudado de sus bibliografías que nutrían su cerebro de conocimientos nunca antes indagados por entes fieles al dogma del catolicismo, le otorgó en algunos años un aura señorial, más por temor que por respeto, dada su irrevocable decisión de aislarse del medio ciudadano, con sus reglas de etiqueta y amaneramientos típicos del hombre culto y de modales, a aquella suntuosa residencia hundida en el corazón de la serranía carabobeña.

—¿De qué te quejas, papá? Eres un hombre rico, sabio, respetado en tu estrato social, con una familia que te estima y que ha caminado contigo toda una vida en las buenas y en las malas hasta verte cosechar esa nada despreciable fortuna que te acompaña, además de gozar de gran lozanía a pesar de tus años que es sinónimo de

óptima salud, tus viajes por el mundo, tus afanes morales...

—¡Basta Daniel! —exclamó en todo seco, cortando la descripción del hijo que a él le pareció adulación— No necesitas recordarme el sartal de estupideces que conforman la tal llamada etiqueta del hombre ciudadano, chico.

—Lamentablemente, ese es el salvoconducto para entrar en ese círculo, padre: la buena apariencia y los buenos modales.

—Y el buen dinero, ¿No es así, Daniel? —se apresuró don José María a interrumpir a su hijo.

—¡La plata! La maldita y cochina plata es lo que debe sustentarte en ese medio falaz y político que tú llamas sociedad, para que la gente te respete.

—El dinero coloca el desorden en orden, convierte a los indiferentes en perfumados, y punto.

—Algunas veces me parece que afloras mentalidad de campo, papá —acotó Daniel, tratando sin ninguna consideración, de hurgar en el orgullo del padre bien plantado. Pero a José María, ente de profunda madurez a la hora de ser tentado a caer en provocaciones, le pareció un gesto valentón de su hijo y contestó con una risita cínica:

—¿Por qué no le dices eso a uno de tu edad, a uno de esos tus amigos de la ciudad, que andan de sombrero y bastón?

—¡Que si no! —exclamó Daniel en tono retador.

—No lo harías hijo, ¿y sabes por qué? se atrevió a aconsejarle don José María a pesar de la insolencia. Por-

que un hombre inteligente sabe que la gente de etiqueta, por alta alcurnia que tenga también pierde los estribos, se le colma la paciencia. ¿Y sabes cómo te responde, Daniel?

—¿Cómo, papá?

—Con un jetazo rompe dientes, manifestó el hombre maduro en tonalidad vulgar.

—¿Te lo dieron a tú alguna vez, querido padre? —le solicitó el hijo ya con los ánimos a punto de exacerbarse ante el vicioso círculo de la tertulia por razones de temperamento y criterio personal.

—Dos veces, Daniel —y prosiguió el padre—. Dos veces, y ninguno de los dos circula por este mundo que no supieron vivir, porque él mismo se encargó de ex-crarlos.

—Yo sólo me ocupé de inmolarlos para luego después desmancharme las manos con agua y sal —y sin dar tiempo a que el asombrado hijo le interrumpiera, finalizó—. El agua que mitigó mi sed de venganza, y la sal que le dio sabor aún más a mi coraje.

Daniel Torrealba no salía de su estupor al escuchar la crudeza de las palabras de su padre, que relatadas con tanta elocuencia abrían el abanico de experiencias que curten la vida de un hombre, quien antes del momento de la magnicida anécdota, representaba el digno ejemplo, la rectitud que es sinónimo del elemento justo, y la blancura del alma que todos conocemos como patrimonio moral por muy recia que sea la conducta.

La ciudad no está exenta del coletazo de la barbarie, pues hasta allí también llegan las secuelas de la tiranía y el cinismo tentador de las mentes irresolutas y ociosas.

El medio urbano también alberga el cementerio de los inadaptados sociales, quizás en las mayor proporción, pues cuando el campesino ignorante y pasivo carece del verbo que ilustra su ignorancia, su inocencia y su buena fe, lo hacen digno del ejemplo justo de quien comanda la vida con sensibilidad y decencia.

Lamentablemente, los hombres vivimos rodeados de tantas tentaciones que son anatemas para nuestro espíritu.

—¿Será verdad que el hombre crece cada vez que sobrevive a una tentación, padre? —solicitó el hijo, ávido de profundidad filosófica.

—Si aprende a asimilarla desde el punto de vista negativo para no volver a incurrir en ella, la sobredosis de crecimiento en el hombre es maravillosa, Daniel —respondió don José María como si estuviera esperando la pregunta.

—Todos los días en nuestro retorno al hogar debemos traer una nueva experiencia de la vida, pues cuando salimos a ella vamos con el propósito de nutrirnos con su sabiduría.

—Embrutecerse con la rutina es producto del ocio, y la mente ociosa maquina sólo fechorías, hijo.

—Estimo que la tuya nunca caerá en ese atraso, padre, pues he de suponer que te pasarás la vida entera pensando en aquella respuesta que esperas del mundo, lo que tú llamas: “el débito”.

—Has aprendido demasiado para ser tan joven, Daniel. Es obvio que sabes insultar y abofetear a la gente con elegancia y distinción.

—Nada es elegante sin no tiene el toque mágico de la apariencia, querido padre.

—Las apariencias engañan hijo, no lo olvides.

—Las indescifrables sí, las que te separan de la gente del montón no, don José María –volvió a aflorar el maquiavélico verbo del hijo atropellador.

—Habrás entonces de entender cómo caíste por inocente con el cuento del Niño Jesús, Danielillo.

—Debo entonces suponer que por lealtad a la tradición navideña, mis abuelos también te engañaron.

—No había para entonces tal creencia, pues la condición económica no la permitía, querido hijo.

—La social, querrás decir, papá –calificó con atrevimiento el joven arriesgado en el reto al padre entregado al entretenimiento del vocablo joven y fluido en agilidad mental.

—El río de tu imaginación se abre con el propósito de desbordar mi mente, hijo.

—Es mejor que el río de mi mente se desborde, y no se convierta en lagunas. ¿No es así, padre?

—Las lagunas mentales a propósito de tu búsqueda, hijo; también las hace el ocio –trató de rematar don José María, ya propiciando un reto que diera compromiso al inminente debate entre el progenitor portador de la experiencia, y el sucesor lleno de inquietudes que daba a entender a desde ya, el por qué de su presencia en la familia.

—El único ocio que me persuade, padre, no es más que aquel que me permite meditar más allá de lo sensorial.

—Entonces, ¿Cuál es tu reto si los dos caminamos en el mismo campo? —inquirió secamente el hombre maduro nacido en la región del estado Falcón, que ahora correteaba ante el acorralamiento de su joven hijo, imperioso en apreciaciones de la vida cotidiana.

—¿Busco la luz mientras tú, oscuridad, padre?

—¡Insolente! ¿Qué entiendes tú, por oscuridad? —increpó el José María atrapado por la imprevista pregunta.

—Lo que no nos permite mirar la belleza por su forma de energía radiante —e inmediatamente remató—. Nadie es capaz de pintar en la oscuridad, padre, el color negro es vacío, inapetente, muerto...

—Pero recio y respetable ante los ojos del mundo, hijo, además; cada quién tiene su propia ilusión óptica para ser más claro.

—Tienes razón, papá, no hay peor ciego que aquel que no quiere ver.

—A mis años, querido Daniel, considero que tengo los seis sentidos bien puestos, comentó el viejo con petulancia.

—Ese sexto sentido que dices tener, ¿lo manejas tú, o te lo manejan?

—¡Basta ya de insolencias, muchacho! —amenazó don José María con soberbio grito que alarmó a quienes se encontraban en las adyacencias del corredor.

Había caído la tarde y el rojizo sol de la canícula de Marzo se encontraba a filo de ocaso, con los cantos y trinos, final de la jornada de las aves canora.

Hacía algo de calor a pesar de la hora, y don José María se había subido las mangas de su camisa blanca cuello duro y doble puño, mientras se estiraba las ligas tirantes que rodeaban sus hombros y encajaban perfectamente sobre su pantalón de fino lino.

Era fin de semana, y la víspera del sábado invitaba a degustar un buen trago de fino brandy importado, que don José María a menudo paladeaba con el propósito de despojar un poco la jornada.

Allí al frente y bien plantado se encontraba su hijo menor, con aquella arrogancia que le caracterizaba al creerse consentido de las mujeres que le rodeaban y adulaban a sus pies; su distinguida posición de niño rico y versado.

Daniel Torrealba, era una amalgama de petulancia y rencor natural reprimido ante las preferencias de su padre por sus otros hijos, Héctor y Betsabé; el primero recibido del sacerdote y la segunda, una nada despreciable niña de apenas 17 años.

—¿Qué es lo que ocurre, papá? Oí gritos —interrumpió Héctor que hacía entrada a la casa luego de officiar la misa de las seis en el pequeño pueblo adyacente a la residencia.

—Criterios, hijo. Las diferencias mentales a veces nos ponen a tono, le respondió el papá mientras atendía el saludo en el acostumbrado estrechón de manos del religioso muy joven para el hábito.

Aún vestía su negra y elegante sotana de jesuita y cargaba una biblia en su mano derecha.

Héctor Torrealba era un hombre de gran atractivo físico y humano, y había preferido tomar el camino de Dios para así apaciguar un poco la problemática social existente en su familia que él conocía más de cerca.

Era alto y delgado, frente ancha y de barba y bigote correctamente afeitados que le daban una apariencia mayor de la edad que tenía. A diferencia de su hermano Daniel, era discreto y calmado, prudente y elegante al exponer sus puntos de vista. Era también aficionado al ejercicio de la equitación, por lo cual cabalgaba en sus días libres en largas jornadas por las tierras de su padre, como experto jinete.

Allí en aquellos campos llenos de árboles, hierba verde y frescura en sus afueras, dábale Héctor rienda suelta a sus meditaciones con tranquilidad y sosiego. Pasaba largas horas contemplando los atardeceres que a él le parecían siempre: todos diferentes.

—Hoy, Dios mi Señor le colocó otras tonalidades a la tarde –exclamaba para sus adentros–. Padre y hermano, otra vez discutiendo –descubrió alarmado Héctor–. Sería bueno que los dos comenzaran por respetarse y considerarse el uno del otro –aconsejó el religioso, hábil en el manejo de situaciones conflictivas–. La filosofía de la vida no se maneja discutiendo por criterios personales que nos convierten en egoístas, señores. Sencillamente se maneja aplicándola para el bienestar de la cotidianidad.

—Ya llegó el hermano mayor a darnos lecciones de religión. ¡No digo yo! —exclamó Daniel con una risita burlona a la que el sacerdote hizo caso omiso, mientras respondía con gesto humorístico:

—Eso forma parte del pacto familiar. ¿No es así, hermano? Familia que reza unida, permanece unida. No lo olviden.

—Fíjate, chico, que a mí me parece que lo único que estrecha los nexos familiares es todo aquello que produce dividendos —manifestó Daniel con la expresión del avaro pecado capital, que Héctor captó de inmediato.

—La fe en Dios produce dos veces más ganancias que las del cual tú hablas, hermano.

—El optimismo de hacer realidad algo que queremos, genera luz mental y eso es la fe mis queridos parientes.

—Si es por eso; yo tengo más de treinta años maquinando la forma de cómo llegar a la presidencia de este país y no lo he logrado —Expuso don José María con mucha sobriedad a pesar del tácito humor de su planteamiento.

—Venezuela es actualmente un barco a la deriva con este señor que nos conduce papá. Todo lo maneja como si fuera un hato. La barbarie anda de fiesta con las universidades cerradas, y las cárceles llenas de presos políticos y sociales. Por ello es que cuando el hombre es sacrificado por la codicia y trabajado únicamente con el propósito de su propio bienestar, sin importarle la suerte de sus semejantes, ese hombre no quiere a nadie, señores.

Don José María no hizo ningún gesto de disimulo al colocar su mirada penetrante a la de su hijo, que contrariado por las palabras del hermano mayor, volvió la espalda como mirando a las afueras de la casa, simulando pensar, para hacerse el inadvertido, pues por boca de toda la familia se conocía de su natural codicia por el patrimonio económico paterno, que consideraba en tres cuartas partes para él; pues conocía del desprendimiento de la herencia del hermano como producto de su sacerdocio, y por supuesto; solo quedaba Betsabé, su hermana menor; a quien por inocencia y desconocimiento aparente de los bienes, sería más fácil manejar.

Qué equivocado estaba.

Héctor conversaba con fluidez tratando de buscar una salida más afable al desacuerdo familiar por razones de orgullo en el manejo de criterios. Conocía muy bien la preparación autodidáctica del padre que lo hacía mantener su aplomo, pero que era únicamente sacado de sus casillas por los planteamientos sarcásticos del hijo provocador de situaciones hostiles.

Por esa razón, debía manejar la tertulia con mucho cuidado y discreción, pues sabía muy bien de lo que eran capaces de hacer padre e hijo, pudiendo llevar las consecuencias a la hecatombe familiar que tanto temía el sacerdote.

No muy lejos de la tertulia en otro salón cercano al corredor, Betsabé, la hija mejor de los Torrealba, se encontraba en compañía de un joven que la visitaba los fines de semana con el propósito de pretenderla. Ella era alta y de exquisitos modales con el cabello ensortijado

por bucles de la época, y largo vestido que disimulabas sus finas formas apreciadas por muchos.

Betsabé estaba por finalizar sus estudios secundarios en un conocido colegio de monjas de la capital, y estaba de asueto por aproximarse la semana mayor.

Había escuchado con discreción la recia conversación de sus hombres más importantes, y la escuela sabia de Héctor le había parecido la más concreta.

El joven que la acompañaba disimulaba muy bien su trato cortés con el volcán de irresoluciones e hipocresía que llevaba en sus entrañas.

—¡Nido de truhanes! —exclamó en sus adentros— El padrecito trata de acercarlos, y ellos se alejan. Cada quien pensando en su propia plata, y no se dan cuenta que este pimpollo se me acerca cada vez más a la carnada.

En la búsqueda delpreciado manjar que cual néctar divino para el hombre ávido de sangre joven como lo dictaría el precepto del vampirismo morboso, estaba aquel perillán, improvisando la falaz etiqueta del caballero conservador y prudente ante la aparente inocencia de la hermosa Betsabé que parecía preocuparse de las diferencias mentales de sus familiares.

En ella había florecido desde sus años de niña aquella superioridad que le había ocasionado problemas en sus relaciones amistosas, por el hecho de ser la única hembra, después de su madre, en aquel entorno familiar plagado de varoniles esencias, y aunque, nunca antes se había sentido tan mujer como en ese momento, las actividades masculinas le atraían sin antecedentes de

marimacho, como es el clásico estilo de la niña sobreprotegida por sus consanguíneos. No perdía Betsabé la oportunidad de jugarle malas pasadas a su padre, haciéndolo rendir en buena lid aquellas noches calurosas frente a la mesa de billar, cuando don José María no daba crédito a la habilidad pasmosa adquirida por su hija en la técnica del manejo del taco y la tiza, que él, sin disimulos le había enseñado, y que luego ella superó como la mejor de las expertas.

—Diez carambolas en fila es suficiente para ganarme, y fajarte con el mejor jugador de todos estos lares hija —exclamaba aparentemente complacido el padre y señor de la suntuosa hacienda.

Ella no dejaba pasar la oportunidad para exhibir su donaire propio de las jóvenes de su edad.

—Eso te lo debo a ti, papito. ¡Es propio de tu escuela!

—¡Tonterías, hija! —volvía adular su resignado padre, con la espina dentro del pecho que cercenaba su impotencia machista— Aún así —proseguía con elocuencia el bienhechor de nuevas generaciones—, es importante que tengas cuidado, Betsabé, pues quien maneja un vicio como este con extrema precisión, se hace víctima de él.

—A veces —como quien maquina la lógica razón a la cual conduce el manejo del exceso— saberlo todo, resulta peligroso. ¿Y sabes por qué, hija? Porque a veces nos falta espacio para canalizar tanta sabiduría junta, y nuestra mente es capaz de explotar cuando lamentablemente ignoramos cómo y dónde aplicar todo lo que sabemos.

—La sabiduría del hombre es como un juego de ajedrez. La sabiduría, y el intelecto, para ser más exacto, son la reina y el rey en el tablero del juego ciencia. Tienes que cuidarlos ambos a capa y espada, para que el contrario no los destruya, hija.

—¿Y quiénes en este caso, serían los peones de la partida entre la sabiduría y el intelecto, padre? —solicitó la respuesta la ágil mentalidad de la jovencita ávida de verbo filosófico.

—Los peones son la prudencia y la humildad, los caballos la imaginación, las torres y los alfiles la constancia, querida hija —puntualizó con broche de oro don José María.

Por esa y muchas más razones, aquel arrogante jovencito llamado Ignacio, aspirante al amor, la correspondencia y la entrega de Betsabé por la vía de lo fácil, como él ingenuamente se lo imaginaba, sería más bien la trampa fácil de donde son incautos quienes presumen de astutos.

El justo corderito rumbo a la cueva del lobo.

—Entonces, mañana bien temprano te invito a dar un paseo a caballo por los alrededores de la hacienda —exclamó el invitado como si se tratase de una propiedad suya. Pero el relámpago de su mente captó las intenciones sarcásticas de la joven apellidada Torrealba en electrizantes respuestas—. Claro que deberías ser tú, por supuesto, quien formule la invitación, por ser la dueña de la finca. Pero, todos sabemos que es de poca elegancia que sean ustedes las mujeres las de las proposiciones, ¿no te parece?

—Fíjate que no, Ignacio –contrarió Betsabé con intuición femenina–. Ese viejo e intolerable dicho que reza que “el hombre propone y la mujer dispone”, debe haber sido creado por el más grande de los machistas. ¿Por cuál razón las mujeres no podemos realizar proposiciones si hemos demostrado tener tanta o más inteligencia que ustedes los hombres?

—En la palestra de la moda han estado talentos de este país como Teresa Carreño, insigne pianista consagrada en los mejores escenarios del mundo. Y si de fortaleza física y arrojo personal se habla del hombre solamente –continuó Betsabé–, allí tienes a Juana de Arco, quien fue sacrificada por la infamia de sus mismos compañeros, pero demostró su coraje hasta el momento de su final en la hoguera.

—No dudo en ningún momento de las habilidades de las mujeres, por el contrario, elogio sus cualidades, y si a ello agregamos su belleza física que las convierte en las reinas de la vida y en nuestra única razón de existir. Llego a la conclusión de que son el ser más importante del universo.

—Eres un poco exagerado, Ignacio, pero aún así; gracias por el halago –acotó la hermosa jovencita tomándolo de las manos.

¿La habilidad del joven funcionó una vez más? Quién sabe.

La vorágine entre aquellos seres cuyos criterios estallarían al momento de producirse el desacuerdo entre ellos, ante las decisiones que debían tomarse o no; apenas comenzaba.

Pronto vendría el descrédito familiar ante las secuelas que dejarían los pecados capitales de aquella familia sacrificada por el complejo de “quien es mejor”, competencia por demás portadora de las más deshonestas necedades que son desatino del ser humano, al no poder canalizar la humildad en aquel complicado tablero de ajedrez, como lo había manifestado don José María en aquella ocasión, y que como él mismo lo había reiterado inequívocamente: las convertiría en víctimas de sus propios vicios, y desatinos.

LA “SOMBRA OCULTA”

No lejos de la casa de campo, residencia de los Torrealba, bajo unos verdes prados donde los árboles se abrazaban dándole un extraño y misterioso encanto a aquellos parajes solitarios tan tupidos de vegetación, en el cual el sol apenas asomaba a pesar de encontrarse en pleno cenit, se distinguía el joven y fresco río de aquella zona. El agua inquieta y traviesa se colaba entre las grandes piedras centenarias que imponentes erguían su calcárea presencia. El murmullo de la corriente en su choque con los peñascos daba una apacible sensación de tranquilidad, que era deliciosamente armonizada por el arrullo de las aves canoras que incitaban al reconfortante descanso y meditación.

El afluente con características de riachuelo dada su adolescente fuerza, atravesaba a lo largo toda la hacienda hasta perderse por debajo de una oscura gruta que parecía pasar por debajo del carro que separaba un valle del otro.

Allí, en la profundidad de la cueva, el río cristalino y gracioso parecía desaparecer, y una maraña de ramas entrecruzadas cual raíces de un árbol en extinción que pareció vivir en épocas no muy lejanas, se encargaba de impedir un poco el paso del agua. Detrás de esas varas secas y retorcidas que parecían exclamar un alto al visitante que merodeaba por esos lares, parecían comenzar las redes de la incógnita insondable.

El sosiego en aquel rincón de la montaña describía con fluidez las grandes expectativas por explorar ese abismo, donde se conjugaba la paz con el enigma que acentuaba aún más el temor de los visitantes por descifrar el acertijo de lo insospechado en la entrada de aquella galería, cuya altura apenas alcanzaba a aceptar la entrada de un hombre de mediana talla, quizá por advertir con su menudencia y negra maraña la presunción por indagar en su interior.

Era en efecto, un pequeño y poco largo túnel casi subterráneo, que miles de años atrás había sido construido por la magistral sabiduría de la naturaleza que cada día ofrece para nuestra admiración la sorpresiva arquitectura de sus bellezas naturales.

Fue en aquella época remota, cuando luego de descubierta por aquellos desconocidos y atrevidos pintores de los hermosos petroglifos existentes en la zona, fue convertida por ellos en su capilla o santuario donde se adoraban las deidades más insospechadas.

Con el tiempo, fue ya francamente profanada por los indígenas que habitaban en las inmediaciones de aquel gran lago adyacente al lugar quienes convirtieron a la

gruta escondida entre el monte en un lugar sagrado para ellos.

En su interior, aprovechando unas pequeñas orillas que durante el verano entrecortaban la corriente fluvial, se realizaban en las noches más oscuras extraños ritos, hermanos de la superstición, o la fe de aquella cultura encobijada por el sortilegio del alma apretujada por el ímpetu de la búsqueda.

La solicitud del por qué de la vida, a veces ha generado respuestas inalcanzables para quien verdaderamente no está ubicado dentro de un nivel espiritual que satisfaga sus razones de existir.

Eso lo sabe la mayoría.

Y esa colectividad que por tiempo incontable hasta los días de su experiencia en la gruta llegaron a experimentar esas extrañas sensaciones, los habitantes de aquella tierra fueron los encargados de hacer efectiva la leyenda que fue recogida de generación en generación, y que quedó arraigada en la región como una de las historias más escalofrantes, nunca antes contadas por quienes tuvieron la experiencia de vivirlas en propia carne.

Una de esas víctimas era un senecto hombre de campo cuyas experiencias en la vida le habían granjeado un aura de cariño, respeto y consideración a sus ciento dos años llevados con la más absoluta fortaleza y lucidez.

Don Ascensión Pérez era oriundo de aquella región del país, y manifestaba con la más absoluta credibilidad de sus contertulios concededores de su seriedad y recio temperamento, que había venido al mundo por allá por

los años de la gesta independentista, entre 1810 y 1811, aunque algunos de sus familiares aseguraban que cuando el generalísimo Miranda enarboló por primera vez el pabellón tricolor en nuestro país, ya don “Chon”, como cariñosamente se le llamaba, andaba entre los recién nacidos.

Don Chon era descendiente de indios tacariguas, etnia cultural pobladora de las inmediaciones de lago de Valencia, y con los años fundadores y constructores de todas aquellas poblaciones al sur-este de ese estado.

En sus historias, que eran escuchadas por sus amigos y allegados con el más profundo interés dado su verbo autodidacta, alentador para quienes tuvieron poca oportunidad de ilustrarse, relataba aquel anciano, cuyos ojos negros y brillantes ya casi cegados por la inclemencia del tiempo se llenaban de lágrimas, en la evocación de aquellas jornadas; contaba que su padre había sido un guerrero de valor incalculable que lamentablemente perteneció, luchó y murió junto a las hordas del ejército realista con José Tomás Boves, el terrible asturiano como jefe, y quien por lealtad al sanguinario español, le acompañó hasta Úrica, donde pereció de un pistoletazo, junto con su conductor, a pesar del triunfo realista que ocasionó la pérdida de la segunda república.

Fue así como Chon quedó huérfano siendo un niño de apenas ocho o nueve años, sin más amparo que el de su joven madre, quien luego de deambular con su hijo a cuestras a la buena de Dios, solicitó trabajo en una hacienda cercana, donde posteriormente el flagelo de la

peste acabó con su vida, dejando a don Chon una vez más, abandonado con apenas catorce años.

Ubicado el joven mancebo en las adyacencias del sitio donde se consumó con gloria la liberación de las cadenas españolas por parte de las filas patriotas, pudo contemplar con asombro la desbandada del mallugado ejército del general La Torre, ya en franca extinción, y con la etiqueta del espanto sobre sus hombros, o el grito redentor del “no me mate”, y el “sálvese quien pueda”, resquebrajos del alicaído batallón valencey, que dejó furtivos en casi todo aquel territorio, a soldados aterrorizados que fueron testigos de aquel patético decreto de Trujillo, por allá en el año trece, que no tenía clemencia para ningún peninsular, y que en Carabobo había avivado su llama implacable, recordándoles con la carnicería vívida, que aún existían venezolanos con arrojo y sangre bien mezclada en las venas.

En una que otra hacienda que sobrevivió o desapareció con el tiempo, para dar paso al modernismo, creció don Chon sin más armas para el trabajo que su inteligencia, fortaleza, honradez y buena voluntad, virtudes naturales que le servían para ganarse la confianza y el cariño de los patrones a los cuales servía, pero llevando en su alma muy al contrario de ellos, la espina reprimida del revolucionario simpatizante liberal, ideología también antípoda a la recogida por su padre en sus días de luchador social.

María Ignacia se llamó la única mujer que le amó con respeto y vehemencia, y a la cual correspondió con la gentileza e ilusión que da el amor juvenil, ávido de

nuevas sorpresas en la construcción de un hogar que aunque humilde, representaba para él, una nueva alternativa con mejores dividendos que el de incorporarse a la campaña del sur emprendida por el libertador, una vez saboreados los laureles de Carabobo.

Como peón de hacienda, y bajo humilde techo que construyeron sus manos con el sudor de su trabajo, nacieron sus cinco hijos, varones todos que consolidaron aún más el apellido probablemente sin importancia de abolengo, pero de orgullo infinito ante el libro humano de quehacer autodidacta que vería nacer, crecer y morir a nietos, bisnietos y tataranietos bajo su sombra reconfortante y protectora, llena de anécdotas y experiencias.

Transcurrido el tiempo, y a pesar de sus años de juventud en la tranquilidad que proporcionaba tanto el amor de su mujer e hijos con un trabajo pobre pero honrado, el llamado de la guerra tocó las puertas de su espíritu luego de cumplidos los cuarenta y cinco, con el entusiasmo de lucha que crecía en el alma liberal ante la aparición del precursor de la federación, que parecía prometer nuevas luces y horizontes para el desarrollo del país.

Allí, en la misma tierra donde habitaba con su familia, comenzó su labor de guerrillero furtivo entre el personal de la hacienda donde laboraba.

Se ocupaba durante las noches de realizar reuniones con la gente adicta a la causa, ganando rápidamente tanto allegados dispuestos a incorporarse al ejército de Zamora como recibiendo pertrechos, municiones y armas que debía esconder con la más absoluta discreción,

pues el gobierno realizaba un exhaustivo trabajo de inteligencia, con el propósito de descubrir a los insurgentes desestabilizadores del sistema conservador.

Fue en una noche de lance ocasional cuando a escondidas de su mujer e hijos al concertar una cita con la fémina que le aguardaba disimulada y temerosa a la orilla del río, descubrió la cueva tras la maraña de secas ramas a la luz de la antorcha, y cuyo contraste le daba matices lúgubres.

En la negra cobija de la noche cómplice en el amor adúltero, Ascensión Pérez probó las deliciosas formas de aquella niña de apenas quince años, quien decidida a la entrega total, y ávida de sexo, producto de la pubertad anhelante, recibió las primeras caricias del amor experto, preámbulo del debacle y la amargura futura a tan temprana edad.

La flama de la antorcha parecía también estremecerse como único testigo de aquella escena franca de amor apasionado, que parecía rasgar el silencio respetado de la medianoche, ante los gritos de placer de ambos que no podían ser escuchados por ningún ente vivo en algunas millas a la redonda, pues el rumor del río con las piedras se encargaba también como partícipe; apagar los ecos pasionales.

El explosivo clímax prometedor de la cima del cielo en ambos fue súbitamente interrumpido por otros gemidos claramente perceptibles, y que ambos pudieron identificar con el miedo a flor de piel.

Eran sollozos de niños recién llegados al mundo, que sobresaltaron de temor a los amantes pecadores, quie-

nes presas del pánico y desnudos aún; se abrazaron el uno al otro, mientras los lloriqueos amplificaban en estruendo como si fueran muchos los pequeños que se quejaban ante los atónitos hombre y mujer.

Ascensión, sudando copiosamente y con increíble sangre fría, se llevó la mano a la cruz de azabache que colgaba en su pecho, y la oración cotidiana del padre-nuestro afloró en sus labios y garganta; que casi no articulaban palabra, producto de la parálisis.

Una y otra oración volvieron a inundar el ambiente frío y húmedo de aquel recinto, hasta que los gritos infantiles fueron cesando poco a poco, dejando a la cueva sumida otra vez en absoluto silencio, solamente roto por los gimoteos de la aterrada amante niña que ahora era mujer.

Una sombra imponente pasó de pronto cual celaje como encima de ellos. Su perfil ante la luz de la mortecina antorcha, simuló la silueta de un indio con la cabeza adornada de algo que Ascensión pareció identificar como plumas.

Creyendo Chon, que se trataba de un vivo agazapado entre las sombras, echó mano de su revólver y disparó una y dos veces a la oscuridad, sin recibir respuesta.

El eco de la explosión retumbó por los cuatro costados de la grieta, y los amantes no supieron si sentir temor ante la alucinación vivida en esos caminos peaminosos, o porque la onda expansiva amenazara con derrumbar la cueva cuya construcción rocosa desconocían.

Chon trató de asimilar la experiencia vivida unos días después cuando meditabundo recordaba los sucesos acontecidos con aquella magia tan elocuente.

Pensaba que era la advertencia de su conciencia manchada por el peso del pecado seductor, ante la persuasión a la consumación del acto sexual, por parte de un ente de cuarenta años, ante la distancia cronológica de una criatura de quince.

Pero, tampoco era elemento de temor infundido por piruetas sociales que le marcaron la vida con el sello de la aberración, pues conocía de la avalancha promiscua de las jóvenes de esos lares, y estaba experimentalmente preparado para cualquier trampa que alguna de esas doncellas o no; pudiera tenderle.

Por otra parte, aceptó con aplomo la visión cegadora del valor masculino experimentada durante aquella noche de tentación hacia la carne virginal, y dispuesto a resolver el asombroso acertijo que además de la excitación pasional que le timbró la piel, quiso una vez más a hurtadillas y revólver en el cinto, revisar con la ayuda de la rudimentaria antorcha la cueva durante el día. La réplica de un nuevo sortilegio se lo proporcionó el mutismo existente en la gruta.

Sólo encontró las huellas de la tierra removida por el preámbulo amoroso de la noche anterior, y apenas en pequeño murmullo de la corriente mansa que corría rumbo al otro lado del cañón. De súbito se encendió la yesca de su imaginación, y afloró la idea perfecta de que el lugar sería el escondite por excelencia para las armas y las municiones de la revolución.

El escondrijo casi camuflado por la vegetación de camarera seca, fue bautizado por Chon como la “Sombra Oculta” y fue únicamente él, el protagonista del secreto natural que llevó en su silencio prometedor de sí, durante años y años, cuando también en sus consuetudinarias visitas nocturnas descifró la verdad aterradora que guardaba aquella cueva, en una revelación que le fue hecha en sueños, y le obligó a escudriñar una vez más, el sitio palmo a palmo, hasta realizar uno de los descubrimientos más macabros en su existencia.

Pensando que se trataba de hueso de animales, una vez tomó entre sus manos el filo de uno entre la tierra, y al atraerlo hacia él fue cuando contempló impresionado las pequeñas vértebras humanas que durante cientos de años habían permanecido casi intactas. Al continuar escarbando, logró encontrar los diminutos cráneos que identificó con sangre fría después de examinarlos detenidamente, como restos de niños recién nacidos.

Ascensión Pérez mantuvo el hallazgo magnicida dentro de la más absoluta discreción, y ni siquiera sus hijos dignos y plenos de su confianza paterna se enteraron de la existencia del cementerio infantil oculto en la cueva.

Además del inefable hallazgo, la “Sombra Oculta” se preparaba para proporcionarle al maduro descendiente de Indígenas, el recuerdo más imperecedero de su existencia. Al transcurrir los días, aquella audaz quinceañera que se coló dentro de su sangre de temple, comenzó a experimentar los síntomas con los cuales padece la mujer próxima a ser madre.

La aterrada joven, luego de tener certeza de su embarazo, se eximió de comunicárselo a Chon, e inmediatamente buscó la vía del escape furtivo, distanciada de sus padres y sus dos aguerridos hermanos, que a punta de golpes no lograron hacerle confesar la culpabilidad del seductor.

A pesar de la medida con la cual el indio Chon estaba acostumbrado a obrar, muy propio del *modus agazapado* del aborigen, quien desconfía hasta de su sombra; fue descubierta su felonía y así, sus familiares profundamente afectados por lo que ellos consideraban irrespeto y vejación al seno de su progenie, se prepararon a tenderle con la más absoluta cautela y silencio, la celada que habría de cobrarle su osadía con la muerte enredada entre el pecho enloquecido de ambos.

Después de realizarle un minucioso seguimiento con el propósito de asesinarle sin dejar rastros de él, aquella noche sabatina propia de diversión, donde se conjuga el trago que pone a tono con la delicia codiciosa del amor robado, aprovechando los vapores de la farra que distrae el alma ingenua de desenlaces trágicos, los dos hermanos afectados, le siguieron presumiendo distraído al desconfiado Chon, que de inmediato se percató de la inminente emboscada y se preparó a tenderles la cacería a los cazadores.

La sorpresa para aquellos jóvenes defensores del mallugado honor familiar fue mayúscula, al encontrarse frente al intrépido Chon, que pudo haberlos inmolado a vil traición, pero su coraje y suficiencia en el combate cuerpo a cuerpo, rompió con el viejo precepto el cual

reza que al enemigo no pueden otorgársele oportunidades, y fiel al dogma de la legalidad que no existía, pues eran dos los contendientes con quienes debía lidiar; les permitió la oportunidad que defenderse y serenamente esperó el ataque al arma blanca, cuyos filos mortíferos casi rasgaban el aire de la noche trágica.

Un machetazo certero de la mano de Chon fue suficiente para decapitar al primero de los osados, que no tuvo tiempo ni siquiera de dejar escapar el gemido de dolor, onomatopeya que suele acompañar al suplicio acerbo de la herida mortal.

Un zarpazo desesperado del cuchillo antípoda en su vientre, le recordó al veterano indígena que la lidia no era tan fácil como creía, y viéndose herido de consideración lanzó el resto de su brava estirpe abriendo en dos el cráneo del segundo hermano que se desplomó sin vida, no sin antes exclamar la conocida y tosca frase con la que se suele vejar a la autora de nuestros días.

Una vez consumada la hecatombe y sintiéndose satisfecho a pesar de la barbaridad cometida y aún herido, procedió a sepultarlos bajo la tierra cómplice de la "Sombra Oculta".

Conociendo el inexorable suplicio que le aguardaba en manos de la ley al ser descubierta su fechoría, confesó con sangre fría el magnicidio a su mujer e hijos, y se preparó a despedirse de ellos emprendiendo la huida con su incorporación como recluta en las filas del ejército general.

Allí desapareció Chon por espacio de algún tiempo enrolado en la trompa que le llevó inclusive hasta los

campos de Santa Inés a las órdenes del despiadado y archiconocido Martín Espinosa, y posteriormente del patizambo y respetado Ezequiel Zamora.

Retornó a su seno familiar luego de dos años de ausencia ante el fracaso de la revolución que ocasionó el asesinato del caudillo liberal a manos de su misma hueste.

Se encontró con su mujer, aún sobreviviente a pesar de su ausencia, llena de nietos y con la desaparición física de dos de sus hijos, víctimas del desquite familiar de su antigua y joven amante, recordándole que la vieja herida de la enemistad entre familias no había cicatrizado.

Imaginó con certeza y sin duda alguna, que la vorágine aún viva de la venganza seguiría cobrando víctimas inocentes del parricidio cometido por él años atrás. Pensó volverse a esconder pese a la insistencia y ruego de sus hijos de permanecer con ellos, y así avivar la llama apagada de la ausencia con el reencuentro conciliador, además de la protección que ofrecían sus tres vástagos, herederos del arrojo y valentía de Chon, y para quienes no existía ningún temor ante las amenazas de la cual habría sido objeto el núcleo familiar.

Los vengadores nunca lograron obtener una prueba fehaciente que pudiera condenar jurídicamente a quien ellos consideraban como único autor material del asesinato de los dos entes, ahora desaparecidos en extrañas circunstancias.

Fueron ellos mismos quienes se encargaron de pregonar a cuatro vientos la consumación de la venganza ante el acto cometido por el seductor; pero a la vez la

prudencia y el silencio del persuasivo amante le proporcionaba alegados que realizaban su coartada.

De todas maneras, el resarcimiento de la parte afectada ya había sido consumado. Dos por dos, son cuatro. Allí quedó aclarada sin aviso y sin protesta la lección que proporciona la ley de la regresión, y que reza el inefable recaudo de la vida: “ojo por ojo, diente por diente”. Necesitaba también el sustento de un empleo que a sus cuarenta y tantos llevados con la más absoluta dignidad le permitiría encantar aún más a su orgullo machista de sentirse útil entre su familia.

Por tal motivo, Ascensión Pérez conociendo de la pujanza económica que ofrecía el consorcio ganadero, en el momento más importante de toda esa región, solicitó una oportunidad para él, y sin temor alguno tocó las puertas de la hacienda “La Torrealbera”, iniciando allí a partir de entonces, una nueva carrera exitosa en la mitad de su vida, donde la mayoría de la gente asegura que la fuerza física y mental del hombre comienza a flaquear.

En ese ambiente, que era mezcla de costumbres citadinas y campesinas, conoció a Don José María Torrealba, en ese momento mancebo y gallardo, aún soltero y con los ojos puestos en el triunfo, pues la vida le sonreía por los cuatro puntos cardinales.

La noticia de que en la hacienda se realizaba la labor de la cría de caballo de raza, le entusiasmó aún más, pues había aprendido mucho de ellos en esos sus días de la guerra, además de aquellas anécdotas relatadas por su padre en la época de la independencia, acerca

del cuidado que él realizaba personalmente a “Antínoo”, el alazán de José Tomás Boves.

Tendría para entonces José María algunos quince o dieciséis cumplidos, llevando paralelos a su formación académica, el aprendizaje de las faenas de la finca, ayudado de la experiencia de los empleados y de su propio padre, Don Pancho Torrealba, que le asesoró como único hijo varón, al manejo cotidiano del haber y el deber de “La Torrealbera”, hasta el momento de su muerte, cuando José María contaba con veinticinco cumplidos.

Aquella desaparición física del hombre más importante de su vida, aunado al matrimonio posterior de su hermana menor Aida Torrealba, lo obligó a desposarse inmediatamente con doña Manuela Ponds, hermosa dama de la alta sociedad falconiana, y también poseedora de una nada despreciable fortuna ganada en posesiones de tierra, por allá por las cercanías de la sierra de Curimagua.

De la unión conyugal Torrealba-Ponds, nacieron Héctor, Daniel y Betsabé, habiendo sacrificado esta última, la existencia de su madre, quien falleció durante el parto. De ello heredaría la única hija hembra, el complejo de culpa que llevaría en su corazón por mucho tiempo, al igual que don José María, quien también asumía el delito de haber dejado encinta a Doña Manuela cruzando los cuarenta cumplidos, cuando un embarazo representa alto riesgo.

Don José María quedó viudo en la edad donde se conjuga la experiencia de la vida con la madurez de

los sentimientos que pueden tanto abrir como cerrar el camino que transita un hombre.

Allí finalizó el capítulo afectivo que pudiera formalizar una nueva relación en la vida del elemento rico y respetado que ahora no era tan joven.

A partir de entonces, se dedicó con mesura a la atención y educación de sus hijos, teniendo romances furtivos con mujeres jóvenes, a quienes tomaba y dejaba a su antojo, tratando de mitigar con ello, la sed del cariño que tanto le faltaba y que a la par no encontraba.

—¡Enséñame a vivir, extraño mundo! —exclamó en una oportunidad cuando descubrió que todo el dinero que él poseía era poco para obtener la felicidad que tanto anhelaba.

No hubo mujer capaz de sustituir como madre la crianza de sus hijos, que fueron creciendo bajo su tutela, con el respeto a su independencia en el manejo de criterios y escogencia del modo de vivir.

Héctor, con su acentuada vocación sacerdotal, ingresó a un seminario de la capital, que luego de sus altas calificaciones en teología y filosofía, le valieron la oportunidad de trasladarse a Europa, donde prosiguió su formación religiosa en un instituto jesuita, ordenándose luego de algunos años, y egresando posteriormente como uno de los reverendos más jóvenes y brillantes dentro de su promoción.

Daniel, por el contrario, reacio a matricularse en alguna institución superior que le ayudara a complementar su formación recibida en la escuela secundaria, prefirió seguir bajo el asesoramiento de tutores de reconocida

ilustración, que le orientaron en materias importantes para el enriquecimiento cultural de un hombre como filosofía, historia, literatura, matemáticas y álgebra, asimismo unas lecciones elementales de zoología y medicina veterinaria para el mantenimiento de sus caballos.

Betsabé representaba, por ser la única hija, el calificativo de “reina de la casa”, razón por la cual era minuciosamente cuidada de los perjuicios ciudadanos a los cuales estaba expuesta por permanecer en la capital, siguiendo su crecimiento escolar.

Por otra parte, don Ascensión Pérez había aprovechado aquellos años de firme oportunidad en el nuevo empleo, para definitivamente decirle adiós a la revolución, que había entendido no era la mejor solución para cambiar el modelo político implementado desde la colonia por el gobierno español, y que por la actitud complaciente de los conductores del país que con asombro había visto pasar luego de la muerte de Zamora, no habían contribuido si no a generar focos de corrupción, y abrir las puertas de clientelismo desenfrenado que tanto daño hacía a Venezuela.

La amistad arraigada con Don José María después de tanto tiempo de trato cordial, le abrió las puertas a la confianza, cariño y respeto que puso en él el núcleo familiar, y don Chon aprovechó la ilustración que ofrecía el altísimo nivel cultural de los patrones, para por primera vez recibir la formación que la vida no le había permitido realizar por su condición social, y que tanto había anhelado.

Pensó el viejo indio, que si la familia Torrealba le había revelado sus secretos claves para salir un poco de la barbarie en la cual había nadado durante tantos años; tendrá él, en señal de agradecimiento, que retribuirle con la misma confianza, revelándole los enigmas que había descubierto en sus años mozos, las experiencias que le habían enseñado a curtirle el alma, y las visiones alucinantes que le habían abierto las puertas al inexplicable mundo de lo paranormal.

Para ello, la atención que generaría asombro primero y luego la seria credibilidad de don José María como su ente más allegado, fue más que suficiente.

Y una noche de tertulia, donde los vapores del brandy y el aguardiente, templaron el temperamento de aquellos dos hombres totalmente distanciados en edad y experiencia, pero igualmente francos en arrojo; ambos intercambiaron ideas sobre sus opiniones acerca del mundo del más allá, donde el realismo y la magia se convirtieron en uno sólo para avivar el sexto sentido del hombre en su búsqueda de respuestas, en el misterioso abismo de la muerte.

La “Sombra Oculta” aguardaba también por el dueño de aquellas extensiones de tierra para conocerle y enseñarle su sortilegio, del cual don José María no saldría jamás dada la docilidad de su espíritu, y que fue el encargado de esconder su miedo reprimido ante la vida a pesar de su elocuencia y carácter externo.

El temor natural ante lo insospechado, sin embargo, lo podría lograr asimilar luego de pasar por la dura prue-

ba de la incertidumbre, que a su vez le daría la respuesta del peligro o la seguridad.

Ya tendría tiempo don José María para poner a prueba entonces sus nervios de acero, castigando y enterrando a través de su adusto proceder su bondad y simpatía que siempre le habían acompañado para generar conocimientos en aquellos que requerían de su ayuda, su vehemencia en la enseñanza del tránsito por los caminos de la vida se había apagado para siempre.

EL PESO DE LOS PECADOS

Durante los años de transición que dieron lugar al desarrollo personal de los hijos de José María Torrealba, fueron los que Ascensión Pérez aprovechó para acercarse más a la confianza que le había proporcionado el patrón, por considerarlo como ente honrado primeramente, y sensato por la escuela ruda de su vida en el experimento y ejercicio de casi todos los pecados capitales.

—Has descansado un poco del descarril de tu vida, Chon. Al paso que caminabas con el propósito de aprender a defenderte en el mundo, ibas rumbo a la podredumbre, hombre. Pero me asombras, y sin necesidad de ofenderte con mis palabras, eres una completa escuela de corrupción.

—También existen los sentimientos, don José María. Este indio trajinao por las circunstancias, con callos en las manos, y por la úlcera que hoy lo mata por el estrago del hambre aguantá, también tiene y tendrá siempre un corazón pa' amar y cariño pa' que lo amen.

—¿Sería capaz una mujer enamorarse de alguien como tú?

—Ya lo dijo la biblia, patrón –contestó el maduro indio–, el que esté libre de pecao, que lance la primera piedra.

—Y en mi caso –prosiguió–, con todas las barbaridades que he cometido en la vida, aunque usted no lo crea, tengo la esperanza de salváme y verle la sonrisa a Dios.

—La cara del creador la vemos todos los días, para ser más preciso, Chon. En el azul del cielo, en el color de las flores, en el volar de las aves, donde quiera que mires belleza, ahí está su presencia y su sabiduría.

—También existen otras cosas que yo he visto y usted no, patrón.

—¿Cuáles son ellas? –interrogó don José María con curiosidad.

—Visiones que no son precisamente bonitas como el cielo y las aves de los que usted habla, don José María –respondió Chon con aplomo.

—Tonterías, Chon, vulgares supercherías propias de la superstición de tu raza, me imagino –exclamó el dueño de la casa en tonalidad burlona.

—No se ría, ni se meta con las cosas del más allá, patrón, porque hasta pa' eso hay que pedí permiso.

—Al Diablo con todo eso, amigo, no creo en semejantes barbaridades propias de gente ignorante y vulgar.

—¿Está usted seguro que no quiere ver lo que le voy a mostrar? –le solicitó insistente el indígena, ya con el propósito de olvidar el asunto.

—Porque te considero un hombre serio, voy a aceptar la invitación que me haces. ¡Ah! Pero eso sí; te agradezco no te enfades si me río. ¿Entendido? —puntualizó don José María aún con la mofa en su rostro.

—Lo más probable es que se ría, pero del miedo, patrón —exclamó don Chon, invocando el orgullo de su jefe.

—No tengo miedo a nada ni a nadie.

—Eso mismo decía yo.

Como para hacer aún más tétrica y de cuidado la entrada a la “Sombra Oculta”, quisieron las circunstancias ecológicas de la naturaleza que en las inmediaciones del río adyacente a la entrada de la disimulada cueva, que aparecieran como por sortilegio muchísimos nidos de alimañas, como alacranes y arañas que plagaron las orillas del afluente, lo que no permitía que uno y otro osado víctima de la curiosidad por indagar en las profundidades del lugar, se acercara sin ser atacado por los mortales y repulsivos insectos.

Y sentados ambos hombres en las poltronas del corredor en el amplio pasillo de la casa, esperaron el canto del gallo de la medianoche sin luna, en aquel viernes santo, donde el dolor de las almas católicas padecen y se suman en la sacrificada vigilia de la oración por la muerte de nuestro señor Jesucristo en la cruz del perdón del pecado terrenal.

—Mandinga anda de fiesta esta noche, patrón. Anda suelto por estas soledades, corriendo la seca y la meca.

Don José María no pudo disimular su miedo con el característico carraspeo gutural que da el temor reprimi-

do, mientras caminaban rumbo al sitio en la profunda oscuridad que escondía el andar de los dos hombres.

—Abra bien los ojos, patrón, que esta noche le voy a mostrá algo que usted nunca en su vida ha visto.

—Lo que pasa es que el temor a veces hace ver cosas que no son, amigo Chon.

—¿Y no me dijo usted hace rato, que no le tenía miedo a nada ni a nadie? —recordó Ascensión Pérez con una risita que el jefe no pudo ver.

—Es la adrenalina solamente, Chon —respondió don José María para justificarse, creyendo que el indio había ignorado el significado de la hormona, pero Chon sonrió complacido, y reiteró la frase:

—Solamente, patrón.

—Estamos en la hora donde ustedes los brujos aseguran que el espíritu mengua, ¿no es así, Chon?

—El espíritu fuerte no arruga ante esta prueba, patrón, pa' este lao del monte sólo los machos se atreven a pasar.

—¿Qué es lo que usted llama "macho"?

—El que se mantiene fuerte pa' las pruebas duras que da la vida y la muerte, don José.

Y atropelló luego sin dar tiempo:

—No es macho solamente aquel que lo tiene largo y grueso, ni quien se lanza dos sin sacalo, ni aquel que le siembra cinco hijos a la mujer pa' pensar que es semental, diciendo que tiene los cojones bien puestos, y luego le faltan los cojones pa' mantener a los muchachitos que ha traído al mundo, sin ellos tené la culpa, don José María.

—Macho es aquel que aprende a no agarráله gusto a la carne que sabe que algún día se le va de este mundo, y que pregona que es de su propiedad.

—¡Ay mi patrón! —suspiró el hombre servidor con los ojos un tanto humedecidos— El mundo está extraviao, porque toda la vida ha estado pregonando mentiras que los hombre dicen tener como verdades.

—Entonces, ¿considera que el desatino no tiene verdades guardadas para la humanidad, amigo Chon? —solicitó anhelantemente don José María, como tratando de lograr una respuesta que diera alivio a su alma atormentada por la cruda realidad plasmada por Chon a través de su resolución sencilla de la vida de una manera magistral.

—Claro que las tiene, pero como dije antes: no cree en ellas. Nosotros, los hombres, don José María —continuó el indio Chon—; somos tan brutos que tó el tiempo le estamos haciendo preguntas al mundo, y ese mundo nos da las respuestas claritas pa' vivir en sana paz, pero nosotros somos como la mula: tercos de bola, y tenemos que esperá que nos ocurran las cosas, pa' más o menos enderezarnos, pero no cogemos escarmiento nunca, mi patrón. No agarramos lecciones, y a la par vamos pa' atrás como el cangrejo.

Solicitó la respuesta cruel, aquel hombre rico, maduro, e ilustrado, con la mueca del espanto en su faz.

—Entonces, ¿nos debe algo el mundo, Chon Pérez?

—No, don José, el mundo nos lo ha dao todo, y nosotros sólo le debemos una cosita que es fácil de darle.

—¿Qué le debemos, Chon? ¿Qué le debemos?

—Cariño, mi patrón. Un poquitico de cariño, nada más.

Dos gruesas lágrimas bajaron por las mejillas de don José María, que en la negrura de la noche Chon no pudo mirar, pero el indio sabía que sus palabras habían causado efecto sentimental, pues la humedad nasal de los humanos es elocuente ante el dolor que aviva las glándulas lacrimales.

—¿Tiene gripe, patrón? —preguntó aparentemente preocupado Chon Pérez, y la mentira piadosa del orgullo, se dio casi de inmediato.

—Es alergia por el frío de la noche, don Chon.

El indio sonrió con serenidad.

—Debe ser eso —dijo.

Y los dos quedaron en silencio.

Habiendo transcurrido una media hora, luego de las doce de la noche, los dos hombres de temple, ayudados de la luz angustiada de la antorcha, atravesaron el pedazo de río, cuyas aguas heladas, parecían advertirle de no seguir adelante, y regresar a la casa a incorporarse a la vigilia, preámbulo de la pascua de resurrección, pero ellos; siguiendo el hijo del instinto y sin mirar hacia atrás, penetraron en la pequeña gruta, que por años y años había sido refugio de meditación para Ascensión Pérez, así como también el pedazo de tierra cómplice de encuentros furtivos y antecedente de adoración a las ánimas que allí purgaban su pena terrenal.

—Deje el miedo aquí afuera, don José María, y procure llenase de valor al pasar pa' dentro, y evítese que lo espante, amigo.

El interior de la cueva estaba sumido en una extraña sensación de paz, en donde el silencio reinante parecía callar inclusive, pero no era otra cosa que los instantes de adaptación de los sentidos a un recinto enigmático, amalgama de tranquilidad y tiniebla.

Fue luego de algunos minutos, cuando comenzaron a percibir el murmullo del agua chocando contra las piedras, y cuando las pupilas de ambos comenzaron a dilatarse.

Un brusco aleteo pasó por encima de sus cabezas. En un instante cruel, la luz de la antorcha alumbró hacia el pequeño techo de la escondida gruta.

—Cuidao con los murciélagos, patrón —advirtió el indio Chon, ya experimentado y acostumbrado a la convivencia con los quirópteros por tantos períodos.

—Tiene usted mucho tiempo frecuentando este escondite, ¿no es así, don Chon?

—No mucho, patrón; sólo lo suficientes pa' haber aprendió a abrir los ojos y el espíritu —contestó el viejo indígena con elocuencia.

—Usted siempre evadiendo las respuestas que debe dar con precisión, señor desconfiado —le increpó el jefe Torrealba.

—Confórmese no más con que lo traje hasta aquí, patrón, pa' que usted continúe viniendo cuando yo me haiga ido de este mundo.

—Sus palabras me abren la curiosidad de indagar las interrogantes de este sitio.

Don Chon le hizo seña con el índice en los labios a José María de permanecer pasivo, mientras sacaba de sus bolsillos unas cuatro velas, cuyas mechas procedió a encender con la madera alengüetada de lumbre que acababa de enterrar en la húmeda orilla.

—Arrodílese, patrón —ordenó con el ímpetu de quien conoce, ante la inseguridad de quién aprende.

—¿Arrodillarme? ¿Para qué? —preguntó socarrón el jefe, y la respuesta fue el halón por la manga de la camisa, que le hizo perder un poco el equilibrio mientras, protestando entre dientes, caía en la posición sugerida por el indio.

Ascensión procedió a inclinar su tronco hacia adelante y con los brazos sobre la tierra en señas de humildad, dijo unas palabras en lenguaje Tacarigua, cual si fuera una oración por la característica atonal de la letanía, que fue haciendo más fuerte, como si estuviera entrando en un agudo trance.

Sus músculos se contrajeron a medida que realizaba el extraño rito, y su cuerpo comenzó a sudar copiosamente, a la vez que su piel cobriza comenzaba a tomar una tonalidad rojiza, como si sus moléculas estuvieran a punto de estallar.

Don José María creyó enloquecer cuando un murmullo de sollozos elocuentes de niños comenzó a inundar el ambiente, mientras el indio Chon aumentaba con excitación inusitada el volumen de su voz, como expre-

sando a viva fe el rito realizado que le daba a su faz una expresión macabra.

La natural acústica del tétrico lugar desparramaba aún con más estruendo las ondas sonoras que se expandían con choques violentos a las paredes de la cueva, dando unas longitudes casi ensordecedoras a medida que iba aumentando el volumen en aquel ambiente, donde los desorbitados ojos de José María Torrealba parecieron demostrar por primera vez un pavor que nunca jamás había sentido, y que le crispó hasta el último de sus nervios cuando a la tenue luz de la antorcha compañera de camino, observó con inusitado asombro la silueta gigantesca del indio con los brazos hacia el cielo y las manos entrelazadas, como implorando perdón.

El instinto natural de conservación le llevó a tomar su revólver del cinto, con tanto sacrificio por su pavor, que el arma cayó de sus manos haciéndose cómplice de la tiniebla.

Siguió el indio Chon sumido en la recua ininteligible de su rito por algunos minutos más, hasta caer profundamente desvanecido ante la atónita mirada de su jefe, que creyó enloquecer ante aquella batahola nunca antes imaginada en el mundo de los vivos, y ahora, íntegra y vorazmente materializada como la experiencia que nunca más olvidaría, y que a partir de la hora nona de ese viernes santo, lo convertiría en otro de sus seguidores.

Todo fue oscuridad en el momento cuando don José María escuchó poco antes de caer al suelo, víctima de aquella impresión capaz de paralizar el corazón de cualquier hombre, algo que pareció ser una explosión, y allí

vino el extraño sopor que le hizo doblar sus piernas hasta caer al suelo, cual pelota de consumada miseria.

Y todo fue vacío a partir de entonces.

La personalidad de aquel sujeto de modales citadinos, fiel al dogma religioso de la creencia católica y apostólica, protegido para siempre por aquella solidez económica que le daba atributos, elocuencia y donaire, pareció dar un vuelco de 180 grados en sus sentimientos, criterio y proceder luego de aquella patética experiencia que inmoló para siempre su miedo natural. Esa cobardía se convirtió en arrojo, ese arrojo en pulso personal, y ese movimiento en pecado.

—Pero hasta ahí —manifestó una vez su pensamiento preciso ante los excesos—. El vicio en demasía genera la destrucción ineluctable —se recordó él mismo con aquella risita maquiavélica etiqueta del Torrealba padre, maquinador a partir de ahora de las peores atrocidades.

No se había equivocado entonces don José María, cuando aquella tarde en la tertulia amena de chanzas, le había dicho al indio sin ningún compromiso hasta entonces:

—“Eres una completa escuela de corrupción”.

En efecto, el abismo de la oscuridad se sembró en su alma a partir de aquella noche, y su vida tomó el equívoco camino de la doble personalidad, que disimulaba con la mejor de las astucias.

Era la desnudez del alma cobijada anteriormente por la falacia que frena la autenticidad, ante el impedimento natural que a la vez socava la búsqueda de las raíces

ancestrales, como infranqueable antecedente del vivo estado y proceder natural del hombre.

—La sangre no se equivoca, patrón —había manifestado Ascensión Pérez en una que otra tertulia consumida por el adicto afecto profesado hacia su jefe, para quien no tenía secretos el recio y anciano indio con las características de Ameghino, Hrdlyca, o Rivet; precursores quizá de nuestro génesis evolucionista—. El color de la piel no tiene na' que ver si la sangre está revuelta, mi patrón —era otra de las oraciones certeras de la cruda verdad de nuestros orígenes.

Si a ello le agregamos las aterradoras relaciones incestuosas, preámbulo de la creación de bestias con cola de cerdo, como lo manifestó una vez aquel famoso escritor; esa sería la gota que inexpugnablemente rebosaría el agua en el vaso donde nada la incertidumbre atávica, con muchos anatemas acerca de nuestra personalidad.

—Nadie tiene derecho a exponer a cuatro vientos nuestra consecuencia consanguínea, Chon; pues el mundo entero está plagado de mestizaje que ha hecho común a través del tiempo los rasgos físicos de toda la humanidad.

—Pero los reyes no dicen eso, don José María —observaba Chon para llevarle la contraria.

—La nobleza real, como tú lo escuchas, querido amigo, todavía no tiene la certeza de su realidad genealógica, expresó José María Torrealba con atrevido verbo que condenaba el añejamiento genético que se pregona como puro y sin mezclas de ninguna clase.

—Moros y mongoles dejaron su huella por los cuatro puntos cardinales del planeta, amigo Chon.

—A la sangre nuestra como que le echaron un gotero e' locura, y a la vez, la mezclaron con curare pa' lograr templarnos el coraje, mi patrón.

—¡Efluvio veneno esa bomba de tu opinión! —exclamó don José María tragando saliva— Debe haber alguna panacea de la alquimia capaz de curarnos ese carácter implacable que los venezolanos llevamos en las venas.

—El tiempo lo dirá, patrón. La vida se encargará de condenarnos o danos la razón. Por el momento, sigamos cometiendo pecaos que poco a poco nos acerquen a la paila, y crucemos el camino que fue hecho pa' nosotros.

—Mi camino debe ser siempre el correcto para tendorlo como ejemplo a mis tres hijos que todavía requieren protección, don Ascensión.

—Una vez que crezcan y tomen decisiones, serán ellos quienes se orienten hacia su norte. El que ellos elijan.

—El tiempo lo dirá, patrón —reiteró Chon, con el celo natural del hombre que no pudo ser brújula para la conducción de sus vástagos realengos de la vida, por la escasez del modelo paternal.

Era el abandono familiar, ya fuese por el llamado de la guerra que hierve la sangre, o por la huida a hurtadillas lejos del guante de la ley, o de los afligidos sin hermanos con sed de venganza, pero sin duda era el abandono que probablemente condenó el destino de sus hijos, como parientes de una mujer fértil que no esperó el retorno de su marido por considerarlo extinto,

adelantándose a los acontecimientos nefastos que dan las balas irrevocables, y buscó abrigo en otros brazos que nunca proporcionarían el calor sincero, puesto a través de la química de Chon.

—¡Mis muchachos han crecío como las plantas de monte, cará! A punta de sol, de agua, y de vainas —re-memoraba Chon en sus momentos donde la intimidación mental jugaba a los dados con la nostalgia que siempre ganaba la partida.

No obstante, era adicto a la comunión con la fe del tiempo, como centenares de veces lo había planteado en franca tertulia con el amigo que él consideraba como único, capaz de asimilar sus más crudas experiencias en una vida que no respetaba enfermedades ni calendarios.

Más adelante, lo reflexionaría con lágrimas en los ojos, por allá por sus años centenarios con la más cruda y amarga exposición que ningún hombre es capaz de reconocer con vivo sentimiento.

—La vida me ha llevao hasta aquí, por el peso del pecao. Y esos bichos, los llevo yo en la espalda en un gran saco, arrastrándome casi, pues ya los condenaos no me dejan ni caminá.

—Debe ser que Dios me los pone como piedras, pa' cuando yo me muera caer al fondo de la paila más rápido que todos.

—Dios tiene la infinita misericordia para tu alma, Ascensión —le había consolado Héctor, por allá en sus días de diácono, aspirante al apostolado jesuita que él había escogido con aquella esperanza de pescar hombres, como dijo una vez el hijo del supremo.

El correr vertiginoso de los años vividos en la imprecadera comunión con las fuerzas paranormales, avivó en el senecto aborigen la combustión por descifrar aún más allá el abismo donde colinda el bien con el mal, y que está a sólo un paso para devorar el alma sana, hundiéndola ineluctablemente en los confines donde la barca del maleficio navega en el magma torturador de los condenados.

En algunas ocasiones, un hilillo del retorno voluntario a la redención, llamaba con un eco lejano a las puertas de su corazón, pareciendo germinar una semilla de amor en su desgastado espíritu, y que el indio sentía con la más absoluta extrañeza, haciéndolo vivir feliz por momentos, pero que luego desechaba dándole atributos recios a su temperamento vulgar, que no tenía tiempo de aspirar el delicado perfume que ofrecen las oraciones del perdón.

Los secretos oscuros que había vivido en carne propia y como único protagonista, representaban para él, el reto de haberse trasladado y milagrosamente regresado de las profundidades del infierno.

Esa experiencia representaba para el indio, un trofeo de guerra que muy pocos humanos eran capaces de merecer, pues su coraje no se los permitía.

—Lo que yo he visto en esta vida, muy poca gente lo ha visto —manifestaba con elocuencia—. Yo estuve en el mero centro de la tierra, allá en lo profundo, más allá de donde el humano entierra sus muertos; y eso, es otro mundo —le relataba en oportunidades a don José María,

que lo escuchaba con respeto y fiel a la credibilidad de las palabras de Chon.

—Te faltaría entonces la cima del cielo, para completar tu anhelo de sentirte sabio en la existencia.

—A veces, hay sitios donde no todos los humanos tenemos cabida, patrón —aseguró Chon en discreto tono de voz que parecía carraspear desesperanza, aún más que la fe que consuetudinariamente pregonaba ante su pretensión de ubicarse como uno de los elegidos de Dios en su paraíso.

—¿A veces? —replicó don José María indagando el por qué de la duda que el indio casi replica atropelladora, deshiló en franco criterio:

—Porque a veces nos falta la salud y la vida pa' podé experimentalo y contalo todo, don José.

—¿A veces? —volvió a atacar el contertulio, lleno de expectativas por foguearse con los treinta y tantos años de diferencia entre ambos, que “algo” como él expresaba siempre, debía legarle en su soporte de experiencias.

Chon guardó silencio por un instante, en el cual suspiró profundo, como buscando un hálito donde el sentimiento que hierde cual espina en el medio del pecho abraza con fuerza a la verdad que queda trabada en la garganta del ser que ha sufrido y no ha olvidado.

—Es la salud de la cabeza la que yo digo que a veces nos falta, patrón —contestó su inteligencia natural, que manejó con actitud humana y autodidácticamente pedagógica, fiel al convencimiento de su amo.

Era indudable que las experiencias en la cuales Chon sustentaba la curtiendumbre de su existencia, se basaban

en las respuestas recibidas del falso proceder, por donde se desvía el camino de los hombres.

Nunca antes se ha visto un elemento que haya adquirido la etiqueta vocacional para manejar el mal a su antojo. Al menos, no ha existido ningún ente que se recuerde como el gran valeroso de los oscuros caminos de la perversidad, cuyos mártires son casi siempre los inocentes del destino cruel.

Todo ser despiadado esconde en sus entrañas un dejo de cobardía, y existe una rendija espiritual por donde fluye el temor reprimido por lo insospechado, que tarde o temprano le hará pagar sus culpas.

Los adictos a la práctica de la maldad encarnizada, sin importarles consecuencias nefastas que afecten a segundos y a terceros, simplemente son desquiciados de su razón.

Algunos de estos parricidas pregonan a cuatro vientos que jamás se arrepentirán por los desmanes cometidos, pero es porque simplemente la locura no les proporciona el tiempo necesario para compungirse, porque la paz nunca ha existido para ellos.

La vida y la muerte tienen dos corresponsales como puente hacia el sosiego y satisfacción de haber cumplido como humanos. Ellos son la verdad y la bondad, que aunque parezca extraño, son las virtudes más importantes para generar la paz, y las más difíciles de asimilar por el hombre.

Sus antónimos serían quizá, el punto de partida para aniquilar la existencia de los pueblos, que desde el génesis mismo rasgaron la perfección del paraíso terrenal

colocándole un final a aquel feliz comienzo que sería eterno en el correr de los tiempos.

Allí nació la balanza de la justicia, para evaluar el haber y el deber de la humanidad, absolviendo o condenando sus pasos que traerán tranquilidad o agitación por sus procederres.

En esa mencionada báscula, comenzó a contar la vida el peso de los vicios reinantes en la casa de campo "La Torrealbera", y sería ese lugar el nido de los torbellinos pasionales, infausto preámbulo del principio del fin, para aquella familia llena de criterios nunca concertables, producto propio del orgullo tentador hacia situaciones hostiles que dejaran el precedente del individuo más capaz en la conducción del patrimonio económico.

A pesar de la presencia de un clérigo hábil en el manejo de situaciones conflictivas en el seno familiar, el halo negativo que se respiraba siendo francamente perceptible era aún más fuerte que la ferviente e impecable fe de Héctor, que sería en parte el mediador entre padre y hermanos de aquella tormenta consanguínea que estaba a punto de comenzar.

Lejos, y olvidados en el tiempo quedarían los felices días de la infancia de aquellos hijos del padre abnegado por su correcta formación que también tuvo que realizar la cotidianidad doméstica de la progenitora, a quien no le alcanzó la vida para la concreción del ideal tan anhelado por el vientre que trae al mundo y cría con incalculable sacrificio, y que luego de verlos crecer con bienestar y disciplina, se prepara para observar con tristeza su separación del seno familiar, en la construcción

de otro núcleo que servirá para multiplicar la especie y construir nuevos nexos afines con la incorporación de elementos colaterales.

A veces, para lamentar, esa partida de los hijos se circunscribe únicamente a separarse del consorcio ascendente, atendiendo la campanada de la voluntad propia ante el infranqueable llamado de la vida, pero obligatorio del reto al destino tan importante en la escuela de aprendizaje del hombre.

Se necesita ser muy ecuánime para asimilar esa misteriosa instrucción de providencia, desechando las bajas pasiones después de experimentarlas, con esa desconfianza que tiene el instinto natural de conservación y que nos permite olfatear el peligro de sus repercusiones.

No en vano aparecieron sobre la tierra, por el ansia de sabiduría, las inexorables leyes naturales como un haber y deber en el inequívoco libro de contabilidad de la vida racional sustentados siempre en los más amplios principios de la equidad, y que no sólo ilustran el espíritu, sino que también legan la divina oportunidad de construir la felicidad o la desdicha, sea cualquiera de los dos estados vivenciales que hayamos escogido.

Es muy probable que encontremos casi siempre a cada vuelta de página, en las escrituras de gente bondadosa, en el afán de recordar y enseñar el camino del bien; los hermosos y sencillos postulados de cómo vivir mejor, atendiendo a la perseverancia de reciclar en uno que otro párrafo escondido, pero listo para ser asimilado, la necesidad del bienestar colectivo que unidos a la fuerza del amor sincero construyen la armonía universal.

—Las tentaciones constituyen el aprendizaje más rápido en la vida del ser humano —hilvanó una vez el pensamiento abierto de don José María, atendiendo a las pecaminosas bondades que las circunstancias le ofrecían para su deleite personal, lleno de adulaciones por quienes le rodeaban.

Era indudable que su prestancia y liquidez económica de altísimas cifras se lo permitía, y él, como todo audaz en el manejo de sus procederes que consideraba como “siempre a la experiencia para un nuevo saber”, los practicaba francamente sin medir las consecuencias de la conciencia aterrada en las profundidades, que observaba callada, y esperaba por la vuelta de la vida.

—El indio Chon, se contradice muchas veces, a pesar de todo lo que sabe de lo bueno y lo malo —le comentó en una oportunidad el Torrealba padre al hijo sacerdote, pescador de hombres, que yo escuchaba con interés.

—Esa es precisamente la incertidumbre de Chon, papá —contestó Héctor, con la confianza de quien conoce los caminos de Dios.

—Saber demasiado de lo bueno y lo malo, como él presume, genera muchísima inseguridad de cómo vivir. La maldad sencillamente no le otorga oportunidades a Chon de concretarse como el hombre de bien que él desea ser, y es allí donde se cumple el famoso, folklórico y crudo dicho popular: “no puedes vivir con Dios y con el satánico” —puntualizó Héctor con elocuencia.

—Tonterías —refutó don José María para plantear su criterio, que a él le parecía más concreto—. Las contradicciones de Chon, se deben a que siempre quiere des-

viarnos del verdadero camino, por el cual transita con mucho sigilo, y por ende busca la forma de extraviarnos para que no indaguemos todos sus secretos.

—Chon nunca dice, ni dirá, todo lo que sabe, queriendo hijo –puntualizó.

—Pero es tu amigo. ¿No es así, papá?

—Lo es, pero aún así, ni siquiera los más íntimos allegados tienen el valor de revelarlo todo. Aquella persona que dice todo lo que sabe, muchas veces plantea lo que no debe. La verdad, quiero decir –acentuó para que Héctor captara su sobreentendido.

—Por la verdad murió Cristo –expuso el sacerdote con serenidad.

—Claro, y por ellos es que cotidianamente debemos inventar mentiras piadosas para no perecer de amargura –le respondió el padre progenitor.

—Filosofía cruel, poco cierta –exclamó Héctor, tragando saliva, pues conocía muy bien de las estrategias mundanas de los hombres para mantener las apariencias.

No obstante, José María Torrealba tenía la plena seguridad de su verdad, y ella era, la del llamado del instinto que da lugar a la respuesta de la defensa, pues cuando se navega en un mundo que nosotros mismos construimos como hostil, la inseguridad nos acelera los pasos del camino que recorreremos siempre desconfiados y a la defensiva.

Lamentablemente, eso no es vida, porque la gente que considera que el mundo nos fue legado por la provi-

dencia para sufrir y condenarnos, está irremisiblemente entregada al final.

Nuestra mente se conecta al cuerpo físico, y de ella fluye cualquier cantidad de energía que nos hace tanto construir o destruir las metas que como humanos aspiramos en nuestro tránsito por la existencia, de manera que únicamente de nosotros depende el cuidado o no, con el cual manejemos nuestro destino, que hay quienes sostienen con extraños criterios cabalísticos que está escrito como el fiel cumplimiento de una misión para cada uno de nosotros, pero que si así fuera, no nos marcharíamos del mundo, a veces desconociendo muchísimos secretos que la vida tiene guardada en ese registro personal que durante todo nuestro recorrer por la tierra, no pudimos leer, pues no conocemos donde está, ni por quién pudo haber sido redactado.

Vida por vida entre millones de seres, es un tanto difícil asimilarlo y sostenerlo, pero también los criterios se manejan por millares, y la libertad de cultos hace felices o infelices a quienes la cultivan, y el respeto por los dogmas fieles a la creencia, es la elección del mejor futuro en cada uno de nosotros.

El tiempo no premia. Tan sólo exhorta al penitente a seguir adelante purgando la falla espiritual con la resolución al propósito de no volver a incurrir en la falta que le lastima a través de la conciencia infalible en el castigo que cada uno quiera ponerse.

Entretanto, Dios permanece siempre atento, pues él nos enseñó a pescar bien en el río de la sabiduría.

De nosotros, únicamente depende encontrarlo o perderlo, y continuando firmes a la reiteración de la gran verdad universal: “si no lo encontramos, estaremos perdidos”.

LAS ALMAS DESQUICIADAS

Aún durante aquellos años que transcurrieron entre los diálogos y el trabajo en las caballerizas que, por su avanzada senectud, ya no realizaba por consideración del amo y señor de la hacienda. Ascensión Pérez conservaba la lucidez de un hombre de cuarenta. Las tertulias de profundidad filosófica con don José María eran para él de un interés fuera de límites, y aunque en repetidas oportunidades no tenía plena claridad ante la ilustración de su compañero de conversación, las explicaciones magistralmente sencillas del ahora septuagenario Torrealba representaban para él las últimas experiencias de su formación autodidacta.

—Sinceramente, no tengo cómo pagáله todo lo que usted ha hecho por mí, don José María —planteó el indio con voz entrecortada por las mallugadas cuerdas vocales, que no se ponen a tono por la ya entrecortada respiración de la decrepitud, en aquella lluviosa tarde de septiembre.

—No en vano has vivido demasiado, Chon. La tranquilidad que siempre necesitabas y nunca tenías —fueron las palabras reconfortantes de su jefe y amigo—. Mis hijos y yo nunca vamos a olvidar tus anécdotas y moralejas, que aún con sencillez pueblerina, se han constituido en una señal de aprendizaje para algunos de nosotros.

—Para algunos. Usté lo ha dicho —referíase Ascensión, a las profundas disparidades de las cuales era objeto Daniel, su hijo mejor, con los postulados familiares sembrados por el padre a propósito de la correcta formación de su núcleo—. Mucha gente se ha encargao de pregonar que soy un hombre muy malo. En la vida he practicaao de todo, pero también he enseñaao de todo, mi patrón.

—Si bien es cierto que le he revelao algunos secretos feos de mis pasos por la vida, tampoco he obligao a nadie que siga por ese camino.

—No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista, y tú tienes más de cien, con una fortaleza física y mental envidiable, Chon —exclamó el jefe a viva voz para levantar el ego del anciano que ya comenzaba a sentir los estragos del desgaste físico.

—Cuando uno llega a esta edad, comienza el cuerpo a sentirse cansao, patrón.

—Poca gente dice eso, Ascensión, y ¿sabes por qué? Sencillamente porque muy pocos han llegado a esa edad teniendo las experiencias que tú has vivido, amigo.

—Ya me queda poco, don José María, pero todavía corre el fuego de la revolución en mis venas trajinás por la vejez.

—Le juro que con cincuenta años menos, ganas no me faltarían pa' empuñar un fusil y metéle el pecho a la guerra que aún hace falta en este país que parece no tener salvación —y no mentía Ascensión Pérez, pues los primeros años del infantil siglo veinte habían transcurrido entre los nefastos engaños políticos con etiquetas de “revoluciones”, que “restauraban” unas y “rehabilitaban” otras, en un torbellino de ignorancia, corrupción e infidelidades que colocaban al país, ante los ojos de América, en la más profunda desvergüenza.

—Venezuela es tan tentadora, que ni siquiera los dos compadres respetaron su vínculo. También la ambición del poder es el exterminio de los hombres, Chon.

—Todos los políticos de este país que andan pendientes de convertirse en presidentes, siempre se meten a redentores pa' luego morir crucificados, don José María.

—Algunos, amigo Chon, algunos —respondió el contertulio, como queriendo asegurar con certeza la entonación del adjetivo indefinido que para él, no lo era, pues conocía personalmente la fuerza y el poder de unos, con nombres y apellidos, y la debilidad de otros enterrados en el anonimato.

—El mandatario más popular del país es aquel quien posee más corruptos en su gabinete —manifestó el adinerado y anciano dueño de “La Torrealbera”, con una crudeza tan elocuente, que hizo levantar de súbito la exhausta faz del compañero centenario con ademán de sorpresa aparente.

—¿Por qué dice usted eso, patrón?

—Sencillamente porque es el poder económico quien controla los destinos de esta tierra generosa. El dinero es, quien a través de sus consortes, quita y pone las riendas humanas llamadas “presidentes”, Chon Pérez.

—¡Tierra! Nos duelen las patas de tanto caminate, y tú más adoloría que nosotros, carajo —fue la impresionante improvisación del vetusto ante la impotencia del rencor reprimido, que hizo levantar a don José María de su asiento cuando le observó apretar sus puños después de tantos años de reposo guerrero.

—Yo, que si mandara, patrón, los pasaría a toditos juntos pal’ paredón, pa’ que así Venezuela lave su dolor con la sangre de los desgraciaos que la humillan.

Sus palabras sonaban en correcta dicción, como si en el momento hubiera rejuvenecido, retrotrayendo los episodios del combate cuerpo a cuerpo, y defendiendo la dignidad del oprimido por el yugo del guerrero conservador.

—¿Pero hasta cuándo muertes, Chon? Te has detenido a pensar, ¿a cuántos les ha costado el pellejo luchar por la verdadera concertación de Venezuela? No basta matar, pues esa condena atrae más rencor, y más reacciones bélicas a la defensiva que genera por ende más atraso.

—Luego, este país que parece no contar con una solución capaz de enderezar la mentalidad de los tarados que la gobiernan, seguirá sumido en la rutina del continuismo devorador de las mentes ociosas. Porque es una cruda y triste verdad.

—Mientras sigan existiendo aspirantes a la primera magistratura con mentalidad de tábanos, tendrán siempre procederes de holgazanes.

—Como dice el refrán, patrón, “carera e’ caballo y parada e’ burro”. ¿No es verdá?

—La parada de la cual tú hablas, casi siempre la tiene el pueblo con su inconformidad para elegir, pero si a haber vamos, también la anarquía tiene la culpa con las huellas de traición y falsedad que deja sembrada en las clases populares; de manera que no siempre el pueblo tiene la razón, amigo Chon —puntualizó José María con precisión.

—Por eso es que yo siempre sostengo que mi general Zamora tenía razón al querer sacá todo este sartal de vagabundos del poder, mi patrón.

—Zamora tenía liderazgo y valentía, pero a la revolución le faltó fuerza, porque al patizambo no le sirvieron los asistentes en los cuales delegó funciones, y a la par, la infidelidad apareció, siendo inmolado por quienes se gozaron de sus favores.

—El enemigo furtivo de Zamora era su mismísimo cuñado, Chon, y él, lamentablemente cometió el error de no querer darse cuenta de ello.

—¿Quiere decir, entonces, que nosotros podemos tener traidores en nuestra familia y no sabemos a qué hora nos pueden meté la zancadilla, patrón?

—Nuestros mismos hijos pueden arruinarnos la existencia si no obramos a tiempo con la formación que genera la confianza, Chon.

—Pero los hijos a veces son como los caballos, don José María –interrumpió Ascensión con la extraordinaria lucidez y fluidez fonética que no todo elemento de su edad podía discernir con la lógica popular de su quehacer cotidiano—. Si usted les da mucha sogá, puede que se le desboquen.

—Admiro la malicia con la cual has vivido hasta tiempos inmemorables, amigo Chon. Ese recelo tuyo tan bien guardado es quizá lo que te ha mantenido en pié durante un siglo.

—Yo no creo en ese refrán que cuenta que: “el que no la debe no la teme”, patrón; pues en esta vida hay muchos inocentes que actualmente le están sirviendo de abono a los guayabos del cementerio.

—¿Cómo detener los estragos de la guerra, si la mente pútrida del hombre inconsciente no genera la unión de los pueblos?

—Esa realidad nunca la podremos ver, mientras exista la maldad en la mente de la humanidad, amigo Chon.

—Luego entonces, terminaremos devorándonos como los lobos, recordando el viejo precepto del liberador en sus días de agonía, “hasta que Dios se canse de nosotros y nos destruya como lo hizo con Sodoma y Gomorra” –exclamó José María, haciendo énfasis en los dos últimos nombres, que Chon Pérez no entendió, a pesar de haber leído la biblia en muchas oportunidades.

La chispa azul de un centellazo en el medio del camino cortó de súbito la tertulia, que prosiguió a la explosión sonora, sobresaltando a los dos hombres, como recordándoles que la tragedia apenas comenzaba.

—Qué vozarrón de Papa Dios pa' recordanos que debemos permanecé callaos, carajo —exclamó el asustado Ascensión ante el embate de la tormenta.

—¿Sería el cordonazo de San Francisco que se adelantó a su día irremisible del aguacero? —interrogó con curiosidad don José María, como si se dirigiera a la oscura inmensidad, donde allá afuera, agua y terreno; se abatían en fiera batalla, una en ataque, y otra en resistencia.

—Si la lluvia lavara la tristeza de esta tierra... —iba a proseguir Chon, pero su jefe completó la frase expresada con el más sincero sentimiento:

—...quedaría entonces, la aridez de un sentimiento que no termina de desaparecer —y continuó elocuente—. Si estamos condenados a morir, que nuestro hilo de vida sea cortado del más seco tijerazo. Que nos parta el rayo que verdaderamente habrá de pulverizarnos para no dejar secuela de nosotros en la tierra, Chon.

Un pavoroso estampido estremeció e iluminó toda la casa, como respuesta inmediata del peligroso fluido eléctrico que se coló en las inmediaciones de patio; casi encima de ellos.

—¡Jesús me acompañe y el Diablo me aburra, y el que no me quiera que coma...!

Pero no terminó Chon con la tosca y fea palabra, cuando otra centella destrozó con su furia la caballeriza donde descansaba "Oro Puro", el potro blanco consentido de don José María, que angustiado contempló el inminente incendio en las afueras, conociendo la hecatombe desatada y de consecuencias mortales para el querido equino.

—¡Lo mató! —exclamó con voz entrecortada por la impotencia el dueño del hermoso palafrén, ahora inmolido por las fuerzas naturales.

Sin importarle las facturas que su anciano cuerpo pudiera pasarle posteriormente, José María Torrealba echó mano de su sombrero, y se dispuso a salir a la peligrosa intemperie, sin atender a las advertencias de Chon.

—No salga, patrón, que el cielo está cargao de corriente.

—A la m... con los rayos —escuchó la maldición de labios del jefe, viéndolo alejarse impotentemente, pues con cincuenta años menos, como Chon había recordado hacía un momento, probablemente se lo hubiera impedido.

El agua lo empapó en cuestión de segundos, y sus botas de polaina se hundieron en el lodazal del patio, mientras caminaba resueltamente procurando no resbalar, al tiempo que observaba los estragos ocasionados por el centellazo certero que no logró pulverizar su corcel, como él cabalísticamente lo había pregonado minutos antes del hecho, y que le daba a su espíritu características basadas en el poder de profecía que poseen algunos seres humanos.

Al tratar de acercarse a las ruinas de lo que antes había sido el sitio de descanso de su potro consentido, pudo observar a lo lejos con rabia desmedida, los restos del noble animal electrocutado por circunstancias providenciales, mientras el olor a ozono y material chamuscado saturaba el ambiente.

La esperanza por encontrar un hábito de vida en el alicaído alazán lo obligo a intentar correr, con tan mala suerte que un resbalón en el lodo le hizo perder el equilibrio, y rodó por el suelo embadurnando la pulcritud de su vestuario ya empapado, siendo presa de la ira desmedida que lo hizo gritar con retadora altanería:

—Daría mi alma si es preciso, pa' que se calme esta lluvia de m...

Y luego acentuó con blasfemia:

—¡Dios mío! ¡Párteme con un rayo si te atreves, ca-rajo!

Daniel, Héctor y Betsabé contemplaban la escena, angustiados los tres desde el pasillo, a donde se habían asomado sobresaltados por el estrépito de la tormenta eléctrica.

—Papá se ha vuelto loco sin duda alguna, exclamó Daniel, como siempre condenando el arrojo de su progenitor.

Héctor se descalzó y se enrolló las mangas de su camisa doble puño, saliendo decidido hacia la tempestad, con el propósito de prestarle ayuda a don José María, que no hacía intentos por ponerse de pié, y seguía vociferando maldiciones por doquier.

Héctor, con muchísima dificultad para llegar al punto donde se encontraba su empantanado padre, lo ayudó a levantarse con el temor, pero a la vez con el coraje y la fe que le obligó a tomar la decisión de apresurarse a salvarlo del peligro de la tormenta eléctrica, y de la inminente pulmonía que es afección de mortales consecuencias para el individuo senecto, pero don José María,

asomando su orgullo machista, no quiso apoyarse en su hijo; y quiso molestarlo respondiéndolo malagradecidamente:

—¡Déjame! Más bien debo ser yo el que deba ayudarte. Ya estoy acostumbrado al agua y al cenagal.

Lentamente se acercaron al punto donde yacía inerte el infeliz potro inmolado por la centella.

La lluvia pertinaz y la oscuridad circundante le daban un raro matiz a los restos del animal, cuyo ojo abierto parecía mirar fijamente a su amo, que se inclinó con enojo a cerrárselo.

Un raro resplandor pareció de pronto iluminar la silueta del hermoso equino, y una brisa aún más gélida impregnó el ambiente, haciendo que Héctor, fiel al sexto sentido que daba su fe de sacerdote, se persignara, como si algo sobrenatural se encontrara casi encima de ellos.

—¡María, madre y gracia de misericordia...! —rezó el hijo clérigo, al sentir como su piel se erizaba sin tener miedo.

Y dentro, en el corredor, Chon Pérez con su desarrollado don de la visión, pareció hacer un descubrimiento aún más macabro que no podía ser percibido por los espíritus inocentes de Daniel y Betsabé.

A lo lejos y sobre las cabezas de Héctor y su padre, una densa nube de color naranja pareció cubrirles sin que ellos se percataran de su presencia.

Sólo los cansados pero desorbitados ojos de Chon pudieron ver con asombro una densa sombra de lo que parecía ser una gigantesca silueta con los brazos abier-

tos que desapareció de repente ante al atónito indio que dejó escapar de sus labios de hombre de siglo, las palabras en lenguaje indefinible, que solamente don José María había escuchado sin entender, aquella noche mágica, cuando visitó la “Sombra Oculta” por vez primera.

Y en el lugar de los hechos, Héctor cubrió los hombros de su padre con la manta que llevaba en la mano, obligándolo a retornar a la casa con las repercusiones de la salud ya prescritas ante el estrago de la lluvia.

El cura pareció percibir de súbito un penetrante olor a azufre en el ambiente, al cual quiso ser indiferente, para desviar sus emociones de temor, pero su instinto de monje jesuita, y teniendo al exorcismo como el pan de cada día, lo incitó a persignarse nuevamente ante la indiferencia del padre enojado por la impotencia.

Rato después, cesó la tormenta y el aguacero manso continuó monótono hasta casi las cercanías de la madrugada, cuando luego de las sobresentidas reprimendas de sus hijos por los abusos cometidos sobre su humanidad física y mental, José María Torrealba descansaba taciturno sobre su límpida cama de madera de roble, con amplia cobertura, cuyos contornos fueron una vez el lecho de tertulia y compañía de su viejo amor, testigo de bondades y amarguras.

Sentado y apostado sobre la gran almohada de plumas, se mantuvo despierto, aún después de pasada la medianoche, cuando todos los habitantes de la amplia y señorial residencia se entregaban al reconfortante sueño que reclama las horas de cansancio.

Sorbió un trago más de la aromática infusión endulzada con goma arábiga que Celeste, su asistente más allegada de la servidumbre, le había traído para aplacar un poco la alergia de los estornudos que son antesala del resfriado inminente en el cuerpo empapado.

No dejaba de pensar en la crueldad de la naturaleza ante las experiencias vividas aquella noche, que acentuaban aún más su rencor ante la impotencia de no poder revivir su caballo consentido, ahora destruido por las circunstancias.

“Oro Puro”, había sido el alazán más costoso y máspreciado de todos los amantes de equitación en toda aquella región, pues su raza pura sangre provenía de padres árabes, famosos en la excelencia a nivel mundial, y José María Torrealba había cancelado una fortuna el día de su adquisición, durante una de sus tantas visitas a las exposiciones equinas realizadas en España. Por esas razones, lloraba su muerte, y reclamaba sin olvidar al destino su injusticia.

—Eso es lo que nunca he entendido de la vida. ¿Por qué se ensañó con él, precisamente? —pensaba el anciano, recostado sobre la almohada, sin poder conciliar el sueño ante la tragedia.

Y así, luego de tanto recordar los sucesos acaecidos durante aquel atardecer nefasto, sus ojos se cerraron como por instinto, pues el cansancio físico invita al reposo cuando los párpados se relajan y la respiración se pone a tono para que el cuerpo se entregue al descanso.

José María Torrealba comenzó de súbito a soñar. En las imágenes oníricas se veía él, bien trajeado de liqui-

liqui o garrasí, al pasitrote sobre aquel hermoso alazán que era su orgullo, y envidia para los demás hacendados de toda aquella región que lo codiciaban.

Galopó todo lo que pudo hasta detenerse en las inmediaciones de un tupido bosque, donde los frondosos árboles le daban al ambiente una tonalidad misteriosa y apacible.

A una no muy larga distancia del sitio donde se detuvo para descansar la fatiga de “Oro Puro”, pudo distinguir lo que parecía la silueta de otro jinete, plantado en el medio de las matas.

Era un hombre alto, delgado y de poblada barba que vestía un traje negro, y sombrero de ala ancha, montado sobre un impresionante y hermoso caballo negro.

Hubo un intercambio de palabras entre ellos, que el sueño no puedo descifrar, pero que al final de tertulia, hizo que José María Torrealba exclamara con orgullo y sin ningún temor a quien suponía era su retador:

—No será tuyo jamás. Así que ni lo pienses. No juzgues a quien no conoces.

—Véndemelo o te arrepentirás —respondió el misterioso hombre del alazán retinto, y luego prosiguió para advertirle irrevocable—. Me lo llevaré, y volverás a mí para negociarlo, si tanto te gusta. Ya verás que será mío, y si quieres que a ti regrese, tendremos que llegar a un acuerdo que a mí me importa más que a ti.

El misterioso elemento avanzó hacia el sitio donde se encontraba el Torrealba lisonjero y luego de acercarse le propinó un fuerte empujón que lo hizo tambalear y caer del potro blanco, mientras él, indiferente, tomaba

las riendas de “Oro Puro” y desaparecía bosque adentro ante los gritos de impotencia de su dueño, que descargó todo su revólver ante la sombra que se alejaba y desaparecía, con una impresionante carcajada de burla.

—¡Devuélveme mi caballo! —era el grito de demanda que expresaba con frenesí el soñador afectado por la emoción, cuando volvió en sí por el llamado de Héctor, que en compañía de Daniel y Betsabé se había precipitado a la habitación del padre dormido, que demandaba a gritos auxilio desmedido ante la pesadilla.

—¡Despierta, papá! —le hizo reaccionar la voz alentadora de su hijo mayor, mientras le secaba el rostro copiosamente sudoroso por la excitación onírica.

Daniel, que observaba la escena con indiferencia, repitió su impresión implacable del día anterior, condenando a su padre al camino del desquicio torturador de las mentes acorraladas por la incertidumbre que genera la desconfianza en sí mismo.

—Son los achaques de viejo decrepito, o se está volviendo loco, sin duda alguna.

—“Loco” es ese que camina por la candela, sabiendo que quema —eran las palabras de Chon, absolutas al verdadero sentido de la vida.

Asimismo, había añadido otra expresión con la cual sustentaba la primera, que aunque siendo sencilla, era a menudo analizada por los entes que la escuchaban con interés:

—“Ningún cristiano se vuelve loco porque quiere. Más bien busca las maneras de convertirse en ello”.

José María Torrealba las había recordado con absoluta claridad, y se detenía a revisar su largo camino de la vida, que por el contrario le había proporcionado bonanza, prestigio y credibilidad, para ahora sentirse torturado por el fantasma de la inestabilidad emocional.

—Hablar con Dios, es el remedio infalible para la tranquilidad espiritual —le había aconsejado Héctor, su hijo maduro en experiencias y conductor de almas hacia la salvación y vida eterna, doctrina por la cual más de la mitad del mundo parece caminar como esperanzado de redención.

Pero esa manumisión de la cual hablamos no estaba en el momento conjugado en el léxico de cultos de don José María, pues en amplia libertad de credo, el destino le había colocado peligrosamente la afición por el lado misterioso de lo oculto, en la sombra que el hombre conoce como praxis de la maldad, en vías a la adoración de otras entidades que no son precisamente las del paraíso prometido por Dios.

Por esa razón, volvió a sumirse en el letargo de aquella imagen en su inconsciente que le revelaba la angustia de la pérdida de “Oro Puro”, y que nuevamente parecía alimentar a su alma con la construcción del trato o negocio que aquella entidad desconocida con silueta de hombre formal, le proponía, para la posible devolución del potro que tanto quería.

El suceso que definitivamente puso a tono sus sentido anteriormente incrédulo ante las fábulas de la pesadillas que enternecen las emociones avivando el pulso de la impresión, se lo dio la experiencia de aquella tarde,

cuando absolutamente solo, y después de verificar el retorno del ganado a los corrales, observó con curiosidad la silueta de un potro realengo a lo lejos, que simulaba caracolear graciosamente, como si sobre su lomo cabalgara un jinete experto que no podía verse.

Durante minutos contempló anonadado la escena tan real que no le parecía alucinación alguna, cuando cambió un poco el paso de la bestia de turno con el propósito de acercarse para tener mejor visibilidad.

—¡Es “Oro Puro”! —exclamó con asombro, y cuyos ojos la se le salían de las cuencas.

Las crines del misterioso animal que tenía al frente, parecían brillar ante los rayos tímidos del sol de octubre que ya desaparecía en aquel ocaso de fin de mes.

José María Torrealba, atónito y sin saber qué pensar, creyó escuchar a lo lejos, inclusive; la onomatopeya del relincho equino característico de la actividad concedora del experto que espolea para crear mayor agitación, cuando de pronto, y ante la animación suspendida del anciano; la imagen desapareció como por encanto, y fue entonces cuando la piel del asustado se timbró, y con verdadera razón.

Con absoluta sangre fría, y ante un par de chaparrazos, el dueño y señor de aquellas tierras, llegó al exacto lugar de la visión, revólver en mano, y con la curiosidad de indagar la misteriosa aparición de lo que ahora no tenía dudas: se trataba de un espectro.

Por su mente ofuscada no afloró la cotidiana oración que parece aliviar un tanto el temor del espíritu, ante la petición del “¡Líbrame señor de todo mal!”, o el “¡Ave

María purísima!”, expresiones fieles al dogma católico que alivia de pena tanto a quien asusta, como al asustado.

Al cabo de un rato y después de analizar seriamente el incidente suscitado, donde su cordura se pondría en tela de juicio entre sus hijos y allegados de confesar el paranormal suceso, don José María quiso sostener una furtiva tertulia con aquel hombre centenario que, según él, era quien podría aclararle las dudas con respecto a su dilema.

Apoyado en su bastón, pero aún a pesar de sus años, Ascensión Pérez escuchaba con interés el relato narrado por su amigo y jefe, semi-sentado en una de las sillas del estudio privado del Torrealba consorte de la ganadería caballar.

Y aunque toda la historia plasmada con la más absoluta crudeza por su contertulio le era bastante familiar, a pesar de lo ficticia, le preocupaba el desorden emocional de su amo que podía repercutir prontamente, de no encontrar explicación alguna más que en el tormentoso preludeo de la esquizofrenia.

Por esa razón, el viejo Chon, haciendo gala de su lucidez mental, analizó lo que según él estaba haciendo de su jefe una víctima sin ninguna salvación, sino se actuaba a tiempo.

—Don “Che” María resultó ser “materia”, y lo descubrió después de viejo. ¡No digo yo! –voló la mente del Chon experto en situaciones de ocultismo– El único carajo que echa el resto negociando con los vivos es el mismísimo Diablo transfigurao –concluyó disimulando

su mortificación, pues una evidencia más sería suficiente para confirmar su sentencia.

—Esto, no solamente lo va a afectá a él, sino a toa su familia, porque Mandinga es codicioso con las almas, pues no le basta con una sola —prosiguió el viejo, analizando en silencio su opinión de brujo—. Tengo que buscá la forma de ayudálo, aunque con mis años la vida me pese como una casa sobre el lomo.

No muy lejos del tiempo transcurrido después del primer inexplicable desvarío de José María Torrealba, la vida le generó cambios en el movimiento de su núcleo familiar, con el enamoramiento y casi inmediato compromiso matrimonial de Betsabé, luego de ser aceptado el aspirante conocido bajo circunstancias laborales en el manejo del patrimonio financiero de su padre, a través de la comunicación y transacciones realizadas, lo que incorporaba nuevas amistades y extraños conocidos al círculo social de la potentada familia.

Desde la península ibérica se presentaron relaciones por afinidad entre la recién pareja de novios, como altos ejecutivos de apellidos honorables, y cazadores de buenos negocios en la compra y venta de caballos, que el dueño de aquella hacienda recibió con beneplácito para las buenas nuevas en el despliegue de su aún más vertiginoso crecimiento económico.

Betsabé se rodeó entonces de la crema y nata de la sociedad española, donde no cabían el día de su fiesta de nupcias toda clase de allegados a las ganaderías taurinas y equinas, interesados en incorporarse al atractivo

mercado, que ofrecía excelentes perspectivas en la inversión inmediata, por la cotización de bajo índice bursátil en la moneda venezolana.

La ceremonia fue oficiada por Héctor, sin duda alguna, y que en cuya homilía plasmó el sumo cuidado de la construcción medular de la joven familia de liquidez económica envidiable, por considerar que el dinero no lo representaba todo en la felicidad de pareja.

La recepción se realizó por todo lo alto, teniendo por anfitriona a la excelencia de la exquisita atención a los invitados, con buena música traída de la capital, el bouquet y deguste de los finos licores de los viñedos más afamados de la madre patria, y el arte culinario acorde con la coctelería, además de los presentes obsequiados por voluntad de los invitados, dedicados a impresionar con lucimiento a la hora de la dádiva, al dueño y señor de la hacienda “La Torrealbera”.

Daniel, el hijo inmediato después de Héctor, aprovechó a sus ansias las nuevas amistades para abrir un círculo intelectual donde el último grito de la moda y el desarrollo literario de la España modernista, sería el pan de bocado para su afición a la ilustración, y a la vez aprovecharía la compañía de las bellas y nuevas señoritas allegadas ahora al mundo amistoso de su hermana, y para quienes no faltaría el halago seductor del don Juan, ahora incorporado al gremio de los treintones, como se decía popularmente por esos lares.

En la amplia sala de la hacienda, la fiesta oficiada por la familia, fulguraba de lujos y trato cordial acorde al desenvolvimiento de la época, fundamentadas ahora

al interés por las costumbres andaluces, gallegas o madrileñas, que inundaban de acento conocido por todos como el precursor de nuestro idioma.

Los ritmos nativos de la vieja España como el fandango, la sardana y el pasodoble no se hicieron esperar en la ejecución efusiva de la orquesta que animaba el acontecimiento, haciendo lucir más al maduro anfitrión, quien fue presa de ovaciones y halagos por parte de la concurrencia.

José María Torrealba, aprovechó la ocasión para conocer nueva gente incorporada o invitada, porque la comunicación, no importaba quien fuere; despertaría los atractivos de la buena apariencia que a la par, generaría interés por parte de la persona que está a punto de cerrar un buen negocio.

Era obvio que a la concurrida reunión se había dado cita a gente de los más exquisitos modales, entre los cuales se encontraban, inclusive, poetas ciudadanos de principios de siglo, escritores, y demás agregados al mundo del arte.

Era impresionante escuchar las amenas conversaciones en los diferentes círculos de reunión, donde los tópicos planteados florecían en la variedad que proporcionaba la preparación intelectual de los protagonistas.

Fue en uno de esos grupos, donde don José María descubrió la presencia de aquel extraño sujeto, cuyas facciones parecían serle familiares de una ocasión que no podía recordar.

Su seriedad y apariencia elegantemente indescifrable, aunados al interés que proporcionaba su madurez y mo-

dales, llenó aún más de curiosidad la mente del Torrealba adicto a la comunicación para el buen comercio.

Era un hombre alto y delgado, de barba negra y bien recortada, que vestía también un buen confeccionado traje oscuro, llevando un bastón de puño de oro en su mano derecha.

Su mirada felina y penetrante le infundía un aura de respeto, que se acentuaba aún más por la manera al estilo de la nobleza de tomar la copa. El dueño de la casa lo abordó de inmediato, como quien toma la iniciativa de indagar el por qué de alguien colado en la reunión sin invitación previa, pero de tanta imponencia en su talla, tanto física como espiritual, que no requería de ningún salvoconducto familiar para su presencia en la boda.

—¿Nos conocemos? —interrogó curioso don José María, buscando iniciar un diálogo ameno.

—Probablemente de la vida anterior, señor don José —contestó el personaje con una discreta sonrisa, mientras inclinaba su tronco en señal de respeto, que al Torrealba no le pareció a pesar de su prestancia.

—Entiendo por su elocuencia, que usted sí ha oído hablar de mí; señor...

—Sir Bruno de Mefistelis, con mucho gusto —contestó el contertulio—. Quien no haya oído hablar de su persona dentro del círculo comercial equino en este país, ignora de su prestancia en el mercado, mi señor —agregó el recién presentado con más admiración.

—¿Es usted allegado al comercio del ganado? —interrogó el Torrealba con discreción, para así tener apertura a un nuevo tópico de conversación que tapanía un poco

la intriga de su curiosidad por el personaje solitario y plantado en un rincón de la sala, que el Torrealba quiso conocer por el misterio que irradiaba con su presencia.

—Soy aficionado a la cría de potros sementales que intercambio por todo el mundo, Sir —expresó el apellidado “de Mefistelis” con amplia sonrisa que dejó entrever su blanquísima dentadura—. A decir verdad, tengo amistad cerrada y sincera con Juan Carlos, ahora su yerno; a quien introduje en este negocio, viéndolo crecer como próspero comerciante y conocedor del quehacer.

—Los alazanes de raza representan un extraño entusiasmo para quienes se inclinan a esa afición —se atrevió a especular don José María, haciendo gala de su marcada experiencia en el ramo.

—No cabe duda, mi señor, de que el cultivo por el buen gusto de las cosas los sustenta la inversión dispendiosa que a la vez identifica el estilo de quien la realiza.

—Mientras se tengan los modos y medios, la rara inclinación de la cual usted habla, conservará siempre la etiqueta de la calidad —agregó José María Torrealba con una arrogancia que hizo sonreír al extraño compañero de conversación.

—La categoría de un potro de raza a veces se convierte en el alma de quienes se desviven por el ejemplar que siempre desean tener, y a la vez la filosofía práctica de la vida emite comparaciones, metáforas, diría yo; de que el andar del hombre por el mundo es similar al de un potro —manifestó el personaje de extraño apellido y dominante conversación en su tono de voz.

—¿Quiere decir entonces, que para usted, los potros tienen alma? —pareció preguntar con timidez José María Torrealba, ante los planteamientos del recién conocido hombre de negocios.

—Sólo me refería el centauro que todos los hombres dicen llevar dentro de su espíritu liberal —respondió Bruno de Mefistelis con una sonrisita maquiavélica que el dueño de la casa creyó entender, pero lamentablemente la parábola de su contertulio iba rasgando la tela ingenua de la razón del anciano hombre.

—Hace un momento creí entender en su planteamiento que la codicia del hombre, se mide por el dinero que tenga y sintiéndome aludido ante su opinión ostentosa, le confieso que toda la vida he tenido lo que quiero, señor don Bruno.

—No me cabe la menor duda, don José María, pero a veces es recomendable evitar que la ambición no termine vendiendo el alma del hombre por tan sólo un puñado de oro puro.

Una voz conocida a sus espaldas distrajo un momento la atención del Torrealba progenitor, que se volvió de súbito para atender a Héctor que se acercaba a saber de su padre confundido entre la multitud.

—Pensé que departirías con alguno de tus viejos amigos, o que estabas con Chon afuera en el pasillo —le manifestó sonriendo el sacerdote.

—Tan sólo conversaba un poco de la vida cotidiana con la nueva amistad y filosofía de este nuevo amigo, hijo.

—¿Cuál? —preguntó Héctor con curiosidad, al percatarse de que no había persona alguna que acompañara a su padre.

—¿Y dónde se fue don Bruno? —manifestó sorprendido José María, no pudiendo disimular un dejo de temor ante la desaparición inexplicable de aquel hombre, que con ansiedad buscó y rebuscó con la vista entre la gente que los rodeaba.

—Te he dicho mil veces que no distraigas la amena conversación que sostienes con un nuevo allegado dándole la espalda, pues hay personas que se molestan por considerarlo una severa falta de educación, padre —sostuvo Héctor con la siempre presente alegría en su rostro, mientras se percataba del estado anímico del autor de sus días—. ¿Te ocurre algo, papá? —le interrogó con preocupación por la inquietud que lo hizo comenzar a sudar copiosamente, a la vez que el anciano respondió con otra pregunta:

—Me viste hablando con alguien antes de acercarte, ¿no es así, hijo?

—Realmente parecías sostener tertulia por tus gestos, pero no alcancé a descubrir con quién lo hacías, papá. Pero no te preocupes, tal vez fue al cuarto de baño, o a tomar un poco de aire allá en las afueras, pues el clima acá dentro está denso por la concurrencia.

—¿Estará papá pasado de tragos? —se preguntó introspectivamente el sacerdote preocupado por el semblante alarmado de don José María, que con la vista, y caminando de un lado para otro, insistía en tratar de encontrar al misterioso personaje de la interesante charla, para

darse credibilidad él mismo de que no había estado hablando con un fantasma.

Rompió el hermetismo de su sobresalto la llegada de la pareja de recién casados que se incorporaban al partir de padre e hijo, llenos de entusiasmo por el éxito de la celebración por todo lo alto.

Betsabé se acercó a su padre, y estampó un afectivo beso en su mejilla, pudiendo notar su excesiva sudoración, que intensificaba la tonificación del cuerpo excitado.

—¿Te sientes bien, papá? —volvió a realizar la pregunta curiosa, esta vez Betsabé, mientras lo tomaba por el hombro.

—No es nada, hija, tan sólo debe ser el temor que me infunde desprenderme de ti esta noche, pues bien sabes que siempre has sido la reina de esta casa llena de hombres —comentó José María Torrealba volviendo a la realidad circundante.

—Pierda usted cuidado, querido suegro, yo la haré feliz más de lo que usted se imagina. Tanto, que habrá amor para repartir tanto en nuestra casa como en la suya —habló efusivamente Juan Carlos, el nuevo allegado al círculo familiar.

Juan Carlos de la Huelva representaba ahora el puente cuyas bases serían la elocuente comunicación para atractivas y futuras transacciones en el mercado español, que abriría las puertas definitivas al mundo taurino si se lograban jugosos acuerdos para la inversión, que con un poco de suerte, duplicaría la bonanza de los estados financieros de José María Torrealba, generándole

el doble de las ganancias, que lo convertirían en uno de los empresarios más poderosos del país.

Algunos años mayor que Betsabé, sin duplicarla, aún su apariencia representaba algunos treinta y tantos, a pesar de ser contemporáneo con Héctor.

Su fortuna era incalculable, y su cartera de clientes tan vasta que a veces ni siquiera recordar rostros, mucho menos nombres y apellidos, de allegados a la compra y venta, pues su círculo amistoso era sin lugar a dudas, incontable.

Había conocido a la hermosa Betsabé en las postrimerías de la veintena, cuando casi renunciaba a la razón social de desposarse con pretendiente alguno.

Su padre, conociendo el patrimonio económico envidiable de su enamorado, no escatimó esfuerzos en convencerla de su relación y posterior unión con el consorte, por considerarlo afín al quehacer, y porque su ambición de sentirse aún más importante de lo que era, le ofrecía la oportunidad de emparentarse con uno de los hombres más ricos en el mundo de la tauromaquia, a pesar de su edad en mucho menos de la mitad de la vida.

—Nos turnamos usted y yo, un día para el trabajo emprendedor de ganancias, otro día para la víspera de farra al celebrar la nueva entrada de divisas, y “olé”, don José María —exclamaba Juan Carlos con salero, aplomo y liderazgo, mientras levantaba la copa del tinto cosechado en 1901—. En la vida hay tiempo para todo. Lo único que hay que hacer, es distribuirlo cuidadosamente. ¡Ah! Y eso sí, hay que apartar el amor de los nego-

cios si quieres ser feliz de por vida –exclamaba De la Huelva, respondiendo a las acotaciones hechas por sus allegados de por qué esperó tantos años para unirse en matrimonio, y la razón por la cual no escogió una mujer más joven, característica típica del hombre de la época.

—Búscate siempre la mujer que haya vivido algunos años, para que sea la experiencia y la responsabilidad la que atienda tus exigencias. Las chiquillas de Tablao te sirven para uno o dos taconazos, dos Verónicas, un pase de pecho, estocada final de matadero, y “olé”.

—Te llevas la flor que adornaba y perfumaba esta casa, Juan Carlos –exclamó el padre con nostalgia, que más bien parecía temor.

—Encuentre usted otra en el camino, no importa la edad que tenga, pues las flores siguen siendo flores aunque el viento las marchite, siempre hermosas, querido suegro.

Durante el transcurso de la noche y el lento declinar del festejo, ya en horas de la madrugada, cuando la pareja se despidió para marcharse al sitio escogido por ellos donde el amor esperaba ansioso la entrega; José María Torrealba, presa del pánico que acarrearía futuras consecuencias, registró palmo a palmo la casa, invitado por invitado, no pudiendo encontrar rastro alguno de aquel extraño y misterioso personaje que se presentó con nombre y apellido, y que ninguno de los allegados de confianza sabían darle razón de su presencia y su paradero esa noche, ya fuese por las razones de los vapores del vino, que hizo estragos en muchos de ellos, o por la nutrida concurrencia, que reunida en tertulia de

grandes grupos creaba confusión para lograr la exacta identificación con las características dadas por el asombrado contertulio y anfitrión principal.

Algunos testigos creyeron vagamente haberlo visto, para tratar de tranquilizar a don José María de la presencia de un espectro esa noche en la casa.

Nadie lo vio entrar ni salir. Ni siquiera Chon, que se encontraba apoltronado en su silla, contemplando la oscuridad de la noche, sumido en sus meditaciones; pudo darle razón, pero sí su sexto sentido ante la presencia de algo extraño y negativo dentro de la fiesta.

Siendo medianoche, y cuando la celebración se encontraba en lo más afable del apogeo, se percató Chon del lastimero aullido de los perros, y el nervioso relinchar de los animales en las caballerizas que no podía ser escuchado adentro, allá en el salón donde la algarabía desenfadada de la multitud daba rienda suelta a su entrega social.

—¡Zape, gato! Si vienes a buscáme a mí, te diré que la vida me tiene dispuestos por lo menos dos años más —manifestó el anciano con sangre fría.

Súbitamente, y a pocos metros de la entrada principal donde Chon se encontraba sumido en su mutismo, una sombra, cual celaje, se coló al interior del salón sin que el anciano pudiera percatarse.

Sus ojos nunca más volverían a percibir aquellas imágenes sobrenaturales que su don extrasensorial podía otorgarle y que él mantenía con la más absoluta discreción, pues una o dos veces fue objeto de burlas y de calificativos anormales de mente ociosa por parte de

allegados, razón por la cual prefirió callar para siempre las dantescas apariciones experimentadas en escenarios siempre solitarios.

Pero no era la hacienda “La Torrealbera” precisamente el lugar desolado durante esa noche, pues muy al contrario, la alegría y la efusividad representaban con nombre y apellido al ambiente donde se cumplía con velo y corona el acontecimiento social más importante de toda aquella región.

Hasta donde Chon conocía, don José María no había sellado tratos espirituales con entidades malignas que pudieran recordarle a esa altura de la vida, la cancelación del tributo a través de la disolución familiar por vía de la hecatombe.

Sabía que el rico hombre de negocios carecía del coraje necesario que le permitiera retar embravecido a la muerte, o en este caso, al fiel representante de ella que nosotros conocemos con miedo, mas no respeto, como el príncipe del mal.

Chon, en sus atrevidas andanzas por dar fe de que sí se había tropezado con él en una o dos oportunidades, y sabía que en un tercer encuentro, ya no tendría esperanza de escapar de sus garras; sí osaba desafiarlo como aquella vez cuando quiso cargar en sus alas a la enamorada y amante de la “Sombra Oculta”, y el valiente indio, joven y aún más lúcido que ahora, con un espíritu capaz de soportar todo el peso de la voraz fuerza negativa que el mal dispara para inmolar la paz del inocente; logró espantarlo, para cantar la victoria que tarde o temprano la pagaría con la derrota ineluctable.

—Si mi patrón se metió con el asmodeo sin consultármelo, entonces hasta aquí lo acompaño yo —sentenció don Chon con acerba consideración, para quien ya no tenía vuelta atrás, al haber consignado un trato que ineludiblemente tenía que cancelar.

Héctor, por su parte, con su inclinado instinto de exorcista, había captado situaciones que por su rareza habían puesto en tela de juicio las dogmáticas costumbres del culto cristiano en su ahora nueva familia afín por la unión hacia Betsabé, relacionadas con la escasa asistencia de los familiares del novio, que teniendo una amplia gama de invitados a su boda no se hicieron presentes en la ceremonia de la pequeña iglesia, allá en el pueblo cercano a “La Torrealbera”.

El sacerdote sintió muchísima curiosidad que se convirtió en una aguda sospecha, cual espina en su corazón, cuando Juan Carlos, en plano acto sacramental, estuvo a punto de desistir de recibir la sagrada hostia, santísima revelación del cuerpo de Cristo que libra de penas al sufrido, y limpia de pecado al reincidente.

—Perdona señor mis pensamientos que condenan a mi más cercano prójimo, sin ni siquiera conocer sus proceder y costumbres diferentes a las nuestras, pero tú nos enseñaste a comer de tu pan, y beber de tu vino, en la misma mesa que habrá de compartir mi familia. Líbrame, Padre Santo, de pensar mal de mi nueva parentela, y a la vez, guíame por el mejor de los caminos y proceder.

Siguiendo con la sospecha que le atormentaba, caminó todo lo que pudo durante la exquisita celebra-

ción en aquella noche, donde los círculos de tertulia se apostaron en diferentes sitios de la gran mesa de deguste al paladar de la exigencia, donde el opíparo condumio invitaba a la práctica de la gula, por lo exagerado del banquete ofrecido por don José María Torrealba.

Héctor detectó inmediatamente que su presencia, sin ser desagradable, era cortésmente rechazada, cuando en más de una oportunidad quiso incorporarse a una que otra conversación de los entes invitados.

—Perdónenos usted, reverendo, pero en esta conversación sólo tocamos el tema del placer otorgado por la buena bebida, y la atención de exquisitas mujeres; que estamos seguros, desagradará a su merced.

—Con la sola santificación de la fiesta vuestros pecados quedan perdonados por esta noche —manifestó Héctor como queriendo bromear ante el sarcasmo que él tomó como burla.

—Que yo sepa —se atrevió a manifestar uno de los protagonistas de la tertulia, con los vapores del tinto en la cabeza—, esta no es la casa de Dios precisamente, para adherirnos a la fidelidad del dogma cristiano.

—Pero sí el hogar recto y pulcro para entrar por el aro de las reglas de la decencia —le recordó el clérigo manteniendo el aplomo y la prudencia, pero con el tácito acento para hacerles entender que él también llevaba pantalones de hombre bajo la sotana que le vestía, y razón por la cual podía responder como hijo mayor de la familia, recordándoles que bajo ninguna circunstancia, permitiría irrespetos de manera irresponsable por quie-

nes apenas comenzaban a conocer el temperamento de aquella honorable familia.

—Sin duda que las copas de vino entonan el cuerpo físico, pero desentonan el mental, ensucian a quien está limpio, despeinan a quien está correctamente peinado, y colocan fuera de lugar a quien se encuentra en el carril del orden —pensó Héctor mientras se separaba cor-tésmente del grupo que le miró de arriba abajo con el semblante característico de la borrachera.

—Los curas sólo sirven para la paja de la homilía —dijo alguien entre dientes, que el finísimo oído de Héctor captó al instante para volverse y decir con mucho tono de arrojo:

—Con la sotana servimos a la feligresía para que encuentren el camino de Dios. Con los pantalones puestos, ponemos en su lugar al atrevido abusador de las reglas de la vida.

—...por muy bravucón que sea —finalizó, retirándose inmediatamente del punto donde sólo se respiraba insolencia.

El incidente suscitado fue poco percibido por la gente que se encontraba en las adyacencias donde se produjo el intercambio de criterios, y Héctor, fiel al paradigma de su discreción prefirió hacer caso omiso al percance, sonriendo y respirando profundo.

La familia apenas estaba comenzando a conocerse, y ya habían iniciado la relación, creando círculos hostiles, donde los falsos testimonios alimentados por la mala intención, abrirían profundos surcos en el afecto espontáneo que debe surgir en el gremio por afinidad, que

unificando estilos y costumbres domésticas conforman definitivamente la concertación y eliminan el vicio perenne de creerse siempre el mejor.

Habría que detener un momento el valiosísimo y pujante quehacer que diariamente generaba diversas a manos llenas, rodeado de clientelas ambiciosas de entrar en el poderoso consorcio, para explorar un poco el lado espiritual de la vida familiar, y encontrarse felizmente con la paz que reconforta un poco la agitación por el exceso de trabajo, que muchas veces es el culpable de las diatribas en el seno descendiente.

Toda esta actividad tenía Héctor que llevarla a cabo con profunda paciencia y elevada discreción en el respeto de categorías, mas no de conciencias.

A partir de ahora, debía comenzar a distribuir de un lado y del otro, las reflexiones que produjera la comunicación íntima entre los Torrealba y los De la Huelva, lejos de las grandes reuniones sociales, antecedentes de los jugosos cierres de negocios que repercutían en agitación y desgaste físico-mental.

A Betsabé, por otra parte, dejándose llevar por la extraordinaria intuición femenina, arma o virtud imperdonable en el sexo opuesto, no le fue difícil descubrir que otra ligera antipatía entre los cuñados, y un interés desmesurado de la familia de Juan Carlos en incorporarse al monopolio comercial de la venta de ganado, ofreciendo dinero en grandes cantidades que impresionarían a los proveedores, y que en furtivas conversaciones sostenidas con los mencionados; cerrarían secretos, tantos que jugarían con la buena fe de don José María, de haberles

abierto las puertas de su negocio y su país, por considerarlos gente digna de su confianza, y ahora, cerrados en parentesco.

—Serán muy familia de mi esposo y todo, pero si pretenden burlarse de la confianza que papá ha puesto en ellos, están muy equivocados, los bribones —pensó la joven esposa, como maquinando un plan.

—Si el precio de Juan Carlos, con el propósito de colarse en este negocio, fui yo, como lo presumo; bien costosa voy a salirle, para enseñarle el final del cuento del amor y el interés en el campo un día, pero con un desenlace diferente al que él cree —finalizó, ya decida a desenmascarar a los farsantes que fungían de sinceros.

Era evidente observar con preocupación de que el “sí” matrimonial dado por Betsabé, obedecía automáticamente a otra razón, que no era precisamente la del amor, y por la cual comenzaría a trabajar a partir de ahora, guardándola en el más absoluto secreto.

La relación había logrado camuflar el engaño entre la familia, con la apariencia que otorga la sonrisa satisfactoria del “serán felices”.

Él, con su entrega en cuerpo y alma al mundo de los negocios que lo convertirían dentro de poco en uno de los entes más importantes y poderosos del país, teniendo sólo espacio para Betsabé en las noches de profundo cansancio físico por la derrochadora jornada del vino y la transacción cerrada para la lujosa ganancia que por celebración tendría el brindis, antecedente de la borrachera y la resaca de la víspera.

Como residencia, Juan Carlos de la Huelva tenía una lujosa hacienda en un pequeño pueblo adyacente al estado llanero, pero con la pujancia característica en la cría de ganado vacuno, que debía también, ser correctamente alimentado y representaba el lugar más adecuado por el forraje que las reses necesitaban para un desarrollo que luego satisficiera los precios justos para la venta.

Atendiendo la sugerencia de la vieja costumbre campesina de que la casa de habitación apostada en la sabana debía ser confortable y amplia, aceptó el esposo recién contraído en nupcias, los corredores de alto techo en los cuatro costados, que la harían un poco más fresca, considerando la inclemencia de la canícula llanera, que durante los meses de febrero y marzo traería destemplanzas con la sequía.

Sin embargo, sus hábitos puestos a tono en relación al clima, y la comunicación ordinaria, mas no desleal, que Juan Carlos decía encontrar con nueva gente de origen humilde, cuyo trato aplicado a la faena que él consideraba como la más difícil; por cuanto pretendía que todos sus sementales fueran atendidos personalmente por cada uno de los peones de llano, fieles a su vocación que él había contratado; no se conformaba el joven español con el resultado que proporcionaban las jornadas de sol a sol, que casi exprimían el alma de aquellos seres, que resignados con la escasa paga que les tributaba, no se atrevían a rebelarse contra aquella despiadada explotación, y vejámenes a los que a veces eran sometidos.

Su adicción al despotismo, aunado a su discriminación racial, le acarrearía muy pronto furtivas enemistades entre sus allegados al seno de la empresa que pretendía mantener con la casi total ganancia; olvidándose inclusive del apoyo en el tráfico de influencias que don José María Torrealba poseía en el mercado, para garantizarle el equilibrio en su punto de partida, que para muchos, casi siempre es de traspies.

—Indudablemente que con esta sarta de gandules y bórcegos, la pujanza del negocio no puede dar frutos a corto plazo —exclamaba el consorte con la más absoluta desconsideración hacia una tierra que más aún no conocía, pero de la cual pronto recibiría una respuesta que no sería precisamente de la adulación que él esperaba por considerarse superior a todos quienes le rodeaban.

—El padrino que la vida me ha dao, es aquel que me dio la confianza de ser buen novillero pa' lanzame al rudo sin más que un capote.

—Las verónicas pal' toreo de la vida vienen solas, y para ello se necesita raza de lao y lao —vociferaba con arrogancia Juan Carlos de la Huelva, mientras que sostenía la copa de tinto.

El indio Chon, que en su avanzada senectud lo había observado una o dos veces, con su lucidez característica, parecía adivinar la desmesurada avaricia y ansia de poder de aquel extranjero, cuya mentalidad subestimaba, sin ningún respeto, la idiosincrasia como representación del gentilicio que la gente del llano lleva en sus venas con el orgullo de la valentía de su mestizaje.

Y siendo tan conocedor de las reacciones que podían suscitarse en el mero centro de aquel proyecto que en tan poco tiempo sólo llevaba la etiqueta de la anarquía desbordaba por la codicia del ente vicioso en la riqueza mal ganada; solicitó la atención urgente de su patrón, quien muy discretamente también había observado los tratos autócratas de aquel recién llegado de la península ibérica con ínfulas de feudal, y guardando inconcebibles rencores hacia la tierra que recién conocía.

—Si sigue actuando así el señor Juan Carlos, se lo va a venir llevando el Diablo, patrón —fue la opinión confiable de Chon con su malgastada y cavernosa voz.

—Él es el Diablo —objetó don José María con el ceño contraído y sin ninguna consideración para con su yerno desbocado en la confianza que el Torrealba le había depositado por tratarse del esposo de su hija.

¿Habría razón para tal epíteto por parte del suegro, aparentemente de acuerdo con aquella relación, cuya protagonista principal era su hija Betsabé; tan importante para él?

—Tampoco debe usted tratarlo de esa manera, patrón —le recordó Ascensión Pérez, como queriendo advertirle de el respeto que se debía guardar y mantener entre las dos familias, evitando malos entendidos que acarrearían disputas con posibles rompimientos de relaciones bilaterales.

—Me importa un carajo el respeto para quien no se lo tiene a sí mismo —expresó enojado don José María, y luego prosiguió elocuente—. Quien no se considera a sí

mismo, cuidando las reglas del trato cordial con quienes le rodean, no puede tener respeto por nadie.

—Pero también existe el diálogo, don José María, no lo olvide. Recuerde que los humanos somos como los animales aunque usted no lo crea —y prosiguió con la franca filosofía—. Los animales, cuando no se conocen, primero se observan, luego se van acercando poco a poco, como pa' estudiarse el uno del otro, y a medida que cogen confianza, se olfatean. Si no se gustan, se gruñen. Pero si se caen bien, terminan gustándose y uniéndose, patrón.

Don José María Torrealba sonrió afable y su mueca descompuesta en la faz, mezcla de rabia y temor, cambió por completo.

—A todo le buscas una salida afable como el final de los cuentos, amigo Chon, por eso te admiro y asimilo los consejos de tu aprendizaje autodidacta. Más sabe el Diablo por viejo que por Diablo. ¿No es así, Chon?

—Y dale con el susodicho paisano. ¿Es que acaso vamos a estalo nombrando toa la noche, patrón? Recuerde que toda cosa mala, si se nombre mucho, se invoca, don José —advirtió el paranormal sexto sentido del anciano, para quien el mundo estaba lleno de energía negativa que era preferible no despertar.

—Y pensar que toda la culpa de los desmanes que comete el humano, lo tiene la lengua, amigo Chon. El viperino y maldito chisme, que es obra de la sin hueso que vilmente conectada al cerebro, construye y destruye mundos que tanto trabajo le han costado a quienes los emprende, y que por tan sólo un vilipendio se desmoro-

nan para misterio gozoso de quienes se ocupan de ese pecado tan mortal. Benditos sean los sordomudos.

Iba a decir don José María que la culpabilidad de toda esa intriga que precede a la infamia de la calumnia, la tenía el maligno, pero no quiso repetir en boca a tal excreto de la luz, y prefirió callar, esperando una respuesta de Chon, que levanto la mirada triste sin objetar palabra.

—Por eso es bien contado, querido Chon, que la lengua es gran castigo para el cuerpo —quiso agregar con el objeto de cerrar la insistente conversación hacia un mismo tópico, cuando Ascensión Pérez tonificó con su negro humor, el lenguaje retruécano del individuo de mala intención:

—Mi mujer no pensaba lo mismo de ese dicho, don José.

El viejo Torrealba apretó los dientes para no reír, pero respondióle como si quisiera burlarse de la mencionada expresión:

—Si usted es el sabio de todo, pues que su palabra vaya adelante —y lo remató don Chon para dejarlo mudo en medio de aquella bendición que él había profesado para los infelices impedidos hacía un momento.

—Es la regla de las bolas criollas, patrón: “palo adelante, bola atrás”.

—Hay que buscar, entonces, la manera de pegar primero, para justificarnos de que golpearemos dos veces —acotó don José María.

—Si quiere hacerse sentí aún más de la importancia que tiene, patrón. Mire con cuidado pa’ los cuatro costaos, pórtese bien, y evite que sus propios pecaos le sal-

piquen. Haga como el ladrón: tan sólo observe, cálese y actúe.

—Buenas alternativas esas, para sacarle un poco de provecho a la vida, amigo Chon.

Los dos hombres, ancianos ambos quedaron el silencio, contemplando el ocaso de aquella tarde, que como muchas, había sido testigo de aquella escuela de aprendizaje mutuo, sustentada en las experiencias que como hombres, habían vivido ambos, uno con la potestad económica en sus manos, y el otro gozando de la merecida jubilación que le otorgó el dueño y señor de la Torrealba en señal de agradecimiento a la lealtad mantenida por aquel descendiente de indígenas, durante más de cincuenta años.

Golpe a golpe y verdad a verdad era la consigna de aquellos dos senectos de la vida, sellada en una amistad imperecedera que no tendría más que el descanso y la tranquilidad otorgada por la vida en el atardecer y ocaso de ella, o lo que diría la frase universal e inequívoca: “reposo de guerreros luego de la semilla sembrada, y frutos recogidos”.

Pero el destino bribón a veces no parece sentirse contento con la tranquilidad del humano, pues cuando este se sume por merecimiento en un descanso mental y espiritual después de padecer tanta vorágine, la adversidad regresa a la carga para nuevamente poner a prueba la tenacidad en la lucha, y el enfrentamiento entre ambos choca para mantener un sólo ganador en la difícil palestra de la vida.

Sin embargo, y muy por encima de los sucesos nefastos que puedan de alguna manera alterar nuestra existencia, debemos mantenernos firmes y decididos en la lucha contra la desventura, pues ello nos enseña a entender que el mismo mundo en que vivimos, la providencia nos otorgó las herramientas que debemos encontrar y aprender a manejar para enfrentar con celeridad el infortunio, y vencerlo en buena lid.

El arrojo del hombre se cultiva con la confianza y la perseverancia de siempre sentirnos ganadores de nuestras mentes emprendidas.

Pero no es la avaricia (ojo allí) quien debe colársenos en nuestra misión de ganar un mundo lleno de comodidades y de suficiencia. Tan sólo es sembrar y cosechar con amor y fe, generando con ello, ayuda al allegado que esté dispuesto a contribuir a esa ganancia con el tesón de su trabajo, que a su vez le retribuirá el esfuerzo merecido con el sustento que colocará el cotidiano pan en su mesa.

La opulencia, como es bien sabido, representaba el gran cimiento por donde caminaba la liquidez de aquella familia archiconocida en el medio comercial pero aislada de la sociedad urbana, por considerar que el aire puro para el cuerpo y el espíritu se respiraba alejado de aquellos compromisos festivos, lejos del brindis donde la apariencia de la alta esfera en el seno del círculo social cultural, mezclados con la cínica sonrisa de un trato amistoso desleal, no representaba para ellos la consigna de la real importancia.

El alimento para el alma era lo que don José María más había apreciado durante sus setenta y tantos años vividos, pero que luego de un traspíe basado en experiencias que crearon confusión en su manera de conducirse y realizarse en las arcanas profundidades del mundo esotérico; la dieta espiritual, lamentablemente había tomado un rumbo desequilibrado, donde los excesos lo harían caer en la trampa que no tiene retorno a la redención.

Tarde o temprano, la vida terminaría por revelarse donde se encontraba el final de su camino, y él tendría, ineluctablemente, que enfrentarlo con el arrojo que había demostrado por siempre.

Si el fenómeno de la muerte, o nuestra salida hacia otro plano se asimila con la mejor de las resignaciones, llámese esta como la de estar en paz consigo mismo, habiendo cumplido la misión que nos fue encomendada realizar en el mundo; estaremos mentalmente preparados para levar anclas en la barca de los elegidos hasta una próxima oportunidad.

Quien siembra bienestar y generosidad durante toda la vida, cosechará y se alimentará de felicidad durante toda la eternidad.

Contrario a esto es la incertidumbre del abismo de quienes sólo han construido un camino de hostilidad y bajas pasiones, pues su desenfreno abre aún más acertijos por donde se conjugan sin son ni ton las mieles prohibidas del exceso que conduce al desgaste y por ente a la destrucción.

Todo esto lo tenían muy claro Ascensión Pérez y José María Torrealba, pues ambos sabían que se encontraban surcando el paso casi rumbo al otro lado del tiempo, donde muchos dicen que aguarda esa dimensión desconocida, quizá con nuestro libro de haber en blanco, donde comenzaremos con las anotaciones nuevas de la sempiterna misión del alma.

Pero antes, tendrían ambos también que poner claridad a algunos asuntos pendientes y de importancia que el reto de la vida por la cual estaban transitando les había colocado en el horizonte visual, y que como entes de temple, estaban obligados a resolver.

La experiencia vivida durante la fiesta de bodas de Betsabé fue uno de los tópicos más importantes de la tertulia que los ató por largas horas, ante el caso omiso de los hijos y de la servidumbre de la suntuosa residencia, para quienes las largas conversaciones de los hombres de más experiencia en la casa representaban el respeto que alguien repetía en son de cariño al contemplar a los dos ancianos, sumidos en la interesante retroalimentación:

—“Se sentaron dos libros abiertos, carajo”.

Y así era, pues el final de aquellas largas jornadas dejaba un paréntesis para una conclusión que no quedaba cerrada en la solución de un problema, esperando por la unificación de criterios no concertados.

Pero aún transcurridas muchas noches más, luego de la celebración de la boda, y luego de analizada la misteriosa visión, Chon Pérez, aplicando su sentido práctico en la solución de percances y sin ínfulas de sabio, llegó

a la conclusión que se estaba lidiando con un fenómeno paranormal, lo cual debería colocar urgentemente en alerta a don José María, impresionado por tantos días pensando en el mismo incidente.

—Por el momento, mantenga la calma y procure alejar el miedo de la cabeza, patrón. Recuerde que el temor atrae todo lo malo, y que lo malo viene con más fuerza que la que usted tiene en el espíritu. Lo peor pa' después será enfrentálo, don José, cosa que es más peligrosa de lo que usted se imagina, pero si no queda otro remedio, sálgale adelante y pruebe fuerzas. Eso sí, patrón, con profunda fe y amor.

—No pretendas que voy a responderle con pétalos de flores al enemigo que me ataca con fuego, Chon.

—Si usted no ha matao a hierro, no tiene nada que temer, patrón.

—No hasta que irremisiblemente tenga que hacerlo —expresó José María Torrealba con la seguridad para mentir y también para esconder sus manos manchadas.

—¡Guá! ¡Patrón! Y a sus años, ¿se atrevería usted a darle muerte a un contendor?

—Recuerda que tú mismo me enseñaste una vez a no subestimar la estatura cronológica y física de un hombre, amigo Chon, y no son los años sobre el cuerpo los que pesan, sino la experiencia en el espíritu la que te hace más grande en el arrojo y toma de decisiones.

—Figúrate tú, que los ancianos del otro lado del mundo, de la parte oriental, para ser más preciso; con el paso de los años, desarrollan niveles mentales extraordinarios capaces de mover una montaña si se lo proponen

—prosiguió ameno el viejo Torrealba, recordando aquellos tratados de budismo zen que habían pasado por sus manos en sus años de ilustración, cuando la juventud arrolladora paseaba en la búsqueda de respuestas satisfactorias para un mejor modo de vivir; y continuó con la exposición de su criterio—. El hombre del mundo occidental ha manejado la tesis de la arrogancia hecha por la adquisición de buenos modales e ilustración cultural que alimenta su ego con prepotencia, y destruye su humildad, que lamentablemente los convierte en neófitos de la autosuficiencia.

—El verdadero sabio es aquel que transmite todos sus conocimientos con modestia y amor a quien verdaderamente lo requiera.

—La humildad y la decencia es alimento de cultos, no lo olvides, Chon, pero también estos eruditos merecen respeto, y aunque no me considero uno de ellos, trato de imitar su desenvolvimiento, con la diferencia de que yo le salgo al encuentro a quien me busca pendencia, para enfrenarlo y vencerlo en buena lid, si la providencia me lo permite.

—¿Qué está pasando con nosotros, Juan Carlos? A escasos seis meses de nuestra unión, dices no tener nunca un tiempo para mí, sólo dedicado a tu faena de seguirte enriqueciendo a las costillas de mi papa —interrogó enojada y preocupada Betsabé, quien ahora esposa y con la responsabilidad de atender a su marido, pasaba días y semanas enclaustrada en la soledad que le proporcionaba la ausencia consuetudinaria de su compañe-

ro De la Huelva, sumido ahora en la codicia que proporcionaba su negocio, el cual quería monopolizar con ayuda no solamente de su suegro, sino con la relación que había comenzado a manejar con los otros dueños de haciendas, quienes teniendo escasas posibilidades de modernizar la infraestructura que les rodeaba, ponían en hipoteca grandes cantidades de tierra, las cuales eran aprovechadas por Juan Carlos de la Huelva que las negociaba muy por debajo de su verdadero valor, y que de no serle cancelado el préstamo en gran efectivo que el español les proporcionaba, el gravamen se duplicaba en valores de intereses moratorios, que luego pasarían a formar parte de su patrimonio, en secretos acuerdos que también realizaba con allegados al gobierno de turno, para despojar a los verdaderos dueños de aquellas tierras, que en un futuro le generarían millones de pesos.

—Este país está todavía muy ignorante para desarrollar el consorcio de la tauromaquia, pero ganas no faltan para comprar todas las tierras que ellos no trabajen, y así convertirme en empresario de bienes inmuebles —pensaba el De la Huelva, con la avaricia que no le permitía recordarse ni de su propia esposa.

La indiferencia mostrada por Juan Carlos en las relaciones cordiales que debía llevar ahora con su nueva familia, hundido en sus relaciones comerciales que lo hacían viajar por todo el país, estableciendo contacto con diversos compradores y vendedores, hasta llegar a alejarlo de su residencia por días y días sin que su mujer tuviera noticia de él; llevó a Betsabé a la determinación

de regresar a “La Torrealbera”, con la preocupación en el rostro que José María Torrealba notó de inmediato.

Era obvio que ante semejante trastada hecha por el timonel de la casa, las relaciones nunca mantendrían el tono cordial que se acostumbra saborear en el seno del hogar recién casado; y que contrario a la indiferencia y ausencia de alguno de ellos, prevalece durante esos meses con el perfume de la delicadeza y el detalle, alimentos primordiales en la manutención del amor consagrado y prometido.

El padre de la familia, también solidario con la aflicción de la hija consentida por ser única de sexo opuesto en la casa, y por ende protegida por la cuadrilla masculina, acordó sostener una tertulia de reflexión con ambos, sin que con ello llegara a entorpecer la cordial comunicación llevada entre ellos durante aquellos meses cuando se gestaba la relación, y de los cuales guardaba gratas anécdotas.

Sin embargo, José María Torrealba ágil en la mente y atento en la observación minuciosa, prefirió mentir ante el tropo mental de su yerno, con tal de mantener la tranquilidad de Betsabé.

Conocía claramente de la falsa cordialidad de Juan Carlos, y también estaba seguro de que su hija estaba al tanto de la deslealtad del esposo, y que no tardaría en desnudarlo, inquieta a las repercusiones buenas o malas que pudiera recibir el nexo que les unía.

No tenía ninguna duda del temperamento fuerte de aquella fémina con sangre Torrealbera, quien acostum-

braba a tomar decisiones que arrancaran de raíz un dilema, por muy doloroso que fuera.

Recordó la sabia frase de Chon, la cual rezaba que “decir la misma embuste más de dos veces, es arrancarse cada vez el respeto del alma”.

Betsabé, que lo conocía más que a la palma de su mano, saltó con la proposición que ella sabía claramente que estaba en la mente del progenitor, pero que no se atrevió a manifestar.

—Quieres saber qué es lo que pienso de Juan Carlos. ¿No es así, padre?

—Es importante tener un concepto de tu más allegado ente, que te mantenga la claridad de la confianza y la fe que has depositado en él, hija –contestó don José María como si estuviera esperando la pregunta.

—Te agradezco profundamente que no lo defiendas, papá, pues claramente conozco la fidelidad, o la alcahuetería, para ser más precisa; que ustedes los hombres se profesan con el propósito de taparse las fechorías que hacen.

—Ustedes con su intuición. Mujeres al fin.

—Intuición no tanto, padre –interrumpió Betsabé para proseguir—. Lo que ocurre es que ustedes los hombres no saben cómo disimular una mentira, por ende, siempre la llevan pintada en la frente, y eso es todo.

—En cambio ustedes –contestó a la defensiva masculina el padre aludido—, la juegan a diestra y siniestra, y siempre terminan convenciéndonos de una lealtad que no existe.

—¡Alto ahí, don José María! —trató de defenderse la hija— La lealtad sí la tenemos, pero comienza a desmoronarse con la traición que provocan los celos que ustedes nos profesan cuando no permiten que ningún hombre se nos acerque —y prosiguió.

—Cuando el marido cela a su mujer, es porque desconfía de ella, y el individuo quisquilloso por egoísmo, es traicionero por bígamo.

—¡Mujer de Dios! —exclamó sorprendido el padre— Qué cosas dices, sin ni siquiera tener tú tampoco esa evidencia.

—Segura estoy de que Juan Carlos tiene otra mujer furtiva en el anonimato, y ese es el concepto que me deja su proceder, papá.

—Y entonces, ¿por qué razón te casaste con él, Betsabé?

—Porque me lo metiste por los ojos indecisos de tanto mirar falacias —contestó tajante la atractiva mujer.

—Siempre te oí decir que la fémina que pasaba los treinta años ya no albergaba la esperanza de contraer nupcias, y ello me dio miedo.

—No digas eso, hija —respondió cariñosamente el padre, mientras la tomaba por los hombros en señal de solidaridad—. Ustedes las mujeres siempre representan el vivo pétalo de una flor que nunca marchita en la vida, porque su savia siempre conserva el sabor del aliento y su perfume el aroma de la esperanza que nosotros necesitamos.

—Dime una cosa, papá —solicitó Betsabé la pregunta cuya respuesta afirmativa le horrorizaba, pues para ella,

esa anomalía significaba un mal irreversible—. ¿Crees tú en la locura del alma? Quiero decir: ¿en las almas desquiciadas?

De súbito y a espaldas de ambos, que se encontraban observando el levantar del mediodía, casi a filo de cenit, esperando el llamado cotidiano del almuerzo; un carraspeo gutural muy conocido por ellos los hizo volverse, para encontrarse con la esbelta y pulcra figura de Héctor.

—Yo puedo contestarte esa pregunta, hermanita —manifestó cortés y leal a la ayuda que necesita el espíritu fuera de tono—. El alma permanece lúcida mientras no reincida en cometer el mismo delito que le ha roto la vida en dos, y para el cual a veces no hay tiempo de arrepentirse, porque la fe en la redención no alcanza para alimentar el espíritu, ya que el miedo mismo no lo permite.

—Las leyes terrenales, o las sociales, para ser más exacto; a veces son implacables en la balanza de la justicia —y luego prosiguió ecuánime como gran catedrático en la buena conducción del ser humano por la vida:

—Ningún juez penal, por valiente y decidido que se le conozca, puede decir que nunca ha sentido temor en el momento de dictar una sentencia, pues el instinto de la vida le recuerda que nadie en el mundo tiene limpia su conciencia para permitirle condenar a un semejante.

—¿Pero qué ocurre? El propulsor del derecho, muchas veces olvida que para aplicarlo debe cumplir a cabalidad con sus deberes, y obedecer a cada uno de ellos es casi imposible, porque la irresponsabilidad es com-

pañera del placer, que unido a ambos, nos desvía por el camino equivocado, Betsabé.

—Cuántos fiscales hay que dan un nefasto veredicto para hundir a un procesado. ¿No están ellos profundamente más manchados en fechorías?

—Dios ha sido tan generoso con la humanidad que no dictó un libro para condenarlos, al contrario, hizo la biblia para conducirnos y no dar traspies, y haciéndonos conocer lo bueno y lo desleal de la existencia.

—La humanidad debería existir para aprender a defenderse de las injurias o el ataque físico del ente desquiciado, pero nunca acabar con su vida. El demonio se combate con la oración, la fe y el espíritu valiente, para que no vuelva a molestarnos nunca más; pero es imposible para nosotros execrarlo de raíz, porque fue nuestro señor quien acordó desaparecerlo de la faz del universo el día del juicio final.

—Y como sacerdote, me imagino que no lo representarás como los pintores con falta de creatividad, hijo. Es decir, con figura humana y rasgos animales —quiso retar don José María al hijo reverendo.

—Fíjate que no, querido padre, pero si de esa forma te lo figuras, te diré que de esa macabra silueta emanan los siete pecados capitales de los hombres.

—No entiendo, hijo —alcanzó a preguntar don José María, ávido de nuevas sensaciones de aprendizaje en el lenguaje teológico de gran aprovechamiento.

—Es muy fácil, papá. El siniestro lleva en él los cuernos de la transición, las largas orejas de la avaricia y los ojos ciegos y rojos de la ira y la lujuria, las garras de la

codicia, los dientes afilados de la gula, y el rabo largo y colgante de la pereza.

—Lo que quiero expresar para puntualizar es, que si tienes poder de voluntad para arrancar de cuajo toda esa cochambre del alma, habrás echado a Mefistófeles de tu vida, le habrás abierto la puerta al señor que es quien verdaderamente te ama, padre —concluyó el sacerdote afable y sonriente.

—¿Qué está pasando con nosotros, Juan Carlos? —volvió a volar el pensamiento firme en la pregunta que Betsabé le había hecho a su esposo, con el propósito de aclarar dudas y unificar criterios en cuanto a una relación que no terminaba de engranar en el rodamiento de aquel contrato social accidentado, donde la atención, el respeto por el diálogo y los detalles terminarían por estropearlo.

—Déjame conducirme en este país como lo que soy, Betsabé: un empresario de alto calibre que quiere ver crecer a su negocio. Existen miles de personas que desean trabajar conmigo, pues mi fuente de empleo genera buenas divisas.

—Y yo represento la empresa fiel que se contenta con una sociedad día y noche, que sólo comparte con su esposo la alcoba de dormir después de las diez de la noche, cuando el rugido de la borrachera da rienda suelta al cansancio físico —respondió indignada la infeliz de mujer de apellido y temperamento Torrealba, ante la insatisfacción que le proporcionaba aquella relación de sólo apariencias.

—Ya no tienes ni siquiera un minuto para mí, para contarme tus cosas, manifestarme un detalle que avive un poco la llama de mi amor por ti. Te complaces solamente en producir y producir dinero, y no te das cuenta que ello no lo representa todo en la vida. La fidelidad se conquista con la comunicación y detalles, Juan Carlos. Eso nunca lo olvidas.

—No te pongas sentimental, y abre bien los ojos. El dinero también es importante, y si no lo tienes, nadie te respeta.

—Pero también existe la modestia y la atención cordial para con tu pareja, y eso ya tú lo olvidaste.

Betsabé gimoteaba en un lenguaje entrecortado por la amargura de la impotencia, pues su esposo parecía indiferente ante los reproches que la mujer manifestaba con gran incomodidad.

Finalmente, la decisión masculina tomó las riendas ineluctables del modo de vivir a su manera en el compartimiento despiadado y puntual para hacer entender quién mandaba:

—¡Se hará lo que yo diga de principio a fin, sin protestar, coño!

—Así se hará tu sentimiento, pero no el mío —voló el pensamiento ágil de la Betsabé, encerrada en jaula de oro.

—Si te parece, sal a divertirte con tus amigos; juega cartas y bebe azahares —pareció poner el enfado el De la Huelva, para quien se encontraba inconsolable ante el abandono disfrazado en apariencia matrimonial.

—Beberé y paladearé el aroma que más me subyugare –advirtió finalmente Betsabé, con un acento que el esposo pareció no entender, pero que representaba el punto de partida hacia la búsqueda del estímulo y del entendimiento que toda fémina anhela, por la ausencia y atención de la pareja que tiene y no posee.

—Beberé y saborearé la fruta que anhelo y no tengo –exclamó entre dientes la desconsolada Betsabé.

—Si la vida me niega la tranquilidad del alma, entonces probaré a enloquecerla –fue su última expresión mientras observaba cómo su hombre se alejaba y daba un portazo tras sí.

EL ESPECTRO DE LOS COMETIDOS

El intento es quizá el camino más comedido hacia la búsqueda de la verdad o el error, pues cuando a veces nos figuramos al pie de la conciencia que parece clara en el ejercicio de nuestros procederes, por el camino que transitamos y que consideramos como correcto, aparece una pequeña piedra escondida en el zapato, que no sentimos sino cuando estamos a punto de ver coronada nuestra meta. He allí la razón del espectro burlón del cual hablamos y que aparece cuando menos lo imaginamos.

Pero también la vida en su enseñanza sempiterna nos ha dado la muestra para acercarnos a las cosas buenas y alejarnos de las malas con nuestra coherencia mental, que es luz para nuestro equilibrio emocional.

El mundo está lleno de obstáculos en su mayoría difíciles de vencer, pero no imposibles, y en la dureza para romperlos para dejar libre nuestro sendero de andanzas es por donde comienzan a florecer los capullos cerra-

dos, que luego abren a la madurez hecha constancia que nos señala el final de nuestros logros.

Los seres humanos aún no nos hemos dado cuenta de la extraordinaria espiritualidad que nos fue legada desde el inicio de la vida, y que quizá muy pocos mortales han sabido aprovechar al descubrir el despertar de la misma.

Pero ojo, el espíritu es indomable como la tempestad, el trueno y el relámpago; pues nos alumbra el camino sólo una vez, nos atormenta con el ruido seco de su advertencia para dejarnos hundidos en la sordera de la indiferencia, el espanto o la advertencia que nos acongoja o nos alerta que luego nos pulveriza con la centella que da el efecto de nuestra causa, y así regresamos a las cenizas de donde vinimos.

Pero no se escribe esto con la intención de prolongar un tratado de esoterismo burdo, ni profundizar en la filosofía Rosacruz, sino más bien de recordar el torbellino de almas esparcidas cual hojas por el camino insospechado de la vida, en la historia de aquella familia sacrificada por la codicia, que no tenía detención al descanso reclamado por el tiempo que aceleraba aún más su infatigable existir, en una vorágine de pasiones, donde se conjugaban sin son ni ton la maldad, y por ende, la destrucción del hombre por el hombre, empujados por la perversidad y las malas influencias del abismo negro e infernal.

Y el preámbulo del estallido de la bomba reprimida por el silencio que absorbía toda clase de sinsabores mal guardados para la apariencia del buen trato, fingido ante conocidos, amigos y empleados; se produjo aquella no-

che, cuando sobresaltado por los gritos inconsolables de la hermana que vociferaba frases que no podían entenderse por la mala acústica, aunado al llanto femenino de quien parecía reclamar auxilio ante las ofensas verbales, se precipitó Daniel hacia la puerta de la habitación de huéspedes que ocupaban Juan Carlos y Betsabé, en una de las tantas visitas del fin de semana a la casa “La Torrealbera”.

Por boca de allegados a la familia, había sido Betsabé puesta en evidencia del romance furtivo de su marido con una dama hasta entonces desconocida, y por lo tanto sujeta a la indiferencia por los habitantes de la casa.

Era Ana María, una de las tantas solteras del círculo social íntimo y estricto en la cotidianidad que daba la consuetudinaria reunión semanal, donde el buen vino y la tertulia altanera y bullanguera de españoles, mezclada con los venezolanos de la alcurnia elevada, destapaban sin ningún prejuicio el salero escondido y motolito del ente casado y de respeto, para convertirlo en un despliegue amplio y franco de pasarela, por donde desfilaba lo mejor de la selección femenina realizada y escogida por Leonor, vieja y veterana en el círculo de las antiguas barraganas de los entonces políticos de moda, y ahora sumida en la furtiva gerencia de la trata de blancas, hábiles en el desempeño de la compañía complaciente y placentera de señores distinguidos y de jóvenes aventureros, amantes del romance exógeno.

Juan Carlos de la Huelva, atrevido y elocuente en su relación con el sexo opuesto, además de pernicioso en los placeres banales, no perdió tiempo en ubicarse en

el jactancioso camino del adulterio, estilo obligado del hombre machista de la época, para quien no bastaba una sola mujer, formal en la entrega y respetuosa en el sano juicio del matrimonio, cuya unión conyugal establecería el cimiento del hogar hasta la muerte.

Sin embargo, la intriga viaja por la cadena de la envidia, y el cuento mal o bien habido se propaga vertiginosamente en el desconsiderado círculo social, donde la creatividad de la calumnia quita y pone, agrega o desagrega interpretaciones a gusto de quien le recrea la semejante barbaridad del chisme torturador, y las noticias no muy gratas del esposo al oído de Betsabé no se hicieron esperar.

Daniel, sobresaltado por los gritos de su hermana que ya rayaban en la esquizofrenia, tocó con firme pulso la puerta de la habitación que Juan Carlos, un tanto apenado, se precipitó a abrir.

El hijo menor de los Torrealba trató de mantener el aplomo y una serenidad que no tenía ante la furtiva animadversión que siempre había profesado hacia su cuñado, por considerarlo, como él lo había calificado en voz alta ante su padre:

—Es el propio patán, y coprófago de todo nuevo rico.

La fortaleza física de Juan Carlos no le intimidaba en absoluto, pues a pesar de ser más joven, se consideraba tan hombrón como él.

—La novedad de los gritos de mi hermana me trajo hasta aquí.

—No es ninguna novedad. Si no, debe parecerse más bien una emergencia. ¡Semejante escándalo por tan

poca cosa! –quiso justificarse De la Huelva con los vapores del vino en la cabeza.

—Todo lo que acontece en la intimidad de mi casa es una novedad que se resuelve de inmediato ante la alharaca que requiere de explicación, pues el respeto y la tranquilidad son el pan de cada día en este círculo familiar –respondió Daniel con la firmeza de su temperamento, recordándole el fiel cumplimiento de las reglas acordes a la formalidad de la residencia.

—Entiendo claramente tu posición, y te confieso que ha sido solamente la clásica discusión cotidiana en la pareja que unifica criterios y nada más, querido cuñado –trató de vulnerarse Juan Carlos en tonalidad afable, que Daniel cambió por otra terrible desafinación en el carácter sanguíneo bien mezclado de imprudencia y prepotencia.

—La conversación cotidiana que sube el volumen de voz, se convierte en una perenne sarta de ofensas que a veces rompen el círculo del buen trato y respeto.

—Cosa que tú también experimentarás cuando tengas la ocasión de sentirte en pellejo de hombre casado, y puedas decirle a tu mujer todo lo que quieras, sin necesidad de terceros que se inmiscuyan en problemas de pareja. ¿No es así, Daniel? –rispotó el molesto cuñado, cuya impotencia personal con dotes de líder de masas, no aceptaba intromisiones en su vida sentimental, por mucho parentesco afín que existiera.

Por esta razón, y sin darle tiempo a reaccionar, lanzó un último responsórum, cuyo propósito consistía en

mantener la distancia que le acercaba a la antipatía profesada por Daniel.

—Te agradezco aceptar mis disculpas, pues el error que acabo de cometer me recuerda que el mejor punto para resolver situaciones de este tipo es el hogar matrimonial, lejos del irrespeto al oído ajeno, aunque mi padre me enseñó desde niño que las puertas cerradas con voces al otro lado deben respetarse como patrón de intimidad —y prosiguió para sentar un precedente de cuáles eran los verdaderos modales y normas que conducen la madurez de un hombre.

—Y el respeto por el proceder personal detrás de una puerta cerrada, comienza por la misma entrada al cuarto de baño, donde mi padre me recordaba que era una falta de consideración tocarla.

Betsabé permanecía callada y de espaldas a la ventana, escuchando atenta el intercambio de palabras, que de producirse un chispazo brusco entre los ánimos de ambos hombres, propiciaría el enfrentamiento inminente. Por ello, manejando la suspicacia propia de la mujer presta a excitar conflictos de mayor envergadura, se apresuró a encomendarle a su hermano inmediato.

—Vete por favor, Daniel, que nada ha pasado, ni ocurrirá.

—¿Estás segura de que te encuentras bien, hermana? —insistió Daniel con los ánimos a punto de exacerbarse, ante la propuesta inesperada de Juan Carlos de la Huelva totalmente cruda en verdades, que a él le pareció insolencia.

—Completamente, Daniel. Ahora, déjanos solos.

El Torrealba dio media vuelta y se retiró impotente, secándose el sudor copioso de su nariz con sus dedos, y la puerta de la habitación se cerró de un empujón.

Era temprano aún, y otra víspera de fin de semana, invitó a don José María Torrealba a una de sus tantas visitas a la capital del estado central, donde una buena tertulia para sus años senectos no caía mal del todo, pues a pesar de ancianidad mantenía una lucidez mental envidiada por muchos jóvenes con quienes se relacionaba.

Por esa razón, la casa de campo había quedado sola, sin más habitantes que De la Huelva, Betsabé y Daniel que había preferido permanecer en el descanso que le proporcionaba la buena lectura y uno que otro trago de coñac para templar el ánimo taciturno a la hora del cansancio visual en el quehacer momentáneo.

El indio Chon, sentado en su vieja poltrona compañera de sus años, y testigo de las más comprometedoras conversaciones, había escuchado la discrepancia desde hacía ya mucho rato, y su mueca facial se contrajo aún más al dilucidar las sobreentendidas consecuencias de una relación en pareja que pierde los estribos al subir el tono de voz que rompe el dialogo ameno.

—¿Qué les pasaría a los muchachos, que ya están perdiéndose el respeto, carajo? —pensó con inquietud.

La respuesta se la dio instantáneamente una sombra, que cual celaje pasó por el corredor, como saliendo de la ventana de la habitación donde ellos se encontraban, y que desapareció ante la débil mirada del anciano, que su sexto sentido, hábil en situaciones de ocultismo, no

pudo disimular un estremecimiento que estaba acostumbrado a experimentar al momento de captar la presencia de entidades negras a su alrededor.

—Ave María Purísima, sin pecado concebida —exclamó mientras se santiguaba—. ¿Qué estará pasando en esta casa que la está visitando tan seguido “ese señor”? Ahora como que sí voy a comenzar a preocuparme de verdad, porque esta guarandinga no me está gustando pa’ na —puntualizó el maestro indígena.

—Esto tiene que saberlo pronto el niño Héctor, porque lo que soy yo, ya no aguanto con la edad como cuando era joven, y podía correrlo todo con mi fuerte espíritu. Si yo mismo me duerno y no atiengo mi lao donde vivo, en cualquier descuido ese condena carga conmigo, y “adiós Chon”. Quisiera vivir un par de años más, carajo.

El lastimero aullido de los perros, aunado a los relinchos de inquietud de los equinos en las caballerizas adyacentes, asustó un tanto a la servidumbre, que a esa hora había finalizado su quehacer cotidiano, y cada quién descansaba en sus respectivas habitaciones.

—Los nichos feos de la noche negra andan por el patio esta noche, Josefina. ¡Qué va, mijita! Bien lejos con ellos, y alabado sea mi san Benito que nunca nos desampara.

—No tenga miedo, serafina, no sea pendeja y tenga fe, mire que aquí en la casa está el niño Héctor que es cura y nos protege de todo mal —exclamaban entre sí las dos cocineras, mientras una de ellas acariciaba el rosario entre sus manos.

—¿Será verdad lo que dicen los peones de la casa de que han visto a don José María caminando de noche por las afueras? —interrogaba Josefina supersticiosa y cobarde a la vieja Serafina, veterana fiel por años y años al compromiso doméstico de “La Torrealbera”.

—Cállese la boca, mujer de Dios, y eso no lo repita ni en broma, mire que si el joven Daniel la escucha, con lo atorrante y amargao que es, la puede regañar, y no sólo eso, sino hasta echarla de la residencia.

Y el suspenso por los observados misterios ocurridos en “La Torrealbera” no fue aún más electrizante como el experimentado por don José María Torrealba allá en la capital, cuando departía con un nutrido grupo de amigos, todos pertenecientes a lo mejor de los círculos sociales del estado, abrazando por el momento la revolución política de aquel dictador que comenzaba a hacerse sentir como el gran autócrata, amante del nepotismo, y posterior perseguidor de las oligarquías que él consideraba como destructoras del país por más de medio siglo; y en el cual, cada uno de sus conductores se había caracterizado en su afán de enriquecerse ilícitamente como timadores, apoderándose sin son ni ton de grandes cantidades de tierra, hecho que desató posteriormente el latifundismo más infame nunca antes visto en la historia de Latinoamérica.

Las mujeres, elegantemente trajeadas a la usanza de la época donde el grito de la moda francesa arrancaba vítores o serias demandas que acarreaban loas o escándalos, fieles o no al mito de la actualidad; se paseaban a lo largo y ancho de los pasillos del conocido local, en

las adyacencias de la plaza en aquella ciudad, mostrando su elegancia, coquetería o donaire ante las miradas discretamente masculinas que las pretendían, creyéndolas solteras, y que las saludaban ya como comprometidas, con el acostumbrado tono en una aparente discreción hacia el respeto para con la pareja, pero dejando escapar uno que otro cumplido que de cualquier manera hacía sonrojar a alguna de las damas que le gustaba sentirse halagada ante el piropo que elevaba el ego.

Don José María Torrealba, respetado ampliamente por su posición económica envidiable, y por sus dotes de orador donde se conjugaban su preparación cultural con su verbo politológico; siempre fiel a la causa conservadora ahora silenciada por el ímpetu del “benemérito” presidente, para quien solamente existía su avasallante egocentrismo y sus implacables proceder de dictador contra quienes se atrevieran contra él. Don José María se encontraba en compañía de algunos amigos comerciantes y conductores del gobierno local, disfrutando de la tertulia amena que se desplegaba en amplios tópicos y largas horas de retroalimentación por sus escasas visitas a sus allegados, y por ende el tiempo extenso en el calendario que por sus ocupaciones, le impedía reunirse a conversar amenamente.

—Nos han contado que ahora el verbo de los indios le apasiona más que la tertulia citadina, don José María —exclamaba uno de ellos, para buscarle la lengua.

—No sólo existe el “verbo” ese que tú te empeñas acentuar en tu tono de voz, amigo —y prosiguió el Torrealba con firmeza—. También existe la filosofía sencilla

de la vida, que asimilándola y practicándola, se convierte en el terreno constructor de las grandes obras.

—¿Cómo cuáles? —interrogó el insistente contertulio, hábil en el manejo de provocaciones.

—Probablemente aquellas que se adhieran a la eternidad —interrumpió una voz fuertemente modulada que les obligó a reaccionar, mirando hacia los lados, buscando el ángulo de la presencia de aquel personaje que se atrevió a intervenir en la conversación, sin ser invitado a participar.

Elegantemente trajeado de gris y corbata vino tinto, en excelente corte de gabardina, alto y delgado, de bigote finísimo, con bastón de puño de oro y guantes, se presentó aquel personaje de amplia sonrisa a la cual todo el grupo miró asombrado por su prestancia y apariencia de ente noble.

—A veces la interrupción intempestiva de quien no ha sido incorporado a la tertulia donde se dilucidan los grandes misterios de la existencia, es un desacato a las normas del buen oyente y del buen hablante. Pero el pecado de la pasión por expresar el subconsciente reprimido de los hombres anima el afán de sentirse como un entrometido alguna vez en la vida. Por esa razón —prosiguió para finalizar su larga intervención—, les pido disculpas por inmiscuirme donde no he sido invitado —expresó el extraño recién llegado, con una sonrisita, que más que agrado, causó temor en el grupo.

—Con ese amplio discurso lleno de verdades; ese su pecado, del cual usted habla, tiene omisión —expresó

anonadado don José María ante el poder de convicción en el lenguaje del personaje que aún no conocía.

—La invitación a incorporarse a un diálogo de sano juicio carece de salvoconductos, y más si se tiene la elocuencia que usted profesa, señor... —se apresuró don José María a exhortar, y a esperar por la presentación de aquel extraño elemento.

—José Mariano Torrealba, para ustedes, si me lo permiten.

Don José María sintió un leve estremecimiento en sus piernas, cuyo soporte a su peso mediano ya comenzaban a flaquear por la decrepitud, luego después de escuchar su nombre completo de labios de otro cuerpo humano, un tanto más conservado que el suyo.

—La casualidad llega a este recinto en la noche donde se revelan las incógnitas con su presentación, amigo —exclamó Miguel Arroyo, uno de los tantos allegados de importancia en la reunión, y amigo del Torrealba sorprendido.

—Vengo de muy lejos, de allá del otro lado de la tierra, donde ahora es oscuridad, y ando de paso por estos lares en búsqueda del cierre de negocios buenos, ofreciendo buen dinero a cambio de un buen espíritu que considere mis buenas ofertas de trueque.

—¿Es usted contrabandista, acaso? —se atrevió a insinuar otro de los avaros presentes en la tertulia, mientras los demás caballeros se apresuraban a sonreír unos, y a carcajearse otros.

—No exactamente, caballeros, pero puedo alegar que trafico con criterios mentales en una que otra velada, en diversos escenarios.

—¿Es usted entonces, un viajero hombre de mundo?
—solicitó una vez más con suma curiosidad otro de los maduros hombres del pequeño grupo de conversadores, mientras saboreaba una copa de licor.

—Mi intención no era romper con el hilo de la conversación para hacer que ustedes se fijaran en un ilustre desconocido. He sido yo, más bien, quien ha solicitado permiso para incorporarme a la charla que escucho es de profundo mentalismo.

El recién llegado, era algo chocante en su diálogo. Sin caer en la extravagancia, dejó fluir su verbo que desarrolló pausadamente en pequeños análisis de la vida misma, evitando la pesada rutina de la cotidianidad que tanto aburre a quien reitera aún en las reuniones de celebración, donde la gente procura olvidar el trabajo y se avoca al ameno disfrute del condumio, la buena bebida y al desarrollo de la interacción mental entre los allegados.

Don José María Torrealba no dejaba de observar al inmiscuido, y por su pecho emanaba un profundo apretujamiento que no podía explicarse, mezcla de curiosidad, respeto o temor infundido, primero por la casualidad de encontrarse con alguien que poseyera su mismo nombre y apellido, y después porque su sexto sentido desarrollado en sus años de relación con el mundo paranormal al lado del indio Chon parecía decirle que se

encontraba al frente de un personaje que no pertenecía al mundo de los humanos.

Por esa razón, quiso desnudar aún más su identificación, pues consideraba que para su mayor tranquilidad debía echar afuera aquella nerviosidad de la cual era presa, y agregó un toque de aderezo para completar la intervención de su amigo Miguel Arroyo.

—La providencia nos ha dado la similitud en nombres y apellidos, caballero.

El tocayo incorporado a la reunión de mirada profunda y extraña, pero segura y tenaz, se dispuso a escuchar con atención los planteamientos del respetable y maduro ganadero, en el momento el más adinerado de toda la región central, con un atisbo que parecía fulminar la cansada vista del Torrealba conductor de aquella conversación que de súbito había tomado otro matiz, con la llegada de aquel enigmático homólogo en nombre propio, al cual poseía la certeza de haber visto en otra ocasión, y haber platicado con él, inclusive aunque las facciones no fueran las mismas que las identificó en otra noche no muy lejana, allá en la fiesta de la boda de su hija.

La chispa de su retentiva saltó electrizante en su corazón, descubriendo que ahora no tenía ninguna duda de con quién estaba lidiando.

—Si este no es el perfil de Bruno de Mefistelis en el cuerpo de otro hombre, me corto las b... —pensó horrorizado, sin disimular cuando de súbito comenzó a sudar copiosamente, mientras otro de sus contertulios llamado Jesús Sarmiento, al darse cuenta de la incomodidad fí-

sica del amigo impresionado, se apresuró a preguntarle por su estado de ánimo.

—Mucho calor a veces desentona la presión arterial. ¿Te sientes bien, José María?

—Cuando nos sentimos altamente indispuestos, no debemos arrancar el órgano vital que da respeto, y por ende, coloca al hombre en el tapete del liderazgo en su conducción por la vida...

—Quiero decir —prosiguió diciendo el joven don José Mariano, como si hubiera leído el pensamiento de su interlocutor más inmediato en la reunión, obnubilado y ya presa del pánico que no pudo disimular, completando la frase calembur, y dándole un matiz de punto y final, hacía un acontecimiento que apenas comenzaba—; la parte importante que el hombre no debe desarraigar es su ímpetu de sentirse tenaz, presto a defender con coraje la suerte de aún sentirse vivo, con un alma indescifrable, puesta al servicio de los buenos placeres, si ya ha cumplido en la vida con el trabajo que le ha proporcionado el buen dividendo de la comodidad.

—¡Filosofía deliciosa que alimenta el espíritu! —exclamó Miguel Arroyo con una sonrisa a flor de labios.

—Y del espíritu se alimenta el hombre sabio, emprendedor, que aspira llegar lejos en este mundo de mortales —prosiguió aquel hombre que en menos tiempo del que apareció sin invitación previa, ya había impresionado a aquella peña intelectual dentro de la fiesta.

—El único sabio que alimenta los espíritus y los limpia de todo pecado es Dios nuestro señor, nacido del padre antes de todos los siglos —manifestó al momento

Héctor Torrealba que se acercaba con voz decidida luego de escuchar semejante sacrilegio.

La reacción de don José María no escatimó esfuerzos para demandar auxilio, mientras la gente cómplice del grupo impetuoso, parecía no entender la blasfemia deliciosamente disfrazada de buen labio literario.

—Realmente parece ser usted una persona algo árida cuando coloca los pecados capitales en el paladar del hombre como si ellos fueran delicioso manjar —demandó seco y autoritario don José María, mientras Héctor incorporado de súbito a la conversación le hizo señas con una palmadita en el hombro de mantener la discreción, y que José Mariano captó de inmediato.

—No se ofusque usted por menudencias que forman gajes del oficio, mi señor. Tan sólo he querido ser algo práctico en la cotidianidad de la vida, y con el correr vertiginoso del siglo xx sólo he tentado darle una oportunidad de paso franco al modernismo.

—El distinguido sacerdote tiene toda la razón en el planteamiento, pues la filosofía del precepto religioso que maneja ha sido su logro exitoso.

—Para salvar almas, amigo; no para nutrirme de ellas como usted lo manifiesta.

—En realidad considero una falta menos grave pecar de ignorante que presumir de sabio. ¿No lo cree usted así, reverendo?

—La inocencia no representa pecado alguno, y se es inocente cuando pecados se desconocen en su esencia.

—Más a mi favor, reverendo. Las faltas morales al espíritu deben practicarse a veces, pues viviéndolas en carne propia no se vuelve a incurrir en ellas.

—Pero la tentación de reincidir en los mismos errores aviva la combustión del infierno torturador en el incauto que pretende vivir la experiencia que puede manchar el alma para siempre —respondió Héctor en tono seco de voz.

—Además, es usted el menos indicado para hablar de ensayos y errores cuando se maneja la filosofía de la vida de una manera tan audaz como la suya, distinguido señor —puntualizó el sacerdote.

—¿Lo cree usted realmente así, reverendo? Yo en su lugar no abriría conjeturas de quien no conozco, pues entre la luz y la sombra se encuentra el misterio indescifrable que puede sorprendernos si no transitamos con cuidado por el camino que nos ofrece traspíes.

—Yo particularmente me alumbraría con la alborada de la fe que me conducirá a la meta de la esperanza, amigo —volvió a responder Héctor Torrealba, ya algo molesto ante aquel elemento retador de su criterio.

—También en el desierto se padece de espejismos, querido amigo, y en el túnel largo de la inquietud por el alcance de su final también se ve un punto de luz que nunca llega, porque el camino es eterno de transitar y convierte la fe en desesperanza por la ira que produce no llegar cuando se quiere.

—Con la ayuda de Dios, y amparado en la oración, he logrado todo lo que me he propuesto, sin atender necedades como las que usted manifiesta, señor descono-

cido —le increpó el ofuscado sacerdote con la paciencia casi al borde del insulto.

—Tranquilo, reverendo, mi intención no ha sido la de enfadarle. Tan sólo he expuesto mis puntos de vista que aspiro sean respetados en cuestión de criterios.

El reloj de la catedral marcó la una de la madrugada con sus seca campanada, y como si todos los contertulios de aquella velada hubieran estado soñando, el desarrollo de aquella conversación, inexplicablemente, tomó otro matiz, mezcla de tragos en exceso combinados con un lapsus mentis colectivo que no les permitió recordar ni el más remoto tópico de lo que allí se había dilucidado con aquel extraño personaje incorporado al grupo, que se había hecho el dueño de aquel intercambio de palabras y criterios, y que luego había desaparecido inexplicablemente con la llegada de la hora nona, y que solamente Héctor y su padre podían recordar con claridad de que habían estado conversando con él.

Héctor, sacerdote al fin, y conocedor como exorcista de con quién había estado lidiando hasta tal punto de haberlo sacado de sus casillas, conociéndose él como un hombre extremadamente calmado y ecuánime a la hora de una discusión; se apresuró a reaccionar, y tomando a su padre por un brazo, lo llevó hasta un sitio tranquilo, lejos del bullicio para advertirle del peligro en el cual se encontraba.

Luego del final de la velada, cuando ambos se encontraban recostados sobre sus respectivas camas, en un conocido hotel de la ciudad, don José María daba rienda suelta a su angustia, siendo escuchado silenciosamente

por Héctor, quien ahora descubriría así la confesión de su padre, todas las fechorías practicadas por él, bajo la conducción de Ascensión Pérez, experto en el manejo de las ciencias ocultas.

—Era “Él”, Héctor, era el mismísimo demonio con quien estábamos hablando. Y no es la primera vez que me lo encuentro, hijo. Tenía el mismo caradurismo de Bruno Mefistelis, aquel Dandy que conocí la noche de bodas de Betsabé.

—¿“Mefis”, qué? —interrogó el reverendo asombrado por tan extraño apellido que le recordaba uno de los calificativos del asmodeo.

—Mefistelis, hijo. Ese fue el apellido con el cual se identificó, y al cual hice caso omiso, pues tú conoces la rareza de los apellidos reales.

—¿No crees que estás exagerando un poco, padre? —manifestó Héctor con una sonrisa de confianza para tratar de calmarlo— A veces el miedo nos hace pensar y mirar cosas que no existen en realidad.

—¿No te parece extraño que al sonar de la campanada de la una, ese hombre se desvaneció ante nuestra mirada, sin que ninguno de los compañeros de reunión haya recordado que habló con él? —volvió a recordar el incidente el Torrealba padre, presa de la confusión.

—Pudieron haber sido los vapores del vino, padre, lo que les produjo ese lapsus mental —respondió Héctor, fiel al dogma católico, y totalmente incrédulo a la superstición barata—. Recuerda que el martillazo étlico aviva la amnesia en el humano.

—Pero Héctor, no todos pudieron haber estado borrachas hasta la locura. Recuerda que tú y yo también lo vimos; hablamos con él; y somos testigos del incidente.

—Por supuesto que siendo dos podemos dar fe de ello. Sin embargo, te sugiero que no divulgues con ningún allegado esta extraña visión, que a la larga nos puede generar problemas desde todo punto de vista —recordó Héctor, caminando siempre la discreción con la cual había obrado durante toda su vida.

—No conviene bajo ninguna circunstancia que la gente que logre escuchar este testimonio y que parece inverosímil, nos tilde de desquiciados por alucinaciones, y digo esto en plural, porque esta historia no me la creería ni Monseñor como mi prelado de más jerarquía religiosa, a quien debería transmitir esta delicada novedad, padre.

Y prosiguió el jesuita con la sabiduría adquirida en sus retiros espirituales donde la profunda meditación en la oración, aunada a los delicados ejercicios mentales realizados, le proporcionaban la herramienta con la que de ahora en adelante debía enfrentar a la entidad negra de más poder en el mundo de la vida y la muerte, manifestando la verdad inexorable que congeló la sangre de don José María.

—Estoy plenamente seguro que volverá, padre. Te quiere a ti, no sé por qué razón, pero no me cabe la menor duda. Te quiere a ti —volvió a reiterar con serenidad.

—En cualquier rincón de este cuarto puede estar escuchando lo que hablamos, pero no podemos verlo ni sentirlo.

—¡Tengo miedo, hijo! Ahora sí tengo mucho miedo —afloró por vez primera el sentimiento que flaqueaba el ánimo temperamental y recto de aquel Torrealba que nunca antes se había amilanado ante ningún conflicto, por muy paranormal que fuera.

—No pienses en “Él”, y nada más, padre. Deja que en tu corazón aflore la paz de no sentirte afectado por ningún halo negativo. Concreta tu mente en una nube blanca e infinita, y trata de escuchar la música de una lira, tocada delicadamente.

Había iniciado Héctor Torrealba, con estas palabras alentadoras, los ejercicios de relajamiento mental de mucha utilidad para el ánimo de su padre, que encontrándose recostado en el lecho provisional de descanso en aquella madrugada, cerró los ojos, como si su hijo se lo estuviera ordenando con un tranquilidad que en pocos minutos relajó sus cansados y desgastados músculos, para dejarlo sumido en un profundo sueño, el cual Héctor veló por espacio de casi media hora, sintiéndose más tranquilo por el descanso mental del viejo, pero angustiado por el devenir de aquel acontecimiento, que estaba seguro, no daría vuelta atrás.

—No tengo certeza de si ese hombre era verdaderamente el verdugo de quien estábamos hablando, pero aún así, me atreví a retarlo, y estoy convencido de que regresará a enfrentarme a mí también.

—Debo entender con esto, que si es una prueba de Dios para evaluar mi capacidad de liberar a mi prójimo del satánico, ofreciendo mi tranquilidad y aún mi vida

como sacrificio en beneficio del inocente; debo enclaustrarme en profundo retiro espiritual, donde la oración será mi alimento cotidiano, y donde el sudor y lágrimas, purifiquen mi alma, para que la sangre de mis venas corra con la decisión y el valor que da la fe.

—Esa es mi convicción, Señor de los Ejércitos. Conduceme tú por el sendero que he de transitar, en la consecución de la paz que tanto reclama el espíritu de mi padre, y si es tu voluntad, llamarnos a ambos, que sea tu decisión enviarnos a donde tú lo dispongas, implorándote con profunda devoción que nos dejes caer en la tentación y en las garras del satánico.

La fiel perseverancia en la oración que para Héctor representaba el pan de cada día, le indujo a internarse en un templo ubicado en las adyacencias de aquel gran lago que identificaba a la región central, donde el enclaustramiento que acompañaba las horas de ayuno y sacrificio de cualquier manera las herramientas que el sacerdote jesuita necesitaría para el perdón de sus pecados naturales que reforzarían su fortaleza mental y espiritual, así como también su intercesión para redimir las culpas de sus semejantes hundidos en la más estrepitosa vorágine de pasiones mal canalizadas, que paulatinamente generarían el cataclismo del núcleo familiar.

Y el pensamiento profundo lo llevó a la cima de la purificación del nivel mental, donde el absoluto alcance en los esfuerzos generados por el ejercicio que limpia el aura humana transportó al sacerdote de amplia vocación al cénit, donde muy pocos han podido llegar y

contemplar los hermosos colores que muestra el paraíso, trono de los elegidos.

Una paz difícil de explicar envolvió el espíritu de aquel prelado apostólico, y en su entresijo se congregó la divinidad en toda su esencia capaz de transportar a quien recibía aquel halo de luz ultraterrena a los confines más infinitos del universo.

Sólo la fe imponderable del clérigo podría de alguna manera disipar aquella sombra de incertidumbre, y a la par de malos procederres que ávida de tropiezos y requiebrajos por parte de algún miembro de aquella célula ascendiente iniciaría su desaparición definitiva.

El espectro de los cometidos en el seno Torrealba debía definitivamente desaparecer, para convertirse en una realidad palpable, despertando así de aquella terrible pesadilla como ellos la calificaban, pero que para su angustia no lo era, pues con los ojos bien abiertos, habían descubierto la horrorosa certeza de los hechos.

Betsabé Torrealba fue abordada por un caballero de modales, un poco mayor que ella, en aquella tarde vespertina cuando sola una vez más, esperaba el inicio de la función de aquella obra teatral a estrenarse en las afueras de una conocida sala, donde se daban cita lo mejor de la crítica social, aunado a los más distinguidos protagonistas de la élite citadina.

Ya eran evidentes los claros por donde en cualquier momento caminaría el verdugo inclemente rumbo al caldoso donde perecería de un tajo aquella relación matri-

monial rota bajo los auspicios del desorden social llevado por su esposo.

—No hay ningún descalabro familiar, pues las ganancias vertiginosas en el mercado engrosan aún más las letras y el prestigio de nuestro apellido —había manifestado con gesto arrogante De la Huelva, la última vez de su tertulia con la esposas olvidada y engañada por aquel elemento escaso de detalles, prepotente y delirante de un liderazgo que no poseía, pues muy al contrario de esta virtud, se ganaba enemigos furtivos que lo acercaban peligrosamente al atentado en venganza que muchos de sus allegados antípodas habían querido consumir dada su aguda animadversión por la conducta cruel, autócrata y hasta racista del consorte español.

Por esas razones, la Torrealba desposada y solitaria pero de interesantes atractivos, optó por jugar con la apariencia ante la gente, justificando el cerrado quehacer financiero de su marido y desplazándose sin más compañía que la de su guía de coche, dándose ella misma una oportunidad del encuentro con la vida cotidiana, y llevando sus quehaceres y sus gustos por las cosas buenas con la más absoluta naturalidad.

—La tarde es hermosa y solitaria, como las características de la interesante dama que espera por los diálogos teatrales que podemos hacer más reales si su merced me lo permite.

—Agradezco si gentileza, caballero, pero no acostumbro a conversar con desconocidos, rispotó Betsabé inmediatamente para distanciar terreno entre ella y su interlocutor.

—No considero ningún irrespeto el sólo hecho de alejar la soledad de tan bella señora, pues considero que el ameno diálogo despeja un tanto las maneras de no sentir la vida taciturna, o el momento tedioso de la espera en el antetelón.

—Halagadoras sus palabras, caballero, pero las medidas de seguridad y aún más, las reglas de la etiqueta nos han enseñado que es un riesgo y una falta entablar tertulia con desconocidos —exclamó Betsabé aún sin devolver la mirada.

—Ya lo está usted haciendo, hermosa dama, y tan sólo espero me ceda la amabilidad de la primera norma del buen oyente, pues tengo la certeza de que me está escuchando atentamente —sólo quiso decirle que le cediera una sonrisa.

La tonalidad vocal acariciadora y varonil de aquel advenedizo sonaron como música en los oídos de Betsabé, cuya debilidad femenina era el embrujo que en su alma causaban los halagos masculinos, en tanto que hacía despertar también su química corporal.

¿Cuándo alguna vez había recibido, ni siquiera una vez, un cumplido de su esposo, el De la Huelva tosco y mal educado?

La piel de aquella mujer ávida de caricias se timbró al observar la prestancia y el impacto de aquel hombre que le habló solicitando su atención con una cortesía tan elocuente que ninguna fémina por muy esquiva e indiferente que fuera, hubiera podido resistir.

—Con la suerte de conocer a una respetable y encantadora mujer como usted, soy un atento y fiel servidor: Santiago Puy —exclamó con una sonrisa elocuente.

Betsabé Torrealba paseó cuidadosamente discreta su mirada en aquel individuo de porte elegante, de barba cuidadosamente recortada y enfilada hacia su bigote bien peinado, el cual encajaba perfectamente en las características de hombre intelectual, al mostrar sus redondos espejuelos por donde emanaba una observación intensa que transmitía confianza.

—Una sonrisa suya sería para mí el efecto multicolor que penetraría por mis ojos hasta lo más profundo del alma, despejando un poco mi inquietud por su vespertino encanto, señora.

—Exquisita galantería para la poco acostumbrada discreción tan consuetudinaria en los hombres.

—Su interés y su belleza son suficientemente elocuentes para no expresar agrado a su presencia, distinguida fémina, y la vista no puede escapar ante la semejante sensibilidad que usted provoca.

La función estaba a punto de iniciarse y Betsabé, un tanto ruborizada por las inquietantes e insinuantes frases de aquel extraño, y a la vez interesante hombre, no pudo evitar que el mencionado se sentara a su lado en el primer balcón de la amplia y confortable sala, donde el “Hamlet” de Shakespeare haría su debut para aquel público amplio y versado en la comedia de aquel exquisito escritor inglés.

La tentación a sondear el abismo del amor furtivo, o del sentimiento a cuerpo intenso y profundo que nun-

ca había conocido, le proporcionaba un temor y unas ansias de saborear con delirio casi sádico las mieles o las hieles del amor robado hecho engaño por el triste abandono del cual era presa, y por el cual permanecía reprimida y ansiosa por convertirse en mendigo de una caricia después de un alentador e insinuante halago.

Sin duda que la concupiscencia de la Torrealba era natural por la pasión desenfrenada que ardía en su sangre como una vorágine que no podía calmar ni detener.

Pero igualmente fiel al dogma representante de su lealtad hacia su esposo, mantenía cuidadosamente la discreción para no ceder a aquella correspondencia biunívoca en lo más profundo de su ser, que disimularía bajo estrictos preceptos de mujer decente y ortodoxa en el manejo de su comportamiento social.

La hermosa mujer en vías de madurez, rumbo a la edad donde se fluctúa hacia mayor interés el comportamiento femenino, y donde parece despertar aún más el atrevimiento y la audacia hacia la búsqueda de secretos insospechados pero anhelados, aceptó con beneplácito la compañía de aquel extraño y encantador contertulio que la enredó y la sedujo en una embriagante maraña de detalles.

—Le gusta a usted consustanciarse con los bienes ajenos, dejando a un lado el último mandamiento de dios. ¿No es así, señor Puy? —interrogó Betsabé en el receso después del primer acto teatral.

La pregunta, tras profunda observación la hizo manteniendo el aplomo y la seriedad de una alma desposa-

da pero no feliz, demandando un respeto en la tonalidad áspera de su voz un tanto difónica.

—Mi camino es sencillamente lo que la nostalgia cercena en la inquieta solución del enredo.

—Se enreda quien no busca las vueltas de la vida, pero si a haber vamos, el hilo está hecho o deshecho por quienes conocemos la forma de hacerlo o deshacerlo. Se trata de intentar aprender a tejar. ¿No es así, señor Puy? —tronó la importante demanda de la única hija de la residencia Torrealba.

—Déjelo usted sencillamente a su manera de pensar, y hágase no más del cariño que llena las ganas de lanzarse al “conozco” o “no conozco”, o digamos, al “quiero” o “no quiero” —exclamó Santiago Puy.

—¿Cree usted en el “quiero”? —la pregunta se arropó en la última llamada a la interpretación teatral. La respuesta la dio la explosión de Betsabé a la última frase planteada que proporcionaría su entrega a los brazos del extraño seductor.

—Creo simplemente en la espontaneidad del sentimiento sincero, y en la confianza que el ser humano no tiene en sí mismo para propiciar el intento que a veces el alma pide.

Las palabras de aquel misterioso ejecutivo sonaban acariciadoras a los oídos de Betsabé, que lo miraba embebida por los modales y el encanto del verbo espontáneo.

Nunca antes ningún contertulio en la vida sentimental de aquella mujer había tocado con aquella sutileza

y galantería los postigos de su alma desengañada por la falta de afecto.

Ni siquiera el más fiel de sus amigos había apostado a ganarse el merecimiento de Betsabé y así poder saborear el néctar de su flor espiritual nunca antes profanada por el mágico destello de un cumplido.

—Es usted un hombre demasiado veloz para ganarse el aprecio de una mujer —se atrevió a Torrealba audaz pero ecuánime en el planteamiento, que Santiago Puy recibió con beneplácito.

—Es muy afortunada la persona que ha tenido la suerte de ganarse su amor de esposa, estimada...

—Betsabé —se adelantó la hija menor de los Torrealba, para presentarse al en nombre y apellido que no había dado por su discreción de dama respetable.

—La mujer de Tobías en el antiguo testamento —afirmó aquel hombre con la certeza de quien tiene claros los preceptos de ente cultivado en el saber.

—Permítame expresarle con todo mi respeto, que hoy mi corazón se ha hecho presa del júbilo con motivo de su simpatía, estimada Betsabé —volvió a emocionar el fluido léxico de aquel hombre que recién se presentaba en la íngrima existencia afectiva de aquella delicada dama de importante posición social.

—Las mujeres casadas recibimos estímulos de cualquier hombre de detalles a espaldas de nuestros esposos, pero hay algunos halagos que no podemos permitir, señor Puy.

—Permítame usted entonces convertirme en su admirador, honorable dama.

La expresión de aquella fémina fue de sorpresa, y su sonrisa como regalo para aquel galán de galanes no se hizo esperar.

—Hasta Hamlet tiene la suerte de conocerla en el día de hoy —expresó sin pudor alguno Santiago Puy, hábil en el manejo de situaciones pasionales, a pesar de su viudez.

—¿Cómo es que reza el décimo mandamiento de la ley de Dios, señor Puy?

—“No codiciarás la mujer de tu prójimo” —respondió el caballero para hacerle entender que había captado el mensaje con claridad—. Le recuerdo, señora, que no existe en mi vida la palabra codicia, sino más bien la espontaneidad de la cual he hablado. Cuando la correspondencia es sincera, lo demás llega solo, sin necesidad de forzar las barreras.

—El estímulo humano es natural ante la química que atrae, no lo olvide. La vida es dura, sin embargo, por la razón de que nunca nos encontramos en el momento preciso con la persona que verdaderamente deseamos tener a nuestro lado.

—Le confieso con toda confianza que mi primer amor fue efímero, siendo mi destino nefasto al arrancarme de mi vida a quien tanto amé.

—¿Es acaso usted divorciado? —se atrevió a indagar Betsabé con curiosidad.

—Mi esposa murió junto con mi primer hijo en su primer parto —manifestó Puy con amargura, mientras dirigía su mirada al cielo.

—Cuánto lo siento —respondió la Torrealba contertullia.

—Ha transcurrido mucho tiempo desde entonces, y a decir verdad la madurez me sorprendió sin lograr rehacer mi vida.

—No luce usted tan viejo como cree sentirse. Y supongo que tampoco pasa por indiferente ante la gente que lo trata y lo conoce.

—En verdad sus palabras me reconfortan, y se lo agradezco mucho, distinguida señora.

Santiago Puy explayó sus ansias de desnudar su vida a una persona recién conocida, pero que ahora le escuchaba atentamente como si hubiera sido su amiga por años.

—Mire usted entonces, que a pesar del carácter regio del hombre, o por lo menos, el que acostumbra a asumir con la apariencia de hacer entender quién lleva las riendas de la cotidianidad; también existe el lado blando donde el dedo quiebra, y la razón por la cual muchos morimos de miseria afectiva, con la procesión del subconsciente reprimido que nos hace explotar el corazón lleno de penas y con tanto que decir.

—Tenga usted la seguridad de que el peso de una amargura que llevaba por mucho tiempo, me ha dejado el espíritu en sana paz, y haga usted caso omiso a mis interpretaciones de la vida que estoy seguro me dirá que son de su absoluta indiferencia, pero si de algo le sirvió esta profunda entrega, le suplico que tome lo poco que haya podido asimilar para su crecimiento personal,

y deseche lo mucho que lleva el sentimiento agridulce de alguien que todavía cree en una redención de la vida.

—Ha existido usted intensamente, señor Puy —dijo Betsabé con una voz que más bien parecía el deajo de un suspiro.

La función había terminado, y el cochero esperaba por la dama en las afueras del teatro, mientras el público asistente se retiraba no sin antes hacer el comentario crítico de la obra, mientras otros aprovechaban de saludarse.

Algunas damas se acercaron a saludar a la hija de don José María Torrealba y no dejaban de expresar asombro por la compañía masculina que le abordó durante toda la función, siendo ella una mujer casada y respetada.

Santiago Puy, fiel a su discreción se apresuró a despedirse de su nueva amiga, para así no generar comentarios que de cualquier modo enlodarían la distinción de Betsabé con conjeturas mal sanas sobre una relación que pondría en tela de juicio el respeto de Juan Carlos de la Huelva.

Pero tampoco perdió la oportunidad de propiciar un nuevo encuentro con la hermosa mujer, que ahora anhelaba verse de nuevo con aquel misterioso varón de profunda cultura sentimental.

—Quiero que lo tome usted sin ningún compromiso. Tan sólo me sentaré a esperarla, y si usted decide no asistir a la cita, lo deduciré como una determinación muy suya, de dama fiel y ecuánime con sus sentimientos y firme en su carácter. Por mi parte, interpretaré este encuentro como el más hermoso de los sueños, como lo

es el de haber hablado con un ángel al que no volveré a ver.

Y terminó con esta frase retadora que sacude el amor propio en el orgullo de cualquier mujer:

—Tenga usted la certeza de que si Dios no permite entre nosotros un segundo encuentro tan lleno de luz como este, le prometo que nunca voy a olvidarla y nunca más a importunarla.

Betsabé Torrealba enmudeció con aquella despedida que más bien pareció un adiós para siempre que no quería dar, así que cuando Santiago Puy se alejaba, quiso llamarlo por su nombre, pero la voz se le quebró y un trago amargo pasó por su garganta. Lo vio desaparecer al final de la calle, y quiso correr en su búsqueda cuando el cochero la despertó de su sueño fugaz.

—¿Nos vamos ya, señora Betsabé?

Y así, en los días y noches que transcurrieron después de haber entablado aquella vespertina y extraña amistad con aquel sujeto que pareció despertarla del letargo en el muerto sentimiento de la rutina matrimonial, la mujer Torrealba no podía olvidar las apasionadas frases de Santiago, solitario aparentemente, y sin ninguna razón por la cual existir.

El sólo hecho de recordar aquella inequívoca expresión demandando un torbellino de amor que aquel elemento romántico podía expresar con aquella vehemencia sin pedir nada a cambio como “cuando la correspondencia es sincera, lo demás llega solo”, enfrascó a la Torrealba hija en un titubeo mezcla de miedo en la infidelidad mental que ya había tocado las puertas de su

corazón, y temeridad a la fraternidad ofrecida por Santiago Puy, aquel personaje que recién conocía en una relación casi accidentada por la falta de tiempo y compromisos.

Pensó en sus treinta ya cumplidos y en la madurez que a partir de ahora ellos representarían en su condición de mujer.

Elaboró un bosquejo de lo que había sido la expresión afectiva de sus sentimientos ante la decisión de casarse con Juan Carlos de la Huelva bajo la aprobación inmediata de su padre, mas no de sus hermanos, y comprobó la cruda realidad de los hechos que por conveniencia le habían atrofiado las ansias de amar sincera y profundamente.

Meditó su confusión largas y angustiosas horas y la incertidumbre acaparó su descanso nocturno en un lastimoso insomnio, observando cada vez con más decepción el agotado cuerpo de su esposo que a su lado yacía en brazos de la inercia que proporciona la borrachera del vino en exceso, y la alharaca que produce el ronquido torturador hacia el ente sombrío que desea reposar de la jornada del día.

La obtusa mentalidad de los padres de la época no fundamentaban razón alguna en la solución del futuro de aquellas doncellas, que como hijas únicas para sellar de una vez por todas su porvenir, eran presentadas en sociedad para ser entregadas posteriormente al primer pretendiente, casi siempre, bastante mayor que ellas, y de altísima liquidez económica, condición por demás obligada para la aceptación inmediata de los progenito-

res, sin medir si la correspondencia afectiva era acorde entre los futuros esposos.

Gran error, por supuesto, para dar por cerrado el negocio de la venta simulada de la niña, que después de la celebración matrimonial pasaría a utilizar el apellido del hombre que la representaría en la sociedad de consumo trato político, y que se convertiría en la importante dama de compañía, en guardia y custodia de la apariencia que el importantísimo estrato social del apellido alcúrnico ameritaba.

Esos postulados constitutivos del libro de leyes en la familia Torrealba era lo que más le había molestado a Betsabé durante toda su vida.

La falta de independencia siempre repercute en la indecisión por la falta de voz y voto en la toma de decisiones que enrumben nuestra vida por el sano sendero de la vocación que aspiramos explotar para el logro de nuestro triunfo en la vida.

De otra manera, la inevitable frustración tocará las puertas de nuestras exigencias para desbaratarlas, convirtiendo nuestra existencia en un verdadero caos de incertidumbres y logros mal concluidos.

Rebelarse ante el infranqueable y ortodoxo criterio familiar por otra parte, significaba ser execrado irrevocablemente del seno familiar, pues constituía un irrespeto y una vergüenza ante los ojos de la gente.

Betsabé optó por la búsqueda de su verdad en lo más profundo de su ser, y encontró la más sensata de las salidas de su infelicidad, que soportándola paulatinamente, terminaría por envejecerla.

Sólo que no contaba con la desaprobación de su anciano padre que la reprendió severamente recordándole la diplomacia que debe llevar la mujer en brazos del compromiso atado por la abundancia económica.

—Compórtate como una mujer de principios y lealtad hacia tu marido que todo te lo da. Vive y deja vivir, y serás feliz.

—Pues si así lo reiteras, padre, entonces: VIVIRÉ —fue su última palabra, que no repetiría por tercera vez sin cumplirla.

Unos días antes de llegar el de la cita, la sorprendió una nota entregada con absoluta discreción por Saturnino, su fiel y cómplice cochero que llevaba el puño y letra de Santiago con una rosa roja dentro del texto que expresaba una ansiedad desprendida y en cuyo texto se encontraba otra vez la tentación devoradora del alma reprimida por las ganas.

Venga usted a verme más, por la súplica del aire que necesito de su espacio para calmarme el paro que me ahoga el alma.

Por esa razón audaz, y en la cual ya no daría marcha atrás, pues si en su sangre corría una de las acciones y reacciones propias de un Torrealba, era la firmeza en la toma de decisiones; llamó furtivamente a Saturnino, quien asombrado pero fiel, escuchó con atención, primero la historia y luego las órdenes de la dama que estaba a punto de partir rumbo al camino del adulterio,

siendo el viejo cochero la única persona testigo de la traición próxima a consumarse.

Pero, ¿quién era el verdadero desleal en una relación que había transcurrido sin pena ni gloria, sin principio ni fin para dos seres que luego de su unión apenas se hablaban para dilucidar las cosas rutinarias y elementales de una pareja de convivencia aparente?

Toda la cartera clientelar de Juan Carlos de la Huelva estaba al tanto de su franco y elocuente amancebamiento con Ada Montes, otra de las tantas damas jóvenes en su entorno público; bonita, fresca e ingenua como le gustaban al engréido consorte ganadero.

El español se ausentaba de su residencia hasta por semanas, en salidas de cierre de negocios y transacciones que su esposa sabía claramente que no le ocupaban mucho tiempo, pues estaba al tanto de quienes eran los asistentes en los cuales se delegaban esas funciones, pues elocuente era el poder y la importancia del De la Huelva que ya no se ocupaba de esas menudencias.

Betsabé por supuesto, permanecía carente del abrigo matrimonial en aquella imponente jaula de oro que era la gran casa, rodeada de servidumbre y comodidades que muchas mujeres envidiaban, pero que ella había empezado paulatinamente a aborrecer, pues sus libros de lectura y su condición de ama de casa impartiendo órdenes a sus empleados, no representaba la aspiración cotidiana que el carácter activo de un Torrealba se merecía.

Gastaba largas horas de su tiempo contemplando el morir de los atardeceres, sentada sola en el pasillo de la

casa y pensaba si así de parecido sería su ocaso en el amor, con aquel color hermoso que da el ansia de vivir, y que luego va desapareciendo paulatinamente sin palabras, sin detalles para dar paso a la oscuridad.

Sin embargo, la vida tardó pero no olvidó, y allí estaba la oportunidad de comenzar un juego peligroso y audaz que probablemente le permitiría ser feliz, aunque fuese por un tiempo corto.

Tenía miedo, pero tenía ganas de enfrentar aquella insinuación deliciosa a sus apetencias pasionales, que sólo ella podía desechar o resolver.

Saturnino el cochero, sería el único cómplice y portador del secreto sumarial que su labios se llevarían a la tumba, pues su fidelidad con Betsabé era infranqueable de remontar.

Y aquella noche de mayo abriendo el invierno, fue la decisiva, cuando después de mucho analizarlo sus criados, que aún permanecían levantados, la vieron salir sigilosamente sin más compañía que la de su viejo conductor de coche, el alcahuete señor Saturnino.

Transitaron por el real camino algún par de horas, protegidos por el manto de la oscuridad con la temeridad y advertencia del guía de la peligrosidad del trayecto en aquella hora, casi rasgando el filo de la medianoche.

El coche llegó al sitio acordado, y se detuvo exactamente en el lugar del importante sitio histórico, donde se dio cita el coraje de limpiar al país del yugo español, y la fuerza apretujonada de ímpetu realista de execrar y arrancar de raíz la revolución liberal.

El asustado postillón empleado de Betsabé, distinguió no muy lejos de donde se encontraban la sombra de algo que parecía un jinete, y desconfiado, echo mano de su revólver que siempre lo acompañaba.

—No dispare. Soy Santiago —Exclamó con furia una voz masculina, montado sobre un caballo y con las manos en alto.

El veterano y malicioso negro no dejó de apuntarle hasta que lo identificó en la penumbra a la luz de la lámpara de aceite que llevaba consigo y que encendió en el momento.

Santiago desmontó cuidadosamente y Betsabé bajó del coche en iguales circunstancias, ayudada por Saturnino, quien aún permanecía con el arma en la mano.

—No sé explicar si fue el amor o la valentía quien vino a la cita —exclamó con suave voz Santiago, presa del asombro.

—Fue Betsabé quien cumplió —le respondió la mujer decidida, y a quien el corazón ya se le salía del pecho.

Corrieron ambos a encontrarse y el abrazo ansioso y estrecho los hizo juntarse cara a cara con la emoción de ambos que pareció fundirse al contacto de ambos pechos.

—Te he extrañado tanto —le susurró al oído Santiago Puy, que iba a seguir hablando, pero Betsabé tapó sus labios con el dedo índice para mostrarle la elocuencia de su éxtasis con el silencio de su entrega total.

El preámbulo de la declaración lo hizo el beso mordelón y apasionado que los transportó en vuelo, allá donde el infinito no tiene descripción.

No hubo más palabras entre ellos con condiciones para formalizar la relación que comenzaba. No surgieron parámetros ni medidas que no fueran únicamente la de la entrega total e inmensa que ambos vivieron durante el resto de la noche bajo la espera paciente y la vigilia del leal Saturnino, allá en una pequeña casa escondida en las adyacencias del punto donde habían acordado la cita.

Betsabé se entregó franca y desmedida, y por vez primera sintió la delicia de la pasión vehemente que nunca había vivido en sus años de matrimonio.

Cada centímetro del cuerpo de la Torrealba se estremeció al contacto de las caricias sabias de Santiago que exploró parte por parte el territorio corporal de su amada, indagando la exquisitez de sus labios carnosos que incitaban a la locura de cualquier hombre.

El éxtasis subió a los más altos niveles de ambos, y los gritos de placer se ahogaban en el silencio de la noche cómplice del amor robado en sus intimidades.

El vicio hacia la carne tentadora una vez más hizo de las suyas, pero también se desbordó el amor reprimido de todo ser humano que piensa y siente.

Allí estuvieron ambos en el disfrute de la vida cínica, hasta altas horas de la mañana de ese día, cuando Betsabé retornó a su residencia un tanto cansada, pero satisfecha con una extraña sonrisa mezcla de complacencia y valentía, siendo recibida por la servidumbre que se encontraba preocupada por la tardanza en el retorno de la dueña, intrigados en la razón por la cual no había pernoctado en su morada.

Juan Carlos de la Huelva no había dormido tampoco en la casa, lo cual le dio un gran respiro de alivio a la hija de don José María para no tener que dar explicaciones por su ausencia.

Sola una vez más, pero atenta al grato recuerdo del arcano romance, en sus venas había quedado la ardiente plétora donde el ser humano se aferra a las profundas ganas de vivir por la ilusión que ha florecido en lo recóndito del alma despierta y atenta hacia el nuevo paso a seguir por prohibido que fuera.

Sin duda que el amor de Santiago le había hecho sentir mujer como nunca antes lo había experimentado en carne, y el recuerdo de aquella lucha cuerpo a cuerpo la excitaba hasta los límites del clímax torturador, cuando no se tiene cerca lo que con locura casi sádica se desea.

Comenzó entonces Betsabé Torrealba a sentir desconfianza y hasta repulsión por su marido falso en trato y tosco en caricias.

La evidencia lamentable del engaño a veces es fácilmente percibida por el hombre casado, que capta el mal merecimiento de la cual es presa, cuando el rechazo de su mujer se explaya de una manera violenta ante una caricia que su química corporal ya no permite.

Si a ello agregamos el testimonio del espejo de tocador, testigo del desarreglo que por desmotivación natural ocurre al percatarse de la indiferencia de su pareja, o por el contrario, su complicidad ante la visita consecuente para utilizar el cosmético que embellece aún más el semblante emocionado por el cumplido que es regalo al atractivo físico; la charada es demasiado elocuente

para no ser resuelta inclusive hasta por el más incauto de los hombres.

Juan Carlos de la Huelva, con su acostumbrada velocidad de captación ante el inesperado cambio de modales, vestuario y hasta de itinerarios de su esposa, propició el primer enfrentamiento verbal, donde sólo una mala palabra abriría la brecha por donde comenzaría a desmoronarse la confianza, y por ende la desaparición inexorable del respeto en la pareja.

—¿Dónde has estado durante los días que permanecí fuera de casa? —la interrogó decidido a dar con la evidencia ante el extraño comportamiento de la esposa bien ataviada de encantos, y con una sonrisa de felicidad que De la Huelva nunca le había visto, ni siquiera cuando disfrutaban de la luna de la miel allá en España.

—¿No te lo han dicho, acaso? —atacó Betsabé como buscando la tangente de la respuesta.

—No me evadas la explicación con otra pregunta, Betsabé —rispotó molesto el hombrón que sospechaba de la perjuración de su mujer—. Bien sabes que mis guardias me mantienen al tanto de todo lo que acontece en estos lares cuando yo no estoy, y me han dicho que te vieron salir muy de noche con Saturnino. ¿A dónde ibas?

Sobresaltada por la incisiva pregunta, la hermosa mujer palideció sin disimular y sin saber qué responder. Finalmente buscó una salida fácil que a De la Huelva le pareció burla hacia su persona:

—Tan sólo salí a tomar aire fresco, pues me sentía acalorada por el vapor de estas tierras.

—¿Siendo mayo época de invierno, y además toda noche, no es cierto? —exclamó Juan Carlos para desnudarla en la mentira que no era piadosa— ¡Confíesame ahora mismo tu engaño, mujer desalmada! —vociferó indignado el español, yéndosele encima y tomándola por los hombros.

—Confíesame tú el tuyo, hombre hipócrita —contestó Betsabé sin inmutarse.

—Entonces es cierto lo que sospechaba ¡grandísima...!

—No te atrevas a decirlo —le interrumpió Betsabé liberándose de sus manazas, mientras le señalaba con el dedo índice. No estaba dispuesta nunca más a ser vejada ni verbal ni físicamente. Por fortuna, no concluyó la frase.

—Cuando te dirijas en esos términos a una dama, recuerda que tú provienes del vientre de una madre, y que ninguna mujer está exenta de eso.

—Mi madre nunca se prestó a esa infamia —se defendió iracundo Juan Carlos de la Huelva con la sangre sobre sus sienes.

—¿Qué sabes tú de ello? ¿Cómo puedes estar tan seguro? De lo único que puedes tener certeza, Juan Carlos de la Huelva, tú que te jactas de experimentado en tu trato con mujeres; es de que cuando dejas de atenderlas y ser cordial con ellas, se te escapan de las manos.

—¡Cállate! Cállate o no respondo de mí, mujer —pero la Torrealba prosiguió:

—¿Y cuándo te has preocupado por entender que la gente te repudia por tu delirio de grandeza, por tu pre-

potencia y hasta por tu racismo? –Juan Carlos levantó su mano con la intención de abofetearla.

—¿Vas a pegarme, acaso, cobarde? –interrogó Betsabé retadora, y con lágrimas en los ojos.

De la Huelva se abstuvo de la ejecución de tal barbaridad, y dándole la espalda fijó posición en la advertencia seca en el tono de voz, pero realizable, pues Betsabé conocía claramente de su toma de decisiones irrevocable.

—Ten en cuenta que voy a averiguar e investigar con quién estás viéndote a escondidas, y al descubrir al bastardo, lo mato, mujer –y jurando de cruz en mano:

—Por esta luz que me alumbra, que lo mato.

—Y en cuanto a las mujeres traidoras al amor del marido, a esas se les quema en la pira como a las brujas de la edad media. Eso te servirá a ti para que tengas esperanza de redención, si es que acaso has caído en esa ejecución de ramera.

—¡Ah! Y otra cosa –le volvió a advertir Juan Carlos de la Huelva—. Evita por todos los medios que te sorprenda infraganti, pues amarrada te voy a llevar a entregarte a tu padre, para que se entere qué clase de mujer tiene por hija.

—Y a joder, carajo –puntualizó dando un portazo tras de sí.

Betsabé Torrealba lloró gruesas y amargas lágrimas, unas de impotencia y otras de decepción por las palabras groseras y desentonadas de su esposo, que ahora sólo lo era únicamente por la legalidad del papel que los ataba.

—¡Mi venganza será implacable con los traidores! — alcanzó a escuchar de voz del español enfurecido en las afueras de la habitación, y sintió temor, pues sabía de lo que el despiadado comerciante era capaz de hacer.

De la Huelva comenzaría de inmediato con las represalias hacia quienes de una u otra manera estuvieran ligados al servicio cotidiano del quehacer de la dueña de la casa, y aunque directamente no hubiera culpabilidad alguna en ellos, la conducta implacable y casi criminal de aquel elemento presa de los celos desmedidos por los que atraviesa la humanidad masculina, herida en el amor machista por esa felonía que cercena el sentimiento; se haría sentir en los más débiles que aunque no eran tan inocentes, al menos tenían el espíritu de la devoción hacia la dueña y señora de la casa.

El primero de los afectados por la avalancha del castigo prometido y cumplido fue Saturnino, el cochero discreto y tímido, quien noches después fue bruscamente levantado de su lecho de sueño por tres hombres encapuchados que irrumpieron en su humilde habitación en las afueras de la casa, en un punto de la hora nona, cuando todos dormían profundamente.

Trasladado a la fuerza a un rincón escondido en el monte, lejos de la residencia, fue víctima de puños, patadas y ofensas por parte de la despiadada gavilla de facinerosos, quienes por órdenes del amo tenían la misión de hacer confesar al infeliz obrero de color, la identidad del amante de Betsabé.

Al no poder arrancarle de los labios el nombre y apellido del adorador de la Torrealba, huyeron los troglodi-

tas temiendo haberlo asesinado en la golpiza, cuando lo vieron sucumbir desfallecido con el rostro hecho jirones, y las costillas rotas.

El trío de truhanes desapareció en la oscuridad, y Saturnino fue auxiliado al siguiente día con las primeras horas del alba por un grupo de hombres de faena vacuna, quienes lo ayudaron a trasladarse hacia la casa, cuando Betsabé lo recibió horrorizada en el pasillo, luego de ser enterada de la felpa de la cual fue víctima inocente su fiel asistente.

El infeliz saturnino fue trasladado urgentemente dado su precario estado de salud a la medicatura más cercana, allá en el pueblo, e iba a ser remitido al hospital de la capital, dado lo crítico de su estado; cuando murió silenciosamente, víctima del desprendimiento de órganos que ocasionó el linchamiento misterioso.

—Fue él, Dios mío. No me cabe duda de que es obra maquinada por Juan Carlos la muerte de Saturnino —exclamó Betsabé sollozando y ya presa del temor cuando le fue notificada la nefasta noticia.

Se preguntaba horrorizada si por razones de su infidelidad se hubiera podido evitar el magnicidio del cual fue presa el infeliz cochero que prefirió llevarse a la tumba el secreto, que traicionar la conducta de su ama.

Y la investigación continuaría hasta las últimas consecuencias, razón por la cual aparecían más agraviados por el azote inclemente que la caterva a sueldo de Juan Carlos de la Huelva realizaría para de una vez por todas dar con el paradero del osado amante.

Sintiéndose sola, y ahora en brazos del desamparo, no tenía otra salida que la de buscar apoyo en el hermano en quien bajo secreto de confesión le contaría su desvarío sentimental, y las repercusiones que originaron el pleito que ya había cobrado una víctima inocente por fidelidad.

Héctor recibió conmocionado aquella revelación de su hermana preferida, con el esfuerzo de quien necesita aire para respirar, y sacando fuerzas de donde no tenía necesitó llenarse de valor para afrontar el pecado burdo y la búsqueda inaccesible de la penitencia para aquella mujer que había sido la luz de sus ojos.

Pero el sacerdote, ante todo, tenía el deber de salvar almas, y no dejarlas caer en el profundo abismo del infierno, razón por la cual debía comprender el juicio al cual es sometido todo pecador, aconsejando con el mejor amor a no reincidir en el adulterio.

Lamentablemente, Betsabé no pensaba lo mismo, y aquel apego a Santiago con una pasión casi morbosa, la llevó a confesarle a su hermano la decisión más aterradora para su destino de mujer robada.

—Me iré con él, Héctor. Me marcharé muy lejos, donde nadie me busque y me consiga.

—Abandonaré todo por su amor. No me importan bienes, ni que dirán. Echaré a un lado la fortuna y si mi padre quiere desheredarme como lo presumo, cuando se entere de mi infidelidad, le diré que se quede con ella.

—Pero es muy peligrosa tu salida, querida hermana, pues claramente conoces de lo que es capaz de hacer

un hombre engañado y abandonado con el orgullo herido.

—Palmo a palmo he sido testigo del temperamento agresivo de tu esposo. Es un elemento prepotente, pues su poder se lo permite. Juan Carlos de la Huelva se ha convertido de la noche a la mañana en uno de los monopolistas más poderosos del país, por encima de papá, inclusive.

—Si a ello le agregamos el nexo amistoso que tiene con el presidente, y la voz y el voto que el llamado benemérito le otorga, porque su espíritu de persuasión es extraordinario; estamos en presencia de un hombre que tiene al país casi en sus manos.

—No le importaría en lo absoluto deshacerse de unos cuantos inocentes hasta dar con el paradero del culpable. Bien lo conoces como su esposa que has sido.

—Me escaparé con él antes de que se atreva a atraparlo —expresó decidida Betsabé, presa de la angustia.

—Estoy de acuerdo contigo, y debo pensar que es tu única salida, porque va a ser muy difícil hacerlo entrar en razón, pues su complejo de inferioridad lo hace ser muy posesivo, como si fueras para él un trofeo de guerra que ningún osado le arrebataría.

—En pocas palabras, eres para él como Napoleón con su corona de emperador cuando él mismo se la ciñó, expresando con descortesía y arrogancia: “yo mismo me la pongo. Y ¡Ay! Del que me la quite”.

El trabajo espiritual que tendría que realizar Héctor a partir de ahora, era aún más comprometedor que al

principio, lo cual lo obligaba a llevar la situación con serenidad, aplomo y paciencia.

—Dame fuerzas, Señor de los Ejércitos, para afrontar mi entrada del purgatorio al mismo infierno.

—Confío ciegamente en tu infinita misericordia para que me laves el alma del pecado que he cometido, como es el de haberme hecho cómplice del adulterio de mi hermana.

—Compréndeme, Señor, que lo que quiero evitar es que sean inmolados más inocentes, y si la purificación de mi alma fuese el precio para convertirme en mártir y salvar vidas que nada tienen que ver con esta rencilla, me entrego a ti en cuerpo y alma, para que me conduzcas por el sendero que para mí tengas destinado.

Es obvio pensar que el único pecado cometido por Héctor era únicamente el de haberse puesto del lado consanguíneo, y por supuesto humano, donde probablemente los preceptos de la iglesia católica no comprenderían tal complicidad, tomándolo como un sacrilegio, cuya violación de los principios originaría severa amonestación y probable suspensión temporal al ejército como sacerdote.

El clérigo había descubierto otra falla espiritual, por donde también se fracturaría el cimiento de aquel hogar sentado por más de medio siglo sobre bases morales, que nunca habían permitido entrada a proceder ilegales que pervirtieran las buenas costumbres de aquella honorable familia.

Tenía ahora la responsabilidad aún más comprometedora, como lo era el rescate de sus semejantes por am-

bos lados del error que se conjugaba entre la tentación al vicio y la ejecución en vías de la traición.

Y la perjuración hacia el secreto familiar era lo que a Héctor más le espantaba, pues no tenía la menor duda de que tal escarnio destruiría la confianza, y por ende la unión de un núcleo familiar que tanto había costado levantar sin la presencia ineludible de una mujer y madre, esposa y amiga, precursora del bueno consejo y conductora del amor y el estímulo hacia las metas a lograr.

—¿Por qué la tentación y el apego a la carne en los humanos, si sabemos que no nos pertenece, cuando el olvido y la indiferencia llegan? —era el pensamiento profundo de Héctor, mientras hablaba con el Altísimo.

—La mujer como manzana de la discordia por toda la eternidad, Dios excelso, que enviaste una vez como un regalo a tu hijo amado, pero que durante toda la existencia se ha dejado persuadir por los placeres banales. ¿Por qué, mi señor?

Tantas preguntas juntas después de tantos años de ejercicio clerical generaban en el Torrealba la incertidumbre, y colocaban en su alma el profundo abismo de la duda, el cual representaba otro pecado en el hombre, a la falta de credo.

Indudablemente que el seno de la residencia Torrealba parecía el de Egipto con sus siete plagas, pues en las afueras de la habitación de donde Héctor se encontraba, luego que Betsabé después de la delicada tertulia se marchara de ella; se producían en el pasillo los últimos momentos en la cansada e intensa vida de Ascensión, quien en compañía de don José María y la escasa ser-

vidumbre de la casa, contemplaba sollozando los escombros carnales de quien una vez había sido uno de los hombres más recios de toda aquella región, y quien ahora se preparaba a abandonar el mundo de los vivos, con la serenidad que siempre le había acompañado durante sus años de reposo guerrero.

Héctor apenas tuvo tiempo de imponer la extremaunción cuando el anciano centenario expiró con su mano apretada a quien había sido su único amigo y confidente durante mucho más de sesenta años, no sin antes balbucear unas palabras que don José María Torrealba no entendió, pero que parecieron una advertencia:

—Cúidese, don José, que ahí está... Detrás de usted... Y se lo va a...

El silencio roto por los débiles sollozos de las cocineiras de la casa, invadió el pasillo donde se habían quedado los secretos del amor y de la guerra, donde tantas veces caminaron las alucinaciones o las verdades de la "Sombra Oculta", o los celajes oníricos o no, que Chon Pérez tantas veces había visto pasar durante sus noches de vigilia leal a sus jefes.

—La vida ya pesaba demasiado sobre ti, querido Chon. Tanto fue, que una vez me dijiste que el castigo verdadero que Dios te tenía, era el de haberte hecho vivir tanto —exclamó don José María en voz alta, como en homenaje póstumo a su caporal de confianza.

—No digas eso, papá. Recuerde usted siempre que no es Dios quien castiga —le planteó Héctor a media voz, mientras lo tomaba por el hombro en señal de solidaridad al dolor que lo embargaba.

—La “Sombra Oculta” recibirá tus despojos, como siempre me lo solicitaste –pensó el Torrealba padre en voz alta.

—¿Qué es la “Sombra Oculta”, padre? –procedió a preguntarle su hijo sacerdote.

—Es un sitio de silencio y misterio que ya tendrás oportunidad de conocer. El lugar donde Ascensión Pérez ahora difunto, aprendió los secretos de la vida y de la muerte.

—¿Su profesión de hechicero, no es cierto, padre? –volvió a preguntarle Héctor en voz baja y casi al oído de su progenitor.

—Debes al menos respetar la memoria de quienes ya no pertenecen a este mundo de mortales –trató de recordar el padre, quien a pesar de ostentar una orden eclesiástica, debería mantener absoluta discreción al ejercicio de la libertad de cultos.

El sacerdote guardó silencio, mientras observaba como el cadáver de Chon era retirado de la hamaca, envuelto en una sábana blanca, y llevado a una de las habitaciones de la servidumbre, para proceder a los actos funerarios.

La naturaleza amenazaba con desatar uno de los tantos vendavales típicos de mayo, cuya lluvia afecta el desarrollo de la mies, pues el difícil drenaje del agua estancada en aquellos valles de esa región central inundaban sin compasión los sembrados de la naranja, la ciruela o la caña de azúcar, plantaciones que identificaban aquellas tierras.

Transcurridas las horas del mediodía, el furioso huracán proveniente de la costa, se desató sacudiendo con fuerza la vegetación que se resistía a ser arrancada de raíz, mientras el ganado caballar quedaba a merced del chubasco torturador, y cuyos relinchos se escuchaban a leguas de distancia.

La caja mortuoria que guardaba los restos de Ascensión Pérez permanecía imponente en el centro de la sala, donde sólo se escuchaba el murmullo respetuoso de las voces que a baja emisión hacían uno que otro comentario de la cotidianidad unos, y de la desaparición ya inminente de aquella escuela de experiencias humanas, que había muerto como había vivido: en absoluta veneración y fidelidad a su amo.

La letanía del rosario redentor del alma ida se hacía sentir en las gargantas de algunos empleados de la hacienda que aunque pocos, siempre habían guardado cariño y respeto a aquel hombre grande, cuyo único pecado, como él mismo reiteró en varias oportunidades; había sido vivir más de la cuenta.

No lejos de la sala, y casi en las afueras del corredor, Daniel Torrealba, quien procedente de Caracas, donde se había instalado a vivir motivado por la incompatibilidad de caracteres entre él y su padre; se encontraba de visita, en compañía de Héctor, mientras sorbía una taza de café negro, indagando sobre la suerte del núcleo familiar.

—Los muertos se marchan, y los todavía privilegiados a la existencia quedamos para continuar la batalla que nos da el mundo en sus lecciones, hermano.

—Lecciones que cada uno de nosotros debe aprender a asimilarlas para luego dejar un lego de cordura, paz y bienestar en nuestras generaciones de relevo – continuó Héctor sobre la reflexión de su consanguíneo menor.

—A veces nos hacemos hombres, envejecemos y hacemos caso omiso a esa recapacitación de la cual tú hablas, reverendo.

—Basta con vivir para que te des cuenta de lo bueno y lo malo que te propone el mundo. De ahí el punto de partida del destino que quieras tejerte, Daniel.

—Por ejemplo, yo elegí el mío, y me marché lejos de las reprimendas obsoletas de papá, que nos encaminaba a un corte inminente de relaciones familiares –expresó con tranquilidad Daniel, amargado por su soledad.

—Es muy extraño que ya a tus años no hayas pensado en casarte, querido Daniel.

—Mis responsabilidades nunca las he compartido con nadie, pues considero que en el mundo no existen amigos que no sean para la codicia de los bienes ajenos –fue el golpe del verbo incisivo de Daniel Torrealba.

—¿Acaso has encontrado a alguien que haya deseado manejar tu fortuna material alguna vez en tu vida, Daniel?

—Todas, querido Héctor. Esa cuadrilla femenil que ha pasado por mi existencia, ha exigido villas y castillos.

—Todas esas riquezas de las cuales hablas, pudieras obsequiarlas con una mente amplia y un espíritu lleno de amor y esperanza, luego de ello, estoy más que seguro que el bienestar humano se acerca solo.

—Bienestar verdadero tiene quien aprende a defender a capa y espada el patrimonio mental y económico no malgastándolo a manos llenas, rodeado de aduladores que no buscan sino disfrutarse y gozarse de tus favores.

—Esa tu malicia, quiero decir, tu exceso de desconfianza en la que gente; es lo que a la par te ha generado esa soledad que no te hace ser feliz completamente —trató de aconsejarlo el jesuita.

—Bien dicho es que mejor solitario que mal acompañado. ¿No es cierto, Héctor?

—El aislamiento perenne es también muy mal consejero. No lo olvides, Daniel.

—Sólo si se encamina la mente rumbo al ocio y el espíritu hacia la incredulidad, padre Héctor —respondió el hermano con sarcasmo, pero con elegante criterio.

—En todo caso, todo el buen proceder que conlleva a la concordia familiar es buena consigna para la sana paz del alma, querido hermano, y mientras no seas tú quien propicie el encuentro a la reconciliación con papá, siempre tendrás la inquietud de la conciencia que no te deja tranquilidad alguna, aunque quieras disimularla.

—Todo Torrealba es orgulloso, y el orgullo no da su brazo a torcer —respondió Daniel, tratando de mostrar una seguridad en sí mismo que no tenía.

—Lo único que ganas con el orgullo es sentirte estéril de sentimientos, Daniel, y orgullo; es herida mortal en el amor que queremos representar y no podemos.

—El orgullo es, si se quiere, un irrespeto para el alma libre, y la opresión genera mucho desgaste espiritual,

que a la par nos destruye por no poder decir lo que queremos.

—Mi elocuencia clara se da para expresar lo que me venga en gana, de ahí viene la crudeza de mi criterio, hermano —se defendió Daniel Torrealba, siempre llevando la contraria.

—Todo exceso genera indisposición, cualquiera que sea su proceder, y a veces no es conveniente ser demasiado fogoso en la expresión que da a entender nuestros puntos de vista.

—Con la verdad siempre por delante, la muralla de la vida es infranqueable, Héctor. Eso lo sabes tú mucho más que yo.

—He conocido muchos mortales que llevan vida de zombie, querido hermano —contestó el clérigo con una dureza que pareció acentuarse en sus palabras.

Un centellazo sacudió el monte, y la onda expansiva del trueno respondió casi con una explosión que alarmó al grupo que se encontraba en la sala, rodeando el ataúd.

—¡Santa Bárbara bendita! —exclamó una voz de mujer.

—Voz de blasfemia genera alarma de protesta por la sabia naturaleza, querido Héctor —le advirtió sin inmutarse su hermano, por el estruendo producido.

—Nunca resultan ser sacrilegio los credos que no deseamos compartir, hermano, porque únicamente la fe es libre de practicarse o no —rispotó Héctor Torrealba.

—Más que de un sacerdote, parecen palabras de un revolucionario extremadamente radical.

—Es sencillamente la tajancia en el criterio de un hombre de carne y hueso, que se quita la sotana para demostrar la desnudez de su alma.

—Esas palabras, estoy seguro que nunca las darías a Monseñor por temor a reprimenda, querido hermano.

—No se las planteo, porque sencillamente Monseñor las conoce como todo soldado de Cristo. Recuerda que él también expresó su ira cuando expulsó a los mercaderes del templo, y así mismo te lo hago saber para no caer en tu trampa, hermano Daniel. La casa de Héctor Torrealba es la de mi padre, mi verdadero hogar es el alma, y mi alma es refugio de oración, y no de negocios.

Diciendo esto, se alejó Héctor, tratando de disimular su enojo, mientras Daniel lo observaba caminar con una risita maquiavélica.

—La sangre Torrealba lleva el tormentoso pecado de la ira —pensó Daniel Torrealba ante la reacción intempestiva de su hermano mayor.

—No trates de engañar a quien es profesional de la mentira, hermano. Eso no te dije, ni te lo diré nunca — meditó Daniel Torrealba.

La noche llegó, y la tormenta fue cesando para dar paso a la mansa garúa que también desapareció casi a la medianoche, cuando la sala fue quedando sola, sin más personas que don José María Torrealba, fiel a la vigilia funeraria de su amigo, meditabundo y absorto en el contemplar de las flamas que se retorcían en los cirios colocados en las cuatro esquinas de la urna.

Afuera, uno que otro relámpago titilaba de vez en cuando en la negra pantalla del firmamento aún car-

gado de electricidad, y el ambiente fue impregnándose de un extraño frío que inundó toda la casa, obligando, inclusive a la gente que ya se encontraba en reposo, a retomar las gruesas cobijas que mantendrían a tono la temperatura normal de sus cuerpos.

Se escuchó un relincho a lo lejos, y el ladrar de los perros no se hizo esperar.

El viejo Torrealba se acercó una vez más al negro ataúd para cerciorarse de la verdad de la muerte de Chon, pues en es ser humano es muy normal la incredulidad de este tipo de hechos que nos hacen proceder como el apóstol Santo Tomás, para que la lección, luego de despertar y abrir bien los ojos, nos avive aún más la amargura del dolor ante la realidad ineluctable.

—Aunque ahora te encuentras en otro plano, me figuro que debes andar paseando por ahí desandando tus pasos, probablemente a mi lado, y no te veo, carajo.

Un extraño efluvio mezcla de aguardiente y tabaco se hizo sentir en el todavía sutilísimo olfato de don José María, quien sobresaltado miró hacia los lados buscando al portador del vaho. El vacío de la sala le dio la respuesta.

—¿Chon, eres tú? —interrogó el dueño de la casa un tanto atemorizado por lo que él consideraba como una señal de aparición.

—Chon, si eres tú verdaderamente, te suplico que no me asustes, caramba.

Al volver a fijar la mirada sobre el cadáver del indio, quedó petrificado, pues el aspecto de tranquilidad que

mostraba la faz del difunto hacía sólo un momento, se cambió por otro de sonrisa complaciente.

José María Torrealba se frotó los ojos creyendo alucinar, y se secó la frente sudorosa con el pañuelo, como buscando un desequilibrio corporal a través de su temperatura.

Sus piernas parecieron flaquear y buscó ayuda en una de las sillas adyacentes al altar de velación.

Sudó copiosamente durante algunos minutos, sospechando que su tensión arterial había bajado por la impresión del susto que acababa de recibir.

Trató de gritar en demanda de ayuda, pero la voz no le salió.

Ya aterrorizado, se llevó la mano al pecho, donde sintió un agudo dolor que lo estremeció de pies a cabeza.

Hizo esfuerzos sobrehumanos por levantarse de la silla donde se encontraba, pero al apoyarse sintió que su brazo izquierdo estaba casi paralizado, y su mente reveló el dictamen fatal:

—¡Un infarto, Dios mío! —fue lo último que rebobinó su mente lúcida antes de caer desvanecido en la oscuridad y el vacío que da la inconsciencia.

El canto carrasposo del chupahueso se dejó escuchar cual sinónimo de mal agüero, ante la indiferencia de quienes se entregaban al sueño reparador, mientras la muerte parecía aparentemente cobrar otra víctima más incorporada a su valle de sombras.

Don José María Torrealba quedó de bruces en el piso, y Chon sonriéndole a su sueño eterno con la tapa del féretro aún abierta.

LA MAIDICIÓN DEL ENGAÑADO

—El estado de salud de paciente es muy delicado, reverendo, y tememos que haya sufrido un accidente cerebro-vascular severo —fue el dictamen amargo del especialista que atendió al seriamente afectado José María Torrealba en su urgente llegada muy a tiempo al hospital de la capital, que Héctor consideró como más cercana para salvar milagrosamente la vida de su padre.

—Sólo queda orar y esperar cómo reacciona a la terapia —sentenció finalmente el galeno en el pasillo ancho de aquella entidad clínica, la cual Héctor Torrealba en compañía de sus hermanos nunca imaginó que le tocaría frecuentar, y aguardar largas horas de angustia y zozobra.

Había descubierto el sacerdote el cuerpo desvanecido de su padre al pie de la urna donde Chon descansaba, víctima aparentemente de un derrame cerebral al caer presa del pánico, ante los fenómenos paranormales que había presenciado y de los cuales no tendría nunca testigos de la veracidad de los mismos que otorgaran

argumentos sobre su caída vertiginosa al mundo de los parapléjicos, pues con acerba amargura sabía el jesuita de las secuelas que ocasionaba el golpe mortífero casi, al cerebro de su padre.

La inesperada dolencia que afectó con inclemencia la salud de don José María Torrealba, impidió a todos estar presentes en el sepelio de Ascensión Pérez, quien ya en horas de la mañana fue llevado a su última morada, allá en el pequeño y modesto cementerio de la hacienda, no pudiéndose cumplir así su último deseo, como era el de ser sepultado bajo la tierra de la “Sombra Oculta”.

Sólo por esa razón, comenzaría la penuria de su alma por el dolor que afecta el espíritu cambiar las reglas redactadas en vida, y no realizarlas en muerte, para el descanso en paz de aquel hombre que había entregado fidelidad y entereza en la ejecución de obras en la familia, y que luego aguardaba que se llevara a cabo su voluntad final.

No fue así, pues sólo José María Torrealba conocía del secreto de la cueva, y ya nunca más volvería a ella, al menos no con sus extremidades y demás órganos motores en buen estado.

Permaneció el anciano bajo la inconsciencia que producían los medicamentos, y auxiliado por la mascarilla de oxígeno que es importante apoyo en la terapia de las extremidades afectadas del síncope cerebro vascular.

Su inercia física no impedía, sin embargo, que su espíritu se mantuviera a la espera de cualquier reacción que diera muestras de recuperación.

Su mente parecía pasear por soleados campos llenos de flores, donde la clara y mansa agua del río chocaba con las piedras, armonizando con su tranquilizador sonido el equilibrio de belleza que proporciona un paraíso imaginado donde todos quisiéramos vivir, saboreando la sana paz que tanto anhelamos.

—La antesala de la muerte, cuentan muchos que han relatado pormenores, tiene visiones hermosas antes de la partida definitiva —había expuesto una vez José María Torrealba ante la experiencia relatada por uno de sus amigos, que aseguraba con plena consciencia el haber regresado milagrosamente de ella.

Lamentablemente, el retorno de septuagenario no se realizaría con el completo uso de sus facultades físicas que motivado a su edad, no tendrían recuperación alguna, sino por el contrario, acercarían aún más su condición ahora semi vegetal a la parca inminente.

Todos los hermanos Torrealba estaban en plena conciencia del estado deplorable de su padre, cuyas fuerzas ínfimas no le permitirían a partir de ahora, ni siquiera estampar una firma que delegara funciones en los estados financieros del consorcio ganadero fundado por él.

Pero ello, fue necesario realizar urgentemente un consejo familiar que en compañía de los abogados asesores de la empresa, sería el encargado de encaminar los destinos de “La Torrealba” y sus demás adyacencias económicas.

La codicia por la toma de riendas de la corporación no se hizo esperar, teniendo como precursor por experiencia aparente en los quehaceres de la hacienda a

Daniel Torrealba, quien saltó a la palestra sin solicitar opiniones, y sin que se las consultara.

Betsabé desaprobó inmediatamente las aspiraciones ambiciosas de su hermano, quien para ella representaba la inexperiencia, y por ende, la ineficacia en la conducción de un emporio ganadero, sobre todo si se trataba de la delicada labor, como lo era, de la compra y venta, sistemática tarea que exigía plenas relaciones públicas, y conocimiento amplio de la cartera clientelar de esa modalidad en todo el país.

La reunión se prolongó hasta altas horas de la noche, y los asesores legales consideraron oportuno el nombramiento de un gerente general de compra y venta, y un director financiero, ambos de amplia experiencia en los rubros, los cuales serían supervisados muy de cerca por Betsabé Torrealba que había sido nombrada por consenso y mayoría, como presidenta de la sociedad familiar, con el desacato intransigente y acostumbrado de Daniel, quien prefirió seguir recibiendo su mensualidad de manutención que le correspondía a mutuo acuerdo con su padre, y mantenerse alejado de la hacienda, llevando la intriga y la ira de la derrota recibida por el criterio claro de los expertos en el ramo de la empresa, que echaban por tierra sus aspiraciones gerenciales.

Héctor, por su parte, prefirió no interferir en el futuro manejo del patrimonio familiar, pero manteniéndose ahora más cerca de la casa, pues la atención médica y espiritual de su padre requería de un sutilísimo cuidado que sólo él podía realizar con el amor y la entrega a la caridad para con aquella sangre de su sangre, que más

bien que mal, lo había apoyado en todo su desarrollo humano y filosófico, escuchando uno a uno los planteamientos de aquel joven entonces consustanciado con la vocación religiosa, ecuánime y bienhechor del desarrollo personal de su feligresía.

Sin embargo, en el ambiente donde los criterios son dulces o fuertemente amargos, y la mala intención teje sus redes para el desacato que genera conflictos fuera de los carriles convenidos que repercutirían en la innegable disputa familiar, se generaba un clima de tensión ante los nuevos cargos en quienes ahora se delegaban responsabilidades nunca antes contraídas.

Era obvio que ninguno de los Torrealba había aportado jamás un ideal o un modelo de trabajo que hiciera sentir orgulloso a don José María del amor que él esperaba que sus hijos profesaran por el poderoso consorcio de la Torrealbera.

Fácil resulta surtirse a manos llenas de una fortuna de la cual se ignora su procedencia, al menos no con el esfuerzo de sólo quien observa la ardua labor, sin ni siquiera mover un dedo.

Por esa razón, la inexperiencia y el temor a fracasar avivó en Betsabé la esperanza de realizar las paces con su alejado esposo Juan Carlos de la Huelva, amplio conocedor del negocio, y ahora uno de los ejecutivos más importantes del país en el ramo.

De la Huelva, hábil en la construcción y cierre de buenas ganancias, y ahora dueño absoluto de una nada despreciable fortuna sustentada por una también poderosa cartera de clientes que, inclusive, adulaba con pa-

labras, halagos y agasajos para su inclusión dentro del cerco social de prestigio del español. Por eso, no escatimó esfuerzos por aportarle ayuda a su mujer, pero con una visión amplia y perversa de algún día incorporar “La Torrealbera” a su patrimonio económico, y por esa razón utilizando su política financiera, aprovechando el nexo que le unía a sus cuñados, trató de parecer afable y complaciente, mostrando un amor y solidaridad que no sentía, pero un interés que sí tenía para su ganancia puso a la orden su experiencia de asesor en la hacienda, punto de partida para las fechorías que se preparaba a realizar.

No podía olvidar el rico ganadero la traición de cual había sido objeto por parte de su esposa, y esa mancha que ocultaba ahora la animadversión visceral por Betsabé fue el preámbulo de su venganza implacable.

La residencia se sentía vacía, porque aunque la tonalidad de vos de su dueño y conductor no poseía asperezas que se hicieran sentir en la acústica amplia que por el alto techo de madera ofrecía la misma; su sola presencia irradiaba un dejo de fuerza y de respeto que lograba su química de convicción al buen manejo de cuanto en ella se hiciera.

En las afueras, el panorama triste de la naturaleza parecía hundir a los obreros de la fundación en un letargo mezcla del espíritu taciturno que da el dolor de la lealtad ante los acontecimientos suscitados, con el de la incertidumbre de sentirse acéfalos de conductor.

Había iniciado don José María Torrealba desde el mismo momento de su caída accidental vertiginosa al abis-

mo de la parapleja, la condena de su purgatorio ante la demanda que tarde o temprano exige la vida, a quienes de una u otra manera han alterado con sus proceder fuera de lugar las reglas de la paz, donde el bienestar y la sana convivencia con los seres que nos rodean, conforman el equilibrio de la humanidad, y ha sido la justicia quien desde el inicio de los tiempos la que se ha encargado de resolver en su balanza el haber y el deber del hombre, cualquiera que haya sido su voluntad de escoger su manera de vivir.

De cualquier forma, es precepto inevitable que todo lo que debemos estamos en la obligatoriedad de cancelarlo, pues para el karma, los seres vivientes que tratan de esconder la morosidad de sus pecados, sencillamente no existen.

Eso lo sabía Héctor con toda claridad, razón por el cual a partir del momento en que debía entregarse al sacrificio del cuidado ahora casi infantil de su padre, su oración se hizo más profunda y sus ejercicios mentales más exigentes para así evitar caer él también en el desarreglo físico que a sus cuarenta y tantos cumplidos, comienza a pasar pequeñas facturas en el inicio de la madurez fisiológica que genera algunos achaques como recordando que la vejez llama paulatinamente las puertas de la vida.

Ante todo, entendía con claridad que debía mantener los cinco sentidos bien puestos, siendo sus ojos los que deberían funcionar a la perfección, pues la tormenta familiar estaba a punto de estallar, probablemente ante demandas para la entrega inmediata de dinero a manos

llenas, en solicitud de la parte que como herederos del patrimonio correspondía por ley.

Observaba con acerba melancolía el semblante paupérrimo del autor de sus días, hundido en el letargo de su vacío, y tan sólo a la espera de la misericordia del destino.

Sin embargo, su amor infinito de hijo podía más que su dolor, y el aliento por la salvación y vida eterna de su padre, lo incitaban a luchar aún más, y su perseverancia en la fe de ver algún día la recuperación del mismo, lo hizo ver el cuidado para el cual estaba listo a iniciar, como una mera cotidianidad que realizaba con gusto.

La concertación pareció volver a la normalidad para el equilibrio del núcleo familiar, que con acuerdos, luego de unificados sus respectivos criterios, se preparaban a la reconstrucción y recuperación de sus nexos extrañados momentáneamente por el exceso de los vicios.

El clima de cordialidad imperó nuevamente en la pareja De la Huelva-Torrealba a mutuo acuerdo, pues aunque ya no existiera amor, el contrato cerrado para la muestra de apariencias en ambos pareció funcionar casi al punto de que se recuperó la credibilidad en la relación destruida por el adulterio franco a ambos, y los comentarios de aprobación entre la servidumbre no se hicieron esperar.

Cuando todo parecía olvidado, y la vida decidía otorgar una nueva oportunidad a la familia de integrarse amenamente a la comunicación, aceptando con humildad y dignidad el borrón y cuenta nueva que da el hálito y reinicio a expectativas fulgurosas de volver a empezar,

voló una carta de Santiago Puy a las manos de Betsabé que lo recibió trémula y con el corazón a punto de estallarle.

Mi dolor es el tuyo, y el amor es también nuestro, si usted así lo siente y lo recuerda como el más hermoso encuentro entre dos almas hundidas en la más desesperante soledad e incomprensión, y que aún tienen mucho que brindarse; venga usted a verme si así lo decide, para ser recibida por el éxtasis más grande del mundo.

Fue el párrafo que más conmovió a la ya madura pero todavía nada despreciable dama.

Es regla infranqueable de la vida que con amor no hay miedo que valga, y fue ello lo que avivó el coraje de Betsabé por el ansia de encontrarse con el hombre que verdaderamente amaba con locura.

Sintiéndose dueña de su vida y de sus actos, así como del más alto cargo gerencial del cual había sido nombrada en “La Torrealbera”, que le otorgaba ahora aún más prestancia de la que tenía; decidió aceptar el reto de la cita, que más que osadía furtiva, parecía el llamado del amor extraviado y anhelado.

Sin consultas que pudieran entorpecer su encuentro, se dejó llevar por el instinto femenino, hábil en el manejo de secretos bien guardados que cuando nadie debe conocer, sencillamente no se revelan. Retornó la enamorada mujer al pecado clandestino que más que amor le

proporcionaba morbo ante la sabiduría que a su cuerpo otorgaba la delicia natural de Santiago Puy al explorar cada uno de los contornos de la piel de la enloquecida mujer que vibraba apasionada ante el acto del amor que aquel elemento realizaba casi con crueldad.

El engaño, cuando se saborea en arias del disfrute maquiavélico, genera un ansia de poder que no se tiene, pero que se vive en el momento, mofándose simplemente de la ingenuidad y la pasividad de la víctima.

Pero Betsabé en sus años de matrimonio nunca aprendió a conocer qué clase de enemigo era Juan Carlos de la Huelva, que siguió, en esta oportunidad, paso a paso el adulterio de su mujer.

Tan sólo esperó la salida de la Torrealba de su nido de amor, allá en el escondido rincón de la llanura carabobeña, ya bien informado del sitio donde se le engañaba, y bien preparado para su venganza.

Betsabé ni siquiera se inmutó al verle esperándola a unos metros escasos de la casa de donde salía.

—No te vigilo en tu engaño, y tú me vigilas en el mío —le habló la mujer con frialdad al esposo que le respondió con un manotazo que la hizo girar en dos.

—¡Cállate, insensata p...!

—Pégueme a mí, descarado poco hombre —sonó otra voz decidida que De la Huelva escuchó en tonalidad retadora—. El ser humano mitiga su sed cuando el río que le otorga el agua se seca. Tan sencillo como eso —habló Santiago asumiendo el delicado reto.

—A la indefensa mujer no se le pega ni con el pétalo de una rosa, amanerado —volvió a golpear el reto de Santiago.

—Miserable poco hombre, es usted un perturbador de la tranquilidad de pareja, y eso se paga con la muerte —advirtió ofuscado de cólera Juan Carlos de la Huelva, quien levantó el revólver para disparara ante la humanidad desprevenida de Santiago, que le miró serenamente exponiendo secamente la frase que hiere el machismo del elemento sin escrúpulos:

—El arma del hombre frente a frente no es la del revólver, y me encuentro desarmado. No sea cobarde.

—¡Vete de aquí, Juan Carlos, por el amor de Dios! —gimió desde el piso la adolorida Betsabé tratando de evitar la hecatombe, mientras trató de abrazarse a las piernas de su marido que ya no lo era.

La respuesta se la dio un certero zapatazo que dio de lleno en su rostro, haciéndola sangrar copiosamente y perder el conocimiento.

Santiago Puy trató de irsele encima para desarmarlo, recibiendo un tiro en el pecho que milagrosamente no tocó su corazón, y que marcaría su debacle definitivo.

Juan Carlos de la Huelva, enloquecido de ira se disponía a asestar el golpe final en la humanidad de su rival, cuando la mano de uno de sus peones de confianza le impidió realizar el horrible magnicidio que le manchara su existencia para siempre.

—¡No lo haga, patrón! No se embarre la vida e' m... La paliza fue suficiente por ahora.

—Vámonos rápido de aquí antes que alguien se dé cuenta –le recomendó Pedro, su mano derecha.

Allí quedaron tendidos los amantes sacrificados por la codicia y la lujuria que ahora recibían la lección de la vida para quien no se ajusta a la ley de la lealtad, cuando se atreva a adquirir un compromiso que incumple.

La muerte les rondó cerca, y estuvo a punto de cargar con ambos, pero quizá la providencia pareció tener una luz de redención para ellos.

Probablemente el amor mismo, sincero y prometedor en dos seres solitarios y ávidos de comunicación donde se conjugarían la entrega verdadera y el don de compartir; haya sido quien les salvó la vida.

—Maldito sea el amor robado –vociferó el desengañado De la Huelva, mientras detractaba de la familia Torrealba con las expresiones soeces que nunca antes había utilizado.

Lo último que alcanzaron a escuchar sus hombres antes de subirse al brioso corcel que le esperaba, los hizo mirarse unos a otros y descubrir el proceder implacable de su jefe.

—Este engaño me lo pagarás con “La Torrealbera”. Lo juro, así tenga que desaparecerlos uno por uno. Vale más una ruptura a tiempo que un engaño demasiado tarde.

Es innegable la acerba pena que produce el amor no correspondido, y que posteriormente desemboca en el torbellino del fraude pasional como respuesta inmediata al desacato de vivir atado a un ente que sencillamente ha dejado de interesarnos, porque la química y las

expectativas, la admiración, para ser más precisos; ha desaparecido en el abismo del olvido.

Así somos los seres humanos, aunque parezca cruel manifestarlo.

Todos conocemos nuestras apetencias e inapetencias carnales.

Solamente una vez en la vida nos detenemos a agregarle un dejo de veneración mental y entrega total a ese ser que parece ciegamente interesarnos, para no fijarnos, aparentemente, nunca más en otro.

Si esa correspondencia es biunívoca, tendremos entonces el compañero y la compañera para toda la vida.

Nunca jamás sabremos por qué las leyes del universo colocaron la palabra “traición” en la hoja de existencia del hombre, y que mezclada en su sangre como el veneno más enloquecedor de su mente, se constituye como uno de los pecados más perniciosos de su proceder, sin antídoto alguno que permita lograr su redención.

La traición nace y muere con el hombre, al igual que la lealtad.

Algunos humanos no tenemos la culpa de venir al mundo escasos de escrúpulos. Es muy probable que los genes nos hayan proporcionado ese legado.

Si la fuerza espiritual posee la bendición del admirador que transmite amor y confianza en nuestro destino, aún más tiene la maldición de un engañado que excomulga irrevocable ante la mancha del alma que parece no tener perdón, para echarla al abismo donde desandan los condenados del pecado que no tiene vuelta atrás.

Juan Carlos de la Huelva había dictado la fatal sentencia, y la cumpliría al pie de la letra, pues era el hombre de decisiones fiel a su tenacidad.

Era inteligente, y sabía que atravesaría por el conflicto del enfrentamiento con los hermanos Torrealba, luego que se enteraran ambos de la felpa de la cual la infeliz Betsabé había sido víctima, y por esa razón decidió enfrentar la situación de inmediato, alegando delito de adulterio, irrespeto social imperdonable para un hombre de importancia económica como él.

Héctor Torrealba, tratando de disimular la indignación que le embargaba ante el relato de su cuñado, trató de llevar la tertulia por la vía del sano juicio, no sin antes recordarle a De la Huelva las reglas en la relación marido y mujer.

—Entiendo perfectamente tu dolor por lo que me cuentas, pero no es el estilo de la familia que un hombre, aprovechándose de su fortaleza física se atreva a agredir a una indefensa dama.

—Indefensa nadie, hombre –vociferó enojado el engañado Juan Carlos—. Las mujeres pueden con un elemento encima dos veces mi peso.

—¿Cómo no se quejan que las maltratan en ese momento de placer, coño? Ahí padecen del “machucón”, y disfrutan del acto con inusitado sadismo.

—¿Cómo pues hablar así de las damas? –le manifestó el sacerdote, haciendo eco de la decepción que como ente masculino le proporcionaban las expresiones de aquel desalmado que dijo haberse llamado su cuñado en una oportunidad.

—El engaño femenino viene desde Adán, que lo perdió todo por la inmadurez de una mujer, y yo no estoy dispuesto a imitar tal decepción. De modo que si tu hermana pecó de adúltera, lo pagará inevitablemente con el divorcio —puntualizó decidido Juan Carlos de la Huelva.

—Es importante que tú también te detengas a revísarte antes de tomar esa decisión que probablemente te desequilibrará emocional y socialmente —aconsejó el sacerdote, fiel a su condición de almas descarriladas.

—Al Diablo con tus preceptos y consideraciones religiosas, y has de cuenta que a partir de este momento soy ateo —expresó De la Huelva a viva voz, como advirtiéndole al sacerdote que se declaraba su enemigo a carta cabal.

Héctor Torrealba guardó silencio mientras lo miraba fijamente con el ceño fruncido y contrariado por las duras palabras de aquel hombre, que sin duda alguna estaba a un paso de perder la razón.

—¿Vas a excomulgarme, acaso? —interrogó De la Huelva desafiando el aplomo del clérigo que hacía esfuerzos por no emprenderla a golpes contra aquel hombre al cual no le temía por muy fuerte que fuera.

Finalmente, Héctor asumiendo el papel de hombre de respeto y de hermano benefactor le advirtió secamente mientras le señalaba el camino de la puerta de salida:

—Te agradezco en lo sumo, no vuelvas a pegarle a mi hermana como lo hiciste, porque te recuerdo que bajo

esta sotana llevo pantalones que pueden hacerte valer el respeto que debe dársele a una dama.

—¿Hombre, me estás amenazando, acaso? —interrogó sorprendido el español, con una risita burlona.

—Tómalo como quieras, pero ten en cuenta que estaré cuidando sigilosamente a Betsabé.

—Eres tan dócil e insignificante que tiene mucha razón el dicho que reza: “eres más inofensivo que un cura”.

—Recuerda que los apóstoles de Cristo también estaban dispuestos a matar en defensa propia.

—Pues no serás tú el primero en hacerlo, además que pelear con un hombre como tú debe ser como pegarle a una oveja.

—¿Por qué no me lo demuestras, para probarte cuán lanudo soy? —contestó Héctor retador y decidido, mientras se despojaba del clergyman que llevaba en su cuello y ya con el apellido Torrealba que casi le cercenaba su garganta por la amargura reprimida al borde de sacarlo de sus casillas.

—Creo que ya es hora de que ustedes los Torrealba comiencen a asimilar quién es el que manda en este consorcio, ahora que el viejo está inutilizado —expresó con ironía Juan Carlos de la Huelva mientras se despojaba de sus anillos que llevaba en ambas manos.

—El jefe es quien siempre persuade, quien posee el don de convencimiento. Y tú nunca me convenciste como hombre para mi hermana. Casi rechazaste la divina hostia que nunca debí darte.

—Maldito cura, sospechoso de homosexual –le agredió verbalmente el español para iniciar la pelea.

—Vámonos hacia el patio, para que me repitas eso que me dijiste, godo sin escrúpulos –le contestó Héctor, mientras se levantaba las mangas de la camisa.

El inminente enfrentamiento físico entre los dos hombres se llevó a cabo de manera pareja. Héctor aplicó los conocimientos de combate cuerpo a cuerpo aprendido de su tutor, el padre John, viejo jesuita inglés.

Juan Carlos recurrió a su resistencia y fortaleza física, que llevó a las últimas consecuencias, sólo que no contaba con la natural pegada de martillo de las manos del sacerdote, que a pesar de sangrar copiosamente por la boca y la nariz, tuvo un último aliento para fulminar hacia la inconsciencia la humanidad del ganadero español que cayó como un fardo, víctima de un soberbio puñetazo inmisericorde. Que se estrelló en su sien derecha.

El sacerdote también se precipitó al suelo desvanecido por el cansancio y los golpes recibidos.

La servidumbre de “La Torrealbera” se apresuró a prestar ayuda a los mallugados hombres, tras el asombro y el miedo que les inspiró contemplar aquella escena entre cuñados.

—¡Carajo! Cómo se equivoca uno con la gente. Qué duro pega el padre Héctor –comentó uno de los peones de la hacienda.

—Es que la sangre Torrealba es vernácula, compañero –aseveró otro testigo del combate.

Betsabé sobresaltada por la alharaca de la pelea se apresuró a indagar el por qué del disturbio, quedando

sorprendida por el estado físico de ambos hombres, que habían quedado hechos una facha.

Héctor logró reaccionar un tanto maltrecho con la ayuda de las mujeres de la casa, y con el rostro hecho jirones se dirigió a su hermana increpándole con autoridad:

—Mira los resultados de tu quehacer, hermana. He aquí un redentor crucificado por el pecado ajeno. Ese es el verdadero sacrificio del apostolado.

—Lamentablemente debía mostrar el lado débil del hombre —volvió a aseverar con un nudo en la garganta.

—¿Por qué tuviste que llegar a esto, Héctor? Era un problema estricto de marido y mujer.

Betsabé Torrealba había regresado definitivamente a la casa paterna transcurridos los días de tormento que vivió, para separarse de manera irrevocable, quedando otra vez bajo la responsabilidad de sus hermanos luego de tramitar todo lo concerniente a su divorcio; pues conocía de la animadversión recíproca en ambos.

Sin haberse recuperado de las hematomas faciales, había logrado con ayuda de algunos allegados a la casa de campo de Santiago Puy, trasladado de urgencia al hospital de la ciudad más cercana, donde el amante prohibido de la Torrealba recibió las atenciones galénicas de rigor, pudiendo salvarse de la mortal herida recibida, que le había generado una pérdida de sangre considerable, y lo mantuvo al borde de la muerte peligrosamente.

Santiago no recibió visitas de familiares allegados, pues de una manera misteriosa, carecía de parientes que pudieran velar por su soledad de soltero empedernido;

tan sólo sus obreras de oficio doña Teotilde y su nieta Mercedes lo habían acompañado en su casa de campo durante algún tiempo luego de la muerte de su madre doña Estelita Puy, mujer solvente económicamente que aunque no muy rica en bienes, tuvo el privilegio de vivir de rentas en sus últimos años, que aprovechó Santiago para educarse en París.

Durante el corto tiempo de relación, Misia Teotilde y Mercedes habían sido testigos de las dos visitas clandestinas hechas por Betsabé, razón por la cual tuvieron oportunidad de conocerla, y comunicarse con ella.

Los lances sentimentales sostenidos por el dueño les había interesado poco, y la discreción de ambas era de silencio sepulcral.

Tenían por ley natural la de ver, oír y callar para mantener la paz de la casa, pues así lo había ordenado Santiago Puy, maniático de la mesura intachable, poseedor de esa gran virtud que muy pocos humanos tenemos, o que poseemos y no practicamos, porque el vicio del comadreo nos tienta sin compasión alguna.

No obstante, la residencia Puy, allá en las inmediaciones del campo glorioso que nos dio la libertad, no pudo tener más ese furtivo silencio que la hacía pasar casi inadvertida por la gente que a menudo transitaba por ese camino, cuando se produjo aquel desenlace casi trágico que obligó a Juan Carlos de la Huelva a ocultarse una vez más, concluido el enfrentamiento ineludible; a no dejarse ver, si las autoridades eran avisadas de las consecuencias en aquel desafío.

La lejanía de la capital era la primera cómplice de las fechorías que allí se habían saldado, pues en líos de faldas, la policía tenía muy poco que investigar como lo reza el viejo poema gaucho conocido por muchos.

Fue así, que al transcurrir los días, y luego de enterado el español, que su rival había sobrevivido al disparo a quemarropa realizado por él y que Betsabé se había marchado al hogar que un día la vio salir de velo y corona y que ahora la recibía con las tablas del fracaso sobre sus hombros; fue cuando se decidió a ponerle punto y final a su conflicto matrimonial por la única vía que legalizaba la separación definitiva de cuerpos.

Sólo que en vez de salir en hombros ante el triunfo que siempre pregonaba por las decisiones de inversión económica propuestas por él, y que don José María siempre aprobaba con una confianza ciega puesta a en su yerno para el cierre de negocios jugosos; retornó a su casa ahora solo y arrastrado casi, en hombros de su guardaespaldas que se mantuvieron atentos a la pelea, y sin intervenir por órdenes precisas de Juan Carlos de la Huelva.

A su gran residencia en el estado llanero circunvecino, llegó maltrecho todavía por los golpes recibidos, permaneciendo en reposo bajo las prescripciones facultativas de dos galenos que fueron contratados para velar por la salud y recuperación pronta del poderoso consorte.

Héctor, por su parte, recostado en su cama, aceptó la ayuda de su desconsolada hermana que aún con la

espantosa hematoma en su pómulo derecho, debió recurrir a la prescripción facultativa para reducir la intensa inflamación que inclusive no la dejaba probar bocado con comodidad.

El sacerdote al mirarse al espejo, optó por sonreírse, pues la causaba gracia verse el rostro que mostraba un color violáceo en uno de su ojos, y su labio superior un tanto hinchado.

—Parezco un pirata de embarcación —expresó contrariado por la melancolía que le proporcionaba el haberse prestado a ese inmaduro proceder.

De la Huelva, con ese franco enfrentamiento, le había declarado la guerra a la familia Torrealba, quien ahora, acéfala de conductor masculino, solamente pondría sus esperanzas en Héctor ya no como mediador, sino más bien como antípoda dispuesto a hacer valer el respeto y la consideración que mucha gente le había brindado por más de cincuenta años a esa célula familiar

De ninguna manera permitiría el sacerdote que el irrespeto por vías del caradurismo y la burla se colaran, contribuyendo con esto al debacle moral de los integrantes del patrimonio Torrealba, desvergüenza social que también sería sustentada por la severa crítica del entorno confraternal como allegado más inmediato a la familia, sino también por la censura de los grupos no tan ajenos por la envidia, que sin resultar competencia en buena lid, se encargarían de detractar de ellos hasta las últimas consecuencias.

—Dios del cielo, tengo ya algo más de cuarenta cumplidos por tu misericordia de mantenerme aún en este

mundo, con una responsabilidad aún mayor que la del principio como lo es una empresa que vive la orfandad de un hombre recio que haga respetar la moral, buenas costumbres y el desarrollo económico de las gotas del sudor de mi padre.

—El elemento que tome las riendas de este monstruo financiero, no puede ni podrá llevar una sotana por las razones que tu ya conoces.

—Si abandono la conducción de esta hacienda, quedará muy pronto a merced de la inexperiencia e irresponsabilidad que mis hermanos ofrecen, y la ruina será inminente en algunos años, tal vez meses.

“Dime tú, Gran Señor ¿qué debo hacer? —oraba Héctor en consulta profunda y venerable aquella noche, postrado sobre el reclinatorio que tenía en su habitación mientras sostenía el rosario entre sus manos.

—¿Será posible que escuches mi llamado, y me envíes al menos una señal que me abra el entendimiento y poder de decisión para saber lo que debo hacer?

El sacerdote lloró amargas y profundas lágrimas mientras permanecía en vigilia de oración a pesar de su indisposición física.

Sentía las secuelas de los golpes en sus costillas, y las piernas parecían flaquearle al caminar, pero ello lo aceptó resignado y lo disimuló ante sus allegados todo lo que pudo.

Bordeando la medianoche y sumido en la entrega por algunas horas al retiro espiritual, Héctor despertó de sus cavilaciones al escuchar unos gemidos en la habitación

contigua a la suya, lo cual lo obligó a separarse momentáneamente de sus oraciones para averiguar qué sucedía.

Afuera todo era tiniebla por la noche sin luna y un seco frío reinaba en el entorno.

Héctor salió de su cuarto sin hacer ruido y la luz del pequeño farol que se encontraba sobre la mesa del comedor le recordó la penuria sufrida por sus consanguíneos.

Al abrir la puerta del dormitorio de su padre, los quejidos parecieron cesar de pronto y con su finísima vista aún en condiciones a pesar de su edad, donde la presbicia comienza a pasar factura en los humanos que transitan rumbo a la madurez física; fue testigo del ce-laje súbito de algo que parecía la silueta de un hombre alto y encopetado que desapareció por la ventana abierta solamente cubierta por las cortinas de diolén que la adornaban.

Una corriente de aire gélido lo hizo estremecer, y Héctor se llevó su mano derecha al crucifijo que siempre le acompañaba, pronunciando algunas frases en idioma latín similares a una oración, mientras su abierta mano izquierda apuntaba con la palma hacia el cielo.

Su olfato percibió de súbito un olor a azufre, que lo hizo comprender lo que estaba ocurriendo dentro de aquellas paredes.

El jesuita pareció quedar paralizado por un momento y todo el ambiente de la habitación se enrareció en un estado de calor sofocante. Aún así, la fe infinita cobró fuerza en el valiente hombre de iglesia que invocó a su patrón de orden con la esperanza de recuperar se ener-

gía espiritual pedida en el enfrentamiento físico de hacía algunos días.

—San Ignacio de Loyola, no me desampares.

Con sumo cuidado atravesó la amplia habitación hasta llegar a la mesa de noche, allí reposaba la lámpara que solía alumbrar a su padre en el lecho donde se encontraba postrado.

Al tratar de iluminar con discreción el rostro de don José María, notó la copiosa sudoración en el mismo, al igual que sus ojos desorbitados por algo que parecía una impresión por la obnubilación de su faz.

—¿Padre, cómo te sientes? —fue lo único que se le ocurrió interrogar, sabiendo que no obtendría respuesta oral, pero tampoco se necesitaba ser demasiado inteligente para comprender que la presencia de una entidad paranormal era demasiado elocuente dentro de aquellas cuatro paredes donde se respiraba y podía sentirse un vaho de terror e incertidumbre por el misterio.

Únicamente sus oídos de percepción extrasensoria captaron el eco de una risa ronca y burlona que se entrecortaba para emitir palabras ininteligibles, que por la entonación extraña de sus sílabas parecían ser pronunciadas al contrario de cómo eran.

—San Benito de Nurcia, estás aquí porque te siento —expresó Héctor con decisión para darse coraje que disipara su incógnita, pues si se transformaba en temor, le acarrearía serias consecuencias.

La luz de la lámpara se apagó súbitamente, como si alguien hubiera utilizado su aliento para ello.

—No hay pecado de pensamiento, palabra y obra en este recinto, porque la misericordia de Nuestro Señor grande y poderoso está en nuestras almas, protegiéndonos y perdonándonos de todo mal que nos aceche.

Volvió a escuchar el jesuita la carcajada seca, esta vez con más acústica que la anterior, y quedó en animación suspendida cuando a sus espaldas la voz de su padre suplicante le solicitó apoyo:

—Héctor, soy yo. Ayúdame, ven a abrazarme y a darme agua.

—No eres tú, no puedes hablar, papá; estás parapléjico y esa no es tu voz, así que en el nombre de Cristo, quien quiera que sea que esté en ese cuerpo maltratado, le ordeno que salga de ahí —manifestó el sacerdote con decisión.

—Quien quiera que sea. ¿Y quién soy yo, querido hijo? —le respondió una voz en tonalidad macabra y cavernosa.

—De mi boca no saldrá sino el nombre de Dios creador de las cosas, benefactor de los creyentes y que expulsó del paraíso a indeseables impíos que no son dignos de su luz por su traición —dijo Héctor con profunda fe al acercarse a su padre y colocarle el crucifijo entre sus manos desfallecidas.

La respuesta de la dio un empujón descomunal que lo hizo rodar por el suelo, luego de ser despedido impulsivamente del lado de don José María.

—¡Bendito y alabado sea el santísimo sacramento del altar, y la divina hostia sea el perdón de los redimidos!

—Tu reino nunca jamás será para este mundo, pues la espada implacable de San Miguel Arcángel siempre estará velando para echarte, Satanás.

La mortecina flama de la lámpara de aceite se encendió y volvió a apagarse como por arte sobrenatural, mientras los abiertos postigos de la ventana se movían de un lado a otro como animados por una ventisca inexplicable.

Al cabo de un rato, todo quedó tranquilo en el interior de la habitación.

Héctor se levantó del piso, aún impresionado por la macabra escena que acababa de presenciar, para atender los insistentes golpes de la puerta que con ecos de voces sobresaltadas por el ruido que salía del cuarto, se apresuraban a indagar qué sucedía.

El clérigo, cansado y sudoroso, se acercó antes de abrir la puerta al lecho del autor de sus días que yacía en un estado de inconsciencia.

Le tomó el pulso y comprobó que la yacija sangre de su sangre aun vivía, lo que lo hizo respirar aliviado.

—Que la divina providencia tenga redención en el perdón de tus pecados, querido padre —expresó el todavía conmocionado jesuita al tomarle el pulso que apenas se sentía por el estado de excitación del mallugado cuerpo de don José María, que a pesar de su parapleja tenía clara consciencia de lo que había ocurrido, y conocía con certeza la razón del brusco ataque de la entidad negra; parecía querer habla con los ojos llenos de lágrimas, presa de la angustia, al no poder comunicarse con Héctor, y contarle toda la verdad sobre sus actos

de hechicero en sus años mozos de la mano de Chon Pérez y que ahora la ley del talión regresaba a su lecho de enfermo para pasarle la costosa factura de su karma inexorable.

Héctor trató de darle toda la luz que pudo a la habitación, luego de abrir la puerta de la misma donde Betsabé sobresaltada por el ruido, se apresuró a entrar, también con una lámpara en la mano.

El insoportable olor a azufre que aún emanaba de la habitación se lo dijo todo, persignándose angustiada.

—No digas nada, ni nombres nada que tenga que ver con el oculto —le sugirió Héctor, que salió del cuarto en búsqueda de su lámpara de incienso.

Betsabé se dirigió a la cama de su padre que la esperaba con los ojos abiertos, que parecían hablar. La Torrealba se sentó a su lado, y al observar el sudor copioso de su frente, única señal de expresión del cuerpo humano aún vivo, se apresuró a secarlo con un paño que se encontraba a un lado de la cama.

Un fétido olor la hizo comprender también el detrito causado por los esfínteres delicados en la lastimosa existencia de los accidentados por la trombosis, que deben ser atendidos a toda necesidad fisiológica.

Con la tertulia de una hija, Betsabé procedió a cambiarlo y a asearlo, ayudada de una de las mujeres de la servidumbre.

Era evidente que las fuerzas malignas habían pasado por aquellos lares, recordándole a aquel ser ahora en estado deplorable, que no habría tampoco misericordia alguna para el alma manchada por el pecado del culto

a la hechicería, sacrificando vidas inocentes que fueron llevadas a la “Sombra Oculta” bajo el engaño dócil del paseo a caballo por los alrededores, y que luego de ser doncellas de quince o dieciséis cumplidos, eran entregadas a los placeres del dueño y señor de “La Torrealbera”, cuya debilidad, muy de aberración por supuesto, era la de saborear en festín el sexo en la carne virgen.

La cuadrilla de jovencitas era numerosa, y José María Torrealba era portador de un harem de víctimas, todas hijas o nietas de la servidumbre, a quien él, desalmado hombre, colmaría de obsequios delicados o de dinero, ya fuese en prendas costosas, potros jóvenes, yeguas recién nacidas y muchas otras cosas que llenaban de deleite a las chiquillas seducidas por la mentalidad de aquel anciano atroz.

Ese era el lado cruel de José María Torrealba que casi nadie conocía, excepto Chon, quien una o dos veces sirvió de celestino para la consumación de esta desviación mental, pero que luego le sugirió no continuar con la actitud que de descubrirse le acarrearía serios problemas en su vida social.

Fue por ello que de tanto indagar Héctor entre los peones de la hacienda, los secretos no difundidos por su padre en el ejercicio de las malas artes, que el sacerdote sospechaba pero que no había logrado descubrir, encontró la revelación que esperaba de labios de una de las tantas agraciadas por aquel hombre sin escrúpulos, y que con el miedo dibujado en su rostro aún de niña que ya no lo era, prometió guiar al jesuita a los confines de aquella cueva que guardaba tantos secretos.

Pero hasta allí, y detrás de ellos se trasladaría el satánico, con la misión de llevar el pecado de la tentación que mancharía el alma del sacerdote, pues la joven que lo acompañaba, de deliciosas formas que enloquecerían a cualquier hombre joven o maduro, latían elocuentes en las anchas y voluptuosas caderas, con la curva de la espalda invitando al amor, que cubría el cabello negro acariciador sobre sus hombros de hembra campesina.

Héctor la miró discretamente, y descubrió un hermoso collar de perlas blancas que caía sobre el escote de la blusa que aquella fémina llevaba, insinuando bajo aquella prenda de vestir, dos redondas y poderosas razones que desquician el alma del hombre más prudente del mundo.

Héctor quiso llamarla por su nombre, y recibió la respuesta que decía llamarse Inés.

Tuvieron que esperar el cobijo de las sombras de la noche para actuar con sigilo evitando con ellos que alguien pudiera percatarse de a dónde se dirigían ambos, sin ningún otro acompañante y de manera tan sospechosa.

Héctor no quiso llevar el revólver que a veces usaba como por si acaso de alguna eventualidad, sólo de ahuyentar al maleante, y vestido casualmente con su Cristo en el pecho, esperó impaciente en su cuarto la hora convenida para la visita a la "Sombra Oculta".

Luego de las once de la noche, cuando todos dormían la cotidianidad del cansancio, salió al pasillo y luego al patio, donde descubrió por la luz de la lámpara de aceite que Inés le aguardaba en la oscuridad.

Quiso hablar en voz baja a la adolescente, pero esta, en gesto cómplice con el dedo índice en los labios, le sugirió que permaneciera en silencio.

—No hable, padre, mire que por aquí están rondado los guardianes de la hacienda, y pueden descubrirnos.

El sacerdote comprendió y sonrió callado.

Caminaron rumbo al cerro bajo la luz de la luna, hasta que se alejaron de la casa. Fue allí donde pudieron entablar palabra con absoluta confianza.

Inés miraba al jesuita con respeto, pero no disimulaba su osadía por deleitarse por lo apuesto del cura a pesar de estar en la edad madura.

Héctor también pudo descubrir la indumentaria en forma de bata de dormir que Inés llevaba puesta.

Cuando la joven acercó la lámpara a su cara para hablarle al clérigo, pudo notar este con asombro la hermosura de sus senos de aquella mujer que no llevaba absolutamente nada debajo del camisón.

Tragó saliva Héctor, suspiró profundo y fingió disimular.

El pecado de la carne era elocuente.

—¿Por qué andas descalza, niña? —le preguntó para esconder la inquietud que le embargaba.

—Me gusta que el rocío de la noche me moje los pies, padre —le respondió Inés en gesto inocente, pero que Héctor captó como insinuante.

—Quién me manda de preguntón, caray —pensó contrariado.

—He debido traer un abrigo, padre Héctor, pues hace mucho frío y temo agarrar un catarro.

Héctor, que tampoco llevaba chaqueta, sólo pudo ofrecerle el calor de sus brazos, así que pasó sus manos sobre los hombros de la chica que se estremeció al contacto varonil, tanto que la lámpara estuvo a punto de caérsele.

—Ten cuidado, mira que si perdemos esta lucecita nos quedamos en la tiniebla –advirtió el Torrealba. Inés le entregó la lámpara, y se abrazó en la cintura de Héctor, que comenzó a sentir temor ante la tentación.

Sin embargo, un “no sé qué”, hizo que el sacerdote la apretara más, casi contra su pecho.

—Esto no me está permitido hacerlo, pero es mi deber cobijar a quien tenga frío.

—Umjú... –fue la respuesta de la joven.

Casi tocando la medianoche, llegaron por fin al río que era antesala de la entrada a la cueva, y al tratar de pasar entre las piedras, Inés pisó en falso peligrosamente, tropezando y cayendo al agua, lo que no pudo impedir.

La jovencita dio un gemido de dolor acusando una verdad aterradora para Héctor.

—Creo que me torcí un tobillo.

El Torrealba la ayudó a levantarse con la ropa mojada por la caía.

—Estamos en un enredo –exclamó contrariado.

Inés trató de caminar, pero un agudo dolor la hizo gritar y Héctor no tuvo más remedio que tomarla ente sus brazos para salir del río.

—Toma la lámpara y guíame –le ordenó mientras se apresuraba a levantarla con esfuerzo.

Por el peso de su cuerpo pudo detectar Héctor las voluptuosas condiciones físicas de aquella campesina, a pesar de su poca edad.

—Dios de los ejércitos, dame luz y no me desvíes del camino justo —oró en silencio, luego de que Inés pasó su brazo izquierdo por encima de los hombros del sacerdote.

Se detuvieron ante la entrada de la pequeña caverna escondida en el monte, e Inés un tanto adolorida mostró por fin el lugar de los hechos.

—Hemos llegado, padre.

Héctor se apresuró a depositarla en el suelo, teniendo cuidado de no maltratarla de la magulladura.

Antes de entrar a la cueva, se avocó a revisar la lesión de jovencita en su tobillo.

Tenía todo el cuerpo mojado, y cuando intentó acercar la lámpara al pie de la joven, observó sin querer que bajo el mojado camisón se distinguía elocuentemente la negrura del vello púbico en los centímetros del pudor, donde estalla la locura desenfrenada.

—Me duele mucho, padre, y tengo mucho miedo.

—Debes quitarte ese camisón, o pescarás un resfriado de consideración, hija. No tengo más recurso que cederte mi camisa para que te cubras, pues quedarás a merced de una pulmonía.

El apóstol de Dios, tratando de mantener el aplomo se quitó la prenda de vestir luego de guardar su Cristo en uno de los bolsillos del pantalón.

Allí quedó semidesnudo, pues de noche no usaba fra-nelilla.

La joven contempló en la penumbra las condiciones físicas nada despreciables del clérigo, a quien había observado por mucho tiempo desde que era una niña de apenas ocho o nueve años.

Allí fue creciendo y desarrollándose sin quitar la vista del reverendo, que por su atractivo físico la embelesaba, comenzando en su alma ya luego de entrada la pubertad, un deseo reprimido en su yo interior por el sacerdote, que a nadie le comentaba por temor a ser acusada de sacrílega.

Era una de las hembras más deseadas por la cuadrilla del peonaje, y aunque no era realenga de sentimientos, le gustaba alardear de sus atractivos físicos que la mantenían en el tapete de la popularidad.

—Inés es la yegua más codiciada de “La Torrealbera”.

Héctor había entablado conversación unas cuantas veces, pero ignoraba que fuese de su persona de quien sería revelado el secreto de las furtivas andanzas de su padre.

Héctor le entregó su camisa de cuello corto, y le sugirió quitarse la mojada indumentaria de dormir, pero la lesión del tobillo no la dejaba ponerse en pie, acusando Inés la aterradora tentación que paralizó al sacerdote de pies a cabeza.

—Tiene que ayudarme a quitarme la bata para poder ponerme su camisa.

—No puedo, mujer. Además, está semidesnuda. Hazlo por ti misma, por favor.

Héctor se puso de espaldas para respetar la desnudez de la hermosa joven que volvió a plantear en tonalidad aterradora:

—¿Quiere que me muera de una pulmonía? —el sacerdote, incómodo por la situación, tratando de desviar la vista lejos de la despampanante desnudez de la joven, trató de ayudarla a quitarse la bata, mientras intentaba levantarla del suelo.

Todo sucedió en cuestión de segundos, pues al quedar momentáneamente tal como Dios la trajo al mundo al tratar de sostenerse con un solo pie, la muchacha trasabilló y tratando de asirse al brazo de Héctor, lo hizo perder el equilibrio, cayendo ambos al suelo, donde la cara del prelado casi rozó los labios de la provocativa Inés, que sin pensarlo le echó los brazos al cuello, tratando de besarlos.

—Padre, soy una pecadora que no se resiste a un beso de sus labios.

El instinto de hombre de carne y huesos pudo más que la vocación ante semejante aprieto.

Sintió sobre su pecho la extraordinaria voluptuosidad de los senos redondos y palpitantes de Inés demandando amor con la furia de su temperamento.

Héctor, hipnotizado por el encanto, no se percató que la mano de la joven comenzó a acariciar deliciosamente la pretina de su pantalón en suave vaivén, mientras el beso apasionado y mordelón era el preámbulo al sexo inminente.

Con el corazón apunto de salirse del pecho, el sacerdote en medio del embate amoroso que lleva inmi-

nente a los niveles de la inconsciencia, logró ordenar sus ideas como guiado por una luz, que electrizante lo hizo reaccionar, rechazando de plano las caricias de la atrevida Inés.

—“Fuera de aquí Satanás”, escrito está que sólo hay un Dios grande y omnipotente, capaz de alejarnos de las tentaciones terrenales.

Se levantó y corrió hacia el río al que atravesó de cuatro o cinco zancadas, perdiéndose en la oscuridad de la noche ante los atónitos ojos de Inés que quedó tendida bajo la inclemencia del frío de la noche cómplice y desamparada sin poder caminar.

Héctor Torrealba llegó a la casa, jadeante y sudoroso, semidesnudo y la mueca del espanto en su rostro. Se encerró en su habitación y se acostó bocabajo en el piso en señal de consumada humildad y rendición.

—Dios excelso, si mi penitencia es la flagelación por este desmán cometido, estoy dispuesto a soportar el dolor que me embarga el haberte sido infiel.

Por otra parte, la lesión del tobillo de Inés no era tan grave como Héctor suponía, sino más bien el oportuno ardid de la astuta joven para saborear el amor que el Torrealba podría brindarle aquella noche.

El sacerdote la había rechazado y eso no podía soportarlo jamás.

—Rechazarme a mí no lo hace todo el mundo, padre, y siempre hay una segunda vez pa’ intentarlo.

Héctor pasó lo que restaba de la noche en vela, víctima de la autoflagelación, única penitencia capaz de purgar su pecado, según él.

Ya desfallecido por las heridas que causaban los inclementes golpes de su rejo amansa caballos, reaccionó por el llamado insistente a la puerta de Betsabé, que escuchó a lo lejos el ruido de los golpes, y se apresuró a indagar lo que pasaba.

Héctor Torrealba prefirió no abrir la puerta, para no tener que dar explicaciones que nadie entendería, y fingió dormir, hasta que su hermana desistió de ser atendida y retornó a su habitación luego de tomar un sorbo de agua del tinajero.

Héctor se aseó con mucha dificultad, y luego de cambiarse de ropa, salió muy temprano para oficiar el santo sacrificio de la misa en el pueblo cercano, todavía con sus heridas sangrantes que su camisa negra disimulaba bien, además de su sotana.

La lectura del santo evangelio le tendió una mala jugada, pues se trataba de Jesús tentado en el desierto.

Todo su cuerpo se electrizó y su homilía del día la realizó con la más absoluta amargura, que lo hizo derramar discretas lágrimas.

—Estuvo muy conmovedora su homilía de hoy, padre Héctor —le dijo una señora de la feligresía antes de marcharse de la iglesia.

—Las homilías como esta de hoy nos deben llamar a la reflexión, hija mía, y es bueno asimilarlas y aplicarlas en la vida cotidiana —le respondió el sacerdote con ternura.

—Bendición, padre Héctor —solicitó uno de los niños que pasaba por allí en el momento.

—Que el señor te bendiga y te proteja, hijito.

A partir de ese momento, cuando Héctor corrió lejos de los brazos de Inés, fue cuando comenzó a vislumbrarse la maldición del engañado en los pensamientos perversos de aquella jovencita, a quien el destino le había quitado el caramelo de la boca.

Inés tenía que llegar nuevamente a los brazos de aquel hombre a como diera lugar, pues su codicia traspasaba los límites de la locura desenfrenada.

Tenía el cuerpo del delito entre sus manos, y sus posibilidades de destruirlo eran claras y elocuentes.

Sabía que si mostraba la camisa del sacerdote a la luz pública, su carrera impecablemente religiosa se vendría abajo siendo excomulgado inclusive, por sus andanzas de falda en una orden sacerdotal de peso y prestigio, pero tampoco quería sobornarlo, pues quería ganarse su cariño sin necesidad de incomodarlo ni amargarlo.

Fue así como luego de esperar algunos días, premeditadamente sabiendo que el jesuita se encontraba sentado en el confesionario impartiendo consejos y penitencias a la feligresía que lo respetaba y lo admiraba, esperó ser la última el hablar con él.

Héctor no se percató de la presencia de Inés, sino hasta que la pecadora confesó su delito.

El sacerdote tembló de pánico y respondió con sabiduría llevando el sano y sabio consejo a aquella víctima de la obsesión por lo imposible:

—Hija mía, hay credos que debemos respetar así no los compartamos con la gente.

—Si la vida te dio la oportunidad de conocer a Cristo, llévalo siempre en tu corazón, deja que él te guíe con

su luz por el camino que elijas. Debes entender que los sacerdotes están en el mundo para salvar almas, para amar al prójimo pero no como tú lo deseas.

—Padre, pero mucha gente dice que hay curas que mantienen relaciones y viven tranquilos —a Héctor se le hizo un nudo en la garganta antes de responder a la apreciación de aquella jovencita atrevida y audaz.

—De todo hay en la viña del señor, hija mía, así lo reza la parábola. Ellos probablemente han caído en la tentación por la carne, pero tienen derecho a redimirse y volver a empezar.

—Dios es severo, pero justo. Nos ama y nos sigue amando a pesar de todos los desmanes que comentamos en la delicada carrera de la vida. Debemos entender que a veces las cosas no son como las deseas. Debes desearlas como son, hija.

—Por ello es que yo lo deseo intensamente a usted, padre. ¿Es acaso pecado amar sin medidas?

—Calla, hija. Debes aprender a conocer que todo lo que se dice muchas veces es un engaño, una falacia del maligno para desviarnos por el camión equivocado.

—Padre, tengo que confesarle que lo amo a usted desde que era una niña.

—Todavía lo eres, por tu edad, hija mía.

—No padre, ya no lo soy. Soy una mujer hecha y derecha que fue amante de su padre, queriéndolo a usted —Héctor se estremeció de impresión.

—Fui amante de su padre porque me engañó, diciéndome cosas que me embobaron y me enamoraron. Pero

le juro que cuando hacía el amor con él, pensaba en usted.

—Hija, por favor no digas coas que te lastiman el alma, y que ennegrecen tu corazón. Yo soy un apóstol de Cristo. Para ello he nacido, y con ese credo moriré, con la esperanza de resucitar de entre los muertos el día del juicio.

Héctor, para cerrar definitivamente la confesión y huir lejos de la tentación infernal que había corrido hasta su iglesia, le dio la absolución en lenguaje latín, y salió de prisa hacia la casa de curia, dejando plantada a la infeliz Inés en el confesionario.

—Absolverás a tu abuela, condena cura –expresó a viva voz la ya desquiciada Inés, mientras realizaba una fea expresión con su dedo medio.

Tendría Inés que recurrir a otras armas para descarriar al sacerdote del camino puro.

Era otra de las víctimas utilizadas por el maligno para llegar al lugar de los hechos desmoronando con su presencia el núcleo familiar.

—Ya verás de lo que soy capaz de hacer, padre Héctor –amenazó sin escrúpulos–. Ya verás –puntualizó.

La maldición de otro engañado comenzaría sin marcha atrás.

EL SACRIFICIO DE LOS INOCENTES

Juan Carlos de la Huelva, estaba a punto de finiquitar lo concerniente a su divorcio con Betsabé, cuando una noticia de labios de ella misma lo dejó estupefacto.

—Estoy embarazada.

Por la mente del español pasaron los pensamientos atroces a más no poder, pero la llegada de un vástago que podía ser suyo cortaba en seco las aspiraciones de quedar sólo otra vez.

—Caray, en verdad no lo sabía —manifestó con sorpresa.

—Sin embargo, entiendo que tus relaciones con esta familia están rotas definitivamente por tu última pelea sostenida con Héctor, no veo el por qué no sigas tramitando nuestra separación.

—Pero la llegada de un hijo es también importante por mucho desamor que haya, y considero que un vástago debe nacer bajo la tutela y curatela de sus padres, no lo olvides.

—Él no tiene la culpa de lo que haya ocurrido entre nosotros, además, lo del cura conmigo estaba pendiente y era un cordel que tarde o temprano debíamos desatar. Era una cuestión de honor entre hombres. Además, no creo que siendo sacerdote se atreva a guardarme rencor.

—Todos los seres humanos cometemos locuras, pero se nos perdona siempre y cuando no sean irreversibles, como la muerte, por ejemplo.

—Como la muerte que le mandaste dar a Saturnino ¿No es así? —le recordó Betsabé con rabia ante el recuerdo del fiel peón muerto por las garras de los celos.

—No hagas conjeturas que desconoces, mujer. Tampoco me condenes de un crimen que no cometí, además de que no tienes pruebas.

Betsabé prefirió entonces alejarse del tema para retomar el del hijo próximo a venir.

—Como no habíamos procreado hijos en nuestra unión, no tendrías que hacer reparto de tus bienes —expresó Betsabé a viva voz para dejar luego y bien acentuado su sobreentendido.

—Ahora las cosas son diferentes.

—Tendrás entonces que comprobarme que ese niño que llevas en tu seno es mío —respondió De la Huelva con ironía.

—De cualquier manera el parecido paternal es quien dirá la verdad de manera elocuente —le respondió Betsabé con seguridad.

—No es suficiente —aseveró el español.

—La prueba de ADN que mandaré a realizar en España será la evidencia para constatar si ese vástago lleva

mi sangre. Y digo en España, porque en este monte llamado Venezuela, no existe pero ni un antídoto para las mordeduras de serpientes, hombre, mucho menos para examen tan sofisticado.

—Te recuerdo que en el monte que llamas Venezuela, te introdujo mi padre con toda la consideración para que hoy seas lo que eres.

—Hombre, un empujón se le da a cualquiera sin pedir nada a cambio.

—Ese empujoncito te ayudó a relacionarte cuando eras un ilustre desconocido de la ganadería ¿lo recuerdas?

—El otro empujoncito también te lo di yo, cuando te entregué mi amor y mi confianza al casarme contigo.

—¿Y me traicionaste, no es cierto? —interrogó De la Huelva molesto.

—¿Quién traicionó a quién? —se defendió la Torrealba, subiendo el tono de su voz, quien no permitiría ser irrespetada otra vez.

Betsabé en sus adentros callaba porque conocía con certeza que su hijo era de Santiago Puy, con quien en los dos encuentros disfrutó del placer de ser amada sin medidas de manera intensa por aquel hombre con el cual se había sentido mujer por vez primera.

Juan Carlos de la Huelva también tenía la sospecha que esa semilla se había engendrado bajo los auspicios del engaño, pero recordaba que a pesar de sus desavenencias matrimoniales había obligado por la fuerza a la infeliz Betsabé a entregársele, acto que la Torrealba ha-

bía realizado con el peor de los ascos, sintiéndose casi violada por su marido

En esas dos veces, había esperado casi sin sentir, las precoces eyaculaciones del De la Huelva, borracho y apestando a tabaco y alcohol.

Al recordar las nefastas entregas, prácticamente obligada, la atacó la incertidumbre y le horrorizó la idea de pensar que el bebé que llevaba en su seno, pudiera llevar la sangre del español.

Así que su confusión por esas expectativas que la asustaban, la obligó a consultar su amargura con Héctor, su paño de lágrimas, quien siempre tenía una solución para los problemas de su hermana.

—Tranquila, hermanita. Confía en que uno de estos días Dios mismo te hará esa revelación, despejándote la incógnita de esa incertidumbre que te carcome el alma.

—Mantente serena que es lo único que el bebé necesita para desarrollarse normalmente, y déjate guiar por el amor que le profesas a tu hijo. Quizá sea él mismo quien te de la respuesta, guiado siempre de la mano del supremo.

—Si pudiera hablar al menos con doña Teotilde, o con Mercedes, conocería el paradero de Santiago.

Pero pudo más su osadía de mujer enamorada, y valiéndose de sus habilidades para burlar la vigilancia de la hacienda, salió sola y a caballo de “La Torrealbera” en busca de ayuda para sostener comunicación con su amado.

El amor, cuando es sincero, puro e imperecedero, se maneja como por arte de telepatía, donde la química

viaja mucho más allá en la búsqueda y el encuentro, pues Santiago Puy se había incorporado también en viaje de a caballo a la conquista de Betsabé, a quien tanto amaba y extrañaba.

La sorpresa para ambos fue mayúscula cuando se encontraron como por efectos de la divina providencia, luego que el Puy salía del pueblo acompañado de dos guardaespaldas, y asombrado la vio venir sola y sin más compañía que la de su caballo.

Montaba a hombrunas, con pantalón y botas de polaina, vestimenta escandalosa para las mujeres de la época, pero mantenía ese atractivo físico que tanto le encantaba.

El saludo de ambos, no necesita descripción cuando el tiempo sin verse en dos seres que se necesitan hace engordar voluptuosamente la ansiedad del encuentro deseado.

Betsabé lo tocaba por todos lados para percatarse de si era Santiago Puy de verdad, o era sólo el espejismo de un sueño torturador.

—¡Estás vivo, mi amor! —exclamaba con la emoción del frenesí que la hizo sollozar, no se sabe si de emoción o de la impresión de encontrarse con el ser amado, a quien suponía muerto y bajo tierra.

A Betsabé no le importó en absoluto regresar temprano a “La Torrealbera”, al haberse encontrado con Santiago, pues cuando el amor es ciego, las reglas de la vida poco importan.

Instalados luego en la intimidad de una casa de campo que sólo Santiago y sus hombres conocían, los aman-

tes daban rienda suelta a su tertulia de reencuentro. Santiago recibió con beneplácito la noticia del embarazo de la Torrealba.

—Será nuestra unión que no nos separará, y seremos felices inmensamente —manifestó emocionado.

—Pensando en ti, tuve la precaución de comprar esta casita con el propósito de tenerte más cerca, amor mío —le explicó el hombre, claro ahora en sus criterios de enamorado y dispuesto a defender a capa y espada el afecto de Betsabé.

Luego le relató su milagroso retorno al mundo de los vivos luego de padecer el coma de la muerte, de las manos de Juan Carlos de la Huelva.

—Es extremadamente peligroso ese hombre que llaman tu esposo. Es un elemento inescrupuloso, capaz de las peores atrocidades. Es peligroso e influyente, de ahí la precaución de su peligrosidad. Le importaría un comino inmolar al mismo presidente —exclamó Santiago.

—Hasta eso tiene. Es amigo cercano del “Bagre”, y sus influencias son muchas.

Luego le narró con detalles lo de la pelea sostenida con Héctor, y temerosa le advirtió el peligro que corría si De la Huelva se enteraba de su presencia por esos lares.

—Pierde cuidado, que el hombre no va a encontrarme. Yo soy quien ha venido a buscarlo para que me de la revancha y ten en cuenta que voy a darle la oportunidad de que se defienda antes de darle su merecido.

—No te arriesgues, Santiago, te lo suplico. Déjalo en paz, y tan sólo no te dejes ver por él.

—¿Y qué? Tarde o temprano me encontrará cuando sea yo el que deje de buscarlo. Además, no puedo permanecer escondido como un delincuente por el sólo hecho de que no quiera verme.

—Esta tierra es libre aparentemente, y todos tenemos derecho a transitar por los caminos —expresó el Puy, indignado por el atentado en su contra.

—Bien sabes que Venezuela no es libre en las manos de ese tirano que los aduladores llaman “benemérito”.

—Juan Carlos de la Huelva sólo necesita hablarle mal de ti al presidente para inmediatamente mandarte a buscar, hacerte preso y desaparecerte para siempre como ha hecho con muchos que se opusieron a su régimen de dictador.

—Y lo tenemos más cerca de lo que pensamos —manifestó Santiago con respeto.

Permanecieron acostados hasta el anochecer, cuando luego de despedirse hasta una nueva oportunidad, los dos guarda espaldas de Santiago Puy escoltaron a Betsabé hasta la entrada de “La Torrealbera”, donde después de verla alejarse sana y salva a la casa, tomaron el camino de retorno.

Como queriendo comprometer aún más la impecable hoja de servicios en la carrera sacerdotal de Héctor Torrealba, la intrigante y atrevida Inés volvió al ataque, esta vez dentro de la misma residencia del sacerdote.

Luego de haber regresado de sus quehaceres clericales allá en el pueblo, Héctor se dispuso a cenar, y luego de reposar la digestión de la comida, se entregó a orar en la religiosidad de la noche.

Tarde ya, entradas las horas del sueño reparador, se dispuso a darse un baño para meterse en la cama.

Totalmente desnudo entró en el confortable cuarto de baño, y colocó su toalla de secarse sobre el aguamanil, sobresaltándose cuando al abrir el agua y meterse en ella, un cuerpo de mujer también desnudo se coló junto con él dentro de la tina.

Héctor saltó de la sorpresa, y el pánico se apoderó de él, mas no quiso gritar, pues el ruido atraería la gente, siendo descubierta con las manos en la masa la fechoría que no había cometido.

Inés no le dio tiempo de reaccionar de la sorpresa y lo besó lascivamente en los labios, casi dejándolo sin respiración.

El instinto de hombre respondió a la caricia, y Héctor sintió de repente aquella erección cuando la vulva de la joven rozó peligrosamente su órgano genital.

Esta vez, la tentación parecía poder más que la fe infinita del sacerdote, que hacía esfuerzos por evitar el encuentro cuerpo a cuerpo, pues mientras trataba con sus manos de alejar el excitado cuerpo de Inés, no podía evitar encontrarse con los grandes y duros senos de la joven que parecían estallar del placer.

Héctor, mojado con mezcla de agua y sudor, la tomó entre sus brazos sin dejar de besarla, y presa de la inconsciencia que da la excitación, salió de la ducha con ella en brazos, rumbo al tálamo mullido, donde se dan cita el placer y la lujuria, para asestar el golpe mortal que da la libido en los humanos y donde comienza a pesar el pecado en el hombre dócil que se deja llevar

por la aventura fácil; cuando uno de los pies de Inés tropezó con el aguamanil de porcelana haciéndolo caer estrepitosamente para volverlo añicos.

El ruido sorprendente hizo reaccionar a Héctor, que instintivamente colocó a la excitada dama en el piso, viéndola como Dios la trajo al mundo.

Betsabé al escuchar el ruido de porcelana rota en la habitación contigua se apresuró sobresaltada a acudir a donde presumía que su hermano se encontraba durmiendo.

Aprovechando la oscuridad de la habitación, Héctor escondió a Inés tras la puerta del baño, cubriendo con una manta su desnudez, mientras que él trataba de ocultar la suya con un paño que rodeó su cintura, mientras se apresuraba a abrir la puerta cuyos golpes sonaban insistentes con el eco lejano de la voz de Betsabé.

—¿Qué ocurrió ahí dentro, Héctor? Pues escuché un ruido de algo que se rompió –interrogó la hermana que lo observaba jadeante y asustado, como disimulando su estado de excitación.

—No pasa nada, Betsabé. Sólo el aguamanil que se rompió y nada más.

—¿Te sientes bien, Héctor? –preguntó Betsabé preocupada por la incomodidad que inquietaba al sacerdote.

Con su capacidad de persona extremadamente observadora, se percató del bulto levantado en el paño sobre las partes pudendas de Héctor, y ello la ruborizó, pues sabía de lo que se trataba.

Héctor no supo qué decir, y lo único que se le ocurrió fue cerrarle la puerta en la nariz a su hermana, que

permaneció un momento detrás de ella, para indagar el misterio en la conducta de su hermano.

—¿Será posible que Héctor...? ¡Dios mío! No puede ser —pensó aterrada Betsabé ante lo que sospechaba haber descubierto.

Y no se había equivocado. Cuando en la curiosidad de indagar lo que pasaba en el interior de la habitación del sacerdote, al colocar su oído en la madera, logró escuchar un eco de voz que parecía de mujer. Luego percibió un cuchicheo que era la tonalidad baritonal de la voz de Héctor, como reprendiendo a alguien que se encontraba con él.

Betsabé suspiró profundo y se persignó asombrada cuando caminaba rumbo a su cuarto, mientras toda confundida se empeñaba en no entender lo que ocurría. Luego pensaba:

—No conocía esas debilidades secretas de mi hermano. Estoy casi segura de que había una mujer dentro de esa habitación.

Y la Torrealba cerró sus ojos, con la incertidumbre de la actitud sospechosa de Héctor Torrealba.

El prelado, por su parte, reprendió severamente a Inés, luego que le advirtiera no volver a entrar a su recinto privado sin su permiso, así como también le confesó su sospecha de haber sido descubierto con una mujer dentro de su cuarto.

—¿Sabes lo que significa eso para mí, mujer?

—¿Qué vas a hacer si le muestro tu camisa a todos los de la casa?

—Por supuesto que no lo harás, mujer insensata, porque perdería mi credibilidad de hombre casto, y por ende echaría por tierra mi carrera de prelado católico. No lo hagas porque te excomulgo, mujer —le advirtió enojado el cura antes de echarla de su habitación, no sin antes verificar si había gente levantada a esa hora de la noche.

El enredo en el cual a partir de ese momento se vería involucrado Héctor Torrealba era aún mayúsculo para todos los problemas que debía solucionar, tanto del lado religioso como del social y económico, dado que era la única persona en el entorno familiar capaz de ofrecer credibilidad a toda muestra, manejando con su responsabilidad y seriedad todo el paquete portador del equilibrio emocional, que llevara las riendas correctamente en la empresa de gran importancia en la vida pecuaria del país.

El destino cruel parecía manifestarle lo contrario, pues Betsabé con todo el respeto que como sacerdote, además de hermano mayor, le profesaba, solicitó una explicación de aquellos extraños movimientos suscitados en la intimidad habitacional de un prelado hecho y derecho en materia de la vida, con alguien muchísimos años más joven que él, como bien lo conocía, pues la Torrealba sabía de la presencia de jóvenes solteras en la hacienda que predominaban en casi todo el plantel femenino de la servidumbre.

Héctor no supo por dónde empezar, pero manteniendo la serenidad que le proporcionaba la tranquilidad de su conciencia de nunca haber consumado tu delito de

condena, le planteó con cruda verdad el problema por el cual estaba atravesando.

—Pero esos pormenores son muy graves, hermano. Te creo porque el tono de tu voz, y la tristeza de tus ojos me lo dicen. Ahora bien, debes tener extremo cuidado de que esta provocación franca que esa infeliz te ha hecho no caiga en oídos de mentes perniciosas e intrigantes como la de nuestro hermano Daniel, por ejemplo, quien no esperaría mucho tiempo para sacarle provecho a la situación.

—Hay otra cosa que debes saber, y que aún no quería decírtelo hasta solucionar el problema que es de tipo esotérico, y que se convirtió en una tara espiritual en la vida de papá.

Betsabé Torrealba tuvo que tomar asiento para resistir la impresión que le proporcionó aquella revelación hecha por el sacerdote sobre los malos pasos llevados por el padre biológico de ambos.

La Torrealba, impresionada por el relato, dejó escapar algunas lágrimas de tristeza y consideración para aquel hombre que había sido su héroe de pedestal, autor de sus días, consejero a carta cabal y orgullo para su apellido.

—No lo puedo entender —dijo con decepción—. Mi papá, un anciano carcamal, ¿disfrutando de la vida o no sé qué, con niñas adolescentes?

—No sé realmente qué podía hacer allí. Se jactaba de que a sus setenta y tantos, aún era un hombre viril como se lo escuché decir muchas veces.

—¡Qué tristeza, hermano! Pero a sus años, me atrevo a decir que no tenía virilidad ni en la lengua.

—“Mascando el agua”, como lo reza el dicho popular —aderezó Héctor para puntualizar, pues hablar mal de su padre le resultaba incómodo.

Le relató su viaje a la “Sombra Oculta”, del cual su hermana tampoco tenía conocimiento y de la guía de Inés, quien se había ofrecido llevarlo hasta allí.

—Una o dos veces, me parece haber oído hablar a papá de ese sitio misterioso con el indio Chon, pero en realidad no sabía qué era. Ahora bien, hermano, cometiste un gran error, tanto en haber aceptado a esa mujer como guía, como en haberle prestado tu camisa que le servirá para delatarte. Pero yo creo tener la solución —dijo la Torrealba con certeza y decisión.

—Dime quién es la malvada, y yo misma me encargaré de arreglar el asunto. Recuerda la gran verdad para prevenirse de ponzoñas como esa, hermano: “la culebra se mata por la cabeza”.

—Por favor, Betsabé, te suplico que no vayas a generar escándalos que pongan en tela de juicio nuestra seriedad.

—Pierde cuidado, Héctor, y espera tranquilo. Ya verás que no volverá a molestarte.

Fue así como siempre consecuente a la fidelidad que le profesaba a su consanguíneo mayor, a quien desde niña había admirado por su personalidad elocuente y por su marcada vocación hacia su quehacer que había elegido y que estaba segura abandonar, como él mismo pregonaba a cuatro vientos, con el “llamado de

Dios"; Betsabé Torrealba vigiló sin descuidar uno a uno los pasos de aquella joven aprovechadora e instigadora del pecado ajeno, atractiva y peligrosa en sus procedimientos que se había dado a la tarea irrevocable de seducir al único hombre que podía poner en orden el desenvolvimiento de la hacienda.

Pero la sorpresa de Betsabé fue aún de más estupor cuando descubrió con indignación quién estaba detrás de aquella atrocidad, y que fungía como autor material en la conducción hacia la meta de la fechoría que debía realizar con propósito de destruir del todo a Héctor Torrealba.

Escondida tras los árboles, la vio abrazarse bien lejos ya de la hacienda, al cuello de Juan Carlos de la Huelva que lascivo y canalla la tocaba por doquiera, posando sus manos en las partes íntimas de la chica.

Betsabé enfurecida se llevó la mano al revólver que llevaba escondido entre la blusa y la falda, mientras trataba de controlar el deseo de tomar justicia con sus manos, cuando un poco más cerca de la pareja escuchó las expresiones viles de la aterradora mujer.

—Me le metí por los ojos dos veces, y el curita no quiso nada conmigo. Me besó y nada más, a pesar de que estaba desnudita en pelota, mi señor.

—Hombre, ¿y siquiera te rozó con algo? Quiero decir...

—No, mi señor. El bendito aguamanil se quebró y el ruido despertó a toda la gente.

—Yo ya tenía sospechas de que ese curita tenía sospechas de m...

—No, mi señor, no los tiene, porque el hombre aprieta sabroso, cará.

—Pero yo soy mejor que él, y te poseo cuando yo quiera. Aquí mismo si me da la gana, porque eres mi hembra más preciada.

Y diciendo esto, el preámbulo amoroso más indecente, dio su inicio con las sobreentendidas repercusiones de un acto lascivo y canalla que sólo un elemento aberrado y sin escrúpulos como Juan Carlos de la Huelva podía realizar.

Betsabé sintió deseos de vomitar al observar el atroz espectáculo sólo semejante al realizado por animales.

La Torrealba tuvo que alejarse del sitio para no ser descubierta, pues luego de presenciar con espanto casi al momento del clímax, que De la Huelva la emprendió a bofetones contra la desquiciada e infeliz Inés. El diafragma comenzó a contraérsele, como si quisiera volver el estómago.

Y no pudo evitarlo, porque la impresión le proporcionó náuseas que son normales en una mujer encinta y tuvo que esconderse un tanto desvanecida detrás de un aljibe en el camino, luego de expulsar todo lo que había comido.

Pálida y jadeante por el esfuerzo realizado, todavía tuvo un hilo para pensar retadora y decidida.

—Debería matarlos a los dos en la posición que se encuentran, para que la gente vea quienes han sido este par de demonios.

Atrás habían quedado enterrados y sumidos definitivamente en el olvido, sus días de noviazgo y matrimonio

donde todo había sido felicidad, paz y sosiego para ella, con los detalles y la entrega inusitada de aquel hombre que había resultado ser el error más grande de su vida, al haberse enmascarado de ente fiel y sincero a los preceptos de la bondad como camino ineludible de encontrar la armonía en pareja.

Volvió a pensar en el destino de la criatura que llevaba consigo, y le asaltó de nuevo el horror de conocer la verdad acerca del auténtico padre de su hijo.

Rememoró inmediatamente el reconfortante consejo de Héctor de mantenerse con los ojos bien abiertos, y con la tranquilidad puesta en su mente para no afectar al bebé que debería nacer sano y salvo.

Se sentía tan burlada y engañada por aquel elemento al cual hubiese querido recordar al menos con un dejo de aquello que se llama honor de hombre, y que al menos pudiera seguir sintiendo por quien una vez dijo llamarse su esposo, un poco de consideración; pero la macabra visión que contempló y que le hizo salir de dudas de la esquizofrenia de Juan Carlos de la Huelva, la llevó a comenzar a sentir repulsión por aquel ser, sentimiento al que se considera aún peor que la animadversión.

Pensó entonces si los sentimientos expresados por Santiago Puy serían o no sinceros, y la embargó el miedo a volver a fracasar.

—Hombres. ¿Por qué siempre decimos que todos ustedes parecen ser iguales? —escapó su pensamiento embargado de duda.

De cualquier manera, ya la semilla del ser había sido sembrada en sus entrañas, y a partir de ahora su vida

daría un giro a la redonda para desde entonces comenzar a comulgar con los preceptos de madre y mujer, que amada o no, su destino sería luchar por el bienestar del hijo que vendría al mundo a incorporarse a su misión de lucha por la conquista de los ideales que todos los humanos creemos conocer.

Esperó paciente algunos días más, para retomar el planificado abordaje de Inés, más tranquila por saber que Héctor se había refugiado en su parroquia por rutina de trabajo de atención a la feligresía, como también en retiro de oración.

Apostada con discreción en cada uno de los rincones estratégicos de la casa donde tenía clara visión de los movimientos de la servidumbre, gastó alrededor de dos días para precisar el cotidiano quehacer de su rival, ahora archienemiga a perseguir, desenmascarar y execrar del seno empresarial “La Torrealbera”, pues perfilándose como una de las más peligrosas detractoras del respeto y debilidad familiar, tenía que ser expulsada lo antes posible antes de que por su culpa se pudiera desatar la tragedia inminente.

La vio comunicarse con su madre que era otra de las empleadas de la hacienda y que había permanecido bajo la directriz de don José María Torrealba primero, y de Juan Carlos de la Huelva después, quien fungió como excelente asesor de ambas en la consumación de tareas como la del comadreo torturador hecho chisme, con la información inmediata de todos los pormenores ocurridos en “La Torrealbera” en oídos atentos del español, que por boca de ella, conocía con detalles el movimien-

to de la hacienda. Betsabé sentía una aguda animadversión por Ernesta, la madre de Inés, desde hacía mucho tiempo.

Doña Ernesta era oriunda de la región de los andes, y había traído al mundo a Inés desde muy temprana edad, cuando la flor de su amor se deshojó en brazos de un viejo consorte de las islas canarias también acaudalado en el negocio del café.

Al verle encinta y abandonada, previendo el azote de sus padre al descubrirla como madre soltera, huyó de su casa por allá por Niquitao, rumbo al centro del país, donde estaba segura que nadie más sabría de ella.

Después de tanto rodar como piedra en el camino, solicitó empleo en “La Torrealbera”, donde después de ser admitida por el indio Chon como ente influyente en el dueño de la hacienda, trajo al mundo a una hermosa niña a quien llamó Inés, y que se crió y creció el con el ejemplo de un consorcio tesonero, serio y trabajador, donde toda la servidumbre gozaba de las consideraciones de ser tenida como una familia no importando el factor social ni el pasado tormentoso.

—Si tiene pasado, le agradezco dejarlo en la entrada de la hacienda. Traiga sólo la voluntad de trabajar y la de querer y respetar en el presente, para que usted también reciba ese futuro trato cordial —fueron las palabras de don José María cuando la aceptó triste, desamparada y hambrienta con la mirada de la pubertad que tan temprano la había convertido en mujer.

Luego de nacida Inés y con algunos meses de existencia, el Torrealba padre, sesentón y enamorado no es-

catimó tiempo y esfuerzos en cortejar a Ernesta, quien no vaciló en caer en sus brazos, aún joven y de porte, y antes de cumplir los dieciocho ya se había convertido en la amante franca de aquel anciano senecto pero poderoso, cuya debilidad eran las mujeres jóvenes que bien podían ser sus nietas.

Betsabé, contemporánea con la nueva y elocuente Ernesta, que la había observado adquirir confianza a todo dar en tan poco tiempo de estadía en la hacienda, fue quien primero descubrió los amores de su padre con la mujer de oficios de la casa.

—Es una atrevida —pensó la hija del Torrealba. Aún así, se limitó a no recriminarle al autor de sus días el romance por demás lejano, para las ansias que una mujer de dieciocho demanda en el cansancio físico de quien ya reclama un merecido reposo de guerrero que ha luchado durante toda la vida.

De esa relación habían transcurrido ya casi diecisiete años, que Betsabé observó y calló, y que paulatinamente le permitió a Inesita como todos le llamaban, crecer y desarrollarse con todas las prebendas y comodidades que don José María le proporcionaba a escondidas de sus hijos.

Al pisar los doce ya era Inés una jovencita de muy elocuentes atributos para ser todavía una niña, y ya finalizados los trece, estaba absolutamente preparada para ser entregada al ejercicio del amor.

—Inesita se convirtió en Inesota —comentaban en son de broma los peones que llenos de deseo reprimido la

veían a pasar cargando la leche del ordeño de las vaquerías a las queseras.

—Ya puede con dos cubos de leche, compai —exclamó uno de los ordeñadores entre risas y miradas que la desnudaban.

Entretanto, Betsabé, que también experimentaba en sus años la experiencia de mujer casada, observaba y callaba.

Sólo que hay al menos una vez en la vida en donde la intuición femenina hábil en el descubrimiento de la traición escondida en su pareja de una manera extraordinaria se deja llevar por la confianza puesta de manifiesto por el hombre que conjuga la atención desmedida hacia la esposa con el detalle halagador, para fingir el engaño ante la tentación que proporciona la aparición de una fémina con más juventud, y si no, con más insinuación al hombre que pasa los treinta y seis ya cumplidos.

De ello no se percató Betsabé cuando De la Huelva comenzó a coleccionar féminas que le quitaban parte de su tiempo en lo que el español calificaba con jornadas desmedidas de negocio comprometedor.

La Torrealba, convencida en ese momento de la inocencia de aquella niña que ya físicamente era una mujer aún sin tener varón, no pudo suponer jamás que su padre, anciano y cansado, perdería la razón por la enloquecedora jovencita hija de su amante, que ahora se preparaba para servirle en sus imposibles deseos sexuales de elemento senil y decrepito.

En la misma tónica y solicitud de aquel delicioso manjar adolescente con el río del deseo de ser amada

a punto de desbordarse, andaba el déspota pervertido Juan Carlos de la Huelva, con la presunción que otorga el poder casi absoluto de obtener lo que se desea, pasando por encima inclusive, del atrevido que quisiera interponerse en su camino.

A Ernesta, por su parte, no le costó mucho sumirse en la desvergüenza que comenzaría al mostrar su auténtico papel de celestina que le proporcionaría aún más indulgencias con el dueño y señor de la hacienda, y al considerar que debería hacerse cómplice de los deseos del amo por bajos que fueran, como las órdenes que sólo el poder económico puede proporcionar; de una u otra manera quería inmiscuirse en la familia por la vía de la sangre importante que le rindiera mestizaje a cualquier precio, para más adelante ganarse el derecho a reclamar fortuna por poca que fuera, llevando por delante la descendencia bastarda pero como genes Torrealba.

Por esa razón, viendo el interés que el anciano comenzó a sentir por la jovencita de apenas catorce años, no vaciló en presentársela a los ojos brillantes, no se sabía si de deseo o de la catarata reinante en la edad senecta.

—Debes mentalizáte pa' parirle un muchacho a cualquiera de los jefes —le advirtió como una orden irrevocable, la noche cuando conversó con ella para anticiparle la relación próxima a llevarse a cabo con don José María.

—Pero si ese viejito bien pudiera ser mi abuelo, mamá —exclamaba horrorizada la niña hiperdesarrollada por la naturaleza.

—Pero usted a ese viejito lo va a atender como él se lo merece, porque él es quien manda por toa esta vaina, mijita. Y sépalo bien —prosiguió la “saca cuadros” sin un dejo de dignidad materna—, don José María nos va a da la plata que nunca en la vida hemos tenío, y usted es la única persona que puede conseguirla. ¿Me entendió bien?

—¿Cómo, mamá? —preguntó Inesita como queriendo que le recordaran la manera de hacerse sentir como centro de atención ante los deliciosos atributos que ella misma conocía que poseía.

—¿Cómo va a ser, hija? No se haga la motolita, que usted bien conoce más que yo ese cuerpo bien plantao que se gasta, y que es la codicia de todos los hombres de por aquí.

—Hasta el señor Juan Carlos, mamá —le reveló la joven sin darse cuenta, pues no quería que su aún joven madre se enterara, pues en repetidas oportunidades había observado a Ernesta coqueteando con el español caza mujeres, y habiéndola descubierto una vez huir con él en una tarde lluviosa, la suponía su amante.

De la Huelva al conocer a Inés, la había piropeado una o dos veces en su pasada por las vaquerías, y ella guardaba discreción y respeto por las relaciones escondidas que su madre llevaba con uno que otro hombre. Por ello se sonrojó ruborizada cuando Ernesta la acorraló para solicitar una explicación a la hija que estaba pisando terreno ajeno.

—¿Qué es lo que usted tiene con don Juan Carlos, mocosa cagapatio?

Inesita retrocedió asustada.

—Nada, mamá. Él tan sólo se para a saludarme, y a veces me dice cosas.

—¿Qué cosas te dice? —volvió a preguntar a tiempo que le advertía casi como una amenaza de fémina celosa— cuidao con una vaina con ese hombre, Inés —y volvía a replicar con la observación de cuidado—. Mire que don Juan Carlos es un hombre casao con la jefa de la casa, carajo.

Lo que ninguno de los dos habitantes de la hacienda conocía era la atracción furtiva que Inés sentía por Héctor el sacerdote, y que llevaba celosamente guardada en su alma.

Desde muy niña había atesorado esa verdad que no podía explicarse, ni tratar de confundir aún más de aquel extraño sentimiento mezcla de deseo físico con protección, que en la medida de su desarrollo como mujer se fue agudizando mucho más.

Cuando Betsabé Torrealba se percató de la infamia de los amores secretos de su esposo con Ernesta, fue Inesita quien rápidamente puso en sobre aviso a su madre, pues por boca de toda la servidumbre se comentaba el engaño que llegó a oídos de la agraviada.

¿Cómo era posible que dos de los hombres más importantes de su vida se estuvieran compartiendo la misma mujer?

Betsabé estaba completamente segura de que uno de los dos amantes también desconocía la doble entrega de aquella desalmada que se disfrutaba de los favores de ambos en sexo y dinero.

Estaba plenamente convencida de que su esposo fungía como autor intelectual de aquella desleal jugada que convertiría en el hazmerreír de todo el entorno torrealbero, pues la decrepitud del dueño y señor de la hacienda no era capaz de sustentar la demanda del amor de una mujer de treinta y tantos, con tanto camino que recorrer aún en las sendas de la entrega a la pasión desmedida, en tanto que en el entorno ya la relación de Ernesta con Juan Carlos era franca sin la menor de las dudas, y a pesar de los comentarios que pasaban de labio a labio sobre todo entre las mujeres, la cerrada discreción del romance otorgaba elocuencia al pecado de adulterio.

La próxima mujer a disputarse era Inés.

Toda esa vorágine pasional, donde el amor promiscuo rondaba sin son ni ton en la hacienda “La Torrealbera”, había dejado paralizada de espanto a Betsabé, quien por fin descubría con quien había estado viviendo en los últimos años, respirando un aire plagado de negatividad, porque las malas acciones cometidas por sus habitantes y allegados ennegrecían aún más la moral y las buenas costumbres a las cuales su padre la había acostumbrado a practicar y a llevar muy en alto con el orgullo de sentirse útil e importante.

Inmediatamente la asaltó el recuerdo del desliz que por falta de atención hacia su persona en las consideraciones que como mujer casada debía recibir, la llevó a refugiarse en los brazos de otro hombre, y la invadió la debilidad en la falta de autoridad que da la traición.

Pero también reflexionó que su engaño no había sido indecente del todo si el amor era mutuo.

Ya se había confesado con Héctor que en medio de tanta confusión también la había absuelto, y ello era suficiente para avivar la fe y la decisión en la mente de la impresionada mujer.

—Sea quien sea, las riendas en esta casa las llevo yo, y por ende debo poner orden antes de que sea demasiado tarde —pensó decidida.

Volvió a abordarla la aterradora reminiscencia de la Inés atrevida y ninfómana en el asalto por sorpresa a Héctor, y la irritación le timbró todo el cuerpo.

—Y pensar que la muy... Pretendía sumar a nuestro sacerdote en su lista de víctimas.

Se percató por otra parte la servidumbre de la hacienda de la ausencia de la Torrealba en la mesa de comedor para la cena cotidiana, que ahora realizaba en la más absoluta soledad cuando Héctor se encontraba en el pueblo. No tuvo la suspicacia de informar a las cocineras de la casa que se abstendría de tomar esa tarde su alimento vespertino, y ello preocupó a la gente que le servía.

—Qué raro —exclamó una de las mujeres allegadas a su diálogo—. Toqué y toqué la puerta de su cuarto y nadie contestó.

—¿Sería que salió sin decir nada? —trató de indagar la joven que siempre le informaba sobre la prontitud de las comidas.

—Si no está en su habitación, no la busques en la casa, porque no le gusta que la sigan, mujer.

—Tan sólo está pendiente de cuando llegue y le lleves su ración si la pide —exclamó con precisión la cocinera que sí la conocía desde niña.

—¡Caray! —exclamó otra de las féminas de oficio culinario— De un tiempo pa' acá la niña Betsabé se ha puesto muy misteriosa con sus pasos.

—¡Guá! —opinó la cocinera después de sorber un trago de oloroso café recién colado— Misteriosos son todos en esta casa, mujer. Desde el patrón que cuando estaba bien se las sabía todas, hasta el padre Héctor que es el más ingenuo, diría yo —y prosiguió desmedidamente—. Esto sin contar al finado Chon, que de noche se perdía y aparecía el día siguiente

Al sentir el ruido de los pasos que se dirigían a la cocina, el grupo del comadreo torturador se deshizo de inmediato y el recinto quedó solo como por arte de magia.

Allá en las afueras de la casa donde ya reinaba la oscuridad, Betsabé esperó el retorno de Inés escondida dentro de una de las caballerizas, y al verla pasar, se apresuró a llamar su atención con la arrogancia de las órdenes que da un jefe a quien se presta a obedecer.

—¡Hey, tú! —la solicitó en tono seco de voz.

A atender el llamado inesperado desde la penumbra y casi a sus espaldas, Inés descubrió la silueta de la representante femenina de más poder en la hacienda, y rebotó como un resorte la agilidad mental en la suspicacia natural de la hembra que se prepararía a hacerle frente a la eventualidad con etiqueta de grave, que se le cernía encima con tácitas consecuencias.

—¿Es usted, señora Betsabé? —preguntó Inés fingiendo estar asustada, pero muy atenta ante el embate posible de palabras recriminantes que la Torrealba diría, pues no tenía la menor duda de que había sido descubierta en su fechoría de acoso sexual.

—Tal parece que la deslealtad es hereditaria. ¿No es así, muchachita? —fue la interpelación incisiva y retadora de Betsabé, decidida de una vez por todas a poner en su lugar a las dos mujeres, madre e hija, portadoras de la deshonra más vil, nunca antes vista y que las hiciera indignas de pertenecer al patrimonio social de los Torrealba.

—Si usted lo dice —respondió Inés con sangre fría, y lista para recibir en cara la tormenta del rencor reprimido que Betsabé llevaba en sus entrañas.

Pero en su seno, la Torrealba sólo lleva la semilla del amor de Santiago, y los sabios consejos de Héctor, que la hicieron medir un poco su ímpetu de correr y arrancarle el alma aquella mujer desvergonzada que había dejado de ser niña desde hacía mucho tiempo, y que ahora jugaba sin son ni ton con el deseo y el respeto de los hombres, llevando a diferentes cuerpos la peligrosa mistura del sexo desenfrenado.

La expresión respondida por Inés, “si usted lo dice”; pareció retumbarle en las sienes, como queriendo recordarle el desempeño moral que sustenta la verdadera dignidad de una mujer de principios.

—Aléjate de Héctor si quieres seguir viviendo en esa hacienda, muchachita. Y cuídate de volver a pisar la casa grande. ¿Me has entendido?

—¿Por qué lo cela de mí, señora? ¿Es que acaso no es el padre Héctor un hombre hecho y derecho?

—No me repliques cosas que no te pregunto, y tan sólo límitate a obedecer mis órdenes sin protestar —respondió Betsabé alzando un poco más el tono de su voz por la insolencia de la respuesta que asumía Inés con un caradurismo despreciable.

—No me grite que no la estoy gritando, señora —protestó la jovencita a quien no le agradaba que le vociferaran.

—Si quieres respeto, comienza tú también por tener consideración con la gente que te ha brindado apoyo, ingrata, mal agradecida —manifestó la Torrealba agredida en la reverencia que debía rendírsele como otra de las propietarias de la hacienda, haciendo que el cinismo de Inés hiciera explotar a más no poder su paciencia, que trataba de atar el impulsivo temperamento propio de los Torrealba.

—Agradecida estoy de por vida con los señores José María y Juan Carlos que tanto me han ayudao sin regañarme —rispotó la joven damisela como recordando el apoyo que recibía de los jefes.

—¿Quién no agradece cuando se le “hace el favor”? —respondió Betsabé a punto de perder los estribos.

—¿Lo dice usted por experiencia, no es así? —preguntó provocadoramente la jovencita, lo que acabó por arrancarle el apellido a Betsabé, que sin medir consecuencias se le fue encima y cruzó el rostro de Inés con un soberbio foetazo que le produjo una herida.

—¡Miserable ramera! ¡Definitivamente no sabes sacarle provecho a tu juventud!

—Ahora voy a enseñarte que las frutas prohibidas tienen veneno, zorra de gallinero —sentenció la Torrealba a punto de volver a fustigar la humanidad de la adolescente, que buscaba las maneras de defenderse, cuando una voz conocida a sus espaldas la hizo reaccionar:

—¡Alto, Betsabé! No le pegues.

—Una figura trajeada de negro con un libro en la mano estaba en la puerta de la caballeriza, y se había apresurado a indagar al escuchar los gritos de mujer.

—¡Héctor! —identificó Betsabé a su hermano, sumida en la vergüenza de haber sido descubierta en semejante espectáculo indigno de su persona.

—Esa no es la forma de arreglar las cosas, hermana —le sugirió el sacerdote a manera de consejo sin llegar a reprenderla delante de Inés.

Betsabé bajó el foete, y sin pronunciar palabra alguna se alejó hacia la casa con el alma aquejumbra por la vergüenza y por la impotencia de no haber podido darle la merecida felpa a aquella jovencita atrevida en el trato, y apretada en el grito del amor.

Inés trató de sonreír, pero sólo una mueca de algo que parecía temor le inundó el rostro ahora marcado por la furia de Betsabé Torrealba.

Pretendió la joven que Héctor, comedido y amable, la ayudara a levantarse del suelo, pero el sacerdote le ordenó tajante y secamente.

—Levántate y ve ahora mismo con tu madre a contarle los delitos que has cometido.

—Mi madre ya los conoce, padre —le contestó Inés, luego de mirarlo de soslayo y antes de perderse en la oscuridad del patio con la mueca del miedo pintada en su hermoso rostro.

Héctor la vio alejarse en la tiniebla con acerba melancolía, y sus ojos se elevaron a la inmensidad de un cielo que sólo le mostraba un manto que apenas podía ser observado, porque en una sombra tenebrosa no hay nada que distinguir que no sea el enigma del camino a transitar.

—Dios excelso, a qué pruebas me sometes —expresó el prelado con un nudo en la garganta y como queriendo evitar decir la frase que dejaba mostrar su falta de fe, al tener que enfrentar tantas eventualidades juntas.

Ahora, cuando presa de la impresión había descubierto todas las fechorías sentimentales de su padre durante sus años de ente fisiológicamente sano; era cuando comenzaba a darse cuenta de que la vida inexpugnable y andariega iniciaba el reclamo del tributo en aquellos pecados como para execrar a los miserables que le permitieran seguir manteniendo su equilibrio de pureza.

Pero el mundo no era del todo perfecto, y eso Héctor lo sabía claramente. Él era uno de los escogidos para salvar almas, y de ahí el reto que al frente tenía para poner a prueba la fe, que decimos, mueve montañas.

Seguro estaba el jesuita de que ese era apenas el comienzo de una hecatombe familiar que sólo él podía detener. No tenía la menor duda que su cuñado en el desespero que ocasionaba su sed de venganza implacable, no escatimaría esfuerzos para volver a la carga

sin importarle a quién iba a inmolarse en el atropello que ocasionaría su avalancha.

Y por primera vez en sus años de lucha clerical, sintió miedo, un temor que hasta el más casto y fuerte en la fe de todos los sacerdotes podía sentir, al descubrir sin tratar de evitarlo, la arraigada presencia del maligno pervirtiendo almas y forjándose un ejército de aliados en ese círculo familiar que tan corrompido se encontraba por el peso de los pecados.

Por ello, hundido en los más profundos pensamientos que le pudieran proporcionar descifrar aquellos delicados acertijos, que desde el mismo punto de partida en la vida de su padre habían comenzado a acelerar la condena de la familia; fue cuando comenzó a atar los cabos que le permitieron descubrir la raíz de los hechos.

Es casi seguro que en la existencia de los inadaptados que esconden fechorías, debe haber por lo mínimo una tercera persona, capaz de continuar y preservar la maldad como una cadena que permita seguir la contaminación espiritual de los inocentes.

Por lo tanto, no eran José María Torrealba y Chon Pérez los únicos culpables de la emancipación que en la hacienda había y que ahora se sentía.

Por una parte, la ardua tarea de Héctor consistía en evangelizar con mucho cuidado el entorno de tan delicado espacio, llevando la palabra de Dios hasta el último rincón para así conocer con detalles a la feligresía que se haría fiel a los preceptos católicos que tan olvidados estaban por aquella zona.

En uno de los amplios corredores de la suntuosa casa de habitación de la familia improvisó un altar donde domingo a domingo oficiaba el santo sacrificio de la misa, con la asistencia del personal de la hacienda que creía fielmente en la existencia de Dios.

Betsabé, que era poco amante de asistir a la iglesia del pueblo donde Héctor trabajaba, se apresuró a acompañar a su hermano a su quehacer dominical como mandamiento principal de la iglesia católica. En las homilías, el jesuita insistía en honrar el nombre de Dios y desechar toda creencia pagana que ocasionara dudas en el alma de quienes allí se encontraban. Descubrió la existencia de niños y adolescentes aún víctimas del pecado original, y luego de aconsejar en sana paz a los padres de los mismos de la necesidad de encaminar a los hijos en el ejército de Cristo, se apresuraba a bautizarles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En una de las tantas concelebraciones pudo darse cuenta de la presencia de Ernesta e Inés, madre e hija portadoras de la promiscuidad que azotaba la hacienda; y a punto de negarle a ambas, puesto que no está permitido, la sagrada hostia, pues carecían ambas de una confesión previa, cuya penitencia aliviara un poco sus pecados de culpa; habiéndolas dejado en más de una oportunidad esperando por la comunión en el pie del altar ante la mirada de toda la servidumbre presente en el sagrado acto.

La hacienda “La Torrealbera” no representaba precisamente un pueblo, sino la imagen que corresponde a pequeños conglomerados sacrificados por la intriga des-

tructiva y que da pie al horroroso refrán nacional que estipula “del caserío pequeño rumbo al infierno grande”.

Por ello, la mayoría de los presentes en la misa, conocían a plenitud de la vida alegre y franca en el romance tentador vivido por aquellas dos féminas, dueñas ambas de una representación física que enloquecería la mente codiciosa de cualquier hombre, y que solamente ellas, sabían el paso certero o no que debían dar para la consumación de sus bajos y despreciables instintos.

—No basta el cumplimiento de la penitencia, queridos hermanos —insistía Héctor Torrealba presa del entusiasmo que quería hacer llegar con su poder de convicción, y luego proseguía en sano juicio de consejo alegre y prometedor.

—Se trata sencillamente de no reincidir en la misma falta. Es necesario desarrollarse a través de la comunicación con Dios el poder de sanación que nos mantendrá alejados de la tentación del pecado devorador.

—Todo proceder del hombre, lo genera un motivo, pero debemos aprender a diferenciar el bueno del malo, y de allí sabremos si podemos dar ese paso. Ninguno de ustedes colocaría las manos en el fuego, porque saben que se quemarían, y el dolor es desagradable físicamente, pues sabemos también que el padecimiento consecuente a la par nos extermina el cuerpo y el alma.

—¿Quién de ustedes puede decirme con valor que está obstinado de la vida en este mundo? ¿Quién, que tenga los cinco sentidos sanos y bien puestos, se atrevería a manifestar que no quisiera seguir existiendo? ¿Acaso no son hermosos los amaneceres y los atardeceres, los

ríos, el mar, el cielo y los campos? Todo ello representa el más preciado regalo de Dios para nosotros, porque el mundo, todo lo que hay en él; es nuestro, hermanos, no lo olvidemos.

—Nunca debemos negar ante los ojos del Supremo la oportunidad que nos ha dado de haber existido, pues el haber venido a la tierra es también otro obsequio del altísimo. Cuando diariamente despertamos del sueño reparador, debemos también dar gracias a señor por habernos permitido abrir los ojos, debemos tocarnos, pellizcarnos si se quiere, para asegurarnos que es una realidad y no un sueño, el privilegio de seguir existiendo.

—Nosotros no transmitimos amor a nuestro prójimo, porque sencillamente no hemos aprendido a querernos. Y la vida pasa, y continuamos no amándonos, y ¿saben por qué, queridos hermanos? —proseguía inspirado el sacerdote:

—Porque sencillamente tampoco hemos aprendido a conocernos. Llegará el día en que al evaluarnos a nosotros mismos comenzaremos a querernos, y entonces, amaremos al prójimo. Pero ese día debe ser pronto, hermanos, porque la vida pasa y no podemos desperdiciarla en odios, en intrigas, en magnicidios ni en traiciones que nos envilezcan.

—¿A quién no le gusta que lo quieran? —interrogó Héctor a la concurrencia mientras buscaba con la mirada a alguien que se atreviera a contrariarlo.

La feligresía dejó escapar un murmullo colectivo, mezcla de risas e impresión por la pregunta del prelado.

Dos lágrimas corrieron discretas y rápidas por las mejillas de Betsabé, quien escuchaba anonadada las verdades que salían de la boca de su hermano, iluminado quizás por la luz de la esperanza divina.

—Pero el ser humano que le atrae ser amado, asistido y correspondido, debe retribuirlo de la misma forma, porque un amor a medias es algo así como el terreno árido que impide que la planta que necesita crecer para obsequiar sus flores y frutos se nutra —continuó el prelado de Cristo como si su exposición representara una oración que en ardiente súplica marcara un vuelco en la intempestiva vorágine de pasiones mal canalizadas y que en cuya voz y espíritu luchador por el equilibrio descansarían a partir de ahora la esperanza de las almas que a su alrededor anhelaban una rendición que aún no conocían, y que por ende no tenían.

La vida colocaba en su camino el reto para poner a prueba su fuerza espiritual que a través de la fe y la serenidad forjarían en “La Torrealbera” el equilibrio y la paz que tanto se necesitaba y que no se tenía.

No en vano había convocado a todo aquel grupo de los suyos, inadaptados unos al ejército de la oración cotidiana por falta de credo, y confundidos otros por atreverse a explorar el culto pagano de la hechicería como vehículo inmediato a la solución de sus problemas; almas incrédulas que poco a poco eran arrastradas a los confines malignos donde se retuerce la incertidumbre por el dolor que produce el fuego del infierno.

La feligresía definitivamente atendió al llamado de Dios durante aquellas tres semanas de haber iniciado

las jornadas dominicales para la prédica de la palabra santa, y Héctor complacido por su poder de convocatoria, comprendió que no tenía tiempo que perder para indagar la verdad de la “Sombra Oculta”, esta vez entre hombres que le pudieran revelar algún secreto furtivo en la tiniebla en los corazones arcanos y reacios a suministrar alguna pista que llevara a la resolución de aquel acertijo.

Fue así como después de tanto indagar entre la multitud para descubrir la existencia de algún otro allegado de confianza de su padre además de Chon Pérez, encontró a aquel anciano de pequeña estatura, canoso y encorvado por la joroba que producen los años, pero aún con la lucidez en la flor y nata del recuerdo que mantenía viva la mente.

—Así que su nombre es Timoteo —le habló Héctor con confianza a aquel elemento que había sido rudo una vez en el ejército de las faenas del ganado caballar, y que había fungido como uno de los caporales de más confianza de don José María Torrealba, dada su competencia y lealtad que da la honradez.

—Así es, padre Héctor, y son casi cincuenta años que he pasao al servicio de su pae’, aquietando aprecios y que ahora me da mucha pena velo en ese estao.

—Tiene usted muy clara la mente, Timoteo, por ello lo felicito, pues a sus años muy pocos hombres se atreven a hablar con la fluidez con la que usted lo hace.

—La escuela, padre, esa tremenda escuela de conversa que el patrón me dejó de tanto andá con él.

—¿Y el indio Chon? —se apresuró el jesuita a indagar para conocer el concepto de aquel misterioso hombre tan allegado a su progenitor.

—Chon era otro sabio, padre, muy misterioso el muérgano que en paz descansa, pero era un buen amigo. Me dejó ese legao que me ha servío pa' toda la vida: "no se meta con las cosas que no conoce, y no investigue lo que no le importa" —concluyó el anciano sin titubear, pues recordaba la frase tal como Chon se la había dicho una vez.

Aquellas palabras sonaron en las sienes de Héctor como campanadas que le advertían la suma cautela con la cual debería llevar la indagación, de manera que mantuvo la discreción al formular las preguntas precisas con el propósito de obtener una información concisa.

Pero tampoco era Héctor Torrealba el elemento taimado que buscaba rodeos para sondear lo que realmente le incumbía como lo era el de solicitar datos sobre la vida oscura de su padre, y sabiéndose poseedor de una elocuencia expedita aunada a su trato cordial, no escatimó esfuerzos para abordar de inmediato la amistad de aquel hombre cuya senectud era también una caja de Pandora.

Timoteo había representado en la hacienda durante muchísimo tiempo, el veterinario autodidacta, con una experiencia innata que era el asombro de muchos otros profesionales de la especialidad y que habían trabajado con don José María en calidad de contratados.

Hábil en el trabajo de rezandero, para curar la garrapata en el ganado, era también extraordinariamente

cauteloso para prevenir enfermedades mortales en los animales como la fiebre aftosa y el moquillo, con una precisión de diagnóstico que milagrosamente salvaba con sus consejos a las posibles víctimas de aquellas epidemias mortíferas.

Pero Timoteo, aún sabiéndose poseedor de todas esas habilidades mágicas, aprendidas de la escuela del destino, guardaba un respeto casi venerable ante el recuerdo de Ascensión Pérez, a quien consideró como un ente infranqueable y sabio en el arte de la hechicería, poseedor del don de la visión extrasensorial y de la premonición de eventualidades nefastas.

—Yo no le tenía miedo padre —relataba aquel anciano septuagenario recién incorporado a la sana y sincera amistad de Héctor, y proseguía con recelo—. Sólo le tenía respeto porque del indio Chon se decía que adivinaba los pensamientos malos de quienes no lo querían.

—¿Sabe usted si alguna vez llegó Chon a atreverse contra alguien que hubiera osado retarle? —se atrevió el prelado a preguntar con curiosidad para indagar el instinto de venganza en aquel misterioso elemento, amigo íntimo de su padre.

—Le confieso con toda sinceridad, una o dos veces vi a dos desgraciaos que trabajaban aquí, discutiendo con Chon.

—Inclusive —prosiguió el narrador con descripciones precisas— una vez uno de esos intentó lanzarle un golpe, y el indio Chon lo paró en seco cuando sólo levantó una mano, que luego que la abrió, el contrincante quedó

como petrificao, con una mueca que yo no sé si era de espanto o de parálisis.

—De lo que sí puede usted estar seguro, padre, es que yo vi esa vaina, que me dejó congelá la sangre.

Héctor escuchaba con interés y curiosidad el relato de aquel hombre que con sus elocuentes muecas de asombro parecía decir la verdad de todo cuanto contaba.

La velocidad de su mente para su edad era asombrosa y sus palabras parecían llegar con precisión al convencimiento de la gente que le atendía.

—A sus años, solamente una persona adicta a la lectura puede mantener la lucidez con la que habla este anciano, a menos que sea poseedor de una inteligencia innata y extraordinaria, —se atrevió a evaluar el sacerdote al hombre que casi sin querer le había desnudado el alma.

A Timoteo se le humedecieron los ojos cuando Héctor solicitó información sobre el proceder de don José María.

—Y de mi padre, Timoteo; ¿qué sabe usted?.

—Tengo entendido que su merced era digno de la confianza íntima de esos dos ministerios humanos llamados Chon y José María Torrealba.

Hábleme sobre los pasos de papá, usted que es el único testigo que nos queda para narrar la verdad sobre los acontecimientos acaecidos en la hacienda bajo la batuta de mi viejo —pareció como suplicar ante la tonalidad de su voz, ávida de anécdotas.

Un tanto nervioso por lo que el anciano consideraba un acoso por parte del sacerdote de conocer la verdad en la vida escondida del progenitor, suspiró profundo como lúcido a un recuerdo que no debía revelar, pues era parte del pacto secreto entre amigos como una orden ineluctable a la fidelidad. Finalmente acotó con firmeza:

—Eso no me lo pregunte, padre, porque sencillamente no se nada. Yo sólo los miraba a los dos alejarse y perderse en la oscuridad de la noche y nada más.

—No me mientas Timoteo, pues bien conoces que la falacia es un gran pecado, y el esconder fechorías como un cómplice lo es aún más —le advirtió el prelado.

El anciano reaccionó incómodo y asustado:

—Padre, juré hasta la muerte no mencionar nada de lo que vi.

—Tranquilo, Timoteo, recuerda que sólo descansa en la paz infinita quien se atreve a revelar los secretos de las grandes incógnitas que siendo malignas pueden encontrar una razón lógica de ser salvadas del pecado, y si no, alertar a los reincidentes a no volver a caer en ellas, pero eso sí, con la convicción de que la conciencia de quien conoce esas fechorías quedará tranquila y libre de culpas.

—Si hay alguna virtud que me haiga acompañado durante toa mi vida, esa es el espíritu de la lealtad, padre. Su papá me enseñó que el ser fiel es el camino a ganarse el pan más sabroso que uno se haiga comió en la vida, ¿y sabe por qué, padre porque el sabor de la honradez ni lo cocina ni lo puede paladeá todo elemento que abusa

del vinagre agrio que da la traición –puntualizó Timoteo, con aquella metáfora de características culinarias para esa inviolable reflexión de la vida que da lecciones de su tránsito por ella.

—Usted me puede prometer el cielo si lo complazco contándole esa larga historia que de antemano le digo: es muy fea; pero dígame usted si el ser ingrato por no guardar un secreto no es otro pecado. Judas traicionó a nuestro señor Jesucristo, y mírelo donde está, padre.

—José María Torrealba está condenado a morir con el pecado mortal en el alma, si no conozco su angustioso pasado, Timoteo, y seguro estoy que me hubiera revelado en confesión la pena que no tengo duda le aqueja y que trata de decirme con la congoja que expresa en su mirada al no poder hablar –expresó Héctor con una mueca de amargura en su rostro que ya comenzaba a recibir la profundidad de las arrugas propias de la edad madura.

Timoteo, desconfiado y conservador, dogmático a su credo, reaccionó con el instinto de fuerza con el que se defiende el presionado por las circunstancias.

—¿Me está dando una orden, padre? –exclamó levantando la cabeza para que Héctor se diera cuenta de la señal de disgusto que había en el rostro del anciano– Es importante que usted, como hombre que es, respete mi seriedad, padre. Dicho está de más que soy un elemento de una sola palabra, por lo tanto le pido que me considere –puntualizó Timoteo.

—¡Caramba! Así que, sin su ayuda, no tendré más remedio que indagar yo solo los misterios de la “Sombra Oculta”.

El viejo cambió la expresión al escuchar el macabro nombre, y una sugerencia de alerta saltó de sus labios.

—No, padre, a la “Sombra Oculta” no vaya solo, ese es un lugar maldito por el tiempo y quien entra a ese sitio no vive pa’ contarlo.

—Aún así, esta misma noche visitaré ese lugar sin más compañía que la de Dios Nuestro Señor.

—No vaya solo, padre, al menos deje que yo lo acompañe —manifestó Timoteo desarmado por la intención de Héctor, quien para tocar más aún la persuasión del viejo, rechazó cortésmente la compañía

—No se moleste usted en venir conmigo, amigo, pues si no quiso ayudarme con la información que le solicité, con su tertulia fue más que suficiente —y finalizó antes de retirarse a su cuarto dejando plantado a Timoteo en el medio del pasillo—. Dejemos eso hasta ahí, hombre.

El anciano lo vio alejarse y quedó pensativo en el recuerdo del secreto que bajo juramento llevaba en el alma con las palabras terminantes de los labios de su amo.

—Ni aún en peligro de muerte, debes revelar lo que has visto aquí, Timoteo, porque si se llega a saber algo, tu lengua le servirá de alimento a los perros ¿entendido?

Se estremeció al rememorar los sucesos que presenció horrorizado más de una vez.

—¡Ave María Purísima sin pecado original concebida! —recordó a la oración mientras se santiguaba. ¿Cómo

sabe el curita de la existencia de la “Sombra Oculta”?
—Se preguntó el viejo como queriéndose dar él mismo la respuesta.

—Será mejor que lo siga esta noche, carajo.

No estaba dispuesto a quedar con aquella incógnita que le generaba inquietud y preocupación en el seno de aquel hogar. No podía dejar pasar el tiempo sin aclarar aquella incertidumbre que terminaría por destruir aquella familia si no se actuaba a tiempo.

—Debo procurar arrancar de raíz el problema, y para ello debo enfrentarme al enemigo por muy poderoso que sea. Condúceme tú, Señor, por el camino correcto y dame fe y mucha fuerza espiritual para lo que está por suceder.

—Betsabé debe permanecer en absoluta tranquilidad, lo que permitirá que su hijo nazca sano y salvo y lejos de las garras de ese sujeto que una vez dijo llamarse su esposo.

—Por ellos y para ellos lucharé, Dios excelsa, y tú me abrirás el entendimiento, para proceder con la más absoluta ecuanimidad.

Eran las reflexiones de Héctor Torrealba antes de iniciar el retorno a la “Sombra Oculta”, el sitio que según los entendidos en la materia como Timoteo, era el lugar más misterioso y peligroso de toda la hacienda, y que bajo amenaza hecha por el propio dueño, le estaba prohibido transitar al personal de “La Torrealbera”.

Esa noche, inicio de semana por ser lunes, Héctor acompañó su hermana a la mesa para degustar la cena cotidiana que ante la ausencia notoria del padre biológi-

co y ahora del esposo; la única mujer en la familia realizaba sola sin más compañía que la de la servidumbre que la atendía.

—No estamos solos, Betsabé —manifestaba Héctor como queriendo propiciar un entusiasmo en su hermana que siempre mostraba una mueca de amargura ante su soledad que detestaba—. Dios y tu hijo, que será mi sobrino, nos acompañarán al condumio para multiplicar la presencia como invitados de honor.

—Tú siempre con tus ocurrencias fantásticas que me hacen despejar la depresión que me embarga, hermano —respondió Betsabé, mientras saboreaba la humeante taza de té con leche que diariamente consumía como último sustento del día con la galleta casera que la cocinera preparaba.

—No es fantasía, hermana respondió Héctor con claridad—. ¿Acaso no crees que Dios está sentado con nosotros a la mesa? ¿Dudas a caso de que tu vástago nos acompaña a degustar esta comida maravillosa?

—¿Sabes? —expresó Betsabé como suministrando información a su hermano de su síntomas de madre primeriza— Ya siento que se mueve.

—Y experimentarás muchas otras sensaciones más que Te harán feliz como madre, hermanita. Dale amor y no amarguras y veras que tendrás un feliz advenimiento con un hijo sano, alegre y lleno de vida. No debemos ser egoístas en ese aspecto dándole a compartir a un niño que no tiene la culpa nuestras desavenencias y contrariedades, aconsejó el sacerdote mientras degustaba la taza de café de la cena.

—Recuerda también que debe estar amor a quien lo necesite, que la vida también te lo retribuirá, ya lo dije en la homilía la semana pasada. Fue por ello que no me complació en nada lo que hiciste con Inés la otra noche.

—Héctor, por favor te agradezco que...

—No me interrumpas, por favor, y escúchame —se adelantó el sacerdote para prevenirla de situaciones incómodas y hostiles dentro de la casa que pudieran perjudicarla—. Toda acción mal cometida o empleada, tiene una reacción que se nos revierte el doble de peor de como la realizamos. Así que te aconsejo por lo que pueda ocurrirte a partir de ahora, que te mantengas con mucha cautela, lejos de esa muchacha y su madre.

—Quieres decir entonces con eso que... —trató de adivinar Betsabé, y Héctor habló casi encima de su frase.

—Exactamente lo que tú estás pensando. La gente impotente por la falta de poder cuando la humillan, se hace aún más peligrosa de lo que parecen, hermana. Y pudiera suceder que en algún momento, cuando menos lo pienses, una de ellas o las dos para ser más preciso, tome represalias en tu contra. Cuídate mucho, y no te fíes a partir de este momento ni siquiera de las cocine-ras. Tengo mucha fe en Dios, pero mantente alerta ante la reacción del enemigo. Asimila la frase “ayúdate que yo te ayudaré”.

—Recuerda que Juan Carlos de la Huelva tiene emisarios que le informan de todos los movimientos de esta casa, y por ello las paredes han adquirido oídos y lengua que le hacen saber de los acontecimientos que aquí se suscitan. No olvides que la credibilidad de este hogar se

perdió por el descubrimiento de las fechorías que cometió nuestro padre, y que aunque todavía no sabemos cuáles son, la servidumbre y allegados a “La Torrealbera” olvidaron el respeto y la consideración que debía guardársele al dueño y señor.

—Yo soy la que ha asumido las riendas en este consorcio, Héctor, no lo olvides.

—Pero eres una mujer, querida hermana, y el trato que la servidumbre te da nunca es igual cuando la batuta de un monstruo como “La Torrealbera” la lleva un hombre.

—Pues ya verás que buscaré las maneras de hacerme sentir —exclamó Betsabé un tanto enojada al considerarse ofendida.

—Pero nunca bajo el trato que le diste a Inés, es importante que lo recuerdes —manifestó Héctor con aplomo.

—¿Porque insistes tanto en defender a esa mujercita, hermano?

—No hace falta que la ofendas, y quiero que sepas que no la defiendo, sino que tan sólo siento compasión por esa pecadora tan joven y ya tan descarrilada por la tentación de la carne.

Betsabé guardó silencio al recordar que no podía mirarse ella también en el espejo de la vida sin desnudar sus pecados, que estaba segura que su hermano conocía y que en confesión la había perdonado.

El delito de adulterio la había convertido en una mujer marcada por la traición y víctima de la condena irrevocable de la cual había sido presa a través de las pa-

labras y acciones de Juan Carlos de la Huelva, del cual irremisiblemente recibiría la ineluctable estocada final prometida por este, bajo severa amenaza.

—Como ves, ya los únicos dignos de confianza que habitamos entre estas paredes somos nosotros, Betsabé, y por ello debemos estar unidos para luchar codo a codo y de espalda a espalda, le confirmó el cura con certeza.

—¿Y Santiago, hermano? Santiago Puy puede ayudarnos a salir de este trago indigerible –sugirió Betsabé un tanto temerosa por las advertencias de Héctor.

—Es un hombre de buenos sentimientos y de apreciable solidaridad, querido Héctor –prosiguió la menor con apellido Torrealba para de una u otra manera inyectarle al sacerdote la confianza que a partir de entonces debía comenzar a tener en quien Betsabé consideraba como el padre del hijo que llevaba en su seno.

—Considero que uno es conveniente incorporar al señor Puy en este conflicto que sólo nos concierne a nosotros, hermanita.

—Y digo esto –prosiguió el jesuita experto en manejos de la vida cotidiana– porque aún no has decidido legalmente tu porvenir matrimonial, y al estar todavía unida en un vínculo sagrado a tu esposo no puedes involucrar a un extraño en tu vida sentimental, mucho menos en una problemática familiar que no le incumbe.

—Pero Santiago es aliado nuestro, primero porque estoy convencida de su amor por mí, y segundo porque es acérrimo enemigo de Juan Carlos –manifestó Betsabé

con ansiedad para que su sugerencia de solicitar la ayuda de Puy fuera atendida.

—Recuerda, hermanita, que como prelado de la Iglesia Católica no guardo animadversión alguna por tu esposo —le recordó Héctor sereno y aplomado.

—¿Ah no? ¿Y qué es entonces lo que sientes por ese miserable, padre Héctor? —le interrogó la mujer, otra vez perdiendo los estribos por la indignación que le ocasionaba la serenidad espontánea de los sentimientos del sacerdote.

—Ese desgraciado que dijo ser mi marido se burló de mí, me traicionó, me vejó de palabra y de acción física, casi te mata a golpes, ¿y tú todavía te atreves a decirme con esa tranquilidad que no le guardas rencor, hermano?

Se dio la vuelta para secarse el sudor de la frente que le causaba el enojo por la impotencia de sentir que estaba en presencia de un hermano acobardado, que carecía del coraje y de la confianza que una mujer necesitaba de un hombre para que la protegiera de los peligros que acarrea la amenaza y el irrespeto de un perverso.

Por esa razón, expresó por primera vez una fea y tosca palabra indigna de los labios de una dama decente y que sabía que a su hermano le molestaba.

—¡Coño! Es preciso que por consideración a mi persona abras de una vez los ojos y no seas tan gallina, Héctor. Y no me digas que también le guardas lastima a quien no tiene consideración contigo, hermano. Llevas en la sangre genes Torrealba, a quienes todos los que le rodean le rinden respeto y tributo por el carácter que se hace sentir en el coraje.

—Hace ya cuatro siglos que llegaron los españoles a este país a envainar al indio, que humilde trabajaba sin lidiar con ente alguno. ¡Ya basta con ellos! —expresó Betsabé con excitación que hizo elevar el tono de su voz, haciendo que la gente de la servidumbre que se encontraba en las adyacencias del sitio donde se realizaba la discusión, se acercara temerosa para averiguar lo que ocurría.

—Me suplicas que debemos luchar juntos, pero no te das cuenta que quien tiene que comenzar a apretarse los pantalones eres tú, ya que me dices que la gente no respeta las mujeres como jefes de esta hacienda. Abre los ojos, Héctor, y no te cierres ante quien quiere destruirnos y quedarse con todo.

—¿Puedo ayudarle en algo, padre? —le habló a sus espaldas una voz de mujer que Héctor reconoció como la cocinera, que alarmada llegó al comedor al escuchar la algarabía en compañía de dos jóvenes ayudantes.

—No ocurre nada, mujer, gracias y ahora puede retirarse —le sugirió Héctor con el ceño contraído por la vergüenza.

Sin despedirse de su enojada hermana, se alejó de la sala del comedor rumbo a su habitación bajo la mirada de quienes allí se encontraban. Betsabé, nerviosa por el incidente suscitado con el consanguíneo más allegado, trató de buscar un sorbo de té en la tasa que estaba aún encima de la mesa, y lo encontró frío e inapetente.

Miró hacia todos los lados tratando de buscar testigos que vieran expresar su mueca de desagrado que la hizo

tirar bruscamente la pieza de losa sobre la mesa, y no encontró a nadie.

Finalmente suspiró profundo, después de tragar una saliva que le supo desagradablemente amarga, y se llevó ambas manos a su vientre, como reaccionando ante un brusco movimiento que la hizo ponerse alerta. Recordó las indicaciones de Héctor sobre el comportamiento y convalecencia durante su embarazo, sintiendo temor por las consecuencias que su hijo pudiera recibir ante su actitud prepotente e impulsiva con la que se expresó en la tertulia sostenida con Héctor.

Se percató luego de entrar a su cuarto de que lo único que sentía era miedo, al encontrarse sola sin más compañía que la del vástago en vías de crecimiento, y a merced de los enemigos furtivos que tenía en su propia casa.

Aquella suntuosa residencia donde había nacido y crecido bajo la tutela de su padre que le había brindado todo el apoyo moral, consideración y comodidades de las cuales Betsabé requería bajo los auspicios de su altísima e importante condición social y económica; era ahora para la mujer y madre de apellido Torrealba, el lugar misterioso donde todo podía ocurrir en el intento de perjudicar su tranquilidad y más aún, su fortuna, realizando la conjura que con la desaparición física de los tres únicos herederos que quedaban en la defensa del patrimonio familiar, el beneficiario inmediato de todo aquel respetado emporio ganadero, cuya inversión la habían sustentado inclusive, propiedades adquiridas en el exterior; era sin duda alguna Juan Carlos de la Huelva,

elemento hábil en el manejo de negocios, inmensamente adinerado, bien asesorado y con poderosas influencias en el medio político y social que lo convertirían de la noche a la mañana en el empresario más rico e importante del país.

En diferentes oportunidades había escuchado de labios de los trabajadores de la hacienda, luego del enfrentamiento cuerpo a cuerpo de su entonces esposo allegado a ella, con el hermano sacerdote; de las implacables amenazas en contra de la familia que De la Huelva vociferaba a cuatro vientos, sin importarle consecuencias, pues seguro estaba el español, de que ninguno de los hermanos varones herederos de la fortuna Torrealba se atreverían contra él; y ante el sólo hecho de que Héctor entraba y salía de la casa exponiendo francamente su integridad física, la espantaba de sobremanera.

Luego del debacle cerebro vascular de su padre, también se dio cuenta del sorpresivo cambio en el trato que algunos entes del séquito manifestaban a los patrones, por ejemplo el de Inés con Héctor, escándalo que aún no había salido a la luz pública y que comprometería la seriedad del prelado.

Por la agitada mente de la Torrealba se hicieron presentes las evocaciones de los días felices, en cuyo júbilo había disfrutado a plenitud de sus amistades ciudadinas allá en la capital, de sus viajes por Europa saboreando la fina delicadeza de la veja España durante su luna de miel, bajo la ilusión efímera que una vez le produjo Juan Carlos de la Huelva, adinerado y apuesto, quien la

paseó de su brazo por la gran vía y la calle de Alcalá, espectáculos de gran belleza nunca antes vistos por ella.

Rememoraba los sanos consejos de Héctor que le sugería reconstruir las épocas prósperas del alma cuando se encontrara deprimida, para tratar de balancear un poco su estado de ánimo compungido por todos los sucesos nefastos que no cesaban en aquel cuadro familiar.

Por un momento vaciló en la audacia que a partir de entonces debería mantener para procurar cuidarse de cualquier enemigo entre las sombras que pudiera atentar contra su vida, cuando por primera vez dudó si serían o no demasiado exageradas las advertencias de Héctor en querer convertir el claustro Torrealba en un sitio profundamente pernicioso.

Evaluó durante largo rato mientras caminaba de un lado a otro por uno de los cuatro corredores que rodeaban la suntuosa casa de la habitación, la mentalidad y la vocación de servicio de cada uno de los allegados a su confianza, y que formaban parte de la servidumbre, buscando respuestas a su instinto de conservación natural sobre si serían capaces los hombres y las mujeres del ejercicio doméstico de la gran casona, a jugar la peligrosa jugada de la deslealtad, cegados por una generosa y nada despreciable prebenda oficiada por algún interesado en alterar el orden de la casa, para cometer alguna fechoría con calificativo de grave.

Apuntó cuidadosamente a juzgar por la honradez primeramente a uno por uno, y luego a la devoción como la virtud más importante para ella, y que sin lugar a dudas calificaría como distinguida con el paso de los años,

sabiendo también que la tácita asistencia con detalles, mas no adulaciones de la servidumbre, era sinónimo del cariño y la confianza que se deseaba tener para retribuirla con la confidencialidad como la que Betsabé había depositado una vez en el difunto Saturnino, mártir de la fidelidad.

Rememoró la larga relación amistosa que traspasó casi todos los límites rumbo al parentesco por la afinidad de su padre con el indio Chon, pero al comprender seriamente el calificativo de compinche recogedor de las fechorías, pensó si había valido la pena aquella amistad.

—Para ser amigo de todos, debemos primordialmente serlo de nosotros mismos, lo que quiere decir, que para conocer a todos nuestros allegados sinceros, debemos antes ser sinceros y conocernos a nosotros mismos —esas habían sido las palabras de aquel consejero y sacerdote, cuando en una oportunidad allá en sus años de niña adolescente, Betsabé Torrealba, petulante y fuera de tono en el poderío económico que ella misma pregonaba como “el imperio de la reina”; se había quedado en la soledad casi absoluta de las amistades que le circundaban, porque su arrogancia sencillamente resultaba insoportable en quienes decían ser sus amigas.

Y recordó arrepentida el calificativo de “mujerzuela” que le había dado con todo odio la desesperanza que como mujer llevaba aquella desdichada hija del “yo no sé”; pintado por la promiscuidad, sin ningún hombre que la aconsejara que no fuera su rumbo al sexo libre, ni a las bajas pasiones que exterminan sin son ni ton la

existencia de quien apenas comienza a conocer la vida, sin la batuta de aquel que verdaderamente la valoraba.

Inés también representaba la soledad y el desamparo, pues su madre, enferma de delirios de grandeza, no había contribuido sino a aprovecharse de su belleza física para lanzarla indefensa a las garras de la lujuria, que poco a poco la pondrían de moda, y que rápidamente la destruirían dentro de la más absoluta irreversibilidad.

Se preguntó entonces con todo terror, quién de las dos era más inmoral, ella, que lo había poseído todo en un mar de comodidades y de complacencias desmedidas, despilfarrando inclusive aquello que no necesitaba para satisfacer sus deseos de niña rica; o aquella mujer, privada de toda solicitud comprensiva, atada a todas las necesidades como atención, hambre e instrucción, que no harían de ella una mujer útil en una dignidad que no adquiriría por el sólo hecho de que su madre se había abstenido de hablarle de las cosas buenas y malas.

—Tampoco yo tuve una progenitora que me instruyera – pensó hábil, creyendo que con ello se justificaría ante la vida.

Qué equivocada estaba Betsabé Torrealba.

—La gente que sucumbe ante el descarrilamiento que da el destino no tiene otro pensamiento sino el de justificarse del mismo –recordó haberle oído decir a su padre en la mesa de desayuno una vez, cuando luego de perder al billar la noche anterior, inmadura y presa del vicio de querer convertirse en la mejor; le manifestó:

—Cuando no puedo vencerte, siento deseo de ganarte dos o tres veces más, padre, para así recuperar la puntuación personal que mentalmente llevo en mi juego.

—Dios permita que alguna vez te encuentres definitivamente con el hombre al que siempre puedas derrotarlo en todo, hija —le respondió don José María aún elocuente en sus respuestas estimulantes, y cerraba la tertulia diciendo:

—A mí, ya me has vencido para siempre.

—El deseo no es vencer, papá —contestó sollozando y presa del arrepentimiento—. Me siento bien de haber sido buena contendiente.

Reflexionando esto, se quedó dormida con la amargura que ahoga el pecho y exaspera la respiración en el ser inconsolable. Pero la batalla por conocer al ganador, apenas comenzaba.

—¿Qué puntuación personal tengo ahora? —pareció pensar entre imágenes oníricas.

Héctor, después de cerciorarse del sueño reparador de la gente que convivía en aquella casa, salió al campo luego de cerrar la puerta de entrada que llevaba a uno de los pasillos.

Miró sigilosamente para tratar de percatarse que no había gente despierta, y que también sería capaz de burlar a los peones de la vigilancia con la intención de poder caminar en la oscuridad sin que lo vieran.

El ladrido de los perros no se hizo esperar cuando olfatearon al sacerdote que pensó que se trataba de la

onomatopeya rutinaria. Aún así, caminó con sigilo para no ser descubierto.

La luz de la luna llena alumbraba cual faro toda la sabana.

El clérigo contempló una vez más la tranquilidad que transmitía aquella hermosa y amplia pradera toda vestida del forraje natural que durante el día embellecía con su verdor, y que en la noche transmitía el dramático gris de una alfombra en el camino.

Trató de alejarse todo lo que pudo de la casa, guiado por su visibilidad natural, pues el disco lunar era su cómplice al alumbrarle los pasos, motivo por el cual se abstuvo de encender la lámpara de aceite que llevaba en la mano.

A lo lejos, pudo distinguir la sombra del cerro que escondía la cueva hacia donde se dirigía, y el canto de los grillos le hizo sentir más confianza, pues al menos creía ser acompañado por aquella música serena que le brindaba el camino abierto.

Escuchó mientras caminaba uno que otro relincho equino que le hizo comprender el azote del tábano en el ganado, en su rostro hubo un gesto de resignación. El canto del gallo de la medianoche lo hizo detenerse de pronto para reconocer la lejanía inmensa que lo separaba de la casa que apenas se veía, al haber caminado sin descanso.

Ya se distinguía más cerca la maraña de las ramas de los árboles que eran antesala a las aguas del pequeño riachuelo que una vez fue afluente del río más grande del estado.

Al distinguir la tiniebla que ya en el interior del monte no podía ser alumbrada por la luna, se dispuso entonces a encender la lámpara, y todo fue un verdadero milagro que cuando al acuclillarse para colocar el farol en el suelo, con el propósito de encender un fósforo, evitó ser inmolado por tres disparos que rasgaron el silencio de la noche.

Las detonaciones de revólver se escucharon como tres voces sordas de advertencia, y los silbidos de las balas pasaron por encima de la cabeza del sacerdote, quien de bruces sobre el pasto, sintió una vez más el sonar de otros tres proyectiles.

—Tratan de asesinar-me, Dios del cielo, ¡ampárame del peligro! —Oró Héctor con el pánico de encontrarse tan lejos de la casa, y tan cerca de la muerte.

Con las manos sobre la cabeza, estuvo escuchando estampidos de disparos que parecían responderse entre sí, como en el vaivén de un golpe que sucede a otro, hasta que finalmente cesó el tiroteo.

Escuchó sonidos de voces que dijeron algo que no entendió y al no advertir en el pavimento cascos de caballo, comprendió que emprendían el retorno de a pie, como si estuvieran huyendo de alguien.

—Venían siguiéndome, señor mío, y querían matarme —pensó el prelado con preocupación aún sin intentar levantarse del suelo para no percatarse de que aquellos magnicidas se alejaran lo suficiente.

—No se pare todavía, padre, hasta que yo le diga —escuchó Héctor una voz que le pareció identificar, y que sintió que le hablaba en sus espaldas.

Transcurrieron algunos minutos de larga angustia para el prelado, que no hacía sino rezar por su destino que probablemente lo conduciría si a si Dios lo consideraba, a su desaparición del mundo de los vivos, cuando una vez más la cavernosa voz se dirigió a él más cerca, pudiendo entonces conocer de quién se trataba.

—Por poco no vive pa’ seguir salvando almas, padre.

Era el viejo Timoteo, que había cumplido con la palabra de seguir de cerca los pasos de Héctor, que indefenso pero tenaz y decidido se había lanzado a la aventura en aquella noche clara que había parecido ser prometedora para lo que buscaba con tanta ansiedad.

Había replicado sin perder tiempo a los disparos, aquel anciano que tuvo la suspicacia de vigilar a Héctor como si el presentimiento de que algo nefasto le ocurriera al sacerdote, hubiera tocado las puertas de su corazón.

A pesar de su senilidad, repelió el ataque mortífero, que con fuego a discreción se cernió sobre la humanidad Torrealba sin llegar a alcanzarla.

—Creo que logré darle a uno de los muérganos traicioneros, padre, porque sentí como que alguien se quejó cuando les vacié mi “duerme vivos”.

—¿Duerme qué? —interrogó Héctor aún sudoroso y asustado por la impresión.

—Así le digo yo a mi revólver, padre, el “duerme vivos” que escupe fuego y que tumba pa’ más nunca levántase.

—Te debo la vida, Timoteo, y ese detalle nunca voy a olvidarlo —exclamó Héctor en señal de agradecimiento.

—Debe usted seguirse cuidando ahora con más malicia, patroncito, porque eso era un atentao en su contra.

—¿Quién lo mandó a hacer? No me pregunte, porque no se, pero debe entender a partir de ahora que tiene usted un enemigo que está en la oscuridad, y que quiere verlo difunto.

—Eres todavía todo un guerrero a pesar de tus años, Timoteo.

—Aprendí en la guerra, padre, echando plomo bajo las órdenes del Mocho Hernández.

—¿José Manuel? —indagó Héctor, aún sudoroso.

—Yo no se, lo cierto es que era arrecho y revolucionario —dijo Timoteo.

—Cada quien lanzó balas con sus líderes en su época, por lo que veo.

—La revolución es la vida, padre, yo le aseguro que la tuve cerca —le expresó Timoteo, quien no acostumbraba a sonreír, y lo hizo en la oscuridad de la noche, cuando un nubarrón se acercó a arroparla.

—Ese general al que tenemos ahí cerquita por presidente, lo matarán los años, padre, él ya hizo revolución.

—¿Y usted por qué me habla de esa manera después de semejante susto? —acotó Héctor.

—Porque la vida es una eterna guerra que se detiene cuando se hace sentir el respeto de quien la comanda. Usted tiene que hacerse respetá, padre, como el hombre único que queda en “La Torrealbera”.

—Tiene que hacerle ve a la gente que debajo de la sotana también hay una bragueta dispuesta a defendé lo que tanto le costó a su padre. Y con la lección que

nos dieron esta noche, no me queda más remedio que tendéle la mano –expresó Timoteo.

—Hoy o mañana mismo conocerá usted la verdad de la “Sombra Oculta”. Que Dios nos agarre confesaos y el patrón me perdone, pero a la culebra hay que matarla por la cabeza.

—Es obvio que hay algún interesado en desaparecerme de este patrimonio.

—Por supuesto, mi señor, y yo que soy más callao que una tumba, tengo que prevenirlo de esa persona a quien usted le dio las trompadas la otra tarde. Porque yo lo vi pelear, padre, y la verdad que usted se faja como los buenos.

—Ese es el fulano que quiere acabar con su merced –le insinuó el viejo Timoteo para demostrar su discreción en pronunciar nombres.

Héctor comprendió que se trataba de un ardid de Juan Carlos de la Huelva, que iniciaba su venganza.

Indiscutiblemente que el sacerdote necesitaba una prueba más para poseer la evidencia que le constatará de que el atentado había sido obra del español, pero también pensó que no podía darle largas a la investigación que en corto plazo podía costarle la vida sin que tuviera tiempo de defenderse.

La guerra, sin lugar a dudas, estaba declarada dentro de la familia, y la cuantiosa fortuna también codiciada por ese detractor al cual debería aún desenmascarar al término de la distancia.

La preocupación que le ocasionaba comprender a partir de ese momento el peligro que corría su herma-

na Betsabé, solitaria e indefensa a merced de las garras de aquellos enemigos que acechaban y que volverían a hacerse sentir con su acoso en cualquier momento, hizo que Héctor cambiara de planes, avocándose a proteger a su consanguínea y a su hijo inocente, ahora en período de gestación.

—Debemos retornar inmediatamente a la casa, Timoteo, porque tengo la sospecha de que mi hermana Betsabé puede encontrarse en serio peligro a estas horas. El interesado quiere esta noche un homicidio doble para despejar sospechas de su participación intelectual. El autor de toda esta patraña quiere que nuestras muertes sean accidentales para despistar a la policía en sus investigaciones.

—Padre, ¿y usted por qué está diciendo eso que no ha pasado todavía? —le interrogó el viejo Timoteo curiosamente.

—Ahora no me preguntes, y corramos a la casa antes de que sea demasiado tarde, viejo —expresó Héctor casi como una orden, mientras lo tomaba por el brazo y se dirigían de retorno a la casona más suntuosa de toda aquella región.

Timoteo le sugirió al sacerdote desplazarse tomando un atajo hacia un sitio poblado de árboles por donde se esconderían para no ser vistos por la vigilancia que caminaba en los alrededores.

Al acercarse a las adyacencias de la residencia, el jesuita se sintió aún más preocupado, pues le pareció extraña la indiferencia mostrada por la vigilancia nocturna, y le resultó aún más sospechoso que ninguno de los tres

o cuatro hombres que caminaban en la noche de custodia hubieran podido percatarse del tiroteo a discreción en la lejanía y en el silencio de la noche, apresurándose a averiguar lo que ocurría.

El sosiego del patio y el pasillo de entrada a la casa, acusó más desconfianza en ellos, y el viejo Timoteo, revólver en mano, casi empujó a Héctor para obligarlo otra vez a echarse al suelo, mientras el malicioso y veterano anciano, hábil en el manejo de emboscadas, paseaba su vista acostumbrada a la oscuridad por todos los puntos del patio donde sospechaba que pudiera haber alguien escondido, listo para un segundo ataque.

—Perro viejo late echado, padrecito, y a mi ya me caparon la única vez, pa' dejame arrancá la cabeza de un plumazo a estas alturas, carajo —protestó el valiente anciano en voz baja, mientras llenaba con más balas el tamborete del revólver.

La respuesta de la nueva emboscada fue dada por el silencio misterioso, que fue interrumpido por el canto carrasposo del chupahueso, ave de mal agüero en aquella región.

—Fuera de aquí, hijue'madre, y a preñá a otra bien lejos —expresó mentalmente sin esperar Timoteo, todavía agazapado detrás de la media pared que separaba el amplio corredor de las afueras de la casa, fiel a su superstición. Héctor se recostó sentado en cuclillas a la tapia que los escondía, se secó con la mano el sudor de la frente que llovía copioso por la presión que daba el temor, y trató de buscar con la vista la ventana del cuarto de su hermana que no pudo divisar porque él mismo

se encontraba en el otro ángulo de la amplia construcción, hecha de fuerte y bien acabado adobe.

A lo lejos se escuchó el ladrido de los perros que parecieron captar con su finísimo olfato la presencia de aquellos hombres.

Luego de entrar ya en la casona, el mayor de los Torrealba se apresuró a dirigirse a la habitación de su hermano, con la finalidad de percatarse que se encontraba en perfecto estado, como en efecto lo comprobó luego de abrir sin hacer ruido la puerta del sitio de descanso de Betsabé, quien disfrutaba placenteramente de sus horas nocturnas con su cobija que le arropaba hasta el pecho, y su brazo izquierdo sobre la frente como sinónimo de preocupación que da el subconsciente reprimido en el ente que descansa.

Héctor la miró con la ternura del hermano mayor que se apresura a proteger fraternalmente a quien necesita del amparo en la soledad profunda que aviva el temor por el misterio.

Se quedó por un momento pensativo y preocupado por la situación borrascosa en la cual se encontraba sumido, la angustia de ser sacerdote y estar obligado a realizar acciones de hombre frívolo y valeroso que en otras circunstancias espirituales hubiera obligado a desfundar también un arma para repeler aquella celada, instigada por la traición que da la cobardía de no poder propiciar un encuentro franco y de frente al objetivo que se persigue desaparecer.

Por la humanidad del prelado católico, no podía bajo ninguna circunstancia aparecer el pecado de pen-

samiento como el de abrir conjeturas que pudieran ser falsas en la búsqueda de implicados en el hostigamiento ya convertido en fuerte y elocuente atentado contra su vida conjuntamente con el perjuicio que podría sufrir su familia en los próximos días, pues consideró seriamente que con el atentado perpetrado en su contra, los demás blancos a inmolar ya estaban tácitamente premeditados.

Pero también habría por todos los medios que descubrir a los culpables materiales de tal fechoría para desenmascarar al autor intelectual de los hechos, y eso lo tenía Héctor muy claro en su conciencia, si quería seguir viviendo.

La vorágine de derechos inconcebibles que se suscitaban día a día en “La Torrealbera”, estaban ya comprometiendo la credibilidad, y por ende la serenidad de sus propietarios no le tiempo ya para homilias dominicales en las que Héctor pudiera reunir a la pequeña feligresía de la casa, y demandar la conjura que salvó su vida milagrosamente.

Fue así que motivado por esa emergencia con las primeras horas del alba, aún trasnochado por la intensa actividad de la noche anterior, aunado a su preocupación, se reunió en su habitación con el viejo Timoteo para elaborar los planes con los cuales comenzarían ambos a hacerle frente a los asesinos furtivos en la casa.

El anciano le sugirió recurrir al apoyo de su único hijo, también trabajador de la hacienda, hombre honrado y leal a los procederes de don José María Torrealba, que aunque nunca fue acreedor de la confianza del patrón mayor, que siempre acostumbró a rodearse de poca

gente; una que otra vez gozó de las prebendas del amo y señor.

Era un hombre de aproximadamente cincuenta años que no aparentaba, de mediana estatura y cabellera en-sortijada sin ser gruesa, con rasgos prominentes en la investidura que da el carácter del elemento recio de poco sonreír sino para humor que verdaderamente entretiene el espíritu del hombre serio y de cabales.

—Éste es José de la Cruz, padre. No es un muchacho precisamente, pero sí de la confianza de la cual necesitamos pa' ponenos a trabajá sin perdé tiempo.

Héctor lo miró por un momento y recordó haberlo visto una o dos veces en las jornadas dominicales de su misa.

—Aquí estoy, padre, listo pa' lo que usted tenga bien poneme a hacer, si su bendición me lo permite.

—Yo te bendigo, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, amén —le respondió el sacerdote con una sonrisa, mientras colocaba la santa cruz con su mano derecha sobre la humanidad de aquel ente de fe sencilla y de buena apariencia en el trato, recomendado por Timoteo.

—Este es el plantao que le conoce hasta la cuchara que utiliza pa' comer todo el personal de la hacienda, señor Héctor —aseguró Timoteo como para no dejar más dudas en el clérigo de las habilidades del hijo que francamente exhortaba hacia el apoyo incondicional que la familia Torrealba debía recibir.

—En la hacienda todos mis allegaos me identifican por José Cucho, patrón, pero poniéndome en cuerpo

y alma a sus órdenes, bien puede llamarme como usted quiera –le habló aquel hombre maduro ya, pero aún con la fortaleza y el valor que da el ente criado entre caballos, reses y lucha.

—¡Caramba! –exclamó Héctor sorprendido– Me hablan ustedes como si realmente fuera yo el dueño y señor de estas tierras.

—Y es que lo es, padrecito –interrumpió Timoteo, y luego prosiguió–. Es usted la única persona que después de don José María ha demostrado tener pantalones y un pecho lleno e' coraje pa' entregársele a los problemas que este monstruo llamo "La Torrealbera" tiene, y que hay que resolvé lo antes posible.

—Que yo me acuerde, aquí mismito, en la Victoria, muchos curitas dejaron el seminario y empuñaron un fusil pa' lanzase a hacele frente al tirano Boves, y murieron defendiendo la patria.

—Y a todas estas –prosiguió el veterano Timoteo como estimulando en Héctor el espíritu de lucha–, yo no creo que Dios los haiga abandonao a su suerte. Esos fulanos deben está sentaos si no a la derecha del viejo, por lo menos los debe haber colocao por ahí por un laíto.

El sacerdote trató de sonreír por la ocurrencia, pero un nudo de sentimiento le oprimió la garganta. Una espina que sobrepasó el límite donde el ser humano considera contra su misma vocación, y donde la naturaleza del hombre explaya sus ansias a más no poder para desprenderse del yugo que oprime el deseo de vivir en paz lejos de terceros que impidan la libertad de realizar

lo que la conciencia ecuánime reclama; instintivamente pensó en la violación del quinto mandamiento de la ley de Dios, y aquello le produjo terror.

—No vas a inmolar a nadie, a menos que se atreva en tu contra —pareció recordarle su conciencia impecable en el proceder hacia el bienestar ajeno, pero atenta a defenderse de los peligros que pudieran perjudicarla.

—No por el hecho de hacer valer tu respeto de hombre, dejarás de ser sacerdote. Recuerda que fuiste hecho a imagen y semejanza del supremo, que también ha luchado para brindarnos el mundo en el cual vivimos. Tienes derecho a existir y a morir cuando el creador lo considere conveniente, no cuando los mortales como tú quieran borrar te del camino.

El pensamiento reflexivo fluía como un río en el equilibrado cerebro de Héctor Torrealba, que inclusive debía hasta el último momento esperar por una luz divina, una señal que le indicara su definitiva incorporación a la lucha contra un enemigo nada fácil de vencer por la fuerza que le otorgaba su enigma, y que le permitía atacar en días, noches y obras desconocidas por el religioso.

Su oración para socorrer a los suyos en la indulgencia, se hizo más que cotidiana, pues casi ni prestaba atención a las indicaciones precisas que daba Timoteo en el momento en que se disponían a actuar, con las órdenes, por supuesto, del mentor y jefe, quien otorgaría a los dos hombres la franca puerta, primero a la investigación rumbo a la captura de al menos un sospechoso que pudiera contestarles bajo la mente de quién se encontraba en aquella intempestiva presión.

José Cucho, malicioso y hábil como su padre en la tarea de desenmascarar traidores, contaba con los suficientes recursos para atrapar al primero, pues él mismo, como asistente del caporal nada confiable, se había dado cuenta, manteniendo su discreción hasta el último momento, de la fuga misteriosa de yeguas preñadas que habían sido sacadas de los corrales bajo las órdenes de Juan Carlos de la Huelva, alegando éste que Betsabé que estaba de acuerdo con el negocio, hasta ahora ilícito para el hijo de Timoteo.

Fue así como procurando indagar a la vida por el lado que suponía débil a las consecuencias por el corte profesional, intuyó que Inés y su madre comenzarían por revelar la identidad de los protagonistas de debacle, y habiendo estado José Cucho en una oportunidad involucrado en el amor de aquella hembra prohibida por el trato que desenmascara la deslealtad y las malas influencias, buscó el lado débil con el cual una o dos veces llenó de felicidad la pasión desenfrenada de locura en Ernesta, que disfrutó en la cama la poderosa dotación de la cual aquel hombre era acreedor para tocar una vez más la puerta sexual de aquella mujer que a pesar de sus cincuenta cumplidos, lo recibió de cara al viento, fiel a su química innegable y la fuerza física que José Cucho aún poseía.

La discreción con la cual actuaba el hijo de Timoteo, aunado al temperamento que da el detalle innegable en el hombre que solicita el amor sin tener que adular, enloquecía el alma de aquella mujer que había sido de uno y de otro, para convertirse en la amante furtiva de aquel

elemento que la había hecho descubrir a carta cabal los caminos por los cuales colinda la locura del éxtasis.

Era por eso que mentalmente sabía que la tenía en sus manos, pues el amancebamiento era antesala de su hechizo.

—¿Por qué me preguntas eso, mi amor? —solicitó la respuesta aquella mujer, luego de acariciar el pecho lampiño que la hacía casi llorar en los límites del clímax avasallante.

Sin rodeos, José Cucho se apresuró a solicitar la revelación de aquel promotor de la violencia.

—Porque quiero saber si ese hombre, además de seguirte los pasos, está planificando alguna patraña sucia en la hacienda.

—Por supuesto que el señor De la Huelva tiene un juego bien montao que espera ganar el hombre —contestó Ernesta con confianza, revelando la verdad que se conocía.

—¿Estás bien segura de eso, mujer? —interrogó con fuerza.

—Tan segura como que Inés está preñá de él.

—¿También? —intentó preguntar nuevamente algo que suponía por la promiscuidad de la hermosa hija de quien había sido su amante.

—Tiene cuatro hombres bien armaos, y piensa comenzar a hacerle la vida de cuadritos a la señora Betsabé, comenzando por matar al cura.

—Eso ya me lo suponía —le contestó en cara José Cucho.

—Debes comunicarle a tu papá que esté prevenío, porque escuché de labios de uno de ellos que el viejo también está en la lista de los contaos pa' la muerte —reveló con frialdad inusitada aquella fémina que una vez careció de escrúpulos, mas no de sinceridad ante su apasionamiento con aquel hombre.

—¿Quiénes son? —interrumpió el hijo de Timoteo una vez más.

—Creo que Matías el flaco, el hijo del viejo pocho está metío en el berenjenal.

—Matías, peligroso por ladrón, ahora por traidor.

—El ladrón es traidor, mi amor, no lo olvides.

Y no necesitaban recordárselo, pues José Cucho ya había lidiado muchas veces con aquellos desalmados que amaban los bienes ajenos.

—Uno por uno irán confesando hasta que llegemos al meollo del asunto, padrecito, tenga paciencia, pero tampoco se me duerma, mira que un día perdió sin investigar son veinticuatro horas menos pa' su historial de vida —cumplía con recordarle Timoteo en sana tertulia para sugerirle del cuidado que Héctor debía tener.

—En esta casa patas pa' arriba como está, no debe confiarse uno ni de la cocinera, carajo —opinaba también José Cucho con la malicia que le caracterizaba.

Timoteo recibió información de su hijo en horas de la tarde, cuando luego de trabajar en los corrales y después de recibir la cotidiana cuenta de la jornada, escuchaba atentamente a José Cucho tratando de recordar el rostro de Matías como ficha de culpabilidad primordial en el atentado perpetrado contra Héctor. Observó a lo

lejos, en la entrada a la hacienda que colindaba con las casas de habitación del personal al consorcio, la silueta conocida de Juan Carlos de la Huelva, que procuraba desplazarse furtivo cubierto por cuatro o cinco hombres que lo escoltaban.

Pablito, uno de sus pupilos, aspirante a jinete que lo acompañaba en la faena y que ya estaba preparado por el viejo veterano para fungir como espía, en aquellas misteriosas reuniones que De la Huelva realizaba con aquellos peones tendenciosos a la traición hacia los Torrealba, le explicó con mucha preocupación la temeridad que sentía al serle encomendada tan difícil y arriesgada tarea.

—¿Y si me descubren, abuelo? —Interrogaba el jovencito de apenas doce años, huérfano y ahora bajo la responsabilidad de Timoteo y José Cucho, tan abandonados de cuadro familiar como él.

—Deje el miedo esperando aquí afuera, y eche oreja con cuidado de todo lo que dicen, luego usted observa, escucha, y se calla de no habló pendejadas, pa' que así los ingratos no se percaten de su presencia —le ordenó Timoteo con planteamientos precisos y concisos en palabras, para la misión que debía cumplir—. Y eso es ya, muchachito, porque pa' luego puede ser demasiao tarde. Así que váyase sin protestar —le indicó palmeándole el hombro derecho, e indicándole el camino que debía seguir.

Pablito se secó el sudor de la frente y se santiguó antes de despedirse.

—Que Dios y la Virgen lo lleven con bien, mijo —exclamó el anciano un tanto temeroso, pues conocía de la peligrosidad existente en el nido de víboras donde enviaba con premura a aquel adolescente inexperto aunque muy astuto.

El ocaso de la tarde calurosa lo acompañó hasta que el niño casi hombre se perdió en la lejanía, volviéndose a cada rato, como para comprobar que era en verdad las leguas de camino recorrido, rumbo a la boca del gato como un ratoncillo asustado de robar el cascabel.

Padre e hijo lo observaron apostados cada uno desde diferentes ángulos, alejados ambos lo suficiente para no despertar sospechas de que juntos estuvieran planificando alguna indagación, pues duda no tenían que Juan Carlos de la Huelva estaba enterado, ya que su plan por asesinar a Héctor había fallado, y que el sacerdote estaba en sobreaviso.

El anciano Timoteo estaba certero de que el próximo ataque se produciría esa misma noche, y se apresuró a alertar nuevamente al clérigo que se encontraba en su habitación, esperando noticias, no sin antes girar instrucciones a José Cucho del cuidado que debía prestarle a la seguridad de Betsabé, indicándole mantenerse escondido, inclusive en el interior de la amplia habitación de la única Fémica de apellido Torrealba, sin que la misma se diera cuenta.

Le sugirió actuar con cuidado sumo para no asustar a la dama en periodo de gestación, revisando palmo a palmo cada uno de los espacios del cuarto donde hu-

biera sospechas de alguien que acechara en espera de la llegada de Betsabé hacia su descanso reparador.

Detrás de la amplia y gruesa cortina que vestía a la ventana del cuarto del sacerdote, perfectamente se podía observar la entrada principal, por donde pasaba casi toda la gente de confianza, y también la ajena a la consideración y permisos de los dueños.

Timoteo le relató a Héctor los pormenores suscitados y observados por ellos aquella tarde, en aquella maliciosa reunión entre peones y patronos que no representaban el poder de la hacienda, pero que aún así, tenían los modos y los medios de comprar la conciencia alienada de aquellos seres, con el pago de algunas morocotas tentadoras que avivarían el pecado de la traición, en hombres a punto de convertirse en homicidas, si es que ya no lo eran.

Era evidente ya, que Juan Carlos de la Huelva, malvado y desquiciado por el ansia de venganza y codicia, era el autor intelectual de toda aquella desestabilización que había que frenar arrancando de raíz la columna vertebral que cimentaba con fuerza la próxima explosión que sin piedad hacia los dueños de “La Torrealbera” desplegaría aquella horda de facinerosos con la orden de inmolarnos uno por uno.

—Voy a mantenerme cerca pa protegerlo, pero es importante que usted busque también las maneras de defenderse, porque yo ya no soy tan ágil ni fuerte como hace treinta años —le planteó Timoteo que no quería apartarse de la ventana aguardando ya preocupado el retorno de Pablito.

Por ello, y con mucha vergüenza hacia el escándalo que podía generar el jesuita ante el apoyo abnegado y hasta exagerado que le ofrecían, Timoteo le entregó un revólver al que Héctor observó con los ojos desorbitados, no se sabía si por la indignación o por la sorpresa que le produjo semejante espectáculo tampoco acostumbrado a ser vivido por un apóstol de la Iglesia.

—Luego, usted me está entregando las llaves del infierno para que yo salga corriendo a abrir sus puertas —dijo el Torrealba clérigo mirando al viejo fijamente a los ojos, a lo que Timoteo le respondió con serenidad.

—Tómelo como quiera, padre, pero recuerde que Diosito una vez dijo: “ayúdame que yo te ayudaré”. Y no es la primera vez que digo esa frase.

—Pero entienda usted que soy un sacerdote, y que rehúso a tener en mis manos semejante instrumento de matar gente.

—Tranquilo, padre, que también el arma sirve pa' asustar y ahuyentar a quien quiera hacerle daño, y es sólo pa eso que se la entrego, pues nosotros somos los encargados de tumbar a los traidores que se atreven contra ustedes y algún día ganaremos al cielo cuando Dios nos reconozca la lealtad por la cual vinimos a este mundo a regalarla y aplicarla.

Héctor se conmovió por las palabras de Timoteo, y al querer darle las gracias, un nudo apretujó nuevamente su garganta. Estabas seguro y complacido de la sinceridad de aquel campesino con verbo autodidacta y coherente.

—De cualquier manera, es la única oportunidad que la vida le da pa' hacerse sentir como el hombre de sotana que tiene coraje en esta, la tierra de los elementos brutos, pero con alma grande.

Héctor apretó los puños mientras daba la espalda para evitar que Timoteo con sus conmovedoras palabras lo viera llorar, porque el consuelo de jesuita a partir de ese momento consistía en ver concretada la tranquilidad y felicidad de su familia, como eje primordial de la constitución de su misión.

La vida le estaba empezando mostrar verdaderamente los pasos por donde el hombre debe afrontar la lucha sin dar un paso atrás, pues la suerte de su supervivencia estaba en franco juego y la perseverancia con la cual había trabajado su padre durante toda la vida para la adquisición de tan poderoso patrimonio, no podía ser tirado por la borda de un día para otro y ser entregado al primer facineroso aspirante a la ganancia mal jugada por las influencias que da la codicia.

Héctor nunca lo iba a permitir, no al menos estando vivo y con los cinco sentidos puestos.

Lejos de la habitación donde conversaban los dos hombres, muchos metros más de las afueras de la casa, se sostenía otra reunión en cuya plática los truhanes aprovechadores de la ocasión, rendían cuentas al villano motor de la intentona magnicida, que furioso recriminaba con amenazas la misión que no pudo llevarse a cabo, alegando ineficacia en quienes no pudieron concretarla.

—¡Inútiles! Es eso lo que son —vociferó enojado Juan Carlos de la Huelva mientras daba un manotón sobre la

destartalada mesa donde sostenía la reunión—. Luego, yo les pago para que me fallen y la gente me descubra en su patraña. ¿Quiénes son los imbéciles que no cumplieron? —solicitó el español presto a hacerles pagar cara la tarea incompleta, y prosiguió amenazante—. La gente buena para nada no debe seguir viviendo, porque los hombres que trabajan para mí tienen sólo una oportunidad, y esa da la eficacia que se debe aplicar en mis órdenes, coño.

—Ahora el cura nos vio todas las cartas con las que hacíamos trampa en la jugada, y a estas horas debe saberlo todo. No digo yo, si en este país hay gente inepta y que le faltan bolas.

Los peones cómplices del español se miraban unos a otros y en la sangre de algunos comenzaba a desaparecer el temor que sentían por aquel patán de la península ibérica, para aflorar la más ácida animadversión, arma peligrosa para quien lidia con campesinos que no tienen respuesta para las ofensas sino el coraje que da el sentirse vejados.

—¡Un momentico, patrón! —trató de protestar uno de ellos, molesto ante el tono autoritario del De la Huelva.

—¡“Un momentico” un coño, hombre! —interrumpió Juan Carlos casi encima de él—. Aquí las órdenes las doy yo, y aquí se hace y se cumple lo que a mi me da la grandísima gana. Y el elemento que no cumpla a cabalidad mis órdenes se muere y al carajo.

Volvieron a pasarse las miradas entre ellos, y Pablito temblando de miedo escuchaba las instrucciones de aquel desalmado que parecía haber perdido la razón ante el plan que repetía después de haber girado ins-

trucciones a sus dos guardaespaldas de inmolarse a los hombres que fallaron en el asesinato de Héctor.

El temor del muchacho fue percibido por la mente ágil de Juan Carlos de la Huelva, quien acostumbraba a observar a cada uno de los hombres, sin perderle la pista de su coraje y poder de decisión.

—¿Y este chiquillo qué hace aquí? —interrogó el jefe mentor, mientras lo señalaba con el dedo índice. Uno de ellos lo identificó ininteligible.

—Ese es Pablito, el nieto del viejo Timoteo. Seguro que lo mandaron a escuchá todo pa' luego ir a contárselo al viejo que es amigo del curita.

El jovencito, viéndose descubierto, intentó echar a correr, pero fue detenido por uno de los peones que fuertemente lo sujetó por un brazo.

—¡Quieto, pajarito! Tráiganmelo acá, que quiero preguntarle algunas cosillas de mi interés —manifestó De la Huelva malicioso y sádico.

Pablito asustado e indefenso y ahora cautivo de la horda de sátrapas, observaba la actitud amenazante de aquel hombrón oriundo de España, y que con cara de pocos amigos comenzó a interrogarlo mientras lo tomaba por la pechera.

—¿Quién coño te invitó a esta reunión?

El jovencito sólo se limitaba a hacer silencio, porque el espanto, por su suerte, no le dejaba articular palabra.

—¿Es cierto que eres familia del viejo Timoteo?

Pablito respondió con el silencio que le otorgó aún más complicidad con el recién nombrado.

—Hombre, lo has escuchado todo, y eso es muy grave si se te suelta la lengua.

Y para no dejar dudas de la demencia que lo atacaba, el español dio la orden fatal que estremeció de pavor a unos, y de indignación a otros:

—Córtensela.

Los hombres se miraron abismados unos a otros, porque era evidente la locura desenfrenada de aquel elemento sin escrúpulos.

—Que le corten la lengua, coño; he dicho ya. ¿Es que no me oyen?

Uno de sus guardaespaldas, inadaptado como el jefe, y con el rictus de la locura en su rostro, no vaciló en desenvainar un enorme cuchillo carnicero que llevaba en el cinto, y despiadado hizo abrir la boca del infeliz y desamparado Pablito, que forcejeaba horrorizado contra el vil y asqueroso acto, sólo ejecutado por un hampón en brazos de la demencia.

Todo fue cuestión de minutos, porque el jovencito fue maniatado y el ¡Ay! De su último alarido fue aderezado por la frase cruel del español que sonreía, luego de observar cómo le fue arrancado el órgano de un tajo:

—Es tu último grito, muchacho. Llévenselo y desaparezcanlo de mi vista —expresó el aberrado sin compasión, no sin antes advertir en tonalidad seca y decidida—. Eso es lo que le puede pasar, y peor, al elemento que me traicione y no cumpla a cabalidad mis órdenes.

Entretanto, en la habitación de Betsabé, un poco antes de la hora de acostarse, se producía la primera visita de un ente no autorizado por la dueña, quien entró de

manera sospechosa y sigilosa con una cesta con tapa entre sus manos.

José Cucho, que lo observaba en la oscuridad, se llevó la mano al revólver mientras se mantenía atento a los movimientos de aquella silueta que parecía ser un hombre, y que levantó la sábana y la cobija de la cama de Betsabé para colocar algo debajo de los trapos en el ángulo donde descansaban los pies del somnoliento.

Sin perder tiempo a dejar salir a aquel sospechoso, que sin duda había sido comisionado para atentar contra la vida de la Torrealba, el hijo de Timoteo se le fue encima con una orden que sorprendió y estremeció al sujeto intruso.

—¡Alto, o lo mato!

El infraganti dejó caer la cesta al piso y trató de forcejear, cuando José Cucho le colocó el cañón del arma en la cabeza, mientras lo sujetaba fuertemente por un brazo.

—Quédate callaíto, y con mucho cuidao enciende la lámpara del cuarto –le ordenó preciso el hijo de Timoteo que en la penumbra no podía ver, pero que el agraviado, quien quiera que fuese, sí identificó al hijo de Timoteo por el tono de voz, y que por conocerlo lo respetaba, porque había visto en muchas oportunidades lo que aquel hombre de temple era capaz de hacer, y por ello sintió miedo.

—No me mate, José Cucho –le imploró el detenido que ya sabía del desenlace inminente de aquella intromisión en la vida de la Torrealba.

—¡Cállese la boca y prenda la lámpara! —al mirar con la luz el rostro del magnicida ahora con cara de asustado, comprobó que era cierta la confesión de su amante Inés.

—Matías, ¡grandísimo zorro! Ya le tenía en la mira, condenao, lo que no pensaba era que ibas a caer en mis garras tan pronto, hijue'madre —fueron las palabras arrolladoras y de pocos amigos de José Cucho.

—¿Qué traías en esa cesta?

—No fui yo, José Cucho, te lo juro —trató de justificarse con cinismo—. A mí me mandaron y me pagaron pa' metérmele en el cuarto a la señora Betsabé.

—¿Qué fue lo que pusiste debajo de las sábanas? —interrogó José Cucho al convicto, que le advirtió no levantar los trapos de la cama, cuando impresionado al manipular las telas observó el movimiento amenazante del ofidio venenoso que allí se encontraba enroscado y listo para un nuevo ataque que el hijo de Timoteo evitó con agilidad cuando la peligrosa cascabel intentó morder como mecanismo de defensa.

—¡Condená bicha, carajo! —exclamó José Cucho sin soltar a su cautivo.

Matías aprovechó la sorpresa que distrajo por un momento a José Cucho e intentó desarmarlo, pero un certero cachazo que dio de lleno en su rostro lo hizo caer encima de la cama, quedando a merced de la dentellada relampagueante de la víbora inclemente en pleno rostro; con el grito de espanto que produce la presencia cercana de la muerte por el activo veneno de la cascabel que

de inmediato produce desequilibrios si no se interviene a tiempo.

No había lugar para torniquetes, y lo único que se podía hacer para prestarle ayuda a aquel infeliz, era extraer con la boca el veneno de los dos pequeños orificios rojos donde se inyectó la muerte hecha veneno en la mejilla izquierda de la víctima. Y antes de que el ofidio volviera enroscarse para atacar de nuevo, el gatillo del arma de José Cucho se apretó con tal puntería en el disparo, que la cabeza de la culebra voló en partículas, alarmando con el ruido a toda la gente que corrió a la habitación con el propósito de indagar el suceso.

Betsabé fue la primera en querer pasar, pero Héctor la detuvo bruscamente por prevención, y Timoteo quisquilloso, con el arma la mano, se apresuró a entrar al cuarto, aún lleno del eco del estampido que produjo acústica y olor a pólvora en aquellas cuatro paredes.

No se sorprendió el anciano acostumbrado a ser implacable con los traidores, cuando vio el cuerpo del magnicida tirado en la cama con los primeros síntomas que proporciona la ponzoña, efluvio mortífero aún sin antídoto por la época y la región bastante apartada de la ciudad.

—¡Maldito Matías! —Expresó Timoteo con indignación al verlo tirado como una pelota humana de consumada miseria al borde de la muerte.

—Debería matarte aquí mismo por perjurio y falso, pero mejor es que sufras y que le veas la cara más de cerquita a la pelona, pa' que te lamentos de haber nacido, condenao.

José cucho le recomendó a Betsabé no presenciar la escena hablándole crudamente.

—Es mejor que no entre, señora Betsabé, pues la impresión que le va a producir mirar lo que está allá adentro no la va a dejar dormir por muchas noches.

Héctor también impidió la servidumbre indagar el proceso y apostado en la puerta de la habitación, hablaba con algunas mujeres de la cocina.

—Había una serpiente de cascabel bajo las sábanas de la cama de mi hermana, ¿lo sabían? —Interrogó el sacerdote para insinuarle la complicidad a las únicas que entraban a esa alcoba y que la conocían palmo a palmo.

Las sirvientas se vieron entre sí como ajenas al suceso, buscando una respuesta que ninguna de ellas tenía.

Allí había sido descubierto a tiempo el atentado que no pudo llevarse a cabo, por la intuición aguda y maliciosa del viejo Matías, que de no haberse cumplido sus órdenes tal como las había indicado, la fémina Torrealba hubiese tenido pasaje gratis al insospechado valle de las sombras, de donde no parece regresar ningún mortal; al menos, no todavía.

—Se está muriendo con la puñalada de su propio cuchillo, herida que no tiene cura médica, taita —expresó José cucho al acercarse de nuevo al lecho donde yacía sin ninguna esperanza de recuperación, aquel cuerpo cuyo rostro mostraba síntomas de hinchazón inminente por el veneno que ya comenzaba a hacer efectos en la sangre de aquel desdichado hijo de la barbarie.

Héctor se abocó a aplicarle la extremaunción como proceder obligatorio de su condición de sacerdote ante

la mirada aparentemente indiferente de sus dos hombres de confianza, que en el fondo de sus almas lograron aflorar un dejo de lástima, que aquel inadaptado no había tenido nunca con aquella mujer indefensa, a la cual le había sido encargado matarla por la vía más canallesca que se hubiese podido ver.

Timoteo preocupado aún por el retorno de Pablito, luego de haber finiquitado lo del traslado del cadáver de Matías de la casa grande a otro sitio donde debería ser velado por sus compañeros, percibió preocupado la hora de antesala a la medianoche, y pensó lo peor de la suerte del jovencito, echándose él mismo la culpa de lo que podía haberle ocurrido.

Las sorpresas durante que el inicio de la hora nona hacia el corazón de la madrugada, y las primeras horas del alba, fueron casi simultáneas, cuando los peones que representaban la cáfila de Juan Carlos de la Huelva recibieron los despojos mortales de Matías bajo el estupor primero, y el dolor después del viejo pocho, que lo recibió trémulo y de rodillas para formular la fatal sentencia, que sucedió por obra de la casualidad y que ellos consideraban, sin saberlo, como el pase de factura por la muerte de Pablito, que expiró en un rincón del monte desangrado y abandonado por los malhechores.

—Ojo por ojo y diente por diente, nos la cobraron con la misma moneda.

Igual expresión salió de los labios del anciano Timoteo, que inconsolable se daba golpes en su cabeza encanecida por los años, sin querer perdonarse la responsabilidad de haber enviado al infeliz muchacho a las

garras de la muerte, cuando abrazaba contra su pecho el cuerpecillo del niño que no tuvo tiempo de ser adolescente porque Dios lo llamó a su lado en el momento en que aquellos hombres más necesitaban de él.

Pablito había muerto con la mueca del espanto en su rostro, y sus ojos completamente abiertos que demandaron piedad hasta su último momento no pudieron ser cerrados porque a la hora en la cual fue encontrado ya en su cuerpo comenzaban a sentirse los primeros síntomas de descomposición.

—Tiene cerca de diez horas de muerto taita, y por lo tieso y podrío deben haberlo matao anoche, cerca de las nueve.

—Hay que darle cristiana sepultura lo antes posible, primero por su descomposición, y segundo para evitar un escándalo mayúsculo en la hacienda, pues la servicialidad del muchacho se ganó el cariño de muchos que indagarán el motivo de su deceso.

—Le cortaron la lengua, lo dejaron abandonao en el monte, y el pobrecito se desangró, padre, pero lo que soy yo, busco al responsable de esta vaina pa' cobráse las peor, porque si este indefenso fue víctima del corte de ese órgano, pues a aquel le voy a cortar las...

—No, Timoteo —le recomendó Héctor con serenidad—. Sería meterte tú también en la boca del lobo, y te matarían sin piedad.

—Verdaderamente que se ha propiciado un enfrentamiento franco entre los dos apellidos y la guerra es inminente, razón por la cual hay que estar preparados —fue la

opinión certera de Héctor ante la hecatombe desatada e indetenible hasta el momento.

—Ataque esa mala hierba que le está invadiendo su terreno, y arránquela de raíz, padre, se lo he venío diciendo pa' prevenilo, y usted no me hace caso —insistió con frenesí una vez más el viejo Timoteo, dispuesto inclusive a incorporar a más hombres a su grupo, que enfrentaría la caterva antípoda de aquel español que estaba decidido a expulsar a aquella familia de los predios, que eran desde hacía más de 50 años, absoluto patrimonio de José María Torrealba padre.

Betsabé, indispuesta emocionalmente por los acontecimientos suscitados por la violencia, se abstuvo de seguir utilizando su habitación, pues la muerte inesperada de aquel hombre como autor material del atentado hacia su integridad física, había dejado marcadas las cuatro paredes que una vez fueron percibidas por ella como limpias de malos actos, con un aire de paz y tranquilidad que ahora fue desmoronado por el aura negativa de las pasiones incoherentes del ser humano distanciado de la misericordia divina, e inmolado más temprano que tarde por la ineluctable ley de la regresión.

—Espero que esta experiencia sea la prueba fehaciente que te haga entrar en razón, para que no intentes colocar la otra mejilla cuando recibas una bofetada de la persona que nunca ha tenido consideración de tu persona, porque el prójimo azote ya no será un manotazo, sino algo peor que te haga padecer más la clemencia del dolor, por ser tan incauto y no asimilar la experiencia que te haría aprender en una sola vez.

Esta fue la larga y reflexiva manifestación de Betsabé Torrealba, que demandaba orden y mano dura para poner en cintura a todos aquellos empleados de “La Torrealbera”, que bien pagados querían sembrar la zozobra y el desequilibrio en la casa, atreviéndose inclusive, sin ningún pudor, a atentar contra la vida de los dueños.

Por dondequiera que asomara el rostro de Héctor Torrealba, recibía las demandas para que abriera los ojos y reaccionara como el pilar fundamental, en cuyas bases temperamentales pondrían los leales habitantes de la casa que quedaban fieles a su credo, la esperanza que mantendría aún en pie el respeto y la credibilidad de aquel cuadro familiar casi extinto por la falta de carácter y freno a quienes confían como personas no gratas en la hacienda.

A todas estas presiones, se unió la del día siguiente, cuando uno de los trabajadores de “La Torrealbera” en representación de sus compañeros de faena, se pronunció en torno a la explicación que debía recibir sobre los sucesos no solamente de orden criminal, sino también a la peligrosa fuga indiscriminada de ganado caballar que diariamente desengrosaba la ganancia, siendo entregados a entes que los solicitaban bajo órdenes de Juan Carlos de la Huelva, previa consulta con Betsabé, a quienes los obreros aún presumían como esposa del español, ahora estafador.

La pérdida cuantiosa se generaba en sementales pura sangre y yeguas preñadas que eran sacadas de los corrales sin órdenes del capataz, que también formaba parte de la orden criminal de De la Huelva, y que alegremente

se hacía el desentendido para propiciar el robo descarado.

Al ser enterado por Timoteo del fraude desencadenado por aquella ola de facinerosos que de seguir en franca tarea ante la indiferencia de los jefes dejaría al consorcio sumido en la más absoluta ruina de la noche a la mañana; Héctor tomó la decisión más comprometedora, pero también la más importante de su vida, cuando luego de ordenar que lo dejaran solo, se encerró en su habitación para sumirse en una profunda oración, donde poco le faltó para sudar sangre, que ahora estaba dispuesto a derramar para la consolidación como hombre de retos, coraje, con la carne y los huesos a tono, y bien distribuidos sus cinco sentidos, que fieles a su temperamento lo convertirían a partir de ahora en el caudillo al cual habría que comenzar a ver con temor.

—Si la gente que te cree incauto no te respeta con temor, nunca te honrará con adulación —pensó decidido esa vulgar pero elocuente cita propia de otro inadaptable con el don de mando que sólo el yugo del látigo le proporciona.

—Si en esta tierra de fieras, la ley del más fuerte es la que se hace sentir, entonces me recordarán unos con coraje, me amarán otros con cuidado, y me odiarán quienes me enfrenten con miedo —puntualizó irrevocable aquel hombre de sotana, que inmediatamente procedió a desprenderse de ella, y que luego de colgarla la sustituyó por las botas de polaina, el recio pantalón de caqui, camisa y sombrero de ala, sin olvidar el revólver

que lo acompañaría por los cuatro puntos cardinales de aquella región de hombres brutos.

Al solicitar la presencia de Timoteo y José Cucho en su habitación, ambos quedaron impresionados del cambio radical en la figura de Héctor Torrealba.

—¡Caramba, mi señor! Ahora sí podemos hablarnos de hombre a hombre.

—Siempre lo hemos hecho, Timoteo, pero en este momento estamos mirándonos de jefe a súbdito, y de cabecilla a guerrero. Luego ustedes cumplirán a partir de ahora mis instrucciones tal cual como yo se las ordene.

—Vamos a comenzar por retornarle el valor a todo aquello que ha sido devaluado por quienes pretenden con sus argucias destronar a quien está en el trono.

—Veamos si con mis métodos van a continuar molestándonos, porque hasta hoy llegaron las arbitrariedades del mentor de toda esta vorágine.

Luego que José Cucho le informara al recién nuevo jefe del contingente con el cual podían iniciar la lucha si la hubiere, quiso Héctor que Betsabé por motivos de su período de gestación se mantuviera alejada por un tiempo de los alrededores de la hacienda al cuidado de ningún hombre mejor que Santiago Puy, su pretendiente y ahora padre del hijo que esperaba; al cual no tenía dudas que su hermana amaba de verdad, y con el cual se sentiría protegida, atendida y halagada en tan delicado momento.

Sin duda que el amor y la tranquilidad representaban lo mejor para ella y el vástago, y las difíciles circunstan-

cias por las cuales atravesaba “La Torrealbera”, no era ni las más placenteras.

—Cuídate mucho, Héctor, y de más está decirte que te quiero muchísimo —fueron las palabras de Betsabé, antes de partir acompañada de tres hombres de confianza de Timoteo, que la escoltarían a las adyacencias de aquel pueblo en la jurisdicción donde se encontraba “La Torrealbera”, y le aguardaba Santiago Puy, ya enterado de la próxima llegada de su amada.

—Todo va a estar bien, hermanita, pero antes voy a pedirte algo que sé que nunca has hecho, y que ahora debes cumplir con una promesa que me otorgará paz y tranquilidad, si algo llegara a ocurrirme. Reza por mí, Betsabé, ora profundamente por la salvación de mi alma. Ese va a ser el mejor presente que nunca antes he podido recibir de ti, y que te agradecería eternamente.

—Una vez como sacerdote me entregué en cuerpo y alma a Dios en el ejercicio de su palabra, con el propósito de rescatar almas, y hoy me sacrifico como hombre en fe y coraje para salvar lo mucho que nos queda en patrimonio, reconquistar la confianza que nos ha sido arrebatada por las garras de la intriga y la mentira, consolidar por encima de todo nuestro patrimonio que es fuente de trabajo para la gente humilde que nos rodea, y que de perderse, lo dejaría en el camino del desamparo, y por ende del hambre y la falta de techo.

Así comenzó la mitad de su vida generosa, apacible y comprensiva, la nueva identidad de aquel hombre cuya oración no podía sustentar la avalancha de problemas ocasionados por la emancipación interna que le había

desbordado, por la indecisión de tomar reto que su padre había mantenido por espacio de cincuenta años, y que ningún otro de sus hermanos había contado con la suficiencia general y temperamental de frenar primero las pérdidas cuantiosas ante el hurto descarado, disfrazado de negocio cerrado y que luego la insubordinación de aquella nómina de empleados que una vez había sido el ejemplo de honradez, tesón por el trabajo y lealtad en toda aquella región, porque don José María Torrealba podía haber tenido los mil y un defectos espirituales por su libertad de credo, pero siempre se había comportado ante los ojos de la gente que lo rodeaba, como un elemento cabal en el ejercicio de la justicia, ecuánime y firme en su toma de decisiones y considerado en la comunicación que como jefe debería mantener con su guarnición.

La reacción como mecanismo de defensa que Héctor guardaba en su subconsciente reprimido, y que estuvo a punto de hacerle estallar el alma detenida por la misericordia que según los preceptos religiosos debería tenerse al enemigo, fue aún de mayor sorpresa y estupor para aquellos que decididos a entrar en la lucha cuerpo a cuerpo si así se requería, se preparaban a cumplir las órdenes del nuevo jefe, que se estrenó manifestando esta estrategia irrevocable:

—Cuenten los enemigos, y marquen los hombres por hombre. Cada uno de ustedes, a partir de ahora, debe buscar su propio objetivo y convertirse en su sombra, por supuesto, sin descuidar el trabajo para que ellos no se den cuenta.

—No los dejen actuar en sus intentos, y si hay que arremeter por la fuerza, háganlo, pero tengan mucho cuidado de parecer gente natural. No hay mejor arma en la lucha que jugar contra el desconcierto del enemigo.

—El enemigo desconcertado duda, y la duda produce flaqueos en la toma de decisiones —luego se dirigió a Timoteo—. Busca los hombres que sean necesarios y contráctalos si el contingente contrario es superior al nuestro. De cualquier manera se hará el esfuerzo por cancelarles una jornada justa por su trabajo.

—Al fin y al cabo —sentenció—, si las cosas se dan como las estoy planeando, con la ayuda de la fe y la justicia, esta lucha durará poco porque su fractura es inminente.

En el espionaje ordenado por Héctor fue también incluida la figura de Juan Carlos de la Huelva, que bajo ninguna circunstancia podía ser olvidado por considerarlo la columna vertebral de aquella insurrección, de tangentes peligrosas.

Para esa tarea, fue encomendado un hombrón de tez negra y corpulenta oriundo de la región de Mariches, de donde buscando bonanza y menos esclavitud que la de servir de obrero en el negocio de la recolección del café, una vez se presentó humilde y ponderado en la pequeña hacienda que Santiago Puy poseía en las adyacencias del campo glorioso para la libertad de nuestro país; solicitando trabajo donde el amante de Betsabé tuviera a bien colocarlo, pues las leguas que había recorrido buscando mejoras y un sitio donde esconderse de la justicia por haber matado a un hombre que quiso robar-

le su caballo le habían generado cualquier cantidad de necesidades, como hambre, sed y frío; y solicitaba ser auxiliado en aquella caridad que Santiago Puy no vaciló en darle por parecerle un hombre honesto, sin importar-le su andar realengo y desconocido.

Calderón se llamaba aquel destinado a convertirse en los pasos y sombra de Santiago Puy, y sus allegados lo apodaban “el Negro Eva”, diminutivo que no dejaba de perderle el respeto y aún más el temor que muchos de sus allegados le tenían cuando aquel mastodonte de 100 kilos de peso perdía los estribos.

Como todo epiléptico, procuraba que nadie lo hubiera sumido en las convulsiones que producían sus ataques, y en sus ansias por sobrevivir a toda costa ante el embate de la asfixia mecánica que produce el peligroso movimiento involuntario de la lengua, en una oportunidad, tratando él mismo de no tragarse el órgano, utilizó uno de sus dedos, que en intento desesperado por mantener la boca abierta para la expulsión del espuma, sucumbió ante la dentellada que lo amputó de raíz, y que de no haber sido por la ayuda que uno de sus compañeros de faena le prestó en el momento, no hubiera vivido para contar la terrible anécdota.

*El negro “Eva”
bonito y feo
es bien grandote
y le falta un deo.*

Era la copla maliciosa para buscarle la lengua, que sus amigos recitaban en las noches de aguardiente y chimó que durante los fines de semana tenían, reunión obligatoria para el entretenimiento queda la tertulia que despeja la jornada.

*“Eva” sin deo
Bien tiene brazos
Pa’ así metete
Tu cogotazo*

Respondía Calderón, agazapado la oscuridad para arrancar carcajadas cómplices de su sencilla pero veraz copla que él mismo había inventado para defenderse de las bromas.

—El Negro “Eva”, siendo tan feo tiene nombre de mujer, no digo yo, “Eva”... —proseguía otro, para buscar otra reacción en la agilidad mental que favorecía a Evaristo Calderón, y que a sus compañeros les agradaba festejar con gritos de aprobación.

—¡Guá, muchacho! Si vieras tú la Negra “Eva” que tengo entre las piernas.

Las carcajadas del grupo se dejaban escuchar hasta reventar en la oscuridad, sólo alumbrada por la fogata construida por ellos para espantar la plaga.

Por esos procederes tan transparentes en su personalidad que lo hacían un elemento valiente y sin marcha atrás hacia las decisiones que tomaba, además de ser honrado y leal a la confianza que se le daba, Santiago

Puy no vaciló en ponerlo bajo las órdenes de Héctor, que lo conoció y lo recibió como uno de los suyos.

—Llévelo y téngalo usted hasta que haya concluido su faena, y considérelolo como el más fiel de sus guerreros, que incluso, no vacilará en ofrendar su vida para la causa a la cual pertenece.

—Pues bienvenido la guerra, Evaristo –fue el saludo de Héctor, que asustó un tanto a sus allegados, que habiéndolo conocido durante toda la vida como el hombre caritativo y mentor del sabio consejo hacia la buena conducción de la vida sin violencias, lo escuchaban ahora como el precursor de la lucha y defensor de interés sin importarle el precio.

—¡Caray! –exclamó sorprendido Timoteo– El padrecito como que se tomó bien en serio su papel de guerrero.

—Y triunfará, taita, porque la confianza le brilla en los ojos, y las ganas de pelear ya le rompen los botones de la camisa –agregó José Cucho, observador como siempre.

Las acciones comenzaron a llevarse a cabo al día siguiente, cuando a caballo y lejos de la hacienda, Héctor en compañía de diez hombres armados, ultimaba los detalles para la batida inminente.

—¿Una última pregunta, patrón? –Solicitó el Negro “Eva” como queriendo colocar el grano de arena que se necesita para ganarse la confianza– No sé si estaré sugiriendo lo que bien no me han preguntao, pero es preciso que me conozcan y como yo soy más metío que

una gaveta, le presento la siguiente idea que de repente puede serví pa' algo:

—¿No será bueno metele al hombre que a mí me toca, un traidor entre la casa? —y prosiguió malicioso— Digo yo, pa' que nos mantenga informaos de sus pasos.

—Es preferible fungir como franco enemigo en combate cuerpo a cuerpo que como traidor —expresó Héctor con sabiduría.

—Si bien es cierto que al oponente no deben otorgársele ventajas, también es sensato que le demos la oportunidad de defenderse, e incorporar un espía traidor entre el enemigo significaría que la vida nos pasaría inmediatamente la factura, colocándonos a otro desleal en nuestras filas, y eso no lo quiero —puntualizó Héctor para dar por terminada la conversación sobre la estrategia que desaprobó con elocuente explicación.

Los jinetes a las órdenes del ahora hombre de colgados hábitos por las circunstancias, se miraron entre sí como queriendo constatar el arrojo y la inteligencia del Torrealba mayor, ahora en brazos de la lucha hombre a hombre.

De verdad que a pesar de su edad la gallardía de Héctor era de altura, y los comentarios femeninos fueron de absoluta aprobación cuando lo vieron desmontar de aquel hermoso caballo blanco en aquella tarde donde todo debía comenzar.

—¡Qué buenmozo se ve el padre Héctor vestío de macho, Joaquina! —comentaba una de las mujeres trabajadoras—. Mire usted lo que se está perdiendo bajo esa sotana de mujer.

—No seas pecadora, grandísima zorra —la reprendió Joaquina, fingiendo estar ruborizada, pero también en obnubilada mirada al todavía apuesto Héctor.

Las dos chismosas trataron de esconderse dentro de la casa, cuando lo vieron acercarse a ellas, pero Héctor atento al cuchicheo de ambas, las llamó con un tono de voz enérgico.

Las mujeres obreras de la casa no supieron si darle el calificativo de sacerdote u hombre al tratar de saludarlo, y por esa razón el Torrealba se adelantó para darles una orden que deberían cumplir a cabalidad.

—Hágame el favor de buscarme a Ernesta y a Inés, y díganle que necesito hablar con ellas, que las espero inmediatamente aquí en el comedor.

Al cabo de un rato, madre e hija sobresaltadas por la imperiosa y urgente solicitud hacia sus personas, se presentaron en la sala del comedor de la hacienda donde Héctor después de sorber un trago de agua de la tinaja, las aguardaba sentado en la mesa, con mirada ágil, dominante y de pocos amigos.

—Las mande a llamar porque quiero que me respondan algunas preguntas que necesito hacerles.

Las dos mujeres quedaron sorprendidas ante el súbito cambio de vestuario en el jesuita, ahora de pantalón y camisa de caqui.

Inés, la más atrevida, paseó deliciosamente su vista por aquel cuerpo todavía atlético, que había tenido entre sus brazos una vez, sin haberlo conquistado palmo a palmo, y una corriente de morbo invadió su mente alterada, no disimulando el deseo carnal, al pasar su lengua

sobre los labios, gesto que el finísimo sexto sentido de Héctor captó de inmediato.

Ernesta tampoco dejó de hacer lo suyo, porque las armas del encanto femenino natural que ambas poseían y sabían tener, era el vehículo inmediato para inyectar el veneno malicioso de la persuasión femenina que tanto enloquece a los hombres débiles de disciplina.

—Aquí estamos pa' servile en lo que usted tenga a bien ocupanos.

—Somos todas tuyas, padre Héctor –contestó Inesita con su acostumbrado atrevimiento característico.

—Necesito que me digan ¿qué hacía ayer en esta casa, donde fue declarado persona no grata, el señor Juan Carlos de la Huelva?

Las mujeres se miraron de soslayo, sorprendidas ante la pregunta que no esperaban, no pudiendo disimular la complicidad que las unía al español.

Finalmente Ernesta, poco más hábil que la hija en el manejo de situaciones triviales, se adelantó para tratar de hacer un poco más afable la tertulia, que de mentir, tomaría una tonalidad un tanto más agresiva de la que ya comenzaba a aflorar entre las exigencias y el tono transparente con el que Héctor indagaba los sucesos.

—A mí me pareció velo ayer por la tardecita por los alrededores de las caballerizas.

—¿Le pareció? –la interrogó el Torrealba para incitarla a mostrar la certeza de haber identificado a De la Huelva—. Tengo entendido –manifestó luego con un poco de sarcasmo– que De la Huelva es asiduo visitante de us-

tedes, por razones de una amistad que la gente del hato prodiga como íntima.

Inés se ruborizó ante el recuerdo del altercado sostenido con Betsabé en aquella tarde de aberrantes y lascivos actos, y sabía que bajo ninguna circunstancia podía engañar al sacerdote.

—Realmente es cierto que el señor Juan Carlos es amigo de nosotras, y que a veces nos visita, y eso usted lo sabe, padre.

—Lo sé, y ahora usted me lo ratifica, lo que considero una grandísima falta de respeto, pues ese señor no tiene absolutamente nada que buscar por estas tierras, porque ya no hay nexo que lo una a mi hermana, ni amistad que por su culpa y actos rompió en dos con esta familia, para que de nosotros desapareciera la consideración que dijimos tenerle una vez.

—Por lo que a mí respecta —continuó Héctor enérgico y preciso—, la relación que ambas puedan tener con ese hombre y que me importa en absoluto, les agradezco la lleven fuera del seno de la hacienda, si quieren seguir como empleadas del patrimonio Torrealba.

—Me disgusta sobremanera la gente que conociendo las verdades que se manifiestan en el entorno se hacen ajenas a ellas —expresó Héctor, para rematar con otra pregunta que las dejó petrificadas y sin saber qué contestar.

—¿Qué saben ustedes de la muerte de Pablito el becerrero?

—¿Por qué nos pregunta eso, padre? —interrogó a la vez Inés como sospechando de que el cura se atreviera

a imputarles complicidad en el magnicidio del muchacho.

—¿Saben o no del asesinato del muchacho? —Volvió a solicitarles Héctor en tono avasallante.

—Creemos saber lo mismo que usted sabe padre, lo encontraron muerto y desangrado en un rincón del monte.

—¿Conocen ustedes al asesino de Pablito? —Madre e hija volvieron a mirarse, como queriendo decirse que debían mantener la boca cerrada si querían seguir viviendo, pues ya Juan Carlos de la Huelva, desconfiado y rufián, las había amenazado con maltratarlas si descubriría que una o las dos hubieran hecho comentarios de las tantas fechorías que el español realizaba sin son ni ton en la hacienda, sin una voz líder que pudiera poner fin a sus locuras.

Inés sabía que ningún futuro alentador les deparaba sostener relaciones con aquel desquiciado que sólo las utilizaba para sus actos de aberrado por ansias sexuales que produce la copa, además de ser tosco y peligroso en el trato.

Sabían ambas que al español poco le importaría abandonarlas aún conociendo el embarazo reciente presentado por Inés como producto de sus tantos encuentros promiscuos con aquel tarado mental, oriundo de la península ibérica.

Ernesta, aún hábil en la reflexión de la vida, consideró que el mal agradecimiento ante quienes le habían propiciado al menos una oportunidad para alimentarse, vestirse y tener un techo donde dormir, le generaría des-

pués un arrepentimiento que no tendría marcha atrás, y fue por ello que consideró la posibilidad de reconciliarse definitivamente con aquella familia en honor a la verdad que debía plantear en ese momento, donde todo podía solucionarse si se armaba de valor para contarlo todo, pues ahí aguardaba Héctor ansioso por una respuesta convincente.

—Lo que pasa, padre, es que tenemos miedo, mucho miedo de hablar, por conocer el carácter tan violento de don Juan Carlos.

—Pero es necesario franquearnos todos quienes le adversamos para recoger la información que nos permita poder enfrentarlo a carta cabal.

—Es obvio que ha perdido la razón, y su único objetivo a partir de ahora es enriquecerse ilícitamente, beber, tener mujeres y matar al que no cumpla sus reglas de juego, y se interponga en su camino.

—Ustedes que son dos mujeres que prácticamente se encuentran a merced de este hombre, deberían buscar protección del otro lado de la justicia —le advirtió Héctor como una señal hacia el camino a la redención que ambas debían tomar.

—Si usted nos ofrece protección, nosotras somos capaces de decíle la verdad que conocemos —planteó Ernesta. Inesita fulminó con la mirada a su madre, pero el aletazo de gavián en el entrecejo de la joven fue captado inmediatamente por el sacerdote que se adelantó a tomar la palabra.

—Luego, entonces tú seguirá siendo la cómplice por donde se nos escapará el secreto sumarial que tenemos guardado para nuestro enemigo común.

—Lo que pasa, padre –exclamó Inés con un poco de pena, por el abandono en el cual se sumiría al Juan Carlos conocer la verdad de su estado fisiológico latente, y vergüenza por tener que confesar las repercusiones ineluctables de su promiscuidad–, es que estoy esperando un hijo dél.

Héctor cambió la mirada firme de persuasión en la exigencia, por otra de acerba tristeza de consideración ante lo que acababa de escuchar.

—Habrán cambios en tu vida entonces, muchacha. Aún así quiero que sepas, aunque me resulte muy duro planteártelo y a ti escucharlo, que el padre de ese hijo que llevas en el vientre, puede caer en cuanto menos lo piense, pues al ofrecer resistencia, no vacilará en descargar su arma contra cualquiera de nosotros, y como es propio de hombres el defenderse del enemigo, es muy probable que tengamos que inmolarlo para salvar nuestras vidas.

—Usted no puede matarlo, porque es un cura, y los curas no sentencian gente, señor –expresó Inesita con frenesí, y casi con lágrimas en los ojos, como expresando a *vox populi* el amor que sentía por Juan Carlos.

Ernesta no sabía qué decir para acallar la elocuencia con la que la hija se expresaba, confesando el enamoramiento que era el imposible de muchas mujeres que como a ella, les entusiasmaba la idea de caer en los brazos del español.

—Tratas de hacer certera tu defensa por el hombre que amas, pero sólo el argumento del amor que dices sentir por él, no es suficiente para absolver sus locuras

—Usted muchas veces dijo que Dios perdonaba al pecador. Entonces, ¿por qué ahora se ensaña contra él? —acusó Inés con la sangre recorriéndole aprisa por las venas, como cualquier hembra que defiende a capa y espada el semental que sacude su pasión.

—Debes reflexionar en el porvenir que esperas, Inés, y de antemano te advierto que no es nada placentero ni saludable que te sigas viendo con ese hombre, por las razones que bien conoces.

—Pero malo o bueno, es el padre de mi hijo. Entonces, déjeme al menos quererlo a mi manera —se atrevió una vez más la atrevida muchacha a retar a Héctor.

—Con ese carácter de muchachita malcriada no vamos a llegar a ningún acuerdo —le manifestó el sacerdote.

—¿Y qué piensa hacer conmigo entonces? —refutó Inés secándose las lágrimas de su hermoso rostro— ¿Piensa botarme de la hacienda? ¿Me va a abandonar ahora que estoy preñada?

—¡Basta ya de persuasiones y adulaciones! —exclamó Héctor levantando la voz para sentenciar irrevocable:

—Quien no está conmigo, esta contra mí, y quien no acepta mis condiciones está de más en esta casa. Y punto.

—Discúlpela, señor Héctor —Expresó Ernesta para justificar la insolencia que transparentemente ofende al

receptor—. Lo que pasa es que Inesita está confundida, usted sabe, la preñez.

—El embarazo debe colocar más a tono los cinco sentidos de una mujer que se prepara a llevar una vida de cambios. Si quieres una verdadera esperanza en tu vida, debes propiciar a partir de ahora el momento de sosiego que tu hijo necesita, lejos de las bajas pasiones que tanto daño que han hecho, Inés.

—Te toca comenzar a luchar por sus ideales al igual que yo, pues este consorcio las favorece igual a ustedes.

Héctor no olvidaba los consejos que debía seguir dando como sacerdote, pero como todo elemento ecuanime y de principios, sabía que para alcanzar la paz, la justicia estaba por delante, pues sólo ella tendría que actuar para poner en su lugar a los protagonistas de desequilibrio.

—Dios te concederá la verdadera dicha al lado de tu vástago, pero para ello, debes alejarte de quien sólo se ha ocupado de hacerte daño, seduciéndote y aprovechándose únicamente de tu espíritu y lozanía juvenil, llevándote a las consecuencias que ahora vives en carne.

—Abre los ojos, muchacha, y confía en que todo nos va a salir bien, pero recuerda que debes poner de tu parte, para que yo pueda protegerte de ese rufián, y ese grano, es mantener la discreción, pues tu silencio en este momento vale mucho.

—Es lo único que te pido, Inés. Lo demás, lo haré con ayuda de la gente que me acompaña. Ten muy en cuenta que la tragedia de Pablito y de Matías, bien nos puede

ocurrir a nosotros sino nos defendemos de ese maniático que ahora no le importa nada si no destruir y matar.

Al retornar ambas a su sitio de convivencia rutinario, Inés aún no estaba convencida de las palabras de Héctor, pues la ilusión de la cual era presa al recuerdo de las promesas persuasivas de Juan Carlos de la Huelva en la ceremonia que es antesala para la seducción una mujer joven y bonita, era muy mala consejera, pues aquélla engañada y utilizada, y ahora también agraviada por el triste destino que colocó en su camino un vástago como fruto de sus locuras amorosas, aún creía que el español la llevaría a vivir con él, como dijo prometérselo aquella noche, cuando solos y a caballo la poseyó en plena sábana bajo la luz de la luna de junio, y donde del aberrado provinieron mil promesas de afecto y esperanza, que la ingenua Inesita atesoró en su corazón como toda quinceañera que espera lo mejor de la vida en la flor de la edad que se marchita tan pronto, si no se obra con cuidado en el proceder e instinto que tan peligroso resulta si no se abren bien los ojos.

Ernesta por lo tanto, como madre y amiga, sería la encargada de hacerla volver a la realidad, planteándole la amarga verdad, de que el español no quería saber más nada de aquella adolescente adelantada a la cronología de la vida, al enterarse de su preñez.

Sin duda que esta vez la madre de aquella incomprendida, tenía que poner de su parte en la colaboración que había que prestar para enfrentar aquella cáfila de hombres dispuestos a destruir a como diera lugar a todo aquel que llevara el apellido Torrealba.

Y no se equivocaba la madre de Inés, por que más temprano que tarde se produjo un nuevo ataque del enemigo que acechaba por los cuatro costados de la casa, esta vez en la mesa de condumio de la familia, cuando Héctor, un tanto cansado por la dura faena de la indagación, la estrategia y la espera, solicitó al sentarse un poco de fruta fresca, y un vaso de leche caliente para intentar probar bocado en la cena que cotidianamente realizaba con moderada ración.

Esta vez, el salvador del sacerdote fue José Cucho, quien se presentó ofuscado, revólver en mano en el comedor, impidiendo que Héctor se llevara la ciruela que había en el plato a su boca.

—¡No se coma esas frutas ni pruebe esa leche, patrón! —manifestó precipitado mientras Héctor lo miró con sorpresa.

—¿Qué pasa, José Cucho?

—No ocurrió nada, gracias a Dios, pero estuvo a punto —mientras se apresuraba a retirar el plato con las frutas y el vaso con el blanco líquido lejos de las manos de Héctor.

—Debe usted, como le dije, andar con mucho cuidao en esta casa, inclusive pendiente de lo que se coma y se beba, y ya le voy a demostrar por qué, patrón —exclamó José Cucho con certeza mientras observaba a Timoteo acercarse con paso lento al encuentro de ellos.

Y diciendo esto se dirigió a la cocina, donde luego de una alharaca que se escuchó en el sitio donde se elaboraban diariamente las comidas, retornó al comedor casi empujando a las tres cocineras, que protestando por el

rudo trato del cual eran presas se alarmaron por la presencia de Héctor y Timoteo en el salón, que las miraban con cara de muy pocos amigos.

El sacerdote y el viejo permanecieron en silencio, y fue José Cucho quien con su proceder transparente se avocó a investigar la procedencia de los alimentos recientemente servidos.

—Quiero saber ¿quién lavó esas ciruelas, y quién preparó la leche?

Como siempre, en señal de complicidad y sin disimular las tres mujeres se miraron entre sí, como buscando a la autora material del hecho que se indagaba.

—¿Por qué pregunta usted eso, José Cucho? —interrogó una de ellas con la mueca del susto en el rostro.

—Aunque aquí las preguntas las hago yo, informo que en este mismo instante las tres se van a sentar en la mesa, y luego dos de ustedes se comerán una ciruela, y la otra se tomará el vaso con la leche. ¿No les parece?

Héctor ya había sido puesto en sobreaviso por Timoteo del complot que se había armado en su contra, ahora en la cocina, con la intención de envenenarlo. Su daba copiosamente del temor que le produjo una vez más haber estado tan cerca de las garras de la muerte.

Aún así permaneció en silencio, esperando por la confesión de las mujeres sospechosas del vil acto.

—Yo me supongo que por ser ustedes las responsables de todo lo que pasa en la cocina de la casa, no permiten que ningún elemento extraño se les meta pa' su sitio de trabajo —planteó Timoteo de manera maliciosa con el propósito de acelerar la presión que permitiera

desenmascarar de una vez al autor del hecho, o en su defecto, a que una de ellas se delatara o confesara el atentado.

José Cucho montó el arma para presionarlas a probar los alimentos que se les ordenaba ingerir sin protestar.

—Bueno, bueno, y eso es ya que las tres van a empezar a comer, a menos que cada una se quiera tragá una bala de cena —y finalizó mordaz ante la amenaza que ellas sabían claramente que José Cucho sí cumpliría, pues lo conocían, y mucho.

—¿Quién quiere comer de primera? Porque recuerdo que las frutas de esta bicha saben a pólvora, y eso a ustedes no les debe gustá mucho.

—¡Cómanse la vaina, carajo, les dije ya! —les ordenó, ya perdidos los estribos, con un grito seco y un golpe de puño sobre la mesa.

—¡Por Dios! No nos haga comé de esas ciruelas, ni bebenos esa leche, porque tienen veneno —confesó horrorizada la que parecía más joven de las tres, y que nunca imaginó que pudieran llegar a morir inmoladas por su misma trampa.

Héctor tembló de indignación al constatar la verdad, y una mueca de decepción le invadió el rostro.

—Basta, José Cucho —ordenó en tono de descanso luego del suspiro desconcertante—. Baja el arma para no ejercer más presiones, pues supongo que estas cocine-ras, hasta hoy a mi servicio, al marcharse de esta casa no querrán ir a parar a la cárcel, que es donde merecen estar quienes además de ingratas, se atrevieron a atentar

contra la vida de quien probablemente ha sido el más considerado de los habitantes de esta residencia.

—¡Ay, padre Héctor! Tenga compasión de nosotras y no nos eche pa' monte, pues no tenemos donde ir.

—¡Ah, sí? Entonces quiere decir que debemos tener el enemigo adentro, y esperar a que nos caigan a balazos, nos metan culebras en la cama y nos envenenen pa' que otros vivan felices. ¡No mejora nada el enfermo! —expresó Timoteo desconcertado ante el cinismo que ahora pretendían disfrazar de solicitud de perdón aquellas portadoras de la complicidad y la traición.

—Padre, dentro de la cocina entró un hombrón muy raro, flaco y con cara de pocos amigos a decirnos que estaba comisionao por usté pa' revisar los alimentos porque podían tener cosas raras, y nosotros lo dejamos entrar. Sin embargo, nos ordenó que debíamos salirnos pa' así podé hacé mejor el trabajo.

—Ese era el espía al cual no debieron permitirle acceso a la cocina, pues a esta hora toda la alacena donde se guarda la comida debe estar contaminada, pues me cuentan que lo vieron entrar con un recipiente en la mano de algo que parecía ser pesticida para las malas hierbas.

—Así es, patrón, y lo hizo en un santiamén, porque cuando tratamos de echarle el guante, se esfumó como alma que lleva el diablo.

—La verdá es que el hombre duró poco y no nos avisó nunca que ya había revisado todo —exclamó la responsable del trabajo culinario.

—Asimismo el sospechoso les pagó a todas para que le permitiera hacer la fechoría como más fácil, ¿no es verdad, mujeres? —las acusó José Cucho, logrando con ello que aquellas féminas palidieceran, y quedaran a merced de la desnudez que propició la revelación de su mala acción.

—Es verdad que el tipo nos dio una moneda de oro pa' que nos largáramos de la cocina.

José Cucho enojado, dio un puñetazo sobre la mesa en señal de impotencia, pero Héctor trató de calmarlo con una palmada en el hombro.

—Por lo que veo, esta casa poco a poco irá quedándose sola, y no teniendo ustedes a partir de ahora a nadie más a quien cocinarle, es prudente y sano que abandonen esta residencia, también por razones de seguridad, pues quien no cumpla a cabalidad las órdenes de aquel que intenta matarme no vive para contarlo. Asimismo, el desquiciado no quiere testigos que puedan denunciar sus fechorías, así que Timoteo mañana mismo les arreglará el dinero correspondiente para que se marchen lo antes posible.

“La guerra está declarada en esta casa, y no es conveniente que quien no sabe defenderse, permanezca en ella.

—¡Pero padre! —Trató de adular una de ellas, a lo que Héctor puntualizó irrevocable antes de retirarse.

—No hay más nada de qué hablar.

EL FINAL DE LO INEVITABLE

—¿Qué nombre le pondremos a nuestro hijo, mi amor?
—solicitó la pregunta acostumbrada la mujer con ilusión que espera el vástago del hombre que ama.

—No es que no me sienta orgulloso del nombre que llevo, pero si viene varón, por favor, no le pongas mi nombre por mucho que me ames —respondió Santiago Puy a su ahora mujer, entregada en cuerpo y alma, y aunque preocupada por la situación en la cual se encontraba su familia, era feliz al lado del ente que según ella la acompañaría hasta el final de sus días.

—Pero si Santiago es un nombre de fuerza, figúrate tú, Santiago apóstol uno de los discípulos preferidos de Cristo.

—No siempre el reiterado nombre del padre es bueno, pues hay que pensar en que el vástago que está por llegar si es que es hombre, vendrá al mundo con un criterio diferente al del padre, querida Betsabé, y por eso debemos colocarle un calificativo que lo distinga.

Allá en aquella pequeña pero confortable casa, en las inmediaciones del pueblo más cercano a “La Torrealbera”, intercambiaban ideas aquellos dos nuevos amantes que luego del accidentado reencuentro no tuvieron más ocasión que la de enloquecerse casi, con aquella muestra de pasión reprimida donde el éxtasis era el fiel protagonista de aquel abrazo que no terminaría nunca, porque las ansias de quererse mutuamente no les daban tregua.

—El pasar de los meses dirá la verdad sobre el nombre de la nueva vida —se atrevió a plantear Santiago, para sin querer, avivar la preocupación de Betsabé en la vorágine que se vivía allá en su casa que tanto quería.

—La nueva vida está esperando por la paz que aquellos seres necesitan para sellar un futuro lejos de la guerra —expresó Betsabé con un nudo en la garganta, de la amargura que subyugaba al sentirse preocupada por la suerte que buena o mala no terminaba de engranar en el seno de aquella familia.

—La razón siempre dará la respuesta buena a los justos que caminan con ella, querida —prosiguió Santiago con franca sabiduría mientras la acariciaba con sinceridad

—Me figuro que Daniel al enterarse del drama ya estará en camino, rumbo a solicitar la herencia que le corresponde, pues únicamente le ha interesado el dinero.

—¿Por qué no le dices que venga a reunirse con nosotros?

—Ni se te ocurra, mi amor, bien sabes que ni siquiera te conoce, y aunque se enteró de la situación conyugal

por la cual pasé, no creo que sea conveniente enterarlo por el momento de nuestro idilio.

Betsabé aprovechó la oportunidad para relatarle a su novio el peligro de muerte en el cual se vio envuelta, y todos los sinsabores que se vivieron en la casa de residencia de los Torrealba.

Santiago la escuchaba paciente y callado, demostrando la solidaridad que no tenía tamaño para aquella mujer que tanto amaba.

—De cualquier manera, debes cancelar ese pasado tormentoso que viviste, y comenzar a saborear la verdadera felicidad que en medio de la crisis, nos llena de más ansias de vivir.

—La primera guerra mundial ha estallado siendo los protagonistas dos países pequeños prácticamente y que generaron una catástrofe, por no sentarse a dialogar.

—Pero Santiago —comenzó Betsabé—, el asesinato de un personaje tan importante como el archiduque, deja a un país acéfalo, es algo así como si en este momento fuera inmolado el Benemérito.

—¡Ah!, así también lo llaman ustedes sus allegados —expresó Santiago con ironía ante la antipatía que sentía por el jefe de estado—. Ese señor es el traidor de su compadre, y el compadrazgo.

—Pero aunque nos duela, es el poderoso en este episodio político, con las cárceles llenas de peso que le adversan, y rodeado de aduladores.

—El cabito, era sin duda una mejor opción, al menos para quienes le hace falta hablar con libertad —expresó Santiago, quien había acompañado a Cipriano Castro

durante los días de su gestión como allegado en el estado donde recibía.

—Tanto encarcelado inocente de culpa, y en la calle caminan los bribones y dementes como mi ex esposo. No digo yo, si a veces la vida es injusta —dijo Betsabé en franca reflexión.

—Y no sólo es guapo en su esquizofrenia, además es apoyado por el Bagre. Total, más destrozado de como los godos han tenido este país desde la muerte del libertador, no puede estar. Al menos con ese silencio a algunos que malbarataron la economía.

—La revolución restauradora hubiera dado la talla, querida Betsabé —expresó Santiago un tanto fanático.

—Lo único que hizo el cabito fue restaurarle las garras a su compadre para que lo dejara fuera del poder —contestó Betsabé en tonalidad irónica.

Santiago la miró y respondió como defendiéndose.

—¿Eres liberal o conservadora?

—Soy justa y detallista, y por eso te amo —replicó Betsabé.

—¿Eres liberal o conservadora? —volvió a indagar Santiago.

—Me liberé de Carlos para conservarme hasta el final contigo, mi amor. Con eso lo digo todo.

Mas aún así no sabía la Torrealba llena de prebendas en qué lugar de la sociedad se encontraba, porque el futuro hasta el momento incierto, jugaba con el proceder de la lucha, que cuerpo a cuerpo tendría un sólo ganador, que no importando quien fuese, viviría o moriría en

sus intentos, que buenos o malos marcarían el “empezó” o el “acabó” en la vida de los justos e injustos.

—Si la guerra grande esta declarada allá del otro lado del océano, ¿que quedará para nosotros que tenemos apenas un pedacito de tierra por la cual se pelea? —manifestó Betsabé con nostalgia.

—Ese pedacito del cual tú hablas, ha costado muchísimo más para quien se siente verdaderamente dueño del patrimonio por el cual ha luchado.

—El espejo del tiempo nos muestra el esfuerzo que hemos logrado, para interpretar el trabajo que nos da satisfacciones, y ellas son las resultantes de aquellas verdes que por años y años nos comimos, y que son las maduras que muchos entes fáciles saborean por el hecho de nunca haber trabajado.

—Los venezolanos, lamentablemente, siempre pretendemos que todo nos lo hagan. La conciencia de reyes que no somos nos lastima cuando gastamos lo que no tenemos y cuando nos cobran lo que no podemos pagar.

—Pero quien no arriesga no gana —demandó la Torrealba, como solicitando el “te amo” de aquel hombre que tanto le indagó, y que estuvo a punto de morir por ella.

—Por mi lucha es la razón por la cual te tengo, y no te dejaré ir.

—Vuélvemelo a plantear de esa forma, y te querré más de lo que te quiero. Poetisa que eres, mi querida madre.

—Artista que me recrea los oídos con un verbo de detalles —contestó Betsabé.

—El abrazo y el beso no se hacen cómplices de nuestro amor ¿no es así? —preguntó Santiago mientras se apresuraba a abrazar a su mujer que aún era la de otro, porque el divorcio no se había hecho efectivo.

—¿Por qué la gente pregona la intriga y la maldad?

—¿Por qué nunca aprendieron a ser felices? —le respondió Santiago.

—¿Y qué es ser feliz? —interpeló la Torrealba sonriente a su amado que dejó escapar la frase con fluidez.

—Amar y ser correspondido.

Allá en las entrañas donde Betsabé Torrealba atesoraba el fruto de su amor sincero, el niño o la niña pareció estremecerse, porque la vida de estímulos genera ganancias por muy pequeño que sea y el amor de detalle hace crecer las ansias de vivir.

—Santiago, ¿por qué no te conocí antes?

—Sencillamente porque aún no habíamos nacido en nuestro idilio, el uno para el otro.

—Y ese idilio del cual hablas, ¿nace?

Pero no muere nunca—el amor es algo así como la energía, mi querida Betsabé: nace pero no muere nunca jamás, sino que se transforma.

—¿En qué se convierte, Santiago?

—En consideración, en lastima, en algo que te haga sentir una esperanza de redención en quien te traiciona, pero que nunca vas a olvidar, porque de cualquier manera queda marcado como un estigma en tu existencia.

—Es cierto que las buenas y las malas experiencias nunca se olvidan.

—Ninguna de las dos. Las buenas porque te hacen más dócil el alma, y las malas porque te ayudan a crecer en el ejercicio de no volver a incurrir en ellas.

—¡Qué sabio eres, mi amor!

—No digas eso, Betsabé. Tan sólo soy observador de la vida, y nada más.

—Pero eso es ser erudito, Santiago —expresó Betsabé.

—No, mi cariño, eso es ser sincero con nosotros y transparentes con el prójimo.

—A veces te pareces a mi hermano Héctor por los planteamientos humanos que haces.

—Él se construyó una muy merecedora salida, y se la aplaudo, porque antes de ser sacerdote fue hecho hombre de mucha fe, y que más allá de ella, del orden que pretende poner en el seno de su núcleo, que se construyó con tanto sacrificio.

Santiago, sin conocerlo, hablaba de su nuevo cuñado con una precisión que solamente la adivina el efecto de la química en el ser humano, que se percibe de una manera tan natural como bondadoso, y que es algo así como el amor a primera vista.

Betsabé captó inmediatamente el agrado que ambos comenzaban a tenerse a partir de ahora, y se mostró complacida. Luego le planteó al hombre que amaba de las eventualidades por las cuales estaba pasando Héctor, y que por poco no partieron su vida en dos ante el sacrificio inusitado de tener casi que renunciar a su papel de

apóstol de Dios para enfrentarse a la barbarie que quería instalarse sin son ni ton en el seno de su familia.

—No basta ser poseedor de tanta preparación, porque nuestra verdadera cultura la representa el trato cordial y la decencia, de las cuales muchas veces carecen los eruditos —recordaba Betsabé con la lástima que sentía aún por Juan Carlos de la Huelva, el elemento sacrificado por sus propias pasiones y víctima de un poder absolutista mal canalizado que le envenenó el alma.

—Te confieso que aunque ya no tengo miedo por mí porque tu pecho me protege, temo por mi hermano, que aunque valiente, no posee la experiencia para hacer frente a esa horda de rufianes.

—Héctor actuará como San Miguel Arcángel, protegiéndose con su escudo y desenvainando su espada para defenderse del demonio cuando sea preciso.

Betsabé retrotrajo las palabras de Héctor cuando le hizo aquella petición que tanto necesitaba: “reza por mí”, y la oración inmediatamente invadió su alma.

No transcurrió mucho tiempo desde que el sacerdote colgó la sotana en su vestidor, y alegó a la casa de curia donde laboraba, que por motivos de salud estaría un tiempo alejado de la Iglesia, delegando le funciones al otro párroco, bastante joven para el ejercicio pero bondadoso en el trato, cuando una carta del arzobispado llegó a sus manos, que un tanto trémulas comenzaron a abrir el papel sellado, leyendo la citación “en el término de la distancia”, que debía cumplir en la capital de la República por órdenes estrictas del Episcopado.

Monseñor había recibido noticias de las irregularidades cometidas por Héctor, en el ejercicio de su función como sacerdote, y aunque hizo un intento de comunicarse con él, no recibió respuesta, y ante el escándalo de ver a un cura montado a caballo con revólver en el cinto como cualquier guerrillero vulgar, consideró que eran las altas autoridades quienes tenían que resolver el problema de la insubordinación de Héctor.

Por su puesto que Juan Carlos de la Huelva había metido la mano en ello, porque su comunicación con monseñor era cotidiana en su condición social de alto empresario en la región.

—Esto se venía venir, Dios de los ejércitos —suspiro Héctor Torrealba con amargura y resignación—. Dime tú qué debo hacer. Ilumíname, señor, como siempre lo has hecho. Ya se enteraron las altas autoridades del trabajo que estoy haciendo a espaldas de ello, y me llaman para que les explique el porqué de mi proceder tan elocuente y fuera de las reglas que un sacerdote debe cumplir.

—Cómo vuelan de rápido las noticias por la vía aborrecible de la lengua viperina, que sabiendo el daño que hace el chisme torturador, no tiene compasión con el prójimo, mucho menos con su alma condenada —pensaba Héctor ante la mal posición que de su persona había hecho Juan Carlos de la Huelva, enterando a sus superiores de los procedimientos banales del sacerdote sublevado ahora para la guerra.

—Fue obra de él, y no tengo la menor duda, señor. Aun así, te pido perdón es mi injuria, si estoy equivocado. ¿Cuánto más voy a soportar el yugo y la inclemencia

que produce su ensañamiento contra nosotros, señor? —y recordó las palabras de Jesús en el huerto ante el dolor que sentía al ser traicionado por quienes se gozaron de sus favores—. Señor, si es posible, aleja de mí este cáliz, pero que se haga tu voluntad y no la mía. Yo transitaré por el camino que tú tengas a bien señalarme, y mis brazos se abrirán en defensa de los justos.

Ya se había decidido Héctor a atender el llamado que le hacía el Episcopado, preparándose para viajar al día siguiente la capital, ante la insistencia de Timoteo de permanecer atento y en el sitio, porque el peligro apenas comenzaba cuando esa noche una noticia nefasta lo dejó petrificado de terror primero y de indignación después.

—Patrón, encontraron muerta a Inesita en su cama. Parece que la estrangularon.

—Ésta sí fue la gota que rebasó el vaso —exclamó Héctor contra la reacción natural del pecado de la ira que estaba a punto de hacer estallar su cabeza ante la impotencia de no haber podido protegerla—. ¿Y nadie vio nada? —Interrogó a los desconcertados hombres que se miraban entre sí.

—Sin duda que esto es obra de un psicópata, y si no lo repelimos a tiempo terminará por matarnos a todos —advirtió Héctor, dando la sentencia que a partir de ahora halaría los gatillos de quienes se preparaban a defender su propio pellejo.

—Alguien nos traiciona en nuestro grupo. Búsquenlo, descúbranlo y tráiganmelo vivo. Yo mismo me encargaré de arreglar esa traición. ¿Dónde está Ernesta? —Solicitó

inmediatamente Héctor, ante el temor de que algo malo también hubiera podido ocurrirle.

—No sabemos dónde está, patrón, pues cuando nos enteramos del crimen de Inés, entramos a su casa pistola en mano, y no había rastro de ella.

José Cucho, desconcertado por la tragedia, daba órdenes para replegar a sus hombres por los cuatro costados de la hacienda, intentando dar con el paradero de Ernesta, su exquisita amante y confidente.

—Alguien muy cercano a nosotros escuchó la conversación que usted sostuvo con la madre y con la hija, y dio por entero al cabecilla de nuestros enemigos. Y como esas mujeres sabían mucho, tomaron la decisión de desaparecelas a ambas —opinó Timoteo con la veteranía propia de su edad.

—Dios excelso, se han apagado dos vidas, y una de ellas no tenía la culpa de haber venido a este mundo avasallante. Esa vida era inocente de todo lo que ocurría en su entorno, señor, y el pecado original ha dejado su alma ingenua entre la luz y la sombra.

“El hombre que asesinó a Inés, tiene que estar muy cerca de nosotros, y alguno de ustedes se descuidó de no marcarlo tal como lo ordené —expresó el sacerdote, desconcertado por la falla que ocasionó su falta de estrategia y que una sola dentellada arrancó de cuajo dos vidas.

—De cualquier manera hay que estar ahora más atentos que antes, porque la advertencia del asesino es poco más que clara, contundente diría yo; porque un

elemento sin escrúpulos no tiene consideración ni de su propia madre.

Héctor no se había equivocado con lo que había dicho, ya que la reacción sorpresiva del autor intelectual de toda aquella hecatombe, se hizo sentir esa misma noche cuando después de conversar los tópicos acostumbrados de pareja, Santiago Puy y Betsabé se entregaban al sueño cotidiano y reparador, sin darse cuenta que la sombra de alguien considerablemente alto entró en la habitación que la pareja tenía destinada como su nido de amor.

La toma por sorpresa los dejó atónitos de terror, y sin darse tiempo de nada, pues al Juan Carlos encender la lámpara, una mueca de rabia desmedida invadió su rostro al descubrir a su todavía legalmente mujer en los brazos de su archienemigo declarado, quien indefenso le habló con serenidad:

—aquí nos tiene usted a su merced de lo que quiera hacer con nosotros.

—Malditos ambos cometiendo adulterio a mis espaldas y dejándome como el propio cornudo, coño.

—Yo, a decir verdad, le estoy brindando su mujer lo que usted nunca pudo darle.

—¡Cállate, **bórsego** inútil! —Le ordenó De la Huelva perdidos los estribos, mientras le propinó un soberbio cachazo de revólver que dio de lleno en su rostro, haciéndolo sangrar, y aturdiéndolo momentáneamente.

—¡Cobarde! ¿Por qué le pegas a la gente indefensa? Fue la reacción de Betsabé, sorprendida en el tálamo mullido, avergonzada, semidesnuda y aterrorizada por

la presencia de aquel asesino que probablemente llevaría a cabo la venganza que había jurado cumplir.

—Y tú ¡ramera desgraciada de tus días! Que ni siquiera esperaste separarte de mí legalmente para arrastrarte a otros brazos, condená p...

De la Huelva, enloquecido por los celos que terminaron de atormentarlo más de lo que estaba, avanzó hacia ella y la tomó por el manajo de cabellos despeinados, haciéndole gritar desesperadamente por el dolor, mientras le acercaba su rostro para que el aterrorizada mujer viera más de cerca la expresión de la sed de satisfacción que morbosamente había en el rostro de aquel hombre.

—Voy a matarte aquí mismo, pero antes, tendrás que entregarte a mí por última vez, querida esposa, para que luego no te lamente en el otro mundo de no haber recibido amor antes de morir.

Y diciendo esto, le arrancó de un manotazo la prenda íntima de dormir que dejó al descubierto su desnudez nada despreciable a pesar del embarazo que aún no se notaba.

Santiago Puy trató de reaccionar del aturdimiento en el cual se encontraba sumido por el golpe recibido, y al tratar de levantarse para ayudar a su amada, fue nuevamente víctima de un soberbio puntapié, que con la punta de la bota, De la Huelva casi mortalmente en el peligroso punto vulnerable de la ingle del desprevenido hombre que cayó inconsciente, presa del dolor.

—Sigues tan deliciosa como la primera vez que fuiste mía, pero te entregaste a otro como acostumbran las mujeres de este país. Luego de tenerte, no serás de nadie

más, porque quien se atreve a traicionar a Juan Carlos de la Huelva, no vive para contarlo.

—Por nuestro hijo, Juan Carlos, no me hagas daño ¡te los suplico! Le imploraba Betsabé con lágrimas en los ojos ante su inminente muerte en su lecho de amor.

—¿Y quién me asegura que ese vástago que llevas en el vientre es mío?

—El amor que alguna vez dijiste haber sentido por mí, y que te daría una señal allá en tu corazón —respondió la Torrealba asustada, como tratando de lidiar con aquel demente irreversible en sus actos.

—La única y elocuente señal que he recibido de boca de otros y que ahora constato es la de tu engaño, y la traición se paga con la muerte.

Lentamente soltó la cabellera despeinada de Betsabé, y procedió lascivo a acariciar sus redondos senos, un tanto engrandecidos por su estado prenatal, y palpitan-tes por el momento de presión que estaba viviendo y que la mantenía en estado de zozobra.

Inteligentemente pensó que debía cooperar con los bajos instintos de De la Huelva si quería al menos mendigar un poco de misericordia para su vida y la de su vástago, razón por la cual decidió entregarse con el mayor de los esfuerzos que le producía el asco de ser tocada por aquel español sin escrúpulos, que presa de la excitación, comenzó a instalarse malicioso, quitándose la camisa y desabotonándose el pantalón sin dejar de empuñar el revólver.

—En este momento me vas a atender como lo que siempre ha sido: la zorra infiel con la que nunca debí

casarme. Recíbeme, compláceme como la propia cantinera de bar, haciéndome lo que yo quiera, porque el pago que tengo para ti vale mucho, ¿y sabes cuál es? –Le interrogó—. Perdonar te tu cochina vida, so ramera.

Betsabé, resignada y a punto de enloquecer por aquel ultraje del cual iba a ser víctima indefensa, aceptó entregarse evitando gritar, siendo su última esperanza que aquel hombre que una vez había considerado, y ahora despreciaba, decidiera dejarla con oportunidad de seguir en el mundo que tanto había amado, pero que ahora comenzaba a animadversión por las duras pruebas a las cuales fue expuesta, para constatar definitivamente su madurez como mujer y su espíritu de fe ante la redención que como mártir debía recibir de la divina Providencia..

Esa misericordia la recordaba en las palabras que Héctor siempre le prodigó en sus charlas de crecimiento personal, mientras el ex esposo la poseía sobre la cama de su rival, ahora de bruces en el piso, como aniquilado por el golpe seco de la sorpresa en la guerra que no da tiempo defenderse, porque la confianza de sentirse intocable a veces parece presionarnos, revelando el lugar donde nos encontramos inocentes y a merced de un destino nefasto.

La eyaculación precoz en aquel hombre se produjo en instantes, desavenencia sexual, que Betsabé ya conocía desde sus días de fémica recién casada, y que a pesar de sus sugerencias de esposa en la búsqueda de ayuda profesional que De la Huelva necesitaba para

equilibrar el ritmo de sus orgasmos; nunca quiso escucharla, porque su machismo arraigado no se lo permitía.

Juan Carlos de la Huelva consumó una vez más otra de sus tantas violaciones, a las cuales estaba acostumbrado, por la importancia que él mismo decía, le otorgaba su valiosísimo poder económico.

El troglodita intentó besar a la infeliz mujer en los labios como buscando una correspondencia de un amor que ahora se había convertido en repulsión, y la indiferencia de la fémina que allí se encontraba inmóvil con los brazos abiertos, mostrando la desnudez de su pudor ultrajado por la inconsciencia; fue para aquel fulminado por la locura, un desacato para el desempeño reaccionario en la cama de una mujer que debe corresponder cuando se le exige, porque el dinero que está por delante.

La frialdad de Betsabé, terminó por ofuscar aquella mente morbosa más de lo que estaba, además del martillazo etílico que produce el vino en excesos en el cerebro de un adicto.

—Ya no me quieres, carajo —exclamó con algo que pareció desesperanza a pesar de su borrachera—. Ya no me deseas como aquella tarde en que hicimos en amor allá en la caballeriza, cuando aceptaste casarte conmigo. Y eso —prosiguió el infeliz— no lo puedo aceptar. ¿Y sabes por qué?

“Porque es la única mujer que he amado de verdad en esta vida.

Aquella declaración tan demasiado tarde, después que el respeto entre ambos se había perdido desde ha-

cía ya bastante tiempo, aunado a la ola de crímenes consumados por aquel hombre, unos como autor material, y otros como autor intelectual; terminó por inutilizar la mente de aquella mujer que no pudo hacer más esfuerzos por mantenerse tranquila, y quedó inconsciente, víctima de la conmoción cerebral.

Juan Carlos de la Huelva la tapó con una sábana y la levantó en sus brazos como una pluma, y ya habiéndose dado cuenta de que en la casa de Puy y no había más gente que pudiera atestiguar su presencia en, huyó inmediatamente del lugar, con rumbo desconocido, llevando como rehén a la infeliz Betsabé, y dejando a Santiago Puy malherido e inconsciente.

Antes de salir de la habitación, le apuntó en la cabeza a su rival con el revólver para no dejar huellas de quien pudieran delatarlo, pero Santiago Puy le pareció tan poca cosa que exclamó antes de irse:

—A ti te pudo matar en otra oportunidad el día y la hora que a mí me plazca, condenado infeliz.

Y diciendo esto, desapareció con las sombras de la noche, ahora cómplices del secuestro que acababa de consumarse.

Santiago Puy, sin duda, había cometido el error de no hacerse acompañar de algún guardaespaldas, conociendo a carta cabal de que el peligro que representaba el marido de Betsabé, también iba dirigido a él, y jamás pensó que De la Huelva podía descubrir el nuevo refugio que había adquirido tan cercano a “La Torrealbera”.

Ya en horas de la mañana del siguiente día, muy temprano cuando Héctor recibió la noticia del plagio de su

hermana por parte del mismo Santiago, que maltrecho por los golpes apenas podía sostenerse de a caballo, se presentó en las afueras de la hacienda, siendo inmediatamente atendido por la servidumbre que acompañaba al sacerdote impresionado por la desaparición de su hermana.

Fueron muchas las sospechas de ineficacia y de traición entre sus hombres, pero Héctor Torrealba inmediatamente captó que al término de la distancia debía descubrir al impío, motivo por el cual ordenó redoblar el contingente con nuevos hombres con la ayuda de Timoteo, quien más o menos tenía un perfil humano de quienes le acompañaban, así que le dio instrucciones precisas:

—Ponle una sombra a aquellos que consideres sospechosos y has que los sigan a dondequiera que vayan.

Timoteo sugirió que no era necesario invertir tanto dinero en tan poca cosa, e insistió en el propósito de buscar al culpable directamente y acorralarlo, haciéndole frente primero a la caterva que le acompañaba. Héctor, sin embargo, no echó atrás su decisión, y el viejo a regañadientes, tuvo que cumplir la orden del jefe.

En el seno del equipo, se respiraba un aire de desconfianza que algunos hombres, quienes verdaderamente asumían la lealtad de cumplir con la labor que les había sido encomendada, trataban de indagar entre ellos la manera en que se suministró la información, quien lo había hecho, y estrategias que allí se seguían.

—Yo se más o menos quién pudo habé soltao la lengua, porque anoche lo vi alejase a caballo por fuera de la hacienda como haciéndose el pendejo..

—Pues si lo sabes, acúsalo, miguel, porque bien conoces que si no agarramos al culpable vamos a terminar muertos todos, porque en le emboscada que nos van a tender, nadie se va a salvá.

Valiosísimo resultó ese comentario entre ellos, que editó a tiempo la carnicería que Juan Carlos de la Huelva tenía planificada realizar en altas horas de la madrugada de que el próximo día, cuando todos descansaban.

Fue así que como los miembros del grupo detuvieron al flaco Ramón sospechoso de la felonía, obrero y guerrero que se había colado entre ellos a pesar de la finísima intuición de José Cucho al evaluar la mentalidad de los hombres que había contratado para la difícil tarea.

Héctor observó con curiosidad cuando el conglomerado lo llevaba hasta su presencia, profiriendo toda clase de palabras soeces, así como recibiendo golpes, patadas y foetazos de quienes se sentían vilmente engañados por aquel desleal, quien por algunas monedas de oro, se prestó para revelar al enemigo los planes de Héctor Torrealba.

El sacerdote ordenó que no lo azotaran más, y esperó por la confesión del maltrecho elemento en cuerpo y espíritu.

—Confiesa todo lo que sabes para la salvación de tu alma –le ordenó Héctor–.

—Pues sí será el alma o lo que le quede de ella lo único que va a salvar, porque de nosotros que no espere

sino el machetazo que le va a arrancar la cabeza, carajo –exclamó vehemente uno entre la multitud.

Buscando una esperanza para redimir su grave falta para que su vida le fuese perdonada, el infractor con el miedo en el rostro reveló la falta que había cometido.

—El señor Juan Carlos me pagó pa' que le dijera dónde estaba escondía doña Betsabé, y yo aproveché pa' decile que le tenían montado un hombre vigilándole los pasos.

—¡El negro “Eva”! –Parecieron decir todos a coro, mientras se miraban entre sí, buscando al amigo querido entre la multitud.

—¡Miserable! ¿Y en tan poco tiempo ya el enemigo sabia todo? –le increpó enojado José Cucho yéndosele encima.

—¡Calma, hombre! –le sugirió Héctor tratando de apartarlo del convicto y confeso.

—Lo dicho, dicho está. Ahora respóndeme ¿dónde está el Negro Evaristo?

El delator permaneció callado por un momento recordando la suerte de Inesita, muerta por atreverse a revelar secretos del enemigo para lo cual no estaba autorizada, y sintió aún más temor.

Finalmente pensó y analizó la verdad por la cual murió Cristo y reveló:

—Al Negro “Eva” deben ya habelo capturao, si es que ya no lo han matao.

—¿Sabes dónde lo tienen? –le interrogó José cucho excitado por la rabia.

El hombre negó con la cabeza.

—Llévelo, enciérrelo momentáneamente y no lo pierdan de vista.. Y ¡Ay! Del que me lo deje escapar –sentenció Héctor con energía.

Aquel sorpresivo descubrimiento del felón que en el seno del grupo causó alarma y desconfianza entre ellos, pues no se atrevían a emitir comentarios por temor a que allí se hubiese desatado una epidemia de espías disfrazados de compañeros de lucha, de lo cual Juan Carlos de la Huelva era muy capaz de contaminar con la persuasión que da la codicia de sentir en manos y bolsillos algunas morocotas.

Héctor, atónito por la astucia es enemigo que con asombrosa rapidez en sus maniobras le había adelantado la jugada, reconoció una vez más que aquel español había resultado más peligroso de lo que él esperaba, y consideró ahora que el enfrentamiento debería ser muchísimo más de cuidado, si quería preservar la vida de la hermana.

—Ahora debemos negociar con ese bribón, señor de los ejércitos.

—Me figuro que tendremos que mantenernos aquí y esperar noticias. Sólo me quedara orar por el bienestar de la pobre Betsabé, quien debe estar al borde de la locura en manos de ese desquiciado. Pero lo que sí me tiene aún más sorprendido es ¿donde estará en estos instantes Evaristo Calderón? ¿Lo habrán silenciado ya como lo expresó el confeso traidor? ¿O habrá resultado ser otro enemigo nuestro colado en nuestras filas?

Todo aquello pareció resultar razonable para el sacerdote que conocía desde hacía ya muchos días que en el

seno de “La Torrealbera” no se puede confiar ya en ninguna persona, desestimando inclusive la recomendación que Santiago Puy habría dado de su sirviente.

Héctor estaba errado, sin embargo, en la conjetura que hizo, porque en esos instantes, el Negro “Eva” se encontraba cautivo de los enemigos que lo emboscaron, golpearon y capturaron con el sumo cuidado que un elemento de su corpulencia y habilidad en la lucha cuerpo a cuerpo requería.

Había sido trasladado luego de recorrer muchas leguas con él, a un destartado rancho, refugio de hampones en las inmediaciones del campo de Carabobo, muy cercano a la casa de habitación formal de Santiago Puy, donde el Negro “Eva” era baquiano del terreno, y que de producirse tan sólo un descuido de quienes lo mantenía en cautiverio, les daría la sorpresa que nunca esperaban.

“El Guache” y “El Torito” eran los apodos de los dos peligrosos asesinos a sueldo que Juan Carlos de la Huelva tenía bajo sus servicios, armados hasta los dientes y con cara de pocos amigos, razón por la cual Evaristo procuró andar con cuidado, pues en un intento de sublevarse para escapar, no vacilarían en matarlo como en efecto era la orden del jefe.

El Negro “Eva” soportó la golpiza de la cual fue víctima el día de su captura, donde sus plagiarios intentaron hacerle confesar si era cierta la misión para la cual fue encomendado, sin recibir respuesta alguna del valiente hombre de color.

—¿Quién ha visto un negro pelo pegón atreverse contra un blanco ojos azules? No seas vainero y pendejo, chico –le increpaban en cara los truhanes, luego de patear en el abdomen cada vez que se acercaban.

—¿Por qué no terminan de matame pa' que salgan de una vez de mí? ¿Es que acaso les da miedo que les hale las patas después de muerto?

aquellos hombres seres terminaban de risa para luego emprenderla a golpes y culatazos contra la humanidad de Evaristo, cuya resistencia física era increíble para la felpa que había recibido.

Sentía como si con los golpes tuviera rota una costilla, pero aún así permanecía atento a lo que allí se vivía, amarrados fuertemente de manos y pies.

“El Guache” y “El Torito” habían permanecido entre aquellas cuatro paredes destartaladas por espacio de dos días, esperando instrucciones del jefe.

Allí se mantenían con el trozo grande de carne salada aún cruda, el trago de agua limpia del riachuelo que pasaba por allí, y la botella de caña clara que siempre les acompañaba.

Evaristo, luego de tanto maquinar la forma de escapar de sus captores, encontró el momento de arriesgarse a morir cuando “El Torito” se dirigió rumbo a la hacienda de De la Huelva, según lo convenido, dejándole instrucciones claras y precisas a “El Guache” del cuidado que debía mantener con el negro Eva.

—Mucho cuidao de andá con mariqueras con el hombre, y acuérdate que es peligroso –le advirtió a su

compinche, conociendo sus antecedentes de desviado homosexual que tantas debilidades le otorgaba.

Evaristo que se había percatado de la docilidad en el amaneramiento de aquel sujeto, que discretamente lo había mirado de forma muy femenina, descubrió que no le era del todo indiferente, y pensó que esa era la oportunidad que tenía para escapar de las manos de esos forajidos.

—¿Me van a matá, papito? —pregunto “Eva”.

—Esa es la orden, a menos que la cosa esté buena pal’ momento. Yo te mato ahoritica después que me hagas lo que quiero, a menos que me quiebres bien —fue la **atavística** expresión de aquel hombre y mujer extraviado para toda la vida.

—No entiendo nada —fue la respuesta de Evaristo, que de cualquier manera quería salvar la vida, inclusive propiciando el juego del deseo, momento para la explosión del instinto y de la reacción masculina que rechaza el reto amanerado pero específico.

—Me gusta que me pongas la espalda en mi boca pa’ chupátela —le expresó aquel desquiciado lleno de ansias que no tardó en llevar a cabo la acción.

—Desátame no más, pa que veas cómo es la fuerza —expresó Evaristo con sangre fría, avivando las ansias desviadas de aquel infeliz hecho en los caminos de la guerra.

Todo sucedió en cuestión de minutos, cuando Evaristo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para ocultar la repulsión que le producían los gestos y proceder del homosexual que apretó su mano después de colocarla

sobre sus partes pudendas, convenció a aquel enamorado del deseo de que debía desatarlo para hacer más placentero el momento de demostrarle cuán bien dotado estaba por la madre naturaleza.

Al encontrarse libre de manos, el Negro “Eva” fingió acariciar el cuello del hampón, y presa de la excitación que le producía palpar los genitales del guardaespaldas de Santiago, se apresuraba a que desabotonar su bragueta, cuando con fuerza descomunal comenzó a apretar el cuello de aquel desalmado promiscuo, que hacía esfuerzos por arrancarse aquéllas managers que le mataban.

El final de “El Guache” fue casi inmediato, pues asfixiado y rotas sus vértebras cervicales, cayó como un fardo con la lengua afuera y los ojos abiertos ante la mirada inmisericorde de aquel hombre de ébano, que tomando el revólver, el rifle y el cuchillo del extinto, exclamó con repulsión:

—Los patos no me sirve a mí ni pa’ sancocho, compañero. A mí póngame las yeguas y las gallinas que quiera, porque pa’ eso sí estoy mandao a hacer.

Salió del rancho con mucho cuidado de no ser visto. Tomo el caballo del truhán, y desapareció camino abajo, bordeando el monte para esconderse de su otro enemigo.

Estaba maltrecho, cansado, con hambre y con sed, y consideró que era mejor, antes de emprender la misión que le había sido asignada, hacer un alto en la casa de su jefe para saciar y mitigar mientras pensaba de qué manera iba a proceder en tan peligrosa tarea.

Héctor Torrealba, persuadido por el criterio de Timoteo de tomar la hacienda de Juan Carlos de la Huelva por la fuerza, propiciando con ello el rescate de Betsabé, se preparaba ahora para aceptar el reto de enfrentar definitivamente su cuñado, y dar por terminada aquella vorágine que tantas vidas había costado, y que ya se hacía del escándalo público que llegó a oídos, inclusive, del propio Presidente, para vergüenza del apellido conocido en el emporio de la ganadería.

—Dejá quieta a esa gente que es de trabajo, y que resuelvan sus problemas como mejor les parezca —era el comentario indiferente del presidente, cuando Tarazona, le informaba la ola de desorden que se había desatado en el seno de esa familia.

Fue por ello que ya totalmente desinhibido y con ansias de poner en su puesto al magnicida de su apellido, salió rumbo a la región de los llanos a la cabeza de cuarenta hombres bien armados, a liberar a su hermana del cautiverio en el cual se hallaba sumida.

La cabalgata se dirigió rumbo al oeste del estado, para cortar camino, y luego desviarse al sur en la búsqueda del pueblecito llanero, cuna del general Laurencio Silva.

El gran segundo lago de Venezuela los vio pasar bordeando sus orillas camino a Güigüe, donde Héctor hizo un alto para dirigirse a la iglesia y encomendarse al Supremo, después de saludar a su colega párroco, quien no estaba enterado del paso decisivo dado por el Torrealba para tratar de salvar a su familia de la catástrofe donde se hallaba.

—De manera que vas a la guerra, padre Torrealba —le hizo la curiosa pregunta el viejo sacerdote de la diócesis admirado por el arrojo de aquel hombre que estaba dispuesto a colgar los hábitos para luchar por la consolidación familiar.

—Voy a la guerra para la búsqueda de la paz que tanto necesitamos y no tenemos, padre Nerio —fue la respuesta inmediata de Héctor Torrealba para corroborar que su entrega a la lucha no era en vano.

—Te deseo mucha suerte, hombre. Que el Señor y la Santísima Virgen de la Candelaria te acompañen y guíen tus pasos por el camino justo. Y recuerda bien, hijo mío: Que de tu revólver no salga un disparo que no sea el necesario para salvar tu vida.

—Ore por mí, padre Nerio, rece mucho por nosotros porque bastante lo vamos a necesitar quienes nos espera el camino del purgatorio.

—Hacer justicia nunca es pecado cuando el proceder redime y consuela a las víctimas mártires e inocentes —manifestó el presbítero Nerio con aquella sabiduría característica de los sacerdotes que pregonan el equilibrio de la balanza que en este país nunca hemos tenido, porque la igualdad social entre los que aquí vivimos parece estar cada vez más lejos.

—La vida es una eterna lucha, hijo mío, y Dios nos planteó retos en ella que nos hacen crecer aún más en la fe que como sacerdotes ambos prodigamos. Por esa razón, en beneficio de la verdad, y para el equilibrio que da la unión, es necesario hacer entrar en razón a quienes no la tienen.

—Le confieso que el dolor que llevo en el alma es grande por tener que enfrentarme a quien en una oportunidad formó parte de mi núcleo familiar, pero también está en juego la vida de mi hermana, víctima de sus celos desmedidos.

—Trata de lidiar o negociar con él, hijo. Quizá haya alguna esperanza.

—No, padre, bien lo sabe usted que los dementes no pueden razonar. El ineluctable camino de la violencia está planeado, pues han sido muchas las vidas que han padecido su yugo. Ese monstruo quiere convertir nuestro patrimonio en una carnicería, y eso no lo voy a permitir.

El padre Nerio bajo la cabeza en señal de rendición, y se apresuró a despedir al sacerdote que ya se colocaba su sombrero para montar sobre su caballo y continuar el camino.

Al partir la cabalgata, el viejo prelado les hizo la señal de la Santa Cruz como deseo de aquella buena suerte que tanto iban a necesitar.

Entretanto, allá en la casa de Tinaquillo en la residencia formal de Juan Carlos de la Huelva, las cosas habían tomado una tonalidad de manicomio, pues el español, con sus proceder, era obvio que había enloquecido.

Luego de haber llegado a la casa con su preciada cautiva, se apresuró a acostarla en la cama completamente desnuda, con las manos y pies atados a los copepes, donde el demente se limitó a contemplar las todavía nada despreciables formas de su mujer a pesar del embarazo.

Betsabé ya había reaccionado de su desmayo que la mantuvo inconsciente por mucho rato, y al encontrarse en semejante estado, un terror sin límites invadió su pecho.

Allí al frente, sentado en una cómoda poltrona, con el vaso de vino en una mano y el revólver en la otra, se encontraba Juan Carlos de la Huelva con ganas de hacerla sufrir un poco más.

—¿Dónde está Santiago? —fue la primera pregunta de Betsabé, quien se encontraba en pésimo estado anímico.

—¿Así que el hombre con quien me traicionas se llama Santiago? —trató de indagar De la Huelva.

—¿Sabes lo que hice con tu amante? le di un tiro entre ceja y ceja para asegurarme de que no quedara vivo.

—¡Mentira! Eso lo dices para asustarme —exclamó Betsabé a viva voz.

—¿Qué le viste a ese tipo para enamorarte de él? —Preguntó De la Huelva con curiosidad.

—Los detalles y el glamour que a ti siempre te faltaron.

—¡Cállate, infeliz! reaccionó el desquiciado. Bien sabes que las mujeres siempre me ha sobrado. Más bien he tenido que echarlas de mi lado. Soy un hombre de porte, bien parecido a pesar de mi edad, que sabe hablar con un verbo depurado. Tengo fortuna. ¿Qué otra cosa puede esperar una mujer de un hombre? —se preguntó.

—Quiero decir, una dama que verdaderamente tenga aspiraciones, porque quiero recordarte que tú nunca las tuviste. So ramera.

Betsabé lo miró con desprecio y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Porque te has convertido en lo que eres, Juan Carlos, si siempre lo tuviste todo, como bien lo pregonas? Yo te respeté y te venere con mucho amor, hasta el momento que me golpeaste cuando aquella noche no quise estar contigo porque te encontrabas demasiado ebrio, y debes comprender lo incómodo que resulta para una mujer hacer el amor con su marido borracho. ¿Es eso acaso una falta?

—¡Claro que sí, la mujer debe estar siempre atenta, comedida y dispuesta a las exigencias sexuales de su marido cuando el bien lo disponga, sin aviso y sin protesta.

—Ese machismo fue lo que comenzó poco a poco alejada de ti.

—Yo sí soy macho con dos cojones bien puesto, y no me parezco a nadie. Y ¡por favor! —prosiguió para subrayar su calificativo de hombre— No me compares nunca con el marica de tu hermano, el sacerdote, ni con otro homosexual que vive en Caracas.

—Tienes razón, Juan Carlos, nunca voy a compararse con ellos —expresó Betsabé con ironía.

—¿Cuántas veces me engañaste con él? —solicitó De la Huelva en una incómoda pregunta, como queriendo disfrutar del morbo que le proporcionaba la respuesta— ¿qué sentiste cuando estabas gimiendo bajo el cuerpo de otro hombre, sabiendo que estabas casada? —volvió a interrogar De la Huelva, lascivo y como comenzando

a tener los primeros síntomas de la excitación queda el placer antes del preámbulo amoroso.

—Respóndeme si aún te queda coraje para defender que —le gritó casi encima de ella, después de ponerse violentamente de pie y estrellar con rabia la copa contra el piso.

—Que avergonzado se sentiría tu padre si supiera que eres adúltera.

—Los padres no son como tú, Juan Carlos. Ellos defienden sus hijos a capa y espada sin importarles los antecedentes oscuros que tengan de la vida.

—Es el amor el único sentimiento al cual no lo alteran los pasados borrascosos, porque cuando se quiere de verdad, sólo el estigma de la solidaridad es el que queda para toda la vida —respondió Betsabé con amargura ante las condenas de Juan Carlos de la Huelva.

—El amor sincero se gana, es cierto, pero también se pierde. Va muriendo por la falta de detalles, por el desatino de caer en la rutina que lo convierte en tedioso, hasta por la falta del beso cotidiano y sincero que recorre todas las consideraciones que se tiene.

—Y el respeto, Juan Carlos... —Prosiguió Betsabé— El respeto que es tan importante para la consideración de la pareja...

—¿Por qué me perdiste? Sencillamente porque la mujer requiere de atención por parte del marido, y tú nunca te ocupaste de estar pendiente de mí. Sólo tus negocios de cierre a carta cabal y tus veladas y fiestas con mujeres dio por terminado en mí el amor que una vez sentí por ti.

—Y fue la soledad la que me llevó a los brazos de otro hombre, que se dio cuenta de la tristeza que en mí se reflejaba. Los ojos de nosotras las mujeres son las palabras del reflejo del alma.

—Es cierto que te convertiste de la noche a la mañana en uno de los empresarios más importantes del centro del país, pero el dinero no lo hace todo. Es muy cierto que cada ser por muy comprometido que sea, necesita su espacio, pero yo admito que me equivoqué y te cedí demasiado terreno.

—Y esa libertad te alejó de mí, porque mi inexperiencia de muchachita aún dependiente de mi padre, no logró acaparar esa alma golondrina que has tenido por siempre, ni convertirme en tu colaboradora, además de mujer y amiga.

—¡Basta! ¡Basta ya de recordarme episodios que no quiero! —Ordenó el español un tanto cabizbajo por la nostalgia que produce el recuerdo de algo que pudo haber sido y no fue, porque no aplicamos a tiempo la capacidad para la salvación de un sentimiento que va muriendo paulatinamente.

—¿A quién pretendes engañar, Juan Carlos? Si hasta la servidumbre que te adula y te rodea sabe que eres el déspota más desinhibido de toda la región, discriminante por todos los poros de tu cuerpo, de la raza mestiza que puebla el país, porque pregonas de tu sangre azul que tiene algo de mora, y porque la cotidianidad de la vida que respiras siempre se hace al modo que a ti te parezca, sin que para ello importen otros criterios.

De la Huelva se detuvo a pensar, y por un momento pareció arrepentirse de todos aquellos desmanes que había cometido, y que paulatinamente convertiría a “La Torrealbera” en un tétrico y sombrío cementerio, si no era detenido a tiempo.

Pero su corazón cercenado por las pasiones del odio desmedido no albergaban ya ninguna compasión para los culpables de la desventura para él irreversible, siendo incapaz de superarla por la vía del sano juicio.

Su consigna era destruir a mansalva todo aquello que pudiera impedir sus maléficos planes sin importarle consecuencias, y por esa razón era repudiado en silencio hasta por su misma hueste, que al darse cuenta de la locura de su jefe no tardaría en sublevársele.

—Baja esa arma, y arrepiéntete ahora que estás a tiempo de salvarte —le sugirió Betsabé, aún desnuda y fuertemente atada, con la sangre fría con la cual se le habla a los dementes agresivos que no atienden razones, si no las que les proporciona su desequilibrio mental.

—¿Salvarme de quién, mujer? no seas idiota, bien sabes que soy el todopoderoso del consorcio ganadero en toda esta región, y todo el que me rodea, deberá cumplir mis órdenes a cabalidad, pues quien está en mi contra, no tiene otro camino que el de la tumba.

—Ese no es el camino, Juan Carlos. La agenda que debes seguir es la de la verdad, la razón y la paz.

—¿Cual paz, mujer? quiero que me digas, ¿cual paz puedes encontrar, si hallándote tranquilo viene la gente inescrupulosa a joderte la vida, hombre?

“¿Qué necesidad tenías de haberte acostado como otro, teniéndome a mí?”

A Betsabé le molestaba de sobremanera la recriminación sobre su tradición que De la Huelva no podía olvidar, y temía sobre las consecuencias inmediatas que ello podría traer en uno de los tantos ataques de cólera de los cuales padecía el troglodita, capaz de dar por terminada aquella absurda conversación de un disparo mortal.

Por ello, buscaba las maneras de desviar el incisivo tópico de la conversación accidentada por el desquicio mental. Pero De la Huelva, como todo obstinado de la venganza, no atendía razones que no fueran las de hacer sufrir a sus víctimas con aquel acoso psicológico tan desagradable por el pavor que conduce ser vejado de palabras y recuerdos nefastos en cuya verdad navegaba la vergüenza cruel para fustigar en la espalda con su látigo, intranquilizando a quien ha sido capturado Infraganti en la fechoría que jamás se pensó habría de descubrirse.

—No debo tener misericordia con nadie, puesto que nadie la ha tenido conmigo. Por lo tanto, le otorgo la muerte a quien me ha dejado muerto en vida.

Y no se equivocaba con el auto calificativo, porque el alma de aquel hombre enceguecido por los celos y el orgullo machista, era ahora un árido desierto, donde vagaba el tormento buscando una gota de agua que lograra mitigar su sed de ser querido y amado por un alguien que nunca llegaría, porque el resentimiento y la falta de coordinación espiritual para otorgar un perdón,

y las ganas de volver a empezar, habían desaparecido para siempre.

De la Huelva llegó a la conclusión de que ahora nada le importaba, y para él, ahora sólo tenía sentido matar y destruir en sitios donde no quedara polvo sobre polvo.

Tan trastornadas estaban sus facultades mentales, que afloró en él la verdadera aberración característica de un sádico sin piedad, y como si se tratase de un demonio de las profundidades del averno mismo, planteó el siguiente y asqueroso acto, ni siquiera ha realizado un animal, con el propósito de divertir un poco su vista, y excitar su libido.

—En estos momentos te vas a arrepentir de haber nacido, porque no sabrás si lo que te va a ocurrir lo vas a llorar por el disfrute que te proporciona el estar como un hombre, o por la locura de tu mente que te hará brotar amargas lágrimas de no poder soportar lo que vas a sentir en carne.

Se levantó de la silla donde había vuelto a sentarse, y abrió la puerta del cuarto encontrando en la sala contigua de la casa algunos de sus hombres fuertemente armados que esperaban instrucciones de su gente.

—¡Pacheco! —Gritó a uno de ellos, invitándolo a entrar en la habitación, orden que cumplió sin preguntar el sujeto alto de contextura corpulenta, a quien apodaban “El Mono” Pacheco, ordinario en modales áridos de sentimientos, carácter en sus hombres que era el modelo con que a Juan Carlos de la Huelva gustaba rodearse, pues prefería pagar más bien a quienes no conociera, para que ellos tampoco les importase a quién inmola-

ran, es decir, que eran los propios sicarios carentes de escrúpulos como el jefe.

“El Mono” Pacheco cambió la expresión del rostro al entrar a la sala matrimonial, y contemplar semejante espectáculo de inmoralidad, al ver en aquellas condiciones a la esposa de su jefe.

Pacheco, en el momento no supo qué decir, ni tampoco lo que su cuerpo físico y mental sintieron, pues fue algo así como sorpresa al llamado del morbo que le proporcionaba excitación de varón, cuando contempló la desnudez de Betsabé que avergonzada y a punto de enloquecer cerró sus ojos; y por otra parte, temor hacia la locura que elocuentemente demostraba De la Huelva al tener cautiva y atada a aquella infeliz mujer que se preparaba a ser víctima del ultraje, esta vez por obra de la barbarie de un peón desconocido y nunca antes visto por ella que esperaba órdenes a ser cumplidas con la incomodidad que proporcionaba la falta de privacidad en la estancia íntima con mujer, para iniciar el preámbulo amoroso de que cada uno de los criterios del hombre maneja desarrollando su creatividad en el acto.

—¿Te gustan las mujeres, Pacheco? —le preguntó el español para buscar la tácita aseveración de aquel sujeto inmediatamente erecto al estallido de la libido al contemplar una fémica desnuda y provocativa.

—Eso no tiene ni por qué preguntármelo, patrón, porque aquí todos somos machos pa’ las mujeres que se presenten —aseveró “El Mono”.

—¡Perfecto! —exclamó el sádico proveniente de la península ibérica—. A ella también le gustan los hombres,

como jugó a la traición en repetidas oportunidades creo que tampoco le importará recibirte para que la tomes para ti en este momento, hombre.

Pacheco no supo qué decir, pues sentía mezcla de vergüenza e indecisión ante la orden que acababa de recibir, y no era su costumbre tomar el amor por la fuerza como un vulgar violador, ni mucho menos a sentirse mentalmente ultrajado ante la tarea inmisericorde que debía llevar a cabo prácticamente obligado por aquella mente envenenada de locura y muerte.

—Patrón, pero... ¿Cómo voy a hacé con usted presente? Usted sabe...

—¿Te gusta o no te gusta la hembra?

—¿Entonces? Hazle frente a la situación o voy a comenzar a dudar de ti, carajo —expresó De la Huelva, emocionado ante su venganza que comenzaría a cobrarse en unos cuantos segundos.

—Pero patrón, con usted ahí y los muchachos afuera... —fue la respuesta de Pacheco, que no dejaba de mirar el desnudo cuerpo de Betsabé que no se atrevía a abrir los ojos ante el horror que le proporcionaba encontrarse frente a frente con aquel hombre desconocido.

—Les diré que se retiren al patio —exclamó De la Huelva para darle más confianza al futuro violador, al tiempo que se dirigía a la puerta, ordenando a la gente que se encontraba afuera en la sala que debían retirarse de la casa.

“Por el momento no hay novedad, muchachos, así que puede retirarse cada uno a donde quiera. Les dejo

lo que resta de la tarde y la noche libre. Nos vemos mañana bien temprano en el patio.

—¿Está usted seguro de eso, patrón? —preguntó uno de sus allegados más directos.

—Hombre, tan seguro como que el presidente Gómez durará veinte años más, y como que todos nosotros nos vamos a morir.

—¡Zape, gato! Esa sentencia final déjela pa' otra ocasión, jefe. De la pelona estamos seguros toditos, pero mientras más lejos esté, mejor —comentó otro que observó preocupado el martillazo étílico que tenía afectado ya a Juan Carlos de la Huelva a tan tempranas horas de la tarde.

—¡Guá, pues! ¿Y desde qué hora está bebiendo el jefe, que anda sabrosón siendo a penas las cuatro?

—Estén pendientes, sin embargo, de la entrada a la hacienda, y procuren vigilar que nadie extraño se presente aquí. Y al osa, dispárenle primero y averigüen después, porque esto es propiedad privada.

La confiabilidad franca nunca es buena consejera cuando se tienen muchos enemigos que pudieran estar acechándonos entre las sombras, así pues, que distraernos de ellos considerando la eficacia de quienes nos acompañan, nos puede generar una sorpresa de la cual no tendremos tiempo de arrepentirnos.

La maldad del hombre debe aguardar irremisiblemente por la emboscada de la venganza, siendo regla ineluctable que toda causa genera un efecto, como habíamos dicho anteriormente.

Juan Carlos de la Huelva nunca pudo razonar que en ese momento era la cabeza más repudiada de toda aquella tierra.

Es indudable que cuando la salud mental del hombre atraviesa por la severa crisis de la esquizofrenia, las ideas para la realización de un plan se duermen paulatinamente, porque el cerebro se circunscribe a interesarse y a hacer de más importancia el “hoy” que sucede, olvidándose del “ayer” que se llevó a cabo o no, y el gran error del español fue el de no poseer directamente un asistente que fungiera como su mano derecha en asuntos de información sobre las estrategias que debían cumplirse al pie de la letra.

De la Huelva era desconfiado hasta de su sombra, y como todo exceso en la vida resulta nocivo para el ser humano, aquel hombre se distrajo perdiendo largas horas de aquel tiempo precioso que debía emplear en la toma por sorpresa a “La Torrealbera” el día anterior, distraído por la venganza hacia Betsabé con aquel incómodo acoso físico y mental.

Durante esas horas que no se emplearon en el ataque a discreción sobre Héctor Torrealba y sus hombres, el enemigo comedido al enfrentamiento inminente, aprovechó para acercarse poco a poco y esperar el momento oportuno para entrar en acción.

Así lo hizo el Negro “Eva”, quien escondido entre el monte, y ya observando a lo lejos la casa de habitación de Juan Carlos de la Huelva, esperaba por una oportunidad que le permitiera acercarse y colarse en su interior.

El patio de la casa y la entrada estaba minado de hombres armados hasta los dientes, distraídos unos en la tertulia, otros en el juego, y otros se dedicaban a la tarea cotidiana del trabajo en las caballerizas donde el español se dedicaba a la cría de potros y yeguas pura sangre.

Evaristo dedujo por tanteo que podían tratarse de más de cincuenta hombres, y llegó a la conclusión de que entrar resultaba más peligroso de lo que pensaba.

Sin embargo, su arrojo estaba por delante, y acostumbrado durante la guerra a situaciones aún más difíciles, se jugó al atrevimiento; y, con la sangre fría que le caracterizaba, y por encontrarse muy cerca de uno de los establos, no quiso perder más tiempo, y como si fuera uno de ellos, se coló entre la multitud con la naturalidad funcional de los espías, tomando dos cubos de agua que fingió cargar bajo la mirada indiferente de quienes lo vieron entrar, pensando que se trataba de uno más de los tantos obreros que Juan Carlos de la Huelva empleaba en su hacienda, haciendo caso omiso de los antecedentes personales que poseyeran.

Su inteligencia perspicaz le permitió descubrir de inmediato la puerta del fondo de la casa por donde se coló hacia el interior, encontrándose de inmediato con la cocina.

Allí divisó el amplio fogón y la gran mesa de madera, lugar de preparar diariamente la ración borrar palabra anterior ración para jefes y obreros.

Una de las cocineras que lo descubrió, inmediatamente lo abordó para solicitarle que quería, y el Negro “Eva”, manteniendo la serenidad, le respondió astuto:

—Que el jefe me mandó a llevarle una taza de café bien cerrero.

—¡Ah, eso no es raro en él! Siempre lo pide bien negro y sin azúcar cuando quiere cortase la mona —expresó ser la que parecía ser la mandamás de aquella sala, mujer pequeña y rechoncha de agradable sonrisa.

—¿Y usted es nuevo por aquí, no es verdad? —volvió a interrogar la mujer que se sintió extrañada de nunca haberlo visto, pues miraba las caras de casi todos los obreros al momento de entregarles su servida y cotidiana ración.

—Apenas hace tres días me emplearon, pero he estado casi siempre en la sabana.

—¡Ah, con razón! Porque es la primera vez que lo veo —le manifestó mientras lo miraba de arriba abajo, como queriendo percatarse de qué le era familiar—. Además —agregó—, el que siempre le lleva café es Pacheco, que quién sabe por dónde andará el condenao —puntualizó antes de entregarle la taza con el humeante tinto.

—Recuerde que debe tocar la puerta antes pa' pedir permiso.

—¿Cuál puerta? —solicitó el Negro "Eva"—, ya sabe que soy nuevo.

—¿Cuál va a ser? La primera de la izquierda después del comedor. ¿Sabe? Es bueno que se vaya acostumbrando a conocé la casa porque al patrón le molesta que la gente siempre anda despistada y perdía, así que abra bien los ojos y no se deje regañá del jefe que bien jodío que es —la recomendó aquella cocinera antes de verlo desaparecer por la puerta y exclamar nuevamen-

te—. Qué negro tan feo ese bicho, cará. ¿De dónde saldría ese hombrón?

Evaristo, mirando hacia todos lados con la malicia que lo caracterizaba, atravesó la sala del comedor, y se extrañó mucho de la ausencia de gente en los alrededores, cosa que le produjo tranquilidad para no tener que lidiar con nadie más que le hiciera perder el precioso tiempo que tenía para trabajar a De la Huelva. Al acercarse a la puerta, escuchó voces de hombres que parecían decir cosas que no entendió.

Así que, revólver en mano, luego de tocar la puerta, espero la respuesta.

Adentro, la interrupción intempestiva le produjo desagrado a De la Huelva, quien fuerte a la puerta y sacado momentáneamente del acto que morbosamente se preparaba a presenciar, exclamó con gritos desaforados:

—¿No dije ya que quería estar sólo sin molestia de nadie, coño?

—Es su café, patrón —contestó la voz de Evaristo del otro lado.

—¿Cuál café? —pensó a la vez el español que no había solicitado tal pedido—. Llévate ese café, hombre, que no quiero.

—Que se le enfría, patrón —insistió la voz ronca que hizo perder los estribos a De la Huelva, quien vociferó groseramente antes de abrir la puerta:

—Verás que te voy a meter ese café por el...

La sorpresa fue cuando el cañón del arma sobre su frente y la manaza de garfio que agarró su pechera antes de entrar al cuarto y presenciar la escena con “El Mono”

Pacheco excitado, erecto y desnudo, que iba rumbo a la posesión de Betsabé, indefensa como Dios la trajo al mundo, y amordazada para que no escucharan sus gritos de terror.

La expresión del rostro de Betsabé cambió por completo al identificar al Negro "Eva", tantas veces visto por ella, y la luz de la esperanza iluminó su corazón.

—¿Quién eres tú, negro? —se atrevió a preguntar temeroso Juan Carlos de la Huelva, mientras víctima del fuerte brazo de Evaristo que le presionaba el cuello, amenazando asfixiarlo, miraba a todos lados como solicitando una ayuda que no tenía.

—¡Arrodíllate! —le ordenó posteriormente a "El Mono" Pacheco sorprendido en tan lascivo acto, lo cual ponía en sobreaviso al Negro "Eva" de que aquellos hombres eran de alta peligrosidad.

Un certero puntapié que dio de lleno en el coxis de Pacheco lo hizo dar un alarido de dolor antes de caer de bruces.

—¿Qué quieres de mí, negro maldito? —preguntó la voz con sangre fría del español, acostumbrado a levantar la voz en las buenas y en las malas.

—¡Maldito tú, condenao godo, que te prestas pa' estas canalladas! Deberías está muerto y con tu cabeza colgando del árbol más alto del patio, carajo —le amenazó Evaristo desacostumbrado e indignado de observar lo que allí estaba sucediendo.

—¿Cómo no te fajas a carajazos con un hombre de tu tamaño antes de tener a una pobre mujer amarrá e indefensa? —tratando de ganar tiempo y poniendo a prueba

su capacidad de persuasión ante entes ignorantes y codiciosos, De la Huelva trató de comprar al Negro “Eva” con el llamado al pecado del soborno.

—¿Qué quieres de mí? Soy un hombre influyente y poderoso en riquezas. Podemos negociar, y puedo pagarte lo que me pidas. Me dejas en paz, y te vas con muchísimo dinero, y asunto arreglado.

—¿En paz? En paz no vas a quedá n i cuando te mueras por todas las fechorías que has cometío, desgraciao.

—Negro tenías que ser para carecer de aspiraciones. Por eso, pobre y sin donde caerte muerto te irás del mundo para evitar que la naturaleza se contamine por el mal olor que tienes –le increpó decidido Juan Carlos de la Huelva herido en el orgullo de no haber solucionado su grave dilema por la vía del poder económico como solía hacer.

—Negro como usted dice habrá de cargarme la pelona, pero con la conciencia limpia como mi bolsillo que ha sido honrado toda la vida, y con la gente que me quiere llorándome. En cambio usted...

no quiso seguir hablándole para evaluar el sobreentendido del español, y tampoco porque no era gente de ofensas recriminantes, pues recordaba que como ser humano, también estaba plagado de errores que quizá no corregiría nunca.

Después de quitarle el revólver americano cañón largo, finísimo y costoso, que llevaba en la sobaquera bien disimulada bajo la chaqueta que De la Huelva llevaba puesta para toda ocasión sin importar el calor que se hacía sentir en aquella región durante todo el año, Evaristo

empujó fuertemente al español para obligarlo a sentarse en cuclillas en un rincón del cuarto, mientras cuidadosamente observaba la lenta recuperación de Pacheco, que aún presa del dolor por el puntapié recibido se retorció en el suelo, mirando hacia los lados, tratando de ubicar el autor del ataque a traición.

—Fui yo —le dijo a Pacheco cuando con una vista extraviada casi, el adolorido peón de De la Huelva lo descubrió bien plantado y arma en mano en el centro de aquellas cuatro paredes.

—Me interesa que duermas otro rato pa' que no sigas mirando desnuda a la señora, así que:

*Mi niño,
vamos a la cama,
pa que no descubras
quién es el que gana.*

Y completando el verso que siempre tenía a flor de labios, asestó Evaristo tremendo cachazo en la cabeza de Pacheco, quien no tuvo tiempo de tomar un segundo aire y quedó inconsciente bajo la mirada atónita de Juan Carlos de la Huelva, que desarmado y cobarde no se atrevía a enfrentar a aquel hombrón en desigualdad de condiciones.

Sabía el ibérico que si no buscaba las formas de reaccionar para defenderse de aquel inesperado visitante, estaría perdido, pues la justicia se encargaría de hacerle pagar sus fechorías, dando por terminada su carrera de malhechor apoyado por su potestad económica que

tantos malos negocios ya había otorgado, entre los cuales él incluía el error de haberse casado con Betsabé.

El Negro “Eva”, obnubilado por el espectáculo sólo armado para su ejecución por tarados mentales, se apresuró a tapar con una manta a la infeliz y avergonzada mujer, que cerró sus ojos para no encontrarse con la mirada del guardaespaldas de su amante que había descubierto su pudor en aquellas circunstancias tan accidentadas.

—Tranquila, señora Betsabé, que ya todo va a volvé a la normalidá —la habló Evaristo con voz de toro, como para brindarle un poco de confianza y seguridad.

Calderón se apresuró a asomarse dado el movimiento de los empleados del dueño de la hacienda, quienes aún permanecían indiferentes y confiados de que todo estaba en orden. Caminaban de un lado a otro unos, y jugaban a los dados otros en amena tertulia, desconociendo ingenuamente que las reglas en aquella habitación se habían cambiado en la nariz de ellos, pues la especialidad del negro Evaristo era colarse con naturalidad entre la multitud en los sitios más peligrosos y desconocidos, no se sabía si por su química, o por su sangre fría para afrontar los peligros.

Su presencia allí no le había resultado del todo difícil, por ello pensó para darse autoestima en que su hazaña sonaría algo petulante:

—Fue facilito meteme aquí, porque pa’ peores sitios me he colao, cará.

El guardaespaldas de Santiago Puy cometió el error, sin embargo, de subestimar la peligrosidad de aquel sá-

trapa español que ahora tenía bajo sus órdenes, y quien sigiloso esperó a que su enemigo se acercara a atarlo con las mismas sogas que usó él para Betsabé, ultrajada y privada de su libertad.

El Negro “Eva”, que durante toda su vida había colmulgado con la astucia y la fiel atención hacia sus enemigos, no se percató del pequeño puñal con larga y delgada hoja que Juan Carlos de la Huelva llevaba escondida dentro de una de sus botas, y que siempre le había acompañado para ser usado en los momentos de cercano peligro, y a pesar de que tenía el revólver en la mano donde la seguridad de un movimiento en falso del español la solucionaba con un sólo halar del gatillo, lo sorprendió el dolor que le propinó el filo del metal que De la Huelva esgrimió con sorpresa al mostrar sus manos para que Evaristo procediera a atarlo.

El puñal se hundió de lleno en el abdomen de aquel hombre de color, que se llevó su mano izquierda donde el arma blanca había tocado un punto vital, y la expresión de su rostro mostró una mueca que no se supo si era de dolor o rabia por la sorpresa de haber sido engañado por ceder a ser tan confiado y distraído.

Sin duda que el objeto punzo penetrante produjo una herida de consecuencias nefastas, y Evaristo con la fuerza que aún le quedaba, evitó que el español volviera a utilizar el arma, o por lo menos evitar que la inmolación fuese inmediata.

—Maldito traidor, como todo español. Pero estas manos negras te llevarán conmigo —en sus últimos momentos con fuerza el cuello de De la Huelva, que ha-

cía esfuerzos imposibles por arrancarse aquellas tenazas con diez dedos que tanto había luchado durante su vida por una causa justa, y que ahora le recordaban a aquel español desalmado en sus últimos momentos que la ley del tali3n es ineluctable, cuando con ojos de asombro y terror se tiene por delante el cultivo de los vientos.

El estrangulamiento que llam3 a la muerte por asfixia mecánica y las cervicales hechas jirones, dej3 a Juan Carlos de la Huelva con la mirada hundida en la nada, la lengua afuera y el color de su rostro tom3 un color un tanto violáceo.

Betsabé contempl3 la escena con horror, y se dio cuenta que todo había terminado para quien dijo una vez llamarse su esposo.

En medio de toda aquella confusi3n, trat3 de buscar su ropa, que me encontraba, observando aquel dantesco cuadro, nunca antes experimentado a3n en sus horas m3s amargas.

El Negro “Eva”, mortalmente herido pero a3n con fuerzas para mantenerse en pie, tuvo valor para sacar el arma de su vientre cercenado por el instinto asesino, y le sugiri3 a aquella indefensa mujer que debía huir antes de que la caterva que afuera se encontraba se diera cuenta de la hecatombe que se había producido en cuesti3n de minutos en aquella habitaci3n.

—Pa’ protegela... debo... matá antes de morime... a este... otro... jodi3... —exclamaba con palabras entrecortadas, ayudados de sus 3ltimos suspiros.

Se arrodill3, y con la misma arma con la cual fue sacrificado, atraves3 el abdomen de “El Mono” Pacheco

para no darle tiempo de reaccionar, y dar la voz de alarma que para Betsabé sería fatal en su huida.

—Váyase... por la puerta... de atrás... sin que la vean... Váyase pronto... y dígame al jefe... que me morí... defendiéndola...

Lo sorprendió el vómito de sangre que horrorizó aún más a Betsabé, quien a puro coraje Torrealba y dispuesta a no dejarse atrapar, se vistió aprisa con la ropa que a duras penas encontró. Tomó el revólver que había sido una vez del Negro "Eva", y se dispuso a salir cuando un intercambio de disparos a discreción que escuchó en las afueras de la casa la hizo detenerse para acercarse a la ventana y observar lo que estaba aconteciendo.

—¡Corran y cúbranse, que nos agarraron desprevenidos! —gritó uno con voz de sorpresa.

—¡Disparen, que nos matan! —vociferó otro ya en el pasillo y muy cercano a donde la Torrealba se encontraba, quien lo vio pasar por su frente agachado y arma en mano, respondiendo a la descarga que con fuego de metralla arremetía desde afuera contra los confiados y sorprendidos hombres del ahora extinto Juan Carlos de la Huelva.

Era el grupo de Héctor Torrealba, que por sorpresa había asaltado la hacienda para no dar tiempo a aquella pandilla de truhanes a defenderse.

Betsabé no alcanzó a identificar a ninguno de los jinetes invasores en medio de la bélica confusión que reinaba, y el estruendo que causaba el tiroteo le recordó que le era sumamente peligroso salir por el riesgo de quedar sin querer a merced de una bala perdida, pues

no tenía duda de que la casa había sido rodeada por quienes pretendían vengarse de Juan Carlos de la Huelva, déspota, tramposo y ambicioso en sus negocios.

Por un momento la abatió la duda de que aquellos inesperados visitantes fueran cuatrerros de camino en jornada de rutina, pero al volver a sumarse a la ventana, distinguió a lo lejos la silueta de José Cucho que disparaba con una mano, y mantenía el filoso machete en la otra en un gesto de fiereza que sólo un hombre diestro en la guerra sabía hacerlo.

Al saber de quiénes se trataba, la alegría por la esperanza de salvar su vida inundó su corazón. Volvió la cara al centro de la habitación que una vez ocupó como esposa, dueña y señora, y no supo si sintió terror ante la escena de muerte, o consideración por aquellos tres hombres que yacían inertes por haber querido defender cada uno sus propios criterios, justos o injustos, pero maneras de pensar al fin y al cabo.

La refriega entre ambos bandos se desplegó por el amplio patio de la hacienda que comenzó a llenarse de heridos y de gente inmolada en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo que duró muy poco, cuando ya vencidos por la inesperada acción guerrera que tomó desprevenida a la obnubilada cáfila de De la Huelva, optaron por rendirse los que quedaron en pie, porque otros resolvieron emprender la huida aprovechando la confusión y la falta de un jefe cabecilla capaz de conducir y repeler el ataque violento que Héctor Torrealba llevó a cabo sin tener ninguna consideración al respecto.

La pelea se prolongó por algunos minutos más, mientras José Cucho a la cabeza del grueso pelotón que le acompañaba, trataba de sofocar con eficacia pequeños focos de resistencia que, escondidos tras la protección que otorgaban las caballerizas, trataban de repeler el fuego en inútiles esfuerzos por frenar aquellos hombres seguros de su tarea que ya se habían apoderado de la hacienda “Bejucal” y que la gente en son de broma había bautizado una vez como “La Huevera”, como palabra comparativa y similar al apellido de su ya extinto dueño.

Héctor, pistola en mano, logró acercarse a la casa. Con cautela bajó de su caballo, y al entrar en el pasillo de la casa colocó su espalda sobre la pared adyacente a la puerta de acceso al interior de la misma.

Betsabé, quien se percató de la presencia de su hermano, salió a encontrarle con la vehemencia con la que suelen actuar las mujeres que encuentran protección y abrigo en un ente de confianza ya disipado el peligro devorador de emociones.

El sacerdote la vio acercarse en veloz carrera hacia sus brazos y no pudo disimular su pena al ver las condiciones físicas en las cuales su hermana se encontraba sumida.

El rostro desencajado de la Torrealba mostraba severos síntomas de cansancio por el tiempo sin dormir, y su castaña cabellera despeinada le daba aún un aspecto más paupérrimo que el que le demandaban sus ajados trapos que le tapaban de manera improvisada.

—¿Qué te han hecho, hermanita? —preguntó el clérigo con un nudo en la garganta, indignado por el aspecto lastimoso en el cual Betsabé se encontraba, e intuyó inmediatamente que las emociones fuertes vividas pudieran haber afectado su salud menta.

La desdichada mujer, víctima de todas las vejaciones nunca antes vividas, quedó sumida en sollozo sereno en los brazos de Héctor, que trataba de consolarle apretándola más contra su pecho, mientras observaba a lo lejos cómo sus hombres tomaban ya el control de toda la situación, procediendo a atar a los que con la condición de que sus vidas fueran respetadas, se apresuraron a rendirse, para ser quizá remitidos a las autoridades más cercanas de comprobarse la complicidad de los mismos en los asesinatos perpetrados por Juan Carlos de la Huelva.

Por la mente del sacerdote afloraron todos los recuerdos de aquel sacrificio realizado en cuerpo y alma, y cuyas repercusiones tendrían un sólo responsable de los vestigios buenos o malos que quedaran como resultado de aquella lucha cuerpo a cuerpo y hombre a hombre que su cuñado le había declarado, recordándole con su proceder implacable que la violencia había sido desde ese momento la única arma para mostrar que nunca había tenido la razón en el ejercicio de tales desmanes, que sin aviso segaron muchas vidas inocentes, por la ira que le ocasionó el haber sido engañado por su mujer.

Apretó y miró el arma que tenía en la mano, para cerciorarse de que de ella no había salido un sólo disparo que manchara con ello la limpieza de su alma, que con

tanta vocación de servicio había llevado durante toda su vida.

No necesitó tampoco que su hermana le relatara lo concerniente a la espantosa hecatombe desatada en el seno de la hacienda donde se encontraba cautiva en brazos de la trashumancia y la locura, para comprender que la carrera de fechorías de su cuñado había llegado a su punto final, sucumbiendo víctima de su propio karma que lo devoró en cuerpo y alma.

Por esa razón, y sin atender invitaciones de cortesía de Betsabé, que por la emergencia estaban totalmente fuera de lugar, el sacerdote penetró en la casa, y sin necesidad de registrar mucho, dio de inmediato con la sala principal de habitación, donde descubrió la colectiva carnicería.

Allí, en un rincón del cuarto, identificó el cadáver aún caliente de Juan Carlos de la Huelva, pálido y con una mueca de sorpresa que fue su última expresión de mal perdedor. Al otro lado, dos cuerpos más habían quedado tendidos de bruces, inertes ambos y con las armas que eran cuerpos del delito o de sus defensas, no muy lejos de sus manos.

Trató de encontrar una esperanza de vida en el cuerpo del Negro "Eva", pero al ver el rictus de la muerte en el rostro del que el peón se apresuró a aplicarle los santos óleos con la oración en latín que tantas veces utilizó en situaciones similares.

De igual manera procedió con De la Huelva, a quien absolvió de todos los pecados a pesar de la severa mancha en su hoja de vida.

—*Io absolvote pecata tui, in nomite patris, et filii, et spiriti sancti, amen.*

Finalmente fue “El Mono” Pacheco quien recibió la indulgencia para su redención por parte de Héctor Torrealba, que después de utilizar improvisadas sábanas para arropar los cuerpos ya difuntos todos, salió de la habitación después de persignarse una vez más.

—¡Dios excelso! No era esta la mejor forma para un final, pues siempre nos acostumbraste a la alegría del epílogo en los cuentos de hadas —exclamó Héctor en voz baja antes de mirar por última vez la puerta de aquella habitación plena de muerte y de energía negativa a la cual nunca más regresaría, al menos no con planes bélicos.

La primera parte de la lucha había cerrado su capítulo con la desaparición física de Juan Carlos de la Huelva, que tantos problemas había causado en el seno de aquel cuadro familiar.

La “Sombra Oculta” esperaba por convertirse en el próximo objeto que descifraría el acertijo de aquel pasado paterno, cuyo misterio había quedado sumido momentáneamente en el olvido.

Héctor estimaba que su coraje le permitiera llegar hasta el fondo de aquel secreto con las mismas condiciones físicas y mentales que le permitieron enfrentarse a las locuras perpetradas por aquel monstruo de la península ibérica, sacrificado por la incorrecta conducción de sus instintos, y por la absoluta escasez de la vergüenza moral que nunca tuvo, porque jamás escuchó razones que lo hicieran ponerse a tono en el ejército del

bienestar que le otorgara respeto y cariño entre la gente que lo circundaba.

Pensó en las responsabilidades finales que debía enfrentar Betsabé como única heredera de aquel patrimonio respetable que quedaba en sus manos, y lo asaltó la duda de la capacidad que pudiera tener aquella mujer plagada de problemas y recuerdos nefastos en la conducción de aquellas diligencias ante la ley.

Sin argumentos algunos, sabía que también ineludiblemente debía enfrentar antes a los organismos competentes en términos legales, por toda la problemática suscitada en el seno familiar que conllevó al inminente enfrentamiento contra Juan Carlos de la Huelva.

Por esa razón, decidió inmediatamente dejar este asunto que le tomaría mucho tiempo en resolver en manos de dos de sus abogados de confianza duchos y decididos a trabajar con entereza y capacidad lo que estaba por venir.

Con la verdad siempre por delante, las explicaciones en la conducta asumida por aquel hombre tan conocido socialmente como el intratable por toda la gente que le odiaba el silencio, eran la mejor manera de resolver el clima de conflictividad que estaba por venir en relación a las averiguaciones que las autoridades hacían para cerrar el caso de su muerte.

Para ninguno de los que rodeaba al aparentemente importante pero infeliz español, era secreto que la animadversión de quienes le servían podía explotar en cualquier momento desde donde saldría irremisiblemente el

asesino que le cegaría la vida dado su carácter déspota, su actitud discriminante y sustrato ingrato e incordial.

No había sucedido así, sin embargo, pues sus antípodas a las órdenes del cuñado se habían encargado de ajustarle cuentas, concretamente en la persona de Evaristo Calderón, a quien le había sido encomendada la tarea de acorralarlo y detenerlo, y que había matado en defensa propia, sacrificando él también su integridad física, llevando la lealtad y la honradez hasta el último minuto de su vida.

—Quien se le atraviesa al Negro “Eva” en su línea de fuego es un blanco mortal —había comentado una vez con respeto Santiago Puy, que lo conocía muy bien, y que sabía de lo que aquel hombre era capaz de hacer.

Con la desaparición física definitiva de Juan Carlos de la Huelva, una sensación de paz, tranquilidad y armonía volvió a reinar en toda aquella región donde además de repudiársele de manera incisiva, se le temía y se le respetaba con pavor, pues quienes comerciaban con ganado, conocían sus incorrectos negocios de monopolio en donde su altísimo poder económico no contaba con competencia alguna capaz de tutearle.

Toda la ganancia obtenida pasaba a engrosar las poderosas sumas guardadas en importantísimas entidades bancarias de liquidez impecable, donde sus familiares se encargaban de manejarlas e invertir las para el desarrollo de su país.

Se habían liberado algunos dueños de fincas más pequeñas a quienes el español otorgaba préstamos de sumas considerables para ampliar el desarrollo de las

mismas; tributo a cancelar en cómodas cuotas a pesar del usufructo desmedido que aquel desalmado ejecutaba sin son ni ton, enviando ganado de su propiedad a pastar en potreros ajenos, alegando que esa era otra forma de pago como acreedor casi vitalicio de aquellas explotadas víctimas de la codicia en la aceptación de aquellos anticipos jugosos que enriquecían el patrimonio ilícito de aquel usurero que no tenía piedad alguna de quien le rodeaba.

El sepelio y exhumación del cadáver se llevó a cabo por sugerencia de Héctor en un lugar apartado de la hacienda "La Torrealbera", sitio por demás hermoso bajo la sombra de estúpidos árboles, y tras la mirada sumida en pensamientos vagos de quienes habían sido una vez su familia por afinidad.

Allí quedó sepultado para siempre Juan Carlos de la Huelva, porque a pesar de que Betsabé envió comunicación a familiares que pudieran interesarse por el traslado del cuerpo a España, ninguno de ellos pareció mostrar comedimiento en hacerlo.

Tan sólo uno de sus hermanos quiso informarse de los bienes dejados por De la Huelva, y recibió la tajante respuesta de Betsabé de que toda la fortuna había quedado bajo su tutela por ser esposa, y por ende única heredera de aquel patrimonio que sólo existía en bienes materiales, pues el dinero en moneda que constituía el ahorro total de las inversiones y transacciones realizadas por el español, se encontraba cómodamente guardado en cuentas a nombre de sus familiares, razón por la cual

la Torrealba se abstuvo de reclamar y pelear por un dinero al que consideró desde ya perdido y olvidado.

—No quiero heredar mi saber nada del patrimonio viciado de ese hombre que una vez fue mi marido — planteó decidida a rechazar de plano aquellas propiedades que ahora formaban parte de su peculado nada despreciable para alguien que desea engrosar sus intereses económicos de una manera fácil y sin ninguna vergüenza sobre la procedencia del dinero.

—Colócalo todo en ventas y es lo que quieres, pero para mal o para bien, esa herencia que corresponde por ley, y no debes dejarla sumida en el abandono —pues la sugerencia de su hermano, incitando a Betsabé a adquirir responsabilidades de una vez por todas en el conocimiento que debía comenzar a forjarse a partir de ese momento, si es que pensaba rehacer su vida en compañía de Santiago Puy, además de el hijo que estaba por venir al mundo.

Betsabé, por otra parte, desconocía aún el paradero y la suerte del hombre que amaba, sabiendo por experiencia propia de la inmisericorde felpa de la cual fue objeto Santiago al ser descubiertos ambos en el nido de amor donde se encontraban, y donde posteriormente fue plagiada la infeliz mujer para ser sometida a toda clase de vejaciones y maltratos que ella consideraba como el más infame de los ultrajes.

Por esa razón, y sin ni siquiera consultarlo con Héctor, optó por salir en busca de aquel hombre que de aún encontrarse con vida, la haría sin duda alguna la mujer

más dichosa en el idilio que nunca antes había sentido y vivido.

Héctor, sin embargo, consideró prudente que su hermana descansase física y mentalmente al menos un par de días, los cuales repondrían un poco sus condiciones emocionales y le permitirían mantenerse en pie con un poco más de ecuanimidad, con la cual pudiera hilvanar ideas acerca del futuro a construir con o sin Santiago Puy.

Torrealba ya había decidido cuál sería el camino a tomar en la búsqueda de su mañana, luego de resolver sus problemas tanto familiares como clericales.

La vida de aquella gente fue volviendo poco a poco hacia su cauce normal de donde fue desbordada hacia un torbellino de bajas pasiones por la violencia intangible que no tuvo compasión con ellos, y que los arrastró a un abismo de incertidumbre y muerte, donde sólo el más fuerte en perseverancia y fe sería capaz de mantenerse en pie y sobrevivir a aquella barbarie desatada por la locura de seres descarrilados en su comportamiento.

Antes de retornar a "La Torrealbera", el sacerdote había girado instrucciones a Timoteo y José Cucho de permanecer con algunos hombres armados en la hacienda "El Bejucal", con el fin de colocar en orden al personal que debía mantener el normal desenvolvimiento de la misma desarrollando el trabajo cotidiano que aquella extensión de tierra realizaba con Juan Carlos de la Huelva en vida.

El ritmo productor de “El Bejucal” continuaría hasta que Betsabé decidiera darle curso o no a la venta de la finca.

Fue así como luego de transcurrir algunos días, ya calmada la tempestad borrascosa de la experiencia vivida y de vuelta a la tranquilidad en aquellas mentes instaladas en el descanso aparentemente tranquilo de “La Torrealbera”; Héctor conversaba con su hermana, sentados ambos en el amplio pasillo de la casa, mientras contemplaban el morir de aquella tarde decembrina en aquel mes donde ya se respiraba la víspera de Navidad.

—Verdaderamente que ha sido para nosotros muy dura la experiencia que nos ha tocado vivir en los retos que Dios nos planteó enfrentar, querida hermana. Por suerte de nuestros cuerpos han resistido los embates de los males que no han durado cien años —recalcó para aplaudir la resistencia y paciencia mental que ambos pudieron manejar y así no enloquecer ante todo lo que vieron.

—En esta Navidad que se acerca, el verdadero regalo del niño Jesús lo constituirá la tranquilidad, la paz que tanto necesitamos para una definitiva armonía en familia, hermana. La calma vendrá después de haber soporado los embates de una fiera tempestad.

—¿Pero cuando, Héctor? —se apresuró a interrumpirle la Torrealbera ante la obstinación que le habían racionalizado los acontecimientos nefastos que casi la hicieron sucumbir bajo las garras de un demente sin escrúpulos—. ¿Cuándo vamos a tener ese sosiego del cual tú hablas?

Mira las condiciones en las cuales se encuentra papá después de haber sido una persona sana, trabajadora, y entregada al disfrute de la buena vida.

—Aparentemente —exclamó Héctor suspirando profundamente antes de decir— papá tuvo todo y nada a la vez. El sólo hecho de no sincerarse con un definitivo credo que le diera esperanzas de crecer espiritualmente avivó la llama de su destrucción física. El cuerpo y el espíritu deben estar íntimamente ligados al equilibrio que la vida espera que el hombre aprenda, querida Betsabé.

—Papá, siendo un hombre tan suspicaz, debió percatarse a tiempo de las repercusiones que dan los proceder mal canalizados en la vida, y de que no se debe abusar del poder que la misma te otorga. Recuerda que por muy vanidosos que creamos ser por el salvoconducto del dinero, el día de nuestro juicio sucumbiremos ante las garras de la muerte. Si con esto que te he dicho, no logras asimilar esta filosofía, tan sólo mírate al espejo de Juan Carlos de la Huelva: ese hombre nació y creció sólo para juzgar a la gente que le rodeaba de una u otra manera déspota, sin pensar que él también sería juzgado el día de su último suspiro.

—La naturaleza es hermosa y sabia, querida hermana, pero también perversa e implacable cuando la retamos a que nos obedezca, y la triste suerte de los hombres que se creen omnipotentes la recordamos luego en los despojos que debemos echar dos metros bajo tierra para no contaminar el ambiente luego que mueren, y ya.

—Volvemos al fondo de la tierra que nos trajo, Betsabé. En fin, se cumple la ley de la vida y de la muerte.

—¿Crees entonces, querido Héctor, que nuestro destino está escrito por Dios antes de nacer?

—Te recuerdo con esa pregunta la vieja parábola bíblica de enseñarte a pescar entregando de la caña en vez de regalarte el pescado, con la respuesta de que el creador a la hora de enviarnos al mundo, nos entrega el papel y el lápiz para que, con las reglas que la vida exige, seamos nosotros mismos quienes comencemos a escribir nuestro destino, y el mismo lo representa sencillamente la misión que hemos venido a cumplir y que poco a poco vamos descubriendo en la medida en que vamos conociendo su naturaleza.

—Es tan complicado nacer, tan sencillo vivir, y tan difícil querer morir para quienes amamos al mundo...

—Es complicado venir al mundo porque somos el producto de dos criterios de cuyos genes heredaremos el temperamento que nos dará la manera de luchar cuando tengamos uso de razón, pero antes debemos crecer, abrir los ojos con mucho cuidado desde niños, caminar teniendo la certeza de que no vamos a caer porque el golpe duele, y como aprendemos a conocer el efecto que da el dolor, procuraremos no volver a tropezar.

—Sencillo vivir, porque si todos en el mundo comprendiéramos que el sólo hecho de hacer el bien nos abre las puertas de la felicidad, no existirían las guerras, y la balanza de la justicia siempre mantendría su equilibrio. Hacer el bien trae amor, el mal nos acerca a la guerra, y eso lo sabemos todos pero nunca hemos querido entenderlo.

—Papá no podrá resistir por mucho tiempo el complejo de culpa que lo tiene postrado en esa cama, y el sólo hecho de no poder confesarlo, cada día lo va consumiendo poco a poco —exclamó Betsabé que conocía bien a su padre—. Perdóname, hermano, pero esa manera de vivir de papá en las circunstancias en que se encuentra, no es nada fácil.

—Papá está muerto en vida, Betsabé, y eso lo sabemos todos. La procesión que lleva por dentro y que no le permite revelar los secretos de las maldades que cometió, no le dejan descansar en paz, y quizá esté purgando sus pecados aquí mismo la tierra con el sólo hecho de permanecer parapléjico, triste y privado de la salud física de la cual tanto le gustaba alardear, diciéndole a todo el mundo que a pesar de su avanzada edad, ninguno de sus hijos gozaba de su misma fuerza corporal ni de su lucidez mental.

—El gran defecto, sin duda, del elemento acomplejado en su superioridad, es que nunca aprende a ser humilde porque no puede ahuyentar ese miedo de sentirse algún día desplazado por alguien mucho más hábil e inteligente, querida Betsabé.

—¿Consideras a papá, entonces, víctima del complejo, habiendo sido durante su vida un hombre tan seguro de sí mismo?

—Como sacerdote, no creo en la premeditación y alevosía de la cual hablan los abogados cuando un delito se comete, tan sólo pienso que una mente que llega al desquicio y que no puede razonar es quien actúa de manera criminal en su proceder.

—El hombre, en fin, debe subordinarse a las reglas de la vida y a las disposiciones de Dios, que no son ordenes, como la gente cree, sino más bien sugerencias que te harán vivir mejor y que tú tomas o dejas: de allí el punto de partida de lo que quieras ser mientras estés en el mundo.

—En esa elección tan complicada para el ser humano es donde la incertidumbre, la inseguridad, o como tú quieras llamarle, hace de las tuyas, y por la falta de confianza en sí mismo, allí nace el complejo sustancial que nos crea temor y nos hace tímidos, hermana.

—¿Por qué es tan difícil aferrarse a morir? —preguntó la Torrealba curiosa de conocer el planteamiento de su hermano hábil en estudios espirituales.

Héctor se levantó de la silla donde se encontraba, se llevó las manos al pecho, y suspiró un tanto profundo antes de responder con aquella inspiración que le brotaba del alma cuando explicaba y planteaba situaciones difíciles para despejar el camino de la vida:

—Cristo dijo en muchas oportunidades cuando predicaba el evangelio: “yo soy la resurrección y la vida”, y luego ratificó que quien creyera en él, viviría para siempre.

—Quien verdaderamente está muerto, no es aquel que fallece físicamente, sino quien sucumbe bajo el peso del pecado. Resucita entonces todo aquel humano que converge del pecado a la oración. Vivir no es solamente el hacer físico. El cuerpo humano es un préstamo para albergar el espíritu con el cual andamos por el mundo, y a él nos aferramos tratando de cuidarlo y conservarlo.

—Cuando alguien que muestra cercanía por afinidad o consanguinidad, desaparece físicamente, no lo lloramos por el dolor que representa su ausencia, sino por la rabia que nos produce que el destino nos lo haya arrebatado sin son ni ton, y eso también es delito cruel: el aferrarse a la carne.

—Sollozamos de rabia y no de dolor cuando velamos su cadáver, y de ello casi nunca nos damos cuenta. Nunca esperamos con alegría nuestro paso a otro plano destinado por Dios y que llamamos Muerte, confiados en la fe, de volver a encontrarnos con aquellos que han partido antes que nosotros hacia un mundo mejor, querida hermana, porque el creador en su infinita sabiduría y amor por sus hijos, sería incapaz de enviarlos al sufrimiento que muchos llaman Infierno.

—Ese averno del cual mucha gente habla, nos lo construimos nosotros mismos con las malas acciones que realizamos. Dios está tan cerca de todos y mucha gente no lo siente. Es tan sencillo hablar con él que sólo basta abrir el corazón y llenarlo de esperanza en lo que queremos construir.

—Orar no es solamente repetir las letras que están escritas en los libros: es hablar francamente con el altísimo, crear nuestro propio desarrollo para rezar. Conversar con Dios proporciona confianza y luego estímulo para que la sonrisa de la vida nos otorgue los retos a resolver en la misión que cada uno de nosotros tiene en el mundo.

—Te puedo decir con certeza que es mucho más fácil y beneficioso hacer el bien que el mal, pues en el ejerci-

cio de las buenas acciones siempre está la vocación de querer realizarlas, porque la satisfacción de haber cumplido con las cosas que te gustan, viendo los frutos que has cosechado con tus propias manos, te abre aún más las ansias de seguirte tejiendo el paraíso que deseas.

—El mal, en cambio, te llega como una vil tentación, y te detiene a pensar, antes de realizarlo, en lo que puede perjudicarte al entregarte a él, e inclusive, llevas a medir seriamente los beneficios que puede traerte aunque malsanamente procedas.

—El caso de los ladrones es el ejemplo más sencillo y cotidiano de explicarte: ellos, antes de perpetrar su delito, incurren en el pecado de la codicia del bien ajeno. Saben que no está bien sustraer lo que no les pertenece, pero por malo que sea lo que hacen, conocen de la proporción de la ganancia que resulta como el viejo refrán: “pan para hoy, y hambre para mañana”.

—Los truhanes del delito del hurto serán siempre los eternos hambrientos y sedientos de cuerpo y espíritu, porque el pecado nunca les dejará saciar su hambre ni mitigar su sed.

—Recuerdo las palabras, crueles, si se quiere, de un viejo sacerdote amigo mío, fiel creyente de la recordada filosofía que reza que Dios premia a los buenos y castiga a los malos; quien me dijo una vez con una serenidad pasmosa: “quien hace el bien y cree en Dios, no morirá para siempre, y quien hace el mal, no vivirá para siempre”.

—Sin duda un pensamiento fuerte para analizarlo, que por su nutrida verdad da mucho respeto recordarlo.

Betsabé suspiró profundamente antes de levantarse de donde se encontraba, para caminar y abrazarse al pecho de su hermano, que la recibió con ternura y comprensión ante el recuerdo de todo lo que le había tocado vivir en aquellos tormentosos días de cautiverio.

—Todo lo que te ha ocurrido, hermana, no ha sido en vano, pues ello te ha hecho crecer en el espíritu y en la fe que te dará más fuerza aún en la construcción de la nueva vida que habrás de llevar al lado de tu hijo.

—Su llegada será mi verdadera consolidación como mujer y el estímulo para seguir luchando, pero esta vez, aún con más motivación, por mis dos amores.

—Tus tres amores —la corrigió Héctor con un sonrisa—. ¿Olvidas a Dios, acaso? —se apresuró a interrogarla.

—Él está sobreentendido en mi corazón —respondió Betsabé casi encima del cura.

—Más te vale —respondió Héctor.

Héctor Torrealba, ya más tranquilo y descansado, se apresuró a presentarse en el episcopado, que urgentemente lo había requerido desde hacía ya más de un mes, para que el jesuita rindiera explicaciones de su ausencia y su conducta dentro y fuera de la feligresía que tenía a su cargo.

Después de esperar un poco, sentado cómodamente en el amplio pasillo de aquellas instalaciones del seminario donde funcionaba la sede máxima del apostolado católico en Venezuela; fue llamado por un joven diácono que le acompañó hasta la puerta del despacho, donde al entrar y dar los buenos días, observó sin inmutarse

al triunvirato que le aguardaba como si fuera un jurado examinador o acusador de algún procesado penal.

Después de saludar con reverencia, besando la mano de Monseñor, e inclinándose hacia los otros, dentro de los cuales pudo distinguir a otro sacerdote que fungía como rector del seminario; esperó discreto que lo invitaran a sentarse, y allí se dio inicio a la conversación que Monseñor como miembro de más jerarquía prologó con don de mando.

—Estábamos extrañados, y luego profundamente preocupados, por la ausencia e indiferencia que hiciera usted al llamado que en muchas oportunidades le insistimos en su parroquia, padre Torrealba.

—Nos interesa su quebranto de salud y oramos mucho por su pronto restablecimiento, así como también el de su padre, a quien conocemos y apreciamos por las colaboraciones en diezmo que nos ha otorgado durante mucho tiempo.

—Recibimos noticias que nos dejaron estupefactos, de que su trabajo pastoral no era precisamente el del “llamado a la paz y a la concordia”, sino que por el contrario estaba usted cometiendo el desatino de convocar a la gente a propiciar la guerra en contra de su mismo cuñado, inclusive, con usted a la cabeza de una horda de facinerosos, abandonando los sagrados hábitos y vestido como un vulgar guerrillero de sabana. ¿Es eso cierto, padre Torrealba?

Héctor tragó saliva ante lo que acababa de oír, lo que bien era cierto. Pero mantuvo la serenidad, y con el arrojo que le caracterizaba, contestó con aplomo y decisión

las explicaciones que como hombre y sacerdote debía dar, teniendo cuidado de no culpar a terceros en sus planteamientos.

—Eminencia, con todo el respeto que sus palabras merecen, debo decir que la justicia divina también tiene sus defensores aquí en la tierra en que vivimos, quienes de cualquier forma hemos empuñado la espada únicamente para evadir los coletazos del mal que ha querido tomar las riendas en estos lares. Siguiendo el ejemplo imponderable de San Miguel Arcángel, o de San Jorge, mi actuación no ha sido otra sino la de proteger a mi familia: institución espiritual que luego de la enfermedad irreversible de mi padre quedó sumida en el desamparo, acéfala de un conductor que con respeto hiciera sentir los valores morales y económicos que tantos años de trabajo han costado, y que de una y otra manera fueran codiciados por terceros que desconocían el verdadero valor de ese patrimonio que otorga dignos beneficios a quienes colaboran con su desarrollo.

—Por otra parte quiero aclarar que mis sagrados deberes, con la excepción de las misas dominicales, no han sido abandonados; pues la oración representa para mí el pan de cada día, así como también otros quehaceres sacramentales que durante esos angustiosos momentos representaron para mí la cotidianidad, como la extremaunción de los moribundos, la confesión y el sabio consejo a quienes en ese momento se sentían abandonados a la suerte del destino.

—Habla usted en términos muy retóricos, padre Torrealba —agregó el otro jesuita que acompañaba a mon-

señor en la mesa—. No necesitamos que nos conmueva con sus palabras, sino que nos explique por qué usted, siendo un sacerdote, esgrimió un arma para atacar contra su prójimo, quien representa su misión para predicar el evangelio y hacer el bien.

—Le recuerdo, padre, que Cristo dijo “ayúdame que yo te ayudaré”, parábola bastante elocuente para discernir entre lo que significa atacar, y lo que entendemos por defendernos; y defendernos, nosotros los sacerdotes, significa sentarnos a esperar por la llegada de la estocada mortal. Es necesario abrir los ojos y no permanecer indiferentes ante los sucesos que acontecen con la peor de las infamias —fue la respuesta por demás sincera de Héctor ante la intransigencia de su compañero de orden, bastante más antiguo, razón por la cual debía ser respetado por la jerarquía, mas no por la preparación vocacional ni el entrenamiento mental que Héctor poseía muy por encima de él.

—Le recuerdo, mi querido padre Torrealba, que la Batalla de la Victoria, suceso donde rindieron la vida muchas almas inocentes de nuestro nuncio apostólico, obligados y reclutados por los protagonistas del vandalismo cruel; sucedió hace más de cien años, y que el modernismo le ha dado paso a la concertación y la tertulia sana para deliberar sobre los problemas que podemos solucionar con acuerdos, y no con guerra.

—¿Habla usted del modernismo para arropar su ortodoxia, padre? —preguntó Héctor con ironía al escuchar el planteamiento ciegamente conservador que desnudó

la ideología política de aqueo jesuita acusador con razones que no tenía.

—¡Basta, padre Torrealba! —ordenó monseñor un tanto molesto por las palabras del Torrealba, que haciendo caso omiso a la voz poco autoritaria del Ministro de Dios, agregó la siguiente frase con el propósito de molestar al jesuita superior que le recriminaba sus actos sin ninguna comprensión.

—Ojalá no lo oiga el presidente hablando de esa manera tan franca...

—¡Basta ya, he dicho, padre Torrealba, o me veré en la obligación de amonestarlo y suspenderlo!

Héctor reaccionó de su molestia, que disimuló al dirigirse al monseñor con el clásico pensamiento que todos conocemos:

—Por la verdad murió Cristo, Eminencia, y nunca me he caracterizado por decir lo que no siento. La mentira para mí es el más vergonzoso de los pecados, y un falso testimonio representa la destrucción de un imperio.

—Sus ironías me hacen pensar de usted muy diferente a la imagen que me había plasmado —objetó el sacerdote jesuita aludido, secándose el sudor de la frente con su pañuelo, e incómodo ante la sorpresiva reacción de Héctor.

—La sed en el desierto a veces nos hace ver espejismos, padre, pero si la mitigamos y abrimos bien los ojos, es entonces cuando nos damos cuenta de la realidad.

—La única realidad que usted debe tomar en cuenta es que está siendo juzgado por un tribunal que le exige fidelidad a los preceptos sacerdotales y mantener el

equilibrio en el ejercicio de los mismos, padre Torrealba –le habló monseñor con aplomo y serenidad como para no quitarle autoridad al jesuita que lo acompañaba como jurado en el antejuicio en el cual Héctor era el agraviado, y que como culpable de los actos impropios que se le imputaban a su investidura de clérigo, debía sensatamente responder por ellos.

Sabía claramente que ninguno de los tres entendería la delicada situación que llevó al ministro de Dios a tomar la decisión de defender con su arrojo y decisión aquel patrimonio económico abandonado a la suerte, y por ende, el bienestar de su familia.

—Mándeme usted, entonces, en el nombre de Dios Nuestro Señor, la amonestación que bien merezco recibir, Eminencia, y que sea mi sacrificio por la vía más expedita la penitencia que usted tenga que exigirme cumplir.

—Así me gusta, padre Torrealba: que su humildad siempre vaya por delante como parte de los postulados que un verdadero clérigo debe llevar en su corazón, reconociendo las faltas cometidas que rediman y purifiquen su espíritu –exclamó triunfante el jesuita condenador que estaba en el grupo, el cual sentía por Héctor una profunda pero discreta antipatía, de la cual el Torrealba se percató desde el mismo momento de su entrada a la sala a pesar de haberlo conocido por muchos años.

—No parece que su modestia sea la más apropiada en el ejemplo que quiere mostrar de su pureza y castidad en el alma que quiere condenar con el corazón lleno de odio y satisfacción morbosa, que se siente hacia

quien se le otorga la reprimenda por una falta –pensó Héctor en lo más recóndito, como queriendo responder al consejo sarcástico dado por aquel hermano de orden, mas no de complicidad, que se había empeñado en recriminar su proceder.

Sin embargo consideró, al contrario de aquellos que aseguran que “quien calla otorga”, que su silencio representaba la correcta discreción para no ponerse en igualdad de condiciones mentales ante aquel intransigente que lo devoraba con la envidia al saber que a pesar de su jerarquía estaba muy por debajo del talento de Héctor, y ello le molestaba de sobremanera.

Aquel Monseñor del episcopado que sí había seguido de cerca la brillante y abnegada carrera religiosa del jesuita apellidado Torrealba, pudiendo constatar el despliegue de infinita ternura, compasión y entrega desmedida, y sobre todo la comprensión que necesita a veces el descarrilado rebaño de ovejas que forman parte de la feligresía, consideró que para un sacerdote no era un deleito ser hombre, y que en algún momento de la vida sería necesario mostrar la prenda masculina bien apretada en la cintura en vez de la sotana, para defender su iglesia contra los desmanes de mucha gente inadaptada.

Hacer entrar en razón a quien no la tiene y meter en cinta a un testarudo así se tenga que aplicar la fuerza, no es del todo un hecho malo para el alma, pues al contrario de agredir, es más bien frenar el desequilibrio de un ente que por sus emociones desmedidas pudiera ocasionar una tragedia que sí sería un acto para lamentar.

Héctor explicó con detalles toda la hecatombe desatada en la intimidad de su cuadro familiar, abogando porque se le tuviera una consideración como único hombre responsable ante los ojos de Dios de “meterle el pecho” al desagravio del cual su familia había sido víctima.

—No quiero nombrar culpables ni tampoco recriminar los resultados de los hechos donde murió gente inocente, a quien por la vía legal ya no necesita rendir cuentas a la justicia porque sencillamente tampoco es de este mundo —fueron las palabras del Torrealba siempre dispuesto a decir el pecado, mas no el pecador.

El grupo clerical se avocó a deliberar en torno a la amonestación que Héctor debía cumplir por su supuesta violación a algunas reglas que en el ámbito de su quehacer debían cumplirse, pero Monseñor, que también había sido en sus años jóvenes de cura un elemento elocuente, un tanto atrevido que tantas veces había defendido a su gente de los procederes injustos de quien no comulga con la religión; consideró que no había delito alguno y dio por terminado aquel innecesario juicio, cuando el Torrealba solicitó que quería continuar sus estudios teológicos para también convertirse en monseñor si se lo permitían, en la ciudad de Roma, allá en el viejo continente.

El padre Álvarez, que acompañaba al director del episcopado en el triunvirato que debía juzgar a Héctor, y quien lo había acusado con sus recriminaciones, recordándole que él también era de la orden y que por lo tanto el respeto hacia los postulados de la misma debía

mantenerse; se sintió un tanto burlado por la decisión que Monseñor, sin más preámbulos, tomó para darle una nueva oportunidad a Héctor de reincorporarse al ejercicio de sus funciones luego de aquella borrascosa tempestad, y sin despedirse abandonó la sala, dejando mostrado su desacuerdo ante la absolución del Torrealba.

Monseñor, que observó su actitud, le siguió, y al llamarlo para que el furioso jesuita que demandaba justicia y castigo para su compañero de orden, regresara a recibir la bendición, le manifestó con serenidad el consejo que a veces mucha gente necesita y que no tiene:

—Recuerde, padre Álvarez, que la ira es el pecado de los que se conducen por el camino de la oscuridad y la irritabilidad hace que nuestro proceder sea injusto. No olvide que en este mundo, todos somos pecadores y tenemos derecho a ser redimidos, como en este momento yo lo hago con usted.

—Serénesese, sosiéguese y ahuyente esa indignación que dice tener, y que no es. El padre Torrealba es un buen hombre en el fondo. No lo recrimine, y en vez de envidiarlo, tome usted su ejemplo.

—Me ofenden sus palabras, Eminencia, con todo el respeto que usted merece.

—Lo único que ofende al alma y a Dios son los pecados y quienes no saben reconocerlos, padre Álvarez, y su actitud incisiva hacia Torrealba no deja dudas de su animadversión; así que le aconsejo de todo corazón que antes de sentarse a juzgar a quien casi muere por la verdad, comience a evaluarse usted para que la muerte

a la hora de su juicio no lo sorprenda con la mentira en su corazón.

El presbítero Álvarez, que era como se apellidaba aquel hombre de ya marcados años en su semblante y de temperamento ácido en su trato, intentó responder a aquella reprimenda de sano consejo que mejoraría ampliamente su relación con la gente que le rodeaba, pero el temor a la alta investidura de monseñor, además del respeto que requería la ya avanzada senectud del mismo, le indujeron a permanecer callado, aceptando con resignación las palabras del prelado que no defendía a Héctor precisamente, sino que más bien era copartícipe de la comprensión que debe brindársele a un ser humano que trata de buscarle las vueltas a la vida ara propiciar la paz a través del ejercicio de la justicia.

—Los seres humanos debemos tener la sensatez de ser nosotros mismos quienes realicemos el propósito de la enmienda cuando hayamos cometido alguna falta.

—No basta la confesión y no tiene ningún sentido la penitencia cuando verdaderamente no se lleva el dolor por los pecados, y la penitencia no se cumple con el respeto y la fiel convicción de no volver a cometer la misma fechoría. No olvide que nosotros los sacerdotes también somos mortales, y quizás nuestros errores representen aún más la oscuridad como mancha que debe limpiarse de nuestra alma por ser nosotros quienes predicamos la palabra de Dios, y quienes nos sentamos en un confesionario a escuchar el secreto escondido de los hombres que van por la vida caminando, haciendo, construyendo o destruyendo.

El padre Álvarez bajó la cabeza por la vergüenza que le producían las sabias verdades de Monseñor luego que Héctor se marchó, pues aquel ministro de la iglesia era incapaz de recriminarle las faltas en presencia de terceros, mostrando con ello su medida discreción y su respeto hacia quien también consideraba su amigo.

Héctor Torrealba, por su parte, se mostró un poco más tranquilo por la sorprendente comprensión de Monseñor, pues conocía de su temperamento fuerte y de sus proceder dogmáticos a la penitencia que debe realizar un elemento que incurre en actos que vayan en contra de la iglesia.

Los días habían transcurrido y la llegada de la navidad con el finalizar del año quince, le deparó a Héctor una prueba amarga en el quejumbroso libro de su vida, cuando al retornar a “La Torrealbera” encontró a Betsabé, ya en compañía de Santiago Puy, que había volado a buscarle y mostrarle su suerte de encontrarse vivo, con el rostro hinchado por el llanto; además de la casa llena de gente vestida de luto rodeando el negro ataúd donde ya descansaba para siempre José María Torrealba después de casi un año de doloroso martirio en su enfermedad irreversible.

Daniel, que también había recibido la noticia, retornando inmediatamente a la hacienda, salió a recibirle, y al fundirse los cuerpos de ambos hombres en un estrecho abrazo fue cuando el sacerdote recibió el reporte de aquella desaparición física repentina cuando la muerte sólo había quedado esperando la ausencia de Héctor

para entrar en la casa y cargar con la vida del infeliz anciano.

—Murió anoche, y por lo tarde de la hora no pudimos avisarte, hermano. Además de que desconocía que te encontrabas en la capital, no sabiendo dónde para así haberte buscado.

El sacerdote suspiró profundo sin decir palabra, y después de abrazar a Betsabé y a Santiago se dirigió al sitio donde su padre había sido colocado para el acto velatorio.

Pudo notar en el rostro del extinto una mueca de espanto que le impresionó también, pues la expresión no le dejó dudas de que había muerto llevándose el secreto que le liberaría el alma de penas.

—Tu descanso ha sido sólo el físico, padre, pero rogaré y oraré mucho para tu redención por las faltas que cometiste en este mundo de mortales —pensó Héctor mientras absolvía *post mortem* a don José María bajo la mirada de toda aquella gente que le conocía y le admiraba.

Durante largo rato recibió el pésame de amigos, allegados y conocidos que habían ansiado verle desde hacía ya muchas horas, y Héctor les atendió con una expresión de gratitud resignada ante el nefasto hecho que enlutó una vez más el seno de su hogar.

En horas de la tarde, cuando ya todo estaba preparado para llevar el cadáver a darle cristiana sepultura, una comisión enviada por el presidente del estado, encabezada por su secretario privado, hizo acto de presencia para hacer entrega al sacerdote de un acuerdo de duelo,

en el cual se guardaban tres días de luto y consideración en aquella entidad federal por el sensible fallecimiento de tan importante personaje, baluarte de la vida social y del patrimonio económico de aquella región.

Como si fuera poco para la intranquilidad de aquel hombre, ahora punto de apoyo moral en aquella casa, el llamado sorpresivo del parto de Betsabé lo dejó petrificado cuando en pleno velorio aquella mujer tuvo que ser llevada con urgencia a su habitación demandando dolores que eran inequívocos antecedentes del nacimiento de su primogénito.

Por fortuna, un médico amigo de la familia que se encontraba en el acto velatorio asumió con firmeza la responsabilidad de atenderla en el parto.

Se vivieron en aquella casa amargos momentos de confusión por aquellas razones, una de muerte inminente, y otra por la vida que estaba por venir.

Héctor aceptó la prueba de Dios con serenidad, y pensó si esos hechos representaban la verdadera amonestación de la cual había hablado Monseñor el día de la cita. Prefirió entonces pensar que sólo fue el llamado de Dios para poner a descansar a aquel mallugado cuerpo y a aquella alma que había llevado una vida llena de complejos e incertidumbres. Rememoró una vez más la oración de Jesús en el huerto, y aquello le produjo en el momento una sensación de paz que le calmó un poco el ánimo.

Sonrió discretamente para él mientras dilucidaba, y dos gruesas lágrimas bajaron por sus mejillas.

Asumió entonces la responsabilidad de presidir el cortejo fúnebre que llevó los despojos de su padre a su última morada, no sin antes delegar funciones a su hermano Daniel, en el momento dócil a colaborar; de permanecer a la cabeza del lecho de Betsabé en espera del alumbramiento que estaba por suceder.

—Dios mío, y pensar que quise estar en ambas parte: en el lecho de muerte de mi padre, y atento a la llegada de mi sobrino. Tu infinita sabiduría me dice que no pude ni podré ser testigo de ninguna. Si esa es tu voluntad, que así sea.

Don José María Torrealba fue inhumado ese mismo día en horas en las cuales declinada la tarde de aquel dos de diciembre, siendo los frondosos camorucos del cementerio, testigos de aquel dolor familiar, que era acompañado por un grupo de allegados que después de observar cómo Héctor empuñaba la pala que cubría de tierra para siempre el cuerpo de su padre, se fueron retirando del camposanto dejando al sacerdote en compañía de sus inseparables hombres de lucha, que también inconsolables ante la suerte triste del viejo, se mostraban incondicionales y solidarios a la acerba melancolía que se cernía sobre el espíritu de aquel Torrealba bondadoso y valiente.

José Cucho volvió a utilizar el epíteto religioso cuando se dirigió a él, que permaneció lánguido y pensativo al pie de la sepultura de su progenitor.

—Es hora de irnos, padre. Está comenzando a hacerse de noche y su hermana nos espera, probablemente con su nuevo sobrino en brazos.

Le recordó con esto que la vida tenía que continuar su curso de empresa y que habían aún más retos que enfrentar.

Betsabé Torrealba, para beneplácito de sus allegados familiares, que atentos se encontraban a la espera de la llegada de su hijo, dio a luz un hermoso varón, normal en el peso que un vástago recién nacido debe llevar para augurar un completo desarrollo.

Santiago Puy, emocionado lo recibió entre sus brazos, para constatar por el parecido paternal que se trataba de su hijo, fruto del amor furtivo que con tantas ansias y esperanza en la constitución de una relación formal había querido desde hacía un tiempo.

El bebé también mostraba marcados genes Torrealba. Sin embargo, el carácter dominante del mestizaje de Santiago le hacía sentirse orgulloso de no haberlo negado nunca, pues no tenía la menor duda de que sólo él lo había engendrado, haciendo caso omiso de las crueles apreciaciones del difunto Juan Carlos de la Huelva, quien muchas veces aseguró que la preñez presentada por Betsabé era obra de su relación.

Héctor, después de llegar a la habitación y saludar con beneplácito a su hermana, se apresuró a conocer al recién llegado que le pareció gracioso y bonito sin lugar a dudas luego de observarlo cuidadosamente, y bendecirlo con su oración.

—La bendición de Dios ha llegado a esta casa con tu presencia, querido niño. Que tu despertar al mundo sea un ejemplo más de amor y virtudes que construyan tu

vida como un hombre de bondades y concreciones que ayuden a quienes te rodean.

—La salvación de los pueblos consiste sencillamente en la correcta conducción de los niños que se forman por el camino del bien, instalando en sus espíritus el uso del sano juicio y buen ejemplo, y que sea su credo quien les conduzca hacia la construcción de la buena empresa que lo desarrolle como ente útil a la patria.

Esas eran las palabras de Héctor Torrealba, fiel al establecimiento de una concordia sincera entre el núcleo que le rodeaba, y por el cual estaba dispuesto a luchar hasta ver la paz, el sano juicio y la entrega al trabajo que proporcionara solvencia económica a todos ellos.

—Cuando eso suceda, podré retomar entonces mi camino al estudio profundo que me permita superarme en el ejercicio de mis funciones como ministro de Dios —fueron las palabras del jesuita al dirigirse a Santiago Puy—. Aunque tu relación con mi hermana haya sido un poco accidentada por el pecado de los acontecimientos que ambos se atrevieron a construir, y que por su puesto enloqueció aún más la mente del difunto Juan Carlos; tu solidaridad y entrega incondicional abren la oportunidad de establecer una relación sólida y sincera que permita la felicidad de los tres.

—Con un hijo que representa el fruto del amor biunívoco son muchas las ansias que se respiran para emprender la lucha por la vida. Dos razones más además de la madre que me abandonó tan pronto, son más que suficientes para retomar las ansias de mantenerme en pie y respirar profundamente, estrechando definitiva-

mente un lazo de afecto y avocarme a proporcionarle la definitiva felicidad que tu hermana merece, Héctor.

Esas fueron las palabras reconfortantes de Santiago Puy, que el sacerdote pareció asimilar para sentirse un poco más tranquilo con la atención que Betsabé debía tener a partir de ese momento por lo delicado de su salud mental, apretujada por los nervios alterados ante los dramáticos momentos que le tocó vivir.

—Hablaré mañana mismo con el padre Yépez, quien además de ser sacerdote es consejero espiritual y psiquiatra, para que recibas tratamiento médico de su parte —expresó Héctor con el optimismo que le producía dejar a su hermana en buenas manos—. ¿Y cómo llamarás al niño, querida hermana? —se apresuró a indagar Héctor ansioso de conocer el nombre de su sobrino.

—Santiago, como su padre. Un Santiago solidario e incondicional en su forma de querer, y poseedor de una generosidad y ternura que nunca había visto en un hombre, por supuesto —se detuvo para agregar con vanagloria—; después de ti, querido hermano.

Héctor se ruborizó con modestia elocuente y Santiago sonrió para hacerse cómplice del epíteto elegante.

—Con la ayuda de Dios Nuestro Señor —expresó finalmente el jesuita.

—Reitero que pareciera como que nunca vamos a tener un hálito en nuestras vidas para respirar la paz y la tranquilidad de la cual te hablé hace unos días, hermanito —expresó Betsabé como queriendo hacer un alto luego del advenimiento de su hijo en la agitación que

había llevado en lo personal desde el momento de su unión con Juan Carlos de la Huelva.

—La vida es un ir y venir constante, y el descanso sólo se consigue cuando hemos finalizado la misión que hemos venido a cumplir en el mundo, Betsabé. Además —prosiguió Héctor Torrealba con sabiduría—, la lucha por la construcción de un mejor modo de vida continúa con la aparición de nuevos protagonistas, relevos diría yo; que entran en la tierra enviados por Dios para retomar el camino de la reconstrucción del trabajo que hemos comenzado.

—La paz de la cual tú hablas, la construye el equilibrio, y a su vez el equilibrio lo genera la armonía. Ya lo había dicho a mi feligresía en muchas oportunidades: “es tan fácil ser feliz, y es tan difícil proponérselo”. ¿Por qué, Betsabé?

—Porque la adquisición de malos vicios sociales hacen que nos descarrilemos del camino correcto. En ese escenario del quehacer físico y espiritual aparecen los siete pecados capitales que indagamos, primero por curiosidad, y que luego aplicamos por la mala intención que ellos mismos dan para hacernos creer que somos mejores que el prójimo. Con ellos perdemos la bondad, la humildad, y allí surge la prepotencia que ineluctablemente lleva a la violencia y produce la guerra entre los hombres.

Toda esta reflexión ya la había conversado el sacerdote con su hermana durante aquella tarde luego del retorno a “La Torrealbera”, pero Héctor la reiteró porque quería que también Santiago Puy, ahora su cuñado por

situaciones eventuales, la asimilara luego de escucharla con detenimiento e interés.

—Qué difícil es amar, y qué fácil es odiar. ¿Verdad, hermano? —fue la pregunta trivial de Betsabé.

—No te creas, hermana —respondió Héctor con entereza para recordarle una vez más la misión que para él tenía el haberse convertido el clérigo—. El sacerdocio que se ejerce con verdadera vocación lleva enarbolada la bandera del amor por lo dócil del espíritu que sería incapaz de odiar a su prójimo, pues su reto es convertirse, como lo dijo Jesús, en “pescadores de hombres”.

—Así que procura eliminar para siempre del diccionario de tu vida la palabra “odio”, porque así como reza el dicho que errar es de humanos, también perdonar es de genios.

—¿Quieres decir que debo perdonar a Juan Carlos de la Huelva a pesar de que fui víctima de sus atrocidades? —preguntó la Torrealba un tanto molesta y visiblemente reacia a la compasión con los malvados que para ella no tenían esperanza alguna de redención.

—Debes perdonar para que te perdonen, no así condenar para que te condenen —interrumpió Santiago Puy como para otorgar más fuerza a los consejos del prelado católico—. De la Huelva no debió haber sido malo del todo, así que para iniciar su redención comienza en tu mente a recordar más bien las buenas cualidades que, supongo, pudiste observarle mientras le trataste y veneraste.

—¡Ninguna! —pensó Betsabé sin atreverse a responder porque su descarga en la procesión que por dentro

llevaba en los juicios que debía emitir contra Juan Carlos de la Huelva, y cuya memoria no sería respetada por ella; y se atrevió a agregar en sus más profundas meditaciones con un odio que siempre llevaría a recordar las malas acciones del aberrado:

—¡Púdrete en la quinta paila, desgraciado!

—Saldremos esta misma noche si usted quiere, padre — fue la respuesta de Timoteo, el último de los testigos que bien conocían la “Sombra Oculta”, aquella cueva misteriosa que escondía secretos insospechados por ente alguno circunvecino de aquella región.

Héctor Torrealba no había vacilado un día más en hacerle frente definitivo a aquel enigma que ahora se preparaba a pertenecerle, y que bien podría depararle la resolución definitiva de los grandes acertijos cognitivos que aún poseía de su difunto padre.

Interesado profundamente en precisar los acontecimientos totalmente ajenos a una mentalidad sana, y por supuesto distanciada del amor que él insistía en dar; no tuvo reparos en exigirle a su fiel peón, compañero de faenas, que le sirviese de guía sin ni siquiera la compañía de José Cucho, quien no se enteró de la travesía furtiva de aquellos hombres, interesado en el encuentro de la pasión franca que ofrecía el temperamento frívolo de su amada Ernesta, que no vacilaba en pertenecerle cada vez que el hijo de Timoteo procuraba su frenesí con aquella ansia que el hombre necesita cuando su respiración por el deseo reprimido casi se acorta.

Héctor estuvo de acuerdo con la cita, y treinta minutos antes de la medianoche, vestido de sotana negra, con su estola de sacerdote, su cruz pastoral, su libro sagrado de oraciones y su lámpara de incienso; aguardó el llamado a la ventana de dos golpes secos como resolución de contraseña.

—Lleva usted su armas de la iglesia pa' los muertos, y yo la duerme vivos por si algún cristiano tiene el sueño atrevío, padre —expresó Timoteo con su típico humor negro que más bien parecía claro por la seriedad con la cual hablaba.

—Vamos con esto a tratar de poner a dormir definitivamente a quien no descansa porque necesita la paz del alma, Timoteo.

El viejo entendió con la explicación del sacerdote que se trataba de la redención de don José María Torrealba, ente sacrificado por la credibilidad falsa que da el fetichismo devorador de los incautos.

Y volvieron a emprender el camino a la cueva, esta vez soportando el seco frío del pacheco decembrino que se hace intenso en la mitad de la noche; ahora con la seguridad de que no serían vigilados ni perseguidos por ninguna cáfila de atrevidos que pretendieran asesinarles cuando por vez primera se disponían a visitar la misteriosa gruta.

Héctor no pudo evitar recordar el incidente amoroso sostenido con la inolvidable e infeliz Inés, hembra codiciada y sacrificada por aquella voráGINE que sólo tuvo fin con la inmolación de Juan Carlos de la Huelva, perseguidor, instigador y corrupto mental de toda aquella

gente enajenada a través del producto monetario, que les inducía a cometer cualquier cantidad de atrocidades que por mucho tiempo fueron nocivas a la salud mental de quienes las cometían, como también a la familia Torrealba.

Al primero gimoteo del gallo que anunciaba la hora cero, estaban ambos hombres en la entrada de la “Sombra Oculta”, bautizada con ese nombre por quienes la visitaron en muchas oportunidades para hacer y deshacer a su antojo en su interior.

La luz de la lámpara de aceite era insuficiente para alumbrar la densidad de la penumbra que reinaba en la noche sin luna, y Timoteo se apresuró a encender una antorcha que llevaba como recurso para la eventual oscuridad.

—Gran boca de lobo donde se esconden los afilados colmillos de los peores desmanes cometidos por entes indudablemente desquiciados —expresó Héctor luego de que el viejo Timoteo le revelara la amarga verdad de los sacrificios de mujeres vírgenes que allí eran ofrendadas como trofeo al maligno Satanás, y que eran violadas antes de ser asesinadas y enterradas en lo más recóndito de la cueva, bajo los auspicios de don José María Torrealba en previo acto que era apoyado por el inescrupuloso Indio Chon.

El sacerdote no pudo disimular la pena que le embargaba al conocer la verdad de los acontecimientos que involucraban irremisiblemente a su padre, a quien siempre respetó y veneró como el más grande de los ejemplos, orgullo que casi le rompía el pecho.

La decepción y la compasión de Héctor no tuvo límites al enterarse de cuál era el otro lado de la vida del progenitor, insensible y marcado para toda la eternidad por la ola de crímenes perpetrados que le daría una condena vitalicia.

—Qué lejos estás de ver la luz del rostro de Dios, padre, pero que no sea de mi boca de donde salga la sentencia que la providencia tenga a bien resolver, sino de tu alma vendida a las crueles actitudes del Asmodeo que todo lo entorpece para crear hostilidad en el seno de la humanidad.

La humedad de aquella catacumba por efectos de la hora reposada de la noche, proporcionaba un frío gélido, capaz de asustar a cualquier valiente que se enfrentara a aquel escenario donde se respiraba un aire de muerte, además de la incertidumbre que proporcionaba para ambos la sola falta de baqueanía para explorar su interior.

Ya en el centro de la gruta, Héctor se detuvo a alumbrar hacia lo que parecía el techo cuando una nube de murciélagos que salían de la cueva casi tropezó con ellos, haciendo un ruido sordo parecido al del golpe de un trapo o una tela contra el suelo.

Héctor, sacudido por la sorpresa, trastabilló un poco porque el piso ofrecía un terreno de poca firmeza para transitar, y la lámpara de aceite cayó de sus manos rompiéndose con el golpe que sólo dejó un pequeño hilo de fuego que consumió en segundos el aceite desparramado sobre el terreno.

Un raro sonido *in crescendo* parecido al eco de voces en coro comenzó a inundar la gruta, y las ondas desparrramadas por la acústica falsa que convirtió el ambiente en sensación de confusión para Héctor y su acompañante, los hizo comprender que algo sobrenatural estaba comenzando a suceder.

Héctor se llevó la mano al ancho bolsillo de su sotana, donde pudo palpar la pequeña botella con agua bendita que también había traído, y que luego de pronunciar unas palabras en latín de algo que parecía una oración, abrió la tapa de la botella y desparramó el líquido sagrado por todas partes.

Las voces siguieron haciéndose más fuertes, y Timoteo, con la sangre fría que le caracterizaba, se hizo la señal de la cruz mientras escuchaba el lenguaje del sacerdote que no podía entender, confundido con los ecos que ahora parecían gritos de demanda, y que fácilmente crearían pánico en otros entes desacostumbrados a las emociones fuertes o poseedores de percepción extrasensorial.

Un penetrante y desagradable olor a azufre inundó el ambiente, y Héctor volvió a rociar a sus alrededores con el agua que aún le quedaba cuando un escalofriante grito que les congeló la sangre a ambos hombres sacudió el interior de la cueva que se inundó de un fétido e insoportable hedor, al momento que una sustancia espesa les salpicó en el rostro y pecho, haciéndolos retroceder por la sensación de asco que les produjo.

El hedor era insoportable. Timoteo pareció identificar con claridad la entidad negra que allí estaba presente y

cometió el último error de su vida al expresar su horror desmesurado:

—¡Es el mismísimo Diablo, padre! —expresó aterrado el viejo, amigo y acompañante.

—¡No lo nombres! —advirtió Héctor demasiado tarde cuando lo vio llevarse ambas manos al pecho después de dejar caer al suelo la antorcha que sostenía, y luego de proferir un par de gemidos del dolor que produce el infarto al miocardio que fulmina sin compasión, se precipitó inerte al húmedo pavimento que recibió sus despojos humanos.

—No hay poder más infinito que el Espíritu Santo como Santísimo Sacramento del Altar, que cubre con su manto sagrado los rincones de esta tierra que piso, y que purificará hasta su último pedazo echándote nuevamente hacia los confines del abismo de donde nunca debes salir —expresó Héctor con profunda serenidad, recubierto por el manto divino que da la fe y el amor a Dios.

—Héctor, hijo mío, soy tu padre. No me abandones, ven a salvarme —escuchó Torrealba con angustia el eco de una voz muy conocida por él.

—Fuera de aquí, indeseable, porque tu falsedad no trastocará el corazón ni comprometerá el preceder de los justos —y prosiguió sereno—. San Benito de Nurcia, se que te encuentras a mi lado para brindarme protección de las sombras con esa luz que irradias.

—Así como Jesús expulsó a los mercaderes del templo, en el nombre de Jesucristo, Hijo del Padre por los siglos de los siglos, yo te ordeno salir de este recinto.

De súbito, algo parecido a una explosión con impresionante y ensordecedora onda expansiva hizo que Héctor cayera varios metros hacia atrás quedando inconsciente, pues las sombras inundaron su mente quedando tendido en el suelo, víctima de una fuerza sobrenatural que le sorprendió sin darle tiempo de correr.

La otra desconexión con el mundo racional la hizo el silencio sepulcral que reinó luego del estallido que el clérigo no alcanzó a entender, porque el momento para reaccionar en defensa natural fue simplemente corto e intempestivo.

No supo Héctor Torrealba cuánto tiempo permaneció tendido sobre aquel húmedo terreno bajo el manto de la inconsciencia y a merced de la trashumancia.

Se había atrevido a retar frente a frente a las fuerzas del mal, realizando aquel improvisado exorcismo que verdaderamente no lo era, sino más bien una reacción propia de un jesuita que observa la avalancha maligna de fuerzas negativas que se ciernen sin compasión sobre el espíritu, y que con oraciones acompañadas del escudo poderoso de la fe, tienden a repeler ese lado oscuro y pernicioso por donde se desata el torbellino del infierno, hogar del satánico.

Allí despertó de su letargo, maltrecho, sucio y cansado ya en altas horas de aquella nueva mañana que ya comenzaba a ofrecer el calor característico de las diez o las once.

Al observar el cuerpo de Timoteo tendido de bruces se apresuró a prestarle auxilio, pero sólo se encontró con el frío cadáver del anciano que había muerto aquella no-

che, víctima del horror que le había producido aquella escena dantesca y difícil de describir por cualquier mortal por muy sangre fría que fuese.

Sin duda que la expresión que quedó en el rostro de su fiel amigo generaba un miedo sin límites, y fue por ello que el sacerdote dedujo que había sido víctima de un síncope cardíaco.

Al tratar de incorporarse sintió un agudo dolor en el codo de su brazo izquierdo, y sospechó que tenía roto el brazo. No obstante, se avocó a darle la extremaunción al viejo Timoteo luego de cerrarle los ojos con gran esfuerzo por las horas que tenía el cadáver sin ser movido.

Aprovechando la luz del día pudo Héctor más o menos observar las características de aquella pequeña cueva bien camuflajada en el monte, y que por muchos años fue nido de bajas pasiones y de las más viles atrocidades cometidas por el hombre inescrupuloso.

Las paredes casi perfectas de aquel escondite daban una sensación de estar en un sitio tranquilo y digno de confianza.

Un pequeño hilillo de la quebrada se colaba graciosamente por debajo de una rendija, y recorría todo el suelo de la gruta hasta perderse en la oscuridad.

Héctor rememoró los macabros sucesos acontecidos durante la noche anterior, y comprendió que ahora le resultaría mejor salvar almas dentro del mundo que fuera de él, pues solamente el incesante y perseverante ejercicio de la oración sería quien posiblemente redimiera los pecados de su padre precursor de malas acciones

que nunca había comprendido, puesto que la vida se lo otorgó todo, o casi todo.

—Quizá la falta de una mujer íntegra y comedida como madre fue realmente lo que papá necesitó para consagrarse como ente de bien en la vida.

—El hombre solo tiende a descarrilarse, y el subconsciente reprimido es el arma más peligrosa del hombre, Dios del Cielo. Es preferible luchar contra el mal evitándolo y alejándose de él, que enfrentarlo en desigualdad de condiciones, porque siempre estará apoyado por una mayoría engegueda que resulta más peligrosa cuando le atacan su espacio —pensó Héctor con la praxis que siempre le había caracterizado.

—Si el sacrificio de entes nobles como tú, Timoteo, contribuye al alejamiento paulatino del mal que nos genera la paz y la armonía que tanto anhelamos para la reconstrucción de un mundo mejor, estaría yo también dispuesto a entregar mi vida si el amor entre los hombres viniera para quedarse —expresó aquel clérigo con lágrimas en los ojos observando el cadáver de su amigo inmolado por el destino cruel.

—Hombres como tú, que se entregaron en cuerpo y alma por la tierra que los vio nacer y desfallecer en la lucha por la conquista de ideales, a su manera, pero ideales al fin; no merecen sucumbir de esta forma, y son dignos de ser homenajeados como ejemplo de multitudes, como imitación de generaciones, porque definitivamente es el trabajo y la lealtad a la amistad quien enaltece la hoja de vida del elemento que es orgullo para su país.

—El camposanto donde descansan las almas que mueren por la vida será definitivamente la cuna donde renacerá algún día la esperanza de haber existido para luchar por ideales justos. Luego de nuestra salida, esta cueva nunca más será visitada por entes que, queriendo indagar los misterios que nos fueron revelados anoche, no sucumban en la trampa que sus malas influencias ofrecen.

—Los caminos irremisiblemente perdidos del mundo, considerados como inconquistables por la mano del hombre, se los dejamos a la decisión del creador para lo que él tenga a bien realizar. Nosotros lo único justo que debemos hacer, es evitar que la gente noble deje de serlo por transitar en ellos. Mañana mismo ordenaré construir una gran loza de piedra para que la entrada de esta gruta sea cerrada y nunca nadie más vuelva a entrar en ella.

—La justicia divina es, y deberá ser quien juzgue a los irresponsables de toda esta tragedia donde vertieron su sangre vidas inocente, y donde la locura celebró su festín de mano de las voces de ultratumba.

Con la fuerza física del hombre y con la serenidad del sacerdote, levantó el cadáver del viejo ya en vías de descomposición por las horas transcurridas, se lo echó a hombros e inició la travesía del retorno a la hacienda bajo el sol inclemente de mediodía que ya comenzaba a dirigirse hacia el cenit.

El calor sofocante opacó momentáneamente al “pacheco” anunciante de la natividad en el mes de la pascua, y Héctor recordaba el intento de magnicidio que

iba dirigido hacia él en aquella noche donde el difunto Timoteo le había salvado la vida, y un pensamiento de agradecimiento afloró de su temperamento leal como el de aquel elemento ahora en el plano de la muerte.

Una voz de mujer se dejó escuchar a sus espaldas con una frase insinuante a la que el sacerdote hizo caso omiso.

—Héctor, regresa a la cueva y hazme el amor.

Siguió caminando indiferente como queriendo distraerse en otras meditaciones ante el eco que lo requería con insistencia, y que no tuvo duda que era la voz del diablo, que a plena luz del día lo tentaba.

—Héctor, las tengo grandes, como a ti te gustan.

Finalmente la voz explotó con una retahíla de frases soeces ante el silencio del jesuita.

—Cura maldito, hijo de p... ¿Es que no me oyes? Te ordeno que regreses, cura m...

—San Ignacio de Loyola, San Benito de Nurcia, no me desamparen –imploró Héctor en voz alta y una carcajada con esta frase sonó a sus espaldas casi encima de él.

—¿Tienes miedo, cura cobarde? Entrégate a mí y te daré el poder de la vida y de la muerte, porque nunca más sentirás temor –volvió a insistir la voz, esta vez en tonalidad agria y ronca.

—¿Me tienes asco, acaso? –le habló esta vez una voz acariciadora que en medio del camino tomó la forma de una mujer completamente desnuda, de senos prominentes, de larga y sedosa cabellera, que trató de impedir el paso de Héctor.

El Torrealba tomó el crucifijo que le acompañaba, dándose cuenta de que no alucinaba, mostró la imagen sagrada, y respirando profundo pronunció unas frases en latín, mientras sudaba copiosamente y sus piernas casi se quebraban. La imagen desapareció ante sus ojos atónitos, y esta vez un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—Santísimo Sacramento del Altar, representado en tres personas distintas y un solo Dios a quien venero, no me desampares e ilumíname el camino con tu infinita misericordia —expresó esta vez en voz alta, antes de caer desfallecido con el cadáver a cuestas.

Héctor volvió en sí bajo la mirada tierna de su hermana y ahora el cuñado, mientras el doctor Hernández, médico de la familia, le tomaba el pulso y la temperatura corporal.

—Es usted un hombre de hierro a pesar de todo, porque una fiebre intensa como la que usted tenía, por encima de cuarenta grados, aunado a la conmoción cerebral que presentó; agotan la resistencia del organismo en un elemento débil, padre.

Finalmente acotó el galeno:

—Va usted a mejorarse si permanece en reposo durante unos días. Le recomiendo —le sugirió— realizar los ejercicios mentales que usted conoce, para lograr su tranquilidad. Es necesario que descanse espiritualmente para que su salud física mejore.

—Nos preocupamos mucho porque creíamos que estabas muerto cuando los muchachos de la hacienda te encontraron inerte al lado del cadáver de Timoteo, que-

ruido hermano –le informó Betsabé un poco más tranquila por la manera rápida en la cual reaccionó el jesuita.

—¿Dónde está el cuerpo de Timoteo? –interrogó el sacerdote queriendo incorporarse de la cama donde descansaba.

—Recuerde, padre, que no debe romper las reglas de mi tratamiento –le advirtió el médico mientras Betsabé le contestaba:

—Timoteo tuvo que ser sepultado esta tarde por el avanzado estado de descomposición en el que se encontraba. El doctor Hernández diagnosticó su muerte por insuficiencia cardíaca sin autopsia, para no dar paso a averiguaciones legales que te comprometieran como testigo. José Cucho estuvo de acuerdo con los pasos realizados.

—Realmente para nosotros fue muy dura la jornada que nos tocó enfrentar, y que le costó la vida a Timoteo. El pobre murió del susto ante lo que le tocó ver, y que si se los cuento, me tildarán de demente y esquizofrénico –planteó Héctor cuando Betsabé lo interrumpió para recordarle la tranquilidad mental que debía tener en pro de su pronta recuperación.

—Es mejor que ahora no hablemos de eso, hermano, y procura descansar. El pasado quedó en el pasado, y ahora debemos prepararnos para emprender un nuevo año de proyectos, donde el trabajo tesonero será el protagonista como tú nos lo planteaste hace algunos días –puntualizó la nueva mamá en tono tranquilizante.

Héctor cerró los ojos como queriendo insinuar que lo dejaran sólo, y en la profundidad de su mente recordó

la aterradora revelación de la hipótesis formulada por Timoteo la noche anterior, y que de resultar verdad, representaría una sentencia que no tenía vuelta atrás.

—No le extrañe, padre, que don José María, con todo el respeto que se merece, haiga sido capaz de empeñarle las almas de todos ustedes al demonio. Esto lo digo con toda mi responsabilidad, porque nunca he sido hablador de pendejadas.

—Con toda esta serie de enredos pasionales, debo ponerle mucha atención y seriedad alas palabras de Timoteo.

Se detuvo un momento a recordar la cuadrilla de desaparecidos, y al sumar la lista de inmolados, le pareció considerable y de respeto.

La llegada de la Nochebuena tuvo su aparición sin pena ni gloria, con los ánimos decaídos ante tanta gente ausente y a pesar de la esperanzadora homilía de Héctor en la búsqueda de la paz en los corazones de todos, mientras ofrecía la misa del gallo en el improvisado altar de la hacienda con la presencia del poco personal que aún laboraba en ella, la feligresía carecía totalmente de ánimos que le permitieran celebrar las fiestas de pascuas.

La muerte de muchos se sumió en el recuerdo de todos, y la incomodidad y tristeza de los extintos no podía pasar desapercibida, motivo por el cual, luego de oficiada la misa que anunciaba el nacimiento del Niño Jesús, la gente se encerró en sus casas y se echó a dormir hasta el día siguiente.

Héctor quiso, sin embargo, que la familia estuviera unida durante aquella noche, y aportando la motivación que su padre siempre había pregonado durante las celebraciones decembrinas, destapó una botella de vino para consagrar y antes de la cena pascual, que ordenó fuera preparada aún ante el recuerdo del dolor por su recién fallecido padre, brindó por la misericordia de los afligidos y porque la bonanza en la mesa de los necesitados se hiciera presente.

Brindó para que el acercamiento entre los hombres fuera la bandera hacia una vida mejor, y para que la justicia fuera siempre la precursora hacia el alcance de la paz.

—Brindo —exclamó al levantar la copa— porque la alegría y la concordia iluminen con su luz la representación de esta casa, y que el niño Jesús esté presente en los corazones de todos.

—¡Amén! —asintieron los presentes fingiendo una alegría que no tenían.

Presidió la mesa durante el condumio propio de la época, y después de bendecir los alimentos invitó a sus pocos presentes, entre los cuales se encontraban Betsabé, Santiago, Daniel y José Cucho, a degustar la comida típica de la época, que los involucrados consumieron sin mucho ánimo.

José cucho quedó al rato presa de los tragos en exceso para “olvidar”, como él decía, “la pena de la ausencia de su padre Timoteo”, por quien también todos brindaron aplaudiendo su lealtad.

—Mi papá no ha muerto en vano —decía ya en medio de la borrachera que Héctor observaba en silencio, y que a él le pareció necesario para que aquel hombre explotara su subconsciente reprimido que le aliviara la pena del alma.

—En este preciso instante aprovecho la oportunidad pa' decile, padre, que ya sin mi papá y comprometido con el amor de Ernesta, que también quedó sola en el mundo, mi misión en esta hacienda terminó, y que juntos seguimos nuestro camino en la procura de un nuevo techo, donde nos estableceremos lejos del bullicio, buscando la tranquilidad en otro ambiente que nos permita olvidar a ambos a todo lo que hemos padecido.

—Si es tu decisión irrevocable, te la respeto, pero bien sabes que aquí tendrás empleo vitalicio, y que por lo tanto puedes construir tu casa en la parcela que tengas a bien escoger, y que ahora, en manos de Betsabé y de Santiago, podrás pagarla en cómodas cuotas para que constituyas la solidez económica que necesitas, sin tener que volver a empezar.

—Un momento, hermano —interrumpió Daniel aludido por la indiferencia del sacerdote que lo colocaba como un cero a la izquierda, y conociendo que tenía los mismos derechos a disfrutar la herencia que le correspondía; solicitó la explicación de manera altanera, celoso de la presencia intrusa, como él la consideraba, de un cuñado que no era ni arte ni parte de la familia—. ¿Cómo quedo yo en este asunto? Este hombre que ahora dice ser el esposo de mi hermana y que para mí es sencillamente su amante, no tiene ninguna potestad en este

patrimonio, razón por la cual lo protesto enérgicamente –amenazó Daniel con su indecencia y transparencia característica.

—Te recuerdo, querido cuñado, que también soy poseedor de propiedades que manejo con absoluta solvencia económica, y que el patrimonio de mi mujer no me interesa.

—No me digas “cuñado”, que no soy arte ni parte tuyo, desconocido intruso –le respondió Daniel con aspereza, mientras golpeaba la mesa enojado.

—¡Basta, Daniel! –le ordenó Héctor enérgicamente—. Te exijo que respetes tanto la integridad de Santiago como la paz que debe reinar en esta mesa.

—¿Cuál paz ha habido en esta casa, Héctor? Si precisamente me marché a otros lares para evitar los encuentros de perros y gatos que son la cotidianidad de esta casa, donde ya la gente como este obrerucho –dijo señalando a José Cucho– quiere marcharse por el terror que se respira bajo este techo.

—Muchos inmolados, como Juan Carlos, mi verdadero cuñado; se sacrificaron por quienes no merecían y llevaron esta hacienda hacia el progreso tesonero, para que después otros disfruten de su bienestar, y eso no lo voy a permitir.

Santiago se levantó molesto e indignado por las ofensas del mal educado Daniel, y pidió permiso para retirarse de la mesa y de la casa en el término de la distancia, pero Betsabé no lo permitió, y tomando ella misma la palabra le increpó a su hermano codicioso e iracundo:

—Pondremos en venta la hacienda. Se te entrega la parte que por herencia te corresponde, y asunto concluido, pero no vuelvas a irrespetar a Santiago con tus intransigencias, porque si es mi amante o no, es asunto que no te incumbe ni a ti ni a nadie.

—Estoy de acuerdo con el negocio si todos están dispuestos a firmar para que reciban a partes iguales el dinero que corresponde a cada uno de nosotros.

—Yo no firmo nada —amenazó Daniel para llevar la contraria ante los acuerdos que por mayoría se realizarían, quisiera él o no—. Ya se entenderán ambos con mi abogado.

—Seamos razonables, Daniel, y evitemos, como personas civilizadas, este enfrentamiento a estas alturas de la vida —manifestó Héctor—. Y mírame a los ojos cuando te hable, que la cortesía no quita lo valiente, si es que valiente te consideras —prosiguió el sacerdote.

—Ya comenzó el cura sotana negra a dar lecciones de urbanidad. Te acuerdo que las normas de Carreño me importan un carajo —le respondió.

—Modera tu vocabulario en la mesa sagrada, insolente —le advirtió Héctor con los ánimos exacerbados ante las malas palabras de su hermano, dispuesto a cruzar la cara de aquel hombre con la servilleta que cargaba en su mano.

—Pégame, cobarde, para demostrarte que también tengo manos —lo retó Daniel enloquecido de rabia mientras se levantaba de la mesa.

—¡Basta ya! —gritó Betsabé con lágrimas en los ojos.

Héctor presumió que la altanería de su hermano menor era producto de los tragos de vino que le habían desquiciado momentáneamente, y prefirió guardar silencio para evitar el inminente enfrentamiento. Por esa razón solicitó excusas para retirarse de la mesa, y se encerró en su habitación sin despedirse.

Santiago y Betsabé también optaron por marcharse de la sala de comedor, y luego que José Cucho también lo hiciera, el insolente Daniel quedó solo e inadvertido por los invitados a la mesa.

El enfrentamiento entre hermanos retomaba sus acciones porque las malas influencias las había desatado “el indeseable” en el débil espíritu de Daniel ante su falta de fe, que originaba incertidumbre y por ende celos y confianza por una expropiación de bienes que no existía, porque él lo interpretaba de esa manera, llevando la contraria por su viciada terquedad ante las verdades que siempre desconocía.

Héctor se sumió en una oración profunda hasta que fue sorprendido por las horas del alba de aquella navidad, y exhausto, quedó dormido sobre su mesa de escribir.

Antes de caer vencido por el sueño ya había decidido marcharse del país durante el primer o segundo mes del año entrante después de realizar todas las diligencias concernientes a la continuación de sus estudios clericales.

—Necesito tranquilidad para que mi espíritu retome las riendas que la orden sacerdotal necesita, esta vez para reforzar la fe y la profundidad en la oración —había

manifestado con firme decisión aquella noche luego de la inesperada discusión con su hermano.

—Dios del Cielo, bien sabes cómo amo a mis hermanos. Dame perseverancia, paciencia y tolerancia para lograr hacerlo entrar en razón e ilumíname el entendimiento para aconsejarle con humildad y conducirlo por el camino correcto.

Esa había sido la reflexión del jesuita en aquella madrugada de amargura, donde los criterios de ambos se había disparado como queriendo propiciar una pelea en plena Nochebuena de navidad, hora en la cual la paz en los humanos debe ser la consigna hacia la fraternidad universal.

Al dormirse profundamente comenzó de súbito a soñar. En las imágenes oníricas se vio de pronto en un campo lleno de árboles y flores, donde pareció ser llamado por una silueta blanquísima con hermoso rostro de mujer, que parecía sonreírle e invitarlo a acercarse a su lado.

Aquella figura resplandecía con una luz ultra terrena que le dio una intensísima sensación de paz al tomar la mano que aquella hermosa y extraña dama le ofreció para invitarlo a pasear por aquellos prados indescriptibles de belleza que nunca antes había visto.

Comenzó entonces a ver la silueta de otras personas que le sonreían y parecían saludarle con un ademán de concordia y entusiasmo.

En una de ellas distinguió el rostro de su madre, que le envió un beso con la mano y que al verla quiso detenerse, pero aquella bondadosa mujer de velo amplio y

un aura blanca que parecía una corona, le sugirió proseguir el camino donde también observó el saltar juguetón y alegre de cervatillos y el volar multicolor de aves que atravesaban un azul y bello río de tranquilas aguas donde en sus orillas un grupo de personas vestidas con blancas túnicas pulsaban cuerdas de instrumentos que parecían arpas o liras.

—Este es el lugar donde vienen los justos, y a él has venido para que seas tú quien a través de la oración y la fe, salves a tu familia y la conduzcas a este paraíso de armonía. Recuerda que la paz del alma es lo más importante, y ella se consigue con la fuerza de la fe.

—Te es permitido explorar este mundo atendiendo esta invitación, porque el profundo amor por tu prójimo así lo ha querido. Has sido justo con los injustos, bueno con los malos, consciente ante los inconscientes y comedido con los descarrilados. Has sido perseverante ante las tentaciones terrenales y ello ha salvado tu alma de los confines del purgatorio.

—Has sido valiente como San Miguel el Arcángel, enfrentando con tu espada la actitud de los injustos que creyeron condenarte. Así habrás de seguir en la tierra porque eres un soldado ejemplar de mi hijo. Lucha por tu familia que aún sobrevive al torbellino, y al salvarte tú, salva también a tu entorno. No desmayes, que siempre tendrás mi bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Héctor despertó de súbito, y pudo notar que lloraba como un niño, pero sollozaba por la felicidad que le embargaba, porque ahora descubrió que aquel sueño ha-

bía sido una revelación. Se preguntó si realmente había visitado ese sitio maravilloso, y quién era aquella bonita mujer de profundas convicciones, que le había invitado a practicar con la fuerza del amor la salvación de los hijos del hombre.

Oró profundamente por media hora más antes de bañarse y cambiarse para salir de la habitación donde afuera el reloj ya daba las campanadas que anunciaban el mediodía.

En la mesa del comedor, Daniel profundamente afectado por la incómoda resaca que dan los tragos del día anterior, trataba de sorber un vaso de jugo de limón para aplacar su malestar.

Al ver entrar a Héctor se apresuró a saludarle con efusividad, como si nada hubiera ocurrido entre ellos, y Héctor intuyó de inmediato, después de dar gracias a Dios, que había sido la inconsciencia que da la borrachera, la culpable de aquella discusión innecesaria, cuando Daniel le dijo:

—Qué mal me siento, hermano. ¿Qué fue lo que pasó anoche, que de nada me acuerdo?

El jesuita sonrió, y con afabilidad contestó con gran sentido del humor:

—Que a veces los vapores del vino son malos consejeros del hombre que no los paladea con orden, hermano —y de inmediato sugirió sin condenar el desvío de Daniel—. Jugo de tomate para equilibrar el potasio perdido es lo más recomendable.

—Caray, tengo calambres por todo el cuerpo, y la cabeza parece que va a estallarme.

—Es natural por el organismo desacostumbrado, Daniel. El hígado, al igual que el estómago, es un órgano muy noble, mas no invulnerable a los excesos a los cuales a veces nos sometemos. El vino para consagrar es muy sabroso, pero ese dulcito tentador de su sabor es muy peligroso cuando se consume en grandes cantidades.

—¿Y cómo hacen ustedes que lo beben todos los días? —interrogó el hermano menor con curiosidad mientras se tocaba la cabeza, azotada por la jaqueca.

—Al momento de la consagración en el ofertorio, lo mezclamos con agua para aplacar un poco la fermentación de la uva, hermano. Sin embargo —acotó sonriente— han sido muchos los sacerdotes que han sucumbido ante el pecado de la gula, cayendo irremisiblemente en el vicio aterrador del alcohol.

—Los clérigos no somos la excepción de los bebedores, aunque parezca un sacrilegio decirlo. Había papas y cardenales en la edad media que consumían grandes cantidades de vino, y ello causó profundos problemas a la iglesia católica por la degeneración en la cual cayeron algunos de ellos.

—Prometo en este momento que nunca más voy a ingerir alcohol —manifestó Daniel, a lo que Héctor lo interrumpió para aconsejarlo:

—No prometas nada, hermano. Tan sólo límitate a evitarlo cada vez que puedas, y será suficiente. Recuerda que es pecado jurar en el nombre de Dios en vano. Trata de comer algo, bebe un jugo de tomate y vuelve a acostarte, y mañana amanecerás como nuevo —le dijo

antes de irse a la cocina, en cuya puerta encontró a Betsabé que salía con Santiago, y la abordó de inmediato al ver el enojo que aún mantenía de la noche anterior.

—Comimos los dos en la mesa de la cocina para no encontrarnos cara a cara con el antipático de Daniel.

—¡Tranquila! —exclamó el jesuita— No le recrimines nada, anoche no estaba en sus cabales y no recuerda reproche alguno.

—Pero el hombre que está borracho siempre dice sus verdades escondidas.

—Eso no es cierto, Betsabé —se apresuró Héctor a corregirla—. El elemento pasado de tragos, por el contrario, expresa incoherencias porque desconcatena sus ideas, es decir, el cerebro piensa menos y se aflora lo que ha debido decirse en sano juicio y no se manifiesta por la timidez o por el temor. La gente se molesta con los ebrios porque su transparencia es demasiado elocuente, y a nadie le gusta que le recuerden sus defectos ante los demás. Así que les recomiendo que no peleen con él. Actúen como si nada hubiera ocurrido con borrón y cuenta nueva, que yo me encargo de lo demás.

—¡Hum! —fue la onomatopeya de antipatía de Betsabé, como en desacuerdo con el planteamiento del jesuita.

—Si vas a hablar mal de la gente repugnante, comienza tú misma por no serlo.

Santiago, cómplice de Héctor la abrazó, y ambos se alejaron hacia el comedor, donde el Puy saludó a su cuñado con la efusividad sugerida por el sacerdote:

—¡Feliz navidad, Daniel!

Había transcurrido apenas mes y medio de la hecatombe que marcó la muerte de Juan Carlos de la Huelva, apenas unos días de la desaparición física de José María Torrealba, y la casi simultánea del viejo Timoteo. El luto permanecía activo, pero Héctor necesitaba de cualquier manera generar alegría en aquella residencia arrebujada de recuerdos nefastos que afectaba la salud mental de sus habitantes.

Era indudable que la víspera de año nuevo generaría aún más nostalgia en la casa al recibir el cañonazo sin la presencia de sus seres queridos.

José Cucho llevó una noticia que produjo regocijo en los habitantes de “La Torrealbera” que le apreciaban y tenían contacto con él:

—¡Ernesta está preñada después de vieja, muchachos!

—¡Alabado sea Dios! —exclamó una de las mujeres de la cocina.

Héctor recibió la buena nueva con beneplácito y exclamó entusiasmado:

—¡Enhorabuena bajo los auspicios de Dios Nuestro Señor!

—¿Pero por qué le dices vieja si apenas cruza por la edad de Cristo? —opinó una que la conocía desde su preñez de la difunta Inesita, a los quince años.

—Esa hembra de José Cucho todavía aguanta con otra lata —exclamaba el peón más marrajo y atrevido de la hacienda a espaldas del marido.

—¡Gua! El que salió preñado después de viejo como que fuiste tú, José Cucho —opinó otro de ellos como

buscándole la lengua al ya cuarentón capataz de “La Torrealbera”.

—Todavía funciono es lo que es —manifestó el futuro padre con orgullo machista.

—Con el morir del año nace otra vida para ser incorporada a la lucha del mundo —expresó Santiago Puy al enterarse, mientras cargaba en brazos su recién nacido vástago.

—Será casi contemporáneo contigo, Santiaguito —parecía hablarle a la criatura que apenas abría los ojos.

Sentados todos nuevamente en la mesa del comedor donde la cocinera de la hacienda ofrecía el opíparo condumio característico de la época navideña venezolana, consistente en hallacas con el acostumbrado guiso central bien cocido en las brasas del horno, el arroz blanco aliñado con orégano, aquel delicioso pernil de cochino bien adobado con sal, pimientos y vino, y el pan salado traído desde Mariara, embadurnado con la mantequilla y el queso fabricado en “La Torrealbera”.

Como postre, aquel delicioso dulce de lechoza esperaba por el deguste de la concurrencia que hacía esfuerzos por olvidar el dolor que les embargaba.

Héctor se había encargado de dar órdenes precisas en la cocina para que fuesen preparados los platos de la época que dieran por enterada la verdadera santificación de la fiesta pascual.

—Es sólo el apego a la carne lo que produce, con la ausencia de los seres queridos en los humanos, el no cumplimiento del cuarto mandamiento —había dicho Héctor en muchas oportunidades a su feligresía.

—El verdadero católico es quien a pesar de su dolor ante la desaparición física de algún familiar, se avoca a recibir con devoción y esperanza en la fe la llegada del hijo del hombre que nació de María para nuestra salvación.

—No es posible que ni siquiera cumplan con el sagrado deber de escuchar la misa de medianoche, y se acuesten a dormir cegados por la rabia. Escúchenme bien, porque como lo he dicho en muchas oportunidades, es la ira de no poder compartir con quien se ha ido, porque así Dios lo ha querido, lo que hace que muchos familiares digan a secas “aquí no hay nada que celebrar por el luto que nos embarga”.

—El dolor se lleva como fiel consideración en un lado del corazón, pero no podemos ser tan egoístas en comprometerlo todo en una época donde recibir amor es tan importante, y darlo es aún más; de manera que no podemos cerrarnos a llorar unas lágrimas que no sentimos, y no recibir en casa a quien nos visita para darnos un mensaje de estímulo y a la vez compartir con ellos un pedazo de pan y una copa de vino a nuestra mesa.

—Cuando falta alguien en la familia, es cuando debemos permanecer más unidos.

Ese había sido el consuetudinario Consejo de Héctor cada vez que se sentaban a la mesa para alejar un poco la incomodidad de la pena.

—Debo enterarles, además de la perenne oración que siempre debe acompañarnos para preservar la unión familiar; que parto para Europa, específicamente a la ciudad de Roma, donde realizaré estudios por espa-

cio de algunos años, razón por la cual la organización de este núcleo debe asumir las responsabilidades claras que deben cumplirse en el sano propósito del mutuo acuerdo que debe ser el pilar fundamental para el normal desenvolvimiento de esta hacienda.

—Si ustedes consideran que “La Torrealbera” debe ser vendida y repartida a partes iguales, estoy de acuerdo, como también debo fijar posición en la responsabilidad general que uno de ustedes debe asumir día y noche de no producirse el negocio. Comparto con ustedes cualquiera que sea la decisión que tomen.

Daniel y Betsabé se miraron sin querer, y a pesar del enfado de la fémina, pudo vislumbrarse que ambos querían entablar diálogo, porque sería sólo uno el futuro gerente de la hacienda.

—Con la venta de “El Bejucal”, pongo también en negocio en este momento, la parte que le corresponde por herencia de “La Torrealbera”, a cualquiera de los dos, ya que he decidido rehacer mi vida lejos de estos lares tan borrascosos, al lado de mi hijo y el hombre que amo —planteó Betsabé decidida, mientras en gesto cómplice apretaba la mano de Santiago, que estaba a su lado.

—Nos iremos a mi casa, allá en campo de Carabobo, donde nada nos faltará, y me gustaría sellar formalmente nuestro compromiso a través del sagrado deber que da el matrimonio.

—Sin duda que estaría dispuesto a comprarte, hermana, pero en este momento carezco de la cantidad necesaria para tal transacción, viéndome obligado más bien a negociar de mi parte, pues tu opulencia y solidez

económica pero permite. Además, necesito dinero constante y sonante, pues quiero adquirir una casa de vista al mar, y así dedicarme a escribir y estudiar todo lo que nunca he hecho durante estos años.

Héctor comprendió, con este intercambio de palabras, que ninguno de sus hermanos estaba interesado en proseguir con el negocio equino fundado por el difunto José María Torrealba, y que el consorcio financiero estaba destinado a desaparecer de las manos de sus legítimos dueños.

Fue así que a común acuerdo, el nombre de “La Torrealbera” desapareció con la venta de la misma, hecha a unos empresarios del estado Guárico, cuando luego del negocio legalmente realizado con sus dueños, introdujeron en el documento un nuevo nombre a aquellas tierras, que después de muchos años se constituyeron en un pasado de leyendas, donde la vorágine de la guerra fue la protagonista, con la puesta en escena de cantos y cuentos verosímiles e inverosímiles con el cual se constituye el folclor a través del sentimiento popular.

Se inició con ello uno de los tantos momentos de desempleo que ha vivido nuestro país, ejemplo, aunque parezca duro decirlo, de clientelismo, por la colocación de nuevos intérpretes en el ejercicio de las labores que por muchos años habían sido llevadas por expertos, y que ahora eran sustituidos por nuevos protagonistas de la anarquía que execra del cargo a quienes se preparan hacia el éxodo en la Venezuela difícil de emprender, en la búsqueda de aquel pan que representaba la dificultad ante quienes llevaban en la frente la dignidad de sentir-

se buenos trabajadores, pero analfabetas, y por ende, abandonados a la suerte de no contar con la seguridad de un sustento.

Y la lucha perseverante ante quienes enfrentaban el hambre y las necesidades, efluvio veneno de los hombres de mi país, encarnados en la palabra “abandono”, a pesar de contar con mujer e hijos; abre el abanico donde la alborada de la esperanza debe impregnar una sonrisa de grandes conquistas, llena de empuje hacia la explosión de aquellos valores inéditos que nunca han exigido su atención, porque su timidez no les ha ayudado en su lucha por convertirse en alguien próspero y de orgullo a través de quienes también le han admirado.

Los nuevos protagonistas de aquel nuevo plan gerencial, cambiaron totalmente el panorama financiero que por años había contribuido al desarrollo económico de aquella región, planteando nuevos objetivos como la siembra, que en principio no fue bien vista por el entorno acostumbrado a otro tipo de faena, pero que con el tiempo tuvo que acostumbrarse e incorporarse a la tarea, porque la necesidad así lo requería.

Betsabé comenzó a sentir la prosperidad de por fin saberse dueña y señora de nuevas propiedades que adquirió al lado de su esposo Santiago Puy y de su hijo, que la hacía feliz desde el mismo momento de su advenimiento.

La hacienda “El Bejucal”, allá en la región de los llanos, luego de vendida, fue inmediatamente desbaratada por la bola de derrochadores que la adquirieron, convirtiéndose de la noche a la mañana en una casa distante

de la ciudad, donde se daban cita los amores clandestinos atendidos por una ola de mujeres llamadas por la cotidianidad como “de la vida alegre”.

—Era de esperarse que la energía negativa a un existente en ese sitio ejerciera su influencia para el desarrollo de bajas pasiones —había comentado Héctor luego de su retorno al país unos años después, y ya convertido en el respetable Monseñor, para después concluir—. Es una tierra inconquistable como la “Sombra Oculta”.

Daniel, por su parte, se marchó como lo había planificado a la región de Choróní, y siendo poseedor de una suma nada despreciable de dinero, adquirió una hermosísima casa con una vista panorámica extraordinaria donde se daba cita la acuarela majestuosa de la naturaleza con el estimulante olor a yodo que da la brisa marina.

Allí se instaló y comenzó su proceso artístico en manos de la pintura que años después lo convirtió en uno de los protagonistas plásticos más importantes del país.

Era de esperarse definitivamente que cada uno de los Torrealba tomara el sendero que la vida habría de reclamarles, iniciando cada uno la toma de su destino indeclinable.

La vocación llama al servicio y el vicio a la destrucción, como ley ineluctable de la vida bien o mal llevada.

Héctor fue despedido por sus familiares, entre quienes se encontraban Daniel, Betsabé, Santiago Puy, y José Cucho, quien en compañía de Ernesta, ya bastante avanzado su embarazo, habían aceptado quedarse para trabajar con Betsabé, y habían acompañado a los To-

realba a ver partir al jesuita, que presa de la nostalgia, y luego de dar las bendiciones hasta un nuevo retorno, zarpó en aquel barco rumbo a tierras desconocidas en la búsqueda del saber como trampolín a la tranquilidad y salvación de almas a la cual le había llevado su trabajo tesorero y labrador al servicio de Dios.

—Volveré algún día hecho todo un ministro de Cristo para consolidar como un pilar más el ejército del clero venezolano —expresó con emoción, y casi con lágrimas en los ojos, antes de abordar el barco.

—Ya lo eres, hermanito, eres todo un santo —le estimuló Betsabé con inconsolable sollozo, mientras lo abrazaba.

—No llores, mujer. Recuerda todo lo que hablamos sobre el apego carnal.

—No es el carnal por el que precisamente lloro, es por el espiritual, que teniéndote tan lejos me va a hacer mucha falta.

—Dios está más cerca de ti que yo, y espiritualmente te ayudará más. Yo soy sólo uno más de sus hijos que sirve como instrumento, querida hermana.

—Mucho juicio, Santiago, y quiérela con estímulo. Entiéndela con perseverancia, porque es de buenos sentimientos a pesar de ser un poco malcriada —le aconsejó al cuñado al oído y en voz baja cuando lo abrazó para el hasta luego.

—José Cucho, amigo y hermano solidario, eres y seguirás siendo miembro de esta familia que te vio crecer y constituirte en lo que ahora eres: un hombre de trabajo vocacional, y ahora dueño de un nada despreciable por

venir al lado de una mujer que ha crecido en el amor y que te respeta y que venera.

—Algún día cuando retorne, conoceré ese fruto que lleva en el seno, Ernesta. Ya estará grande para entonces. Bautízalo en el nombre del padre, del hijo y del espíritu Santo.

Héctor los bendijo todos haciendo la señal de la Santa Cruz acostumbrada, y se apresuró a subir con sus dos maletas cuando el cornetín del barco hizo el último llamado para subir a cubierta.

Allí, todos parados en el malecón del puerto, observaron con nostalgia cómo se alejaba el buque hacia aguas desconocidas, donde el Mediterráneo recibiría a un nuevo protagonista de la oración con sangre iberoamericana, fiel a entregarse a los preceptos religiosos que constituyen rito obligado de quienes, en la libertad de cultos, pregonan la religión católica apostólica y romana.

—Siempre acostumbro a llorar cuando comienzo o terminó algo, Dios mío, pero confieso ignorar si esté comenzando o terminando una jornada de mi vida con este viaje —exclamó Héctor con los ojos húmedos cuando vio desaparecer la costa venezolana, y el barco iba rumbo a alta mar.

Los recuerdos inundaron la mente del sacerdote, y por un momento soñó despierto ante la memoria de todo lo que le tocó vivir y luchar.

—Venezuela, mi querida Venezuela. Cómo se necesita estar lejos de ti para saber cuánta falta me haces.

Allí se encontraba el corazón compungido por la lejanía de la tierra amada, por la inclemente distancia del mar que lo separaba del estímulo familiar, y por el apego al amor terrenal.

—No es bueno apegarse a lo material por ser pecado de avaricia, pero no es propiamente nostalgia por apego, es más bien sentimiento por solidaridad —pensaba Héctor mientras el sol de mediodía ya comenzaba a hacerse sentir en el corazón del Mar Caribe

Venezuela desapareció de los ojos del clérigo mientras el vapor se alejaba, y sólo una sombra le hizo entender que la lejanía guarda misterios.

—La distancia nunca puede albergar olvido en el alma, Dios del cielo. Por el contrario, alberga un manojo de recuerdos gratos, y que producen tristeza. ¡Oh, mi país! Tierra de Bolívar, de Miranda, de Guaicaipuro y de tantos otros que, como ellos y como muchos otros, han luchado por la conquista de la verdad que da el saber, y por el bien inestimable del entendimiento y la paz de los humanos. Tu generosidad, tu vocación de madre cómplice incondicional, ha sido la culpable de los desmanes cometidos por sus hijos que se han vejado inmisericordemente, y que te han tenido tan sólo como un instrumento que genera ganancias, con miras hacia el enriquecimiento personal, sin importarles el hermano o el vecino que muere de hambre, mientras otros paladean los manjares y los embriagantes néctares de la vida.

—¿Cuándo vamos a entenderte, Venezuela? ¿Cuándo comenzaremos a darnos cuenta de que no es sólo tu riqueza material lo que importa, sino también el tesoro

espiritual que tus hijos llevan escondido, y que está mal canalizado por el burdo pecado de la ambición?

—No han sido tus conductores los mejores gerentes de tu consorcio, porque ha sido más importante el “yoismo” que ha enriquecido ilícitamente a unos cuantos que han malbaratado tu economía, que siendo correctamente conducida, te convertiría en poco tiempo en uno de los países más importantes y respetados del mundo.

—!Ay, Venezuela! La fiel gallina de los huevos de oro, capaz de mantenerte en pie aún cuando bancos de otros países se gozan de los favores que dan tus riquezas.

Héctor estaba absorto en ese pensamiento sociológico, sin percatarse de que hacía mucho rato un hombre lo detallaba sin apartar su vista de él, desde otro costado del barco allá en cubierta, donde el jesuita reflexionaba mientras el aire marino purificaba sus pulmones.

Era un individuo alto y delgado, elegantemente vestido de flux gris, sombrero y bastón de puño de oro, con barba correctamente arreglada al estilo inglés, de ojos claros, ligeramente achinados.

Héctor, ya volviéndose a la realidad, que por nostalgia a la tierra amada lo tenía asumido en reflexiones, advirtió la presencia de aquel elemento chic en la apariencia y al admirar la elegancia de su parte, se apresuró a saludarle con un ademán cordial.

—¿Nos conocemos, reverendo? —fue la pregunta que en tono cordial y modulado le hizo el recién llegado.

—Aún no, pero con mucho gusto acepto su amistad, si su merced me lo permite —respondió Héctor en gesto afable.

—Dos cosas antes de presentarme, padre. La primera es que tengo la certeza de haberlo visto en alguna otra oportunidad, en algún evento social que contara con su presencia. La segunda, sin temor de su parte a que esto le parece una advertencia, es que tengo mucha gente que me sigue, y muy poca que me comprende, y por esa razón, todos mis allegados me pertenecen en amistad para siempre.

—No entiendo su planteamiento, señor...

—El nombre ahora no importa, padre. Lo que más interés tiene, es el ejercicio de la filosofía que conozco, y que a usted le gusta tanto como a mí, y acerca de la cual, no tengo dudas que entablaremos una exquisita tertulia.

—Qué confiado el tipo —pensó Héctor mientras escuchaba los planteamientos agresivos del personaje.

—Lo que quiero decirle es que siempre acostumbro que el inicio de una amistad sea imperecedera, y que cuando comienzo a apreciar a una persona, es para siempre, siendo muy celoso de la gente que me pertenece.

—¿Le... pertenece? —preguntó Héctor con curiosidad, extrañado por el deslinde mental hecho palabras con un sentido un tanto amanerado, que Héctor le incomodó un poco.

—Me pertenece en amistad, quiero decir.

—Son muy elocuentes sus celos, sin duda alguna, caballero —respondió Héctor un poco contrariado.

El sacerdote quiso dar un vuelco a la conversación para no caer en círculos filosóficos viciosos con aquel

extraño hombre, y para despejar un poco el porvenir del viaje preguntó:

—¿Hacia dónde se dirige el caballero?

—A Roma, específicamente –contestó el varón dandy mientras sacaba de su bolsillo una fina pitillera de caña de bambú–. ¿Le importa que fume, reverendo?

Héctor restó importancia al ejercicio del vicio refinado, sorprendido de que fueran rumbo al mismo destino.

—Qué casualidad que yo me traslade al mismo sitio que usted.

—Somos protagonistas de un mismo fin.

—El del viaje similar, querrá usted decir –apuntó Héctor como queriendo guardar distancias con el hombre, a quien comenzaba a conocer rápidamente.

—¿Ha movido usted montañas con su fe, reverendo?

—Es tan sólo un sentido figurado que da la metáfora de la perseverancia, y espiritualmente me considero hacedor de muchas metas.

—Usted, quizá me tilde de loco por lo que voy a decirle, pero yo he movido mares, cielo y tierra– expresó con una risita maquiavélica el contertulio, y Héctor lo tomó como una burla hacia su persona, manifestando con seriedad:

—Tiene usted un humor acentuadamente negro, señor.

—Como todo lo que me rodea, por muchísimo tiempo ese ha sido mi color predilecto, como la sotana que usted viste. El negro es el color del respeto, de la apariencia indescifrable.

—Y también de la muerte —expresó Héctor como re-tándolo hacia una respuesta que lo convenciera de su agilidad mental.

—¿Lo cree usted realmente así, padre? Con eso que me dice, me sorprende su falta de fe, porque para ustedes los sacerdotes, el fin de la vida debería ser de otro color, porque su trabajo es el símbolo de la esperanza, y esa esperanza de la cual tanto se pregona en su credo, no debe ser precisamente negra

—A veces, la vista engaña por el efecto de la ilusión óptica —objetó Héctor desarmado por las palabras de aquel misterioso y pintoresco personaje—. Pero hemos hablado mucho, y aún no nos hemos presentado —manifestó el sacerdote para desviar la conversación filosófica que aquel elemento de apariencia inglesa había llevado hacia un círculo de vicios.

—Mi nombre es Héctor Torrealba, para servirle.

—Eso me gusta.

—¿Le gusta qué? —preguntó Héctor.

—Ese “para servirle”.

—Forma parte de la etiqueta, supongo.

—Con toda modestia, puedo decirle que a mí siempre me han servido, porque durante toda la existencia he trabajado duro para ello —expresó el hombre mientras fumaba, e inmediatamente preguntó:

—¿Realmente quiere usted saber mi nombre, padre?

—Es lo que se acostumbra a hacer cuando dos personas se conocen —contestó el jesuita ya un tanto molesto por las evasivas del elemento sarcástico y atrevido.

—Para usted, Bruno de Mefistelis.